

UNIVERSIDAD CATÓLICA SAN JOSÉ
ESCUELA DE TEOLOGÍA

VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO
FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS

(Tesis para obtener el grado de Maestro en Sagrada Teología
con mención en Teología Dogmática)

Presentado por: R. P. Marcio De Souza Paulo

Asesor: R. P. Tomás Garvan

Fecha: mayo de 2018

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

El culto que la Iglesia y sus hijos dan a la Santísima Eucaristía fuera de la celebración de la Misa es de un valor único e inestimable. Confiesan y testimonian que este ‘don supremo’ del amor de Dios es el ‘compendio y la suma’ de todo su existir terrenal. No escatiman esfuerzos y medios, tiempo y recursos para tributarle a este ‘dignísimo Sacramento’ el culto de adoración, que ha de convertirse en unión con el Cristo vivo y con todo su Cuerpo Místico. Con dicho acto cultural también expresan su fe y reconocimiento agradecido a la singularidad de la presencia real, sustancial y personal de Jesucristo en las especies eucarísticas, fundamento del referido «culto latréutico». Dicha práctica devocional es una ocasión privilegiada, para constatar que en el *mysterium fidei* Jesucristo Resucitado cumple fielmente su promesa: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

Uniéndonos, pues, con gratitud e indignidad a esta ‘fe perenne’ de la Iglesia ante este *tantum ergo Sacramentum*, queremos desarrollar en el presente trabajo los fundamentos teológicos y la actualidad de la ‘Visita al Santísimo Sacramento’, una forma de oración personal que permite penetrar con hondura en el verdadero «sentido de la adoración silenciosa del Señor presente bajo las especies eucarísticas»¹.

Dado que buscamos situarnos desde la “perspectiva de unidad y continuidad” propuesta por la gran reforma litúrgica postconciliar, planteamos la práctica de la Visita eucarística “intrínsecamente unida” con las demás formas de culto eucarístico, que se vive tanto dentro como fuera de la celebración de la santa Misa. En esto se desvela un aspecto insoslayable de nuestra disertación. O sea, la auténtica y fructuosa adoración a

¹CEC, n. 1379.

INTRODUCCIÓN

la santa presencia de Cristo en el Sacramento depende en gran medida de que se comprenda y se viva el único misterio eucarístico en todas sus dimensiones.

El primer capítulo de nuestro trabajo está dedicado al abordaje de algunos de los principales hechos, que han marcado el desarrollo del culto eucarístico en la vida de la Iglesia, destacando los períodos de la historia que más influjo han ejercido en la vivencia y arraigo de la adoración a la presencia eucarística fuera de la celebración. Nuestra investigación nos ha puesto ante la inmensa riqueza que posee la Iglesia en lo que se refiere a este culto. Por ello, presentamos una selección de los hitos históricos más iluminadores para la comprensión y el desarrollo de nuestro tema principal.

Una vez hecho este breve recorrido histórico, bosquejamos en el segundo capítulo, algunos aspectos doctrinales, litúrgicos y canónicos de este ‘culto sublime’, del cual hace parte la Visita al tabernáculo eucarístico². Nos detenemos, en primer lugar, en su fundamentación teológica, que es el dogma de la presencia real y duradera de Jesucristo en las especies sagradas, que se realiza únicamente por la ‘transustanciación milagrosa’. Como veremos, dichas verdades de fe, ya evidentes en la misma Sagrada Escritura, luego son desarrolladas por los Padres de la Iglesia³ y por teólogos destacados, como santo Tomás de Aquino. En este marco temático hemos querido dejar claro que esta presencia real y sustancial permanece más allá de la celebración y por ello está reservada en el sagrario de las iglesias. Asimismo, hemos recordado la unidad indisoluble del misterio eucarístico, subrayando que la presencia real de Cristo adorada en las diversas formas de culto *extra Missam*, se deriva de la «celebración del Sacrificio del altar» y a ella ha de conducir siempre. Y, finalmente, hacemos una somera exposición de las principales rúbricas litúrgicas y leyes canónicas establecidas por la autoridad eclesiástica para una respetuosa y digna celebración del culto de adoración eucarística. A este respecto, creemos que es fundamental estar unidos a la Iglesia, que tiene muy presente las palabras de su Santo Fundador: «Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado» (Jn 7,16).

Teniendo como punto de partida los elementos esbozados en los capítulos precedentes, pasamos a desarrollar, en el tercer capítulo, la adoración eucarística que se

² Cfr. *Ibid.*, n. 1183.

³ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso en la Asamblea plenaria de la S. Congregación para el Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos*, 13/04/2009.

realiza en la Visita al Santísimo Sacramento, tema nuclear de nuestra disertación. Buscamos demostrar que a través de esta práctica se puede entablar una honda conversación espiritual y amical ante Aquel que está realmente presente en el *tabernáculo de la misericordia*. Para ello, empezamos delineando los hitos históricos que más han contribuido en la génesis y arraigo de esta loable costumbre de recogerse en coloquio silencioso ante el «Dulce amigo del sagrario». En seguida, destacamos algunos fundamentos doctrinales, que permiten justificar teológicamente el valor inestimable de la Visita dentro del culto de adoración a la presencia somática de Cristo en el Sacramento. Asimismo, afrontamos críticamente algunas objeciones y cuestionamientos a las “Visitas”, tratando de plantear una aproximación equilibrada y en armonía con los demás aspectos del misterio eucarístico. Para ello, nos ayudará tener en cuenta algunos enfoques o aproximaciones a esta práctica de adoración eucarística.

Una vez esbozados los aspectos principales de estos enfoques, presentamos la adoración de la presencia de Cristo custodiado en el tabernáculo desde la perspectiva del «encuentro personal». En esta parte de nuestro trabajo, señalamos que la práctica frecuente de la Visita permite al ser humano saciar su «hambre de comunión y realización», pues solo en el encuentro con el Señor podemos ser auténticamente plenos. En este marco, desarrollamos brevemente algunos aspectos sobre la realidad de la persona humana y la oración cristiana, entendida como experiencia de comunión con Dios, tal como señala el actual Catecismo. Terminaremos este capítulo presentando algunos frutos de la Visita a la «Persona dinámica» de Cristo reservado en el sagrario.

Finalmente, en el cuarto capítulo sugerimos la práctica de la «comunión espiritual», un medio que ayuda a vivir la Visita como encuentro personal y fructuoso con Cristo eucarístico. Puntualizamos, en primer lugar, algunos elementos sobre la naturaleza, el sujeto y las condiciones para realizar la *spiritualis manducatio*. Luego, señalamos su relación armoniosa con la comunión sacramental, a la cual no suplanta, sino que la prolonga y prepara a la participación en ella. Cerramos este abordaje mostrando cómo esta práctica devocional, tan apreciada y recomendada por la tradición espiritual de la Iglesia, puede ayudar, efectivamente, a que la Visita al Santísimo Sacramento sea un coloquio más cercano con la Persona de Jesús, que se ofrece generosa y permanentemente a nuestra adoración en el sagrario.

INTRODUCCIÓN

Concluimos este último capítulo presentando brevemente el ejemplo de algunos santos, quienes en su peregrinar, se han destacado por la práctica de la adoración eucarística, vivida a través de la Visita y de la comunión espiritual, como encuentro personal e íntimo con Jesucristo presente en el tabernáculo eucarístico, donde nos espera día y noche para «vivir y convivir con nosotros; para ser nuestro amigo, para conversar; para decirnos palabras de reprensión, de consuelo, de aliento, de consejo. Y para que nosotros desahoguemos con Él. ¡Cuántos diálogos íntimos se podrían escribir de los cruzados entre el Dios-hombre sacramentado y el hombre que le visita!»⁴. Pues bien, con «asombro y gratitud», «sacándonos las sandalias de los pies», dado que estamos entrando en «tierra sagrada» (cfr. Ex 3,1-6), empecemos nuestra disertación sobre el culto de adoración al «*sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum caritatis*»⁵.

⁴ E. SAURAS, «Los Motivos de la presencia real», 181.

⁵ Cfr. SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre el Evangelio de san Juan*, 26, 13: *SOLANO II*, 229.

CAPÍTULO I

EL CULTO EUCARÍSTICO *EXTRA MISSAM*

La Santísima Eucaristía, el don más precioso que posee el Pueblo de Dios en su terreno caminar, es «fuente y culmen de toda vida cristiana»⁶. En ella encontramos «todo el bien espiritual de la Iglesia»⁷, la misma persona del Señor Jesús, «Pan de Vida Eterna», que «se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida, al corazón que mendiga la Verdad»⁸.

Así pues, al contemplar con admiración este «don divinísimo salido de lo más íntimo del Corazón del mismo Redentor»⁹, la Iglesia descubre una gran necesidad de tributar culto de adoración¹⁰ al Santísimo Sacramento del altar:

No es, pues de admirar que la Iglesia, ya desde sus principios, haya adorado el cuerpo de Cristo bajo la especie de pan, como se ve por los mismos ritos del augusto sacrificio, en los cuales se manda a los ministros sagrados que, de rodillas, o con reverencias profundas, adoren al Santísimo Sacramento¹¹.

La Iglesia constantemente da culto latréutico a Jesús Sacramentado, no solo durante la celebración del Sacrificio del altar, sino también fuera de ella: ‘conservando’ con el mayor cuidado las especies consagradas, y presentándolas a los fieles para que las

⁶ Cfr. Conc. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11.

⁷ Cfr. Conc. Vat. II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 5.

⁸ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 2.

⁹ LEÓN XIII, Enc. *Mirae Caritatis*, n. 1.

¹⁰ Cfr. CEC, nn. 2096-2097 y 2628.

¹¹ PIO XII, Enc. *Mediator Dei*, n. 161.

veneren con devoción y reverencia, pues «dado que el misterio eucarístico ha sido instituido por amor y nos hace presente sacramentalmente a Cristo, es digno de acción de gracias y de culto»¹².

Pues bien, recorramos en este primer capítulo algunos de los principales factores y hechos históricos que originaran e impulsaron el desarrollo del culto Eucarístico *extra Missam*¹³ en la vida de la Iglesia. Ello nos permite constatar que el antedicho culto “no es algo periférico o superfluo” y ni “es simplemente adoración del Pan consagrado”. Más bien, es especialmente «una actitud continuada de fe y acogida hacia ese Cristo que en el misterio eucarístico nos ha mostrado toda la intensidad de su amor y quiere alimentar en nosotros toda la riqueza de una vida de comunión con Él»¹⁴. Asimismo, el referido recorrido histórico nos ayudará a descubrir, o a redescubrir, la importancia perenne y el sentido verdadero de los actos de adoración a la presencia real¹⁵, que han de estar siempre en intrínseca relación con los demás aspectos del único misterio eucarístico:

Conviene, en efecto, que el misterio eucarístico, considerado en su totalidad bajo sus diversos aspectos, brille ante los fieles con el esplendor debido, y que se fomente en la vida y en el espíritu de los fieles la relación que, según la doctrina de la Iglesia, existe objetivamente entre los aspectos de este misterio¹⁶.

En este sentido, cabe destacar la celebración de la santa Misa, en la cual el culto a la presencia eucarística tiene su fundamento y es su prolongación natural. Es que no se puede «separar el tabernáculo del altar, en el que se hace presente el sacrificio único de nuestra redención, ni de la mesa del Señor». Bajo este aspecto, Benedicto XVI nos enseña que:

La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica. En efecto, ‘solo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no solo

¹² JUAN PABLO II, Carta *Dominae Cena*, n. 3. Cfr. *RCCE*, n. 79.

¹³ «La expresión culto eucarístico puede entenderse en dos sentidos: culto al Padre por medio de la celebración eucarística, supremo acto del culto cristiano; y culto al Santísimo Sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, es decir, reconocimiento y adoración de la presencia eucarística del Señor, presencia definida como verdadera, real y sustancial por el Concilio de Trento», L. E. DIEZ VALLADARES, *Acoger la presencia – El culto eucarístico fuera de la Misa tras la reforma litúrgica del Vaticano II*, 157-158.

¹⁴ J. ALDAZABAL, «El culto a la Eucaristía fuera de la Misa», 47.

¹⁵ Cfr. S. SIRBONI, «Orar ante la Eucaristía: problemas y orientaciones», 62.

¹⁶ S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, n. 2.

entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros'. (*Discurso a la Curia Romana* (22 diciembre 2005): AAS 98 (2006), 45)¹⁷.

1.1. En la historia de la Iglesia

1.1.1. Época Medieval

El culto eucarístico *extra Missam*, como entendemos y celebramos hoy, se empieza a perfilar a fines del primer milenio. Sin embargo, en los primeros siglos del Cristianismo ya se practicaban algunos actos piadosos dirigidos al Santísimo Sacramento fuera de la celebración¹⁸, que trajeron «consigo la laudable costumbre de adorar este celestial alimento reservado en los templos»¹⁹.

a) La “reserva doméstica” de las especies sagradas²⁰

Uno de los orígenes más significativos del culto eucarístico fuera de la Misa fue la costumbre de guardar las especies sagradas²¹ en las casas particulares. Al término de la celebración los ministros sagrados y los fieles, expresando su conciencia de Quien tenían entre manos, llevaban y conservaban decorosamente las especies consagradas en sus domicilios. Desde mediados del siglo II, hay diversos testimonios de que esta práctica estaba prevista para la administración del Viático a los moribundos, para la comunión de los enfermos y ausentes. Estaba destinada a los perseguidos encarcelados, a los que iban a ser martirizados y se enviaba a otras iglesias como expresión de mutua comunión²². Dicha costumbre de reservar cuidadosamente la Eucaristía en los domicilios permitía, asimismo, a los fieles a darse la comunión a sí mismos en los días en los que no les era posible participar en la celebración del Santo Sacrificio²³.

¹⁷ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 66.

¹⁸ Cfr. J. M. CANALS, «El Culto a la Eucaristía», 15-23

¹⁹ PIO XII, Enc. *Mediator Dei*, n.163.

²⁰ Cfr. R. DALLA MUTTA, «La reserva de la eucaristía a lo largo de los siglos: motivaciones y soluciones», 51-57.

²¹ Cfr. PIO XII, Enc. *Mediator Dei*, n. 163; RCCE, n. 5; DPPL, n. 164.; J. A. JUNGSMANN, *El Sacrificio de la Misa. Tratado Histórico-Litúrgico*, 1124-1126.

²² Cfr. M. RIGHETTI, *Historia de la Liturgia*, Vol. II, 489-501; M. GESTEIRA GARZA, *La Eucaristía Misterio de Comunión*, 284.

²³ Cfr. T. URKIRI, *Adoremus al Señor Sacramentado, Culto a la Eucaristía fuera de la misa*, 19; J. A. ABAD IBÁÑEZ y M. GARRIDO BONAÑO, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*, 416-419.

La tradición patristica da testimonio de esta práctica, que no contaba con ninguna normativa litúrgica que determinase el modo de llevar o de conservar en los domicilios las especies eucarísticas. Según Tertuliano (160-220), los fieles llevaban el Pan consagrado a sus hogares para que las esposas de los consortes paganos comulgasen cuando se veían impedidas de ir a las asambleas eucarísticas²⁴. De igual modo, hacían los cristianos que preferían comulgar en casa, una vez terminada la *statio* del ayuno:

[...] los días de estación, juzgan la mayor parte que no hay que intervenir en las oraciones de los sacrificios, porque la estación debe terminar recibiendo el cuerpo del Señor. Por tanto, ¿la Eucaristía hace cesar el obsequio ofrecido a Dios o más bien se lo confirma? ¿No será más solemne tu estación si estás de pie junto al altar de Dios? Recibido el cuerpo del Señor y reservado, se salvan ambas cosas: la participación del sacrificio y el cumplimiento del deber²⁵.

Asimismo, la práctica de darse a sí mismo la comunión (“auto comunión”) en ausencia de los presbíteros, y la consecuente “reserva eucarística en las casas”, es atestiguada y, en cierto modo, criticada por san Jerónimo (347-420)²⁶:

Sé que en Roma hay la costumbre de que los fieles reciban siempre el cuerpo de Cristo, lo que ni repudio ni apruebo: *cada uno abunda en su sentir (Rom 14,5)*; pero acudo a las conciencias de aquellos que el mismo día después de las relaciones matrimoniales comulgan, y, según Persio, “purifican la noche en el río” ¿Por qué no se atreven a ir a los mártires? ¿Por qué no entran en las iglesias? ¿O es que Cristo es uno en público y otro en casa? Lo que no es lícito en la iglesia, tampoco en casa lo es. Para Dios nada hay cerrado, y también las tinieblas están a la luz para Dios²⁷.

La costumbre de la ‘reserva doméstica’, irá cayendo poco a poco en desuso. A partir del siglo V se empieza a reservar las sagradas especies en las iglesias, en ambientes anexos, llamados en Oriente *Pastoforium* (“tálamo”) y en Occidente *Secratarium*²⁸. Sin embargo, recién en el siglo IX se generaliza esta costumbre, pasando a ser una excepción²⁹ conservar las sagradas especies en casas particulares. Esto se debió porque

²⁴ Cfr. TERTULIANO, *A la esposa*, L. 2, c. 4s: SOLANO I, 137.

²⁵ *Ibid.*, 134.

²⁶ Cfr. A. OLIVAR, «El desarrollo del Culto Eucarístico fuera de la Misa», 187-203; M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 285.

²⁷ SAN JERÓNIMO, *Carta 21 (al Papa san Dámaso) I. 21*: SOLANO II, 112.

²⁸ En Occidente la sacristía sirvió para la conservación Eucarística hasta el siglo XVII. Cfr. R. DALLA MUTTA, *o. c.*, 54.

²⁹ Una conocida excepción se refiere al caso de las vírgenes recién consagradas, a las que se concedía guardar la Eucaristía de la Misa de sus compromisos, para que las «autoconsumieran» en los días siguientes.

cesaron las persecuciones y se permitió la libertad religiosa³⁰. Con todo, hasta el siglo X no se tiene conocimiento de ninguna prohibición oficial a la ‘reserva doméstica’.

La reserva eucarística, en cualquiera de los modos mencionados, era hecha con suma reverencia y cuidado, tanto de parte de los pastores, que exhortaban continuamente a ello, como de los fieles³¹, que poseían una clara conciencia del respeto hacia la santa Eucaristía. Pero, esto no expresa aún un culto particular fuera de la celebración, pues como hemos venido diciendo, la conservación de las especies eucarísticas estaba en función exclusiva de la comunión de los ausentes en la Misa. Además, tanto esta costumbre como otras prácticas eucarísticas estaban unidas íntimamente a la celebración³², que testifican la fe de la Iglesia en la presencia real de Jesucristo *extra Missam*. En este orden de ideas, se nos desvela un «dato de fe tan antiguo como la Iglesia misma: la permanencia de la realidad del Cuerpo y la Sangre del Señor una vez celebrado el Sacrificio de la Nueva Alianza»³³.

Ahora bien, en el Período Medieval, esta visión unitaria y armónica que se tenía en la antigüedad respecto a la Eucaristía sufrirá cambios, dándose por momentos una separación de los distintos aspectos del único misterio eucarístico³⁴. Esto influenciará en el surgimiento de nuevas prácticas de piedad eucarística distintas a las de la época patristica y a las costumbres orientales:

En Oriente la Eucaristía siempre ha sido venerada con profunda reverencia y respeto fuera de la Misa, cada vez que se tenía que tomar o llevar la Comunión a los enfermos y ausentes. Pero no se colocaba la reserva eucarística en un lugar distinguido, accesible a los fieles, donde pudiera ser por parte de estos objetos de homenajes permanentes de adoración. La Eucaristía después de la Misa se guardaba en un anexo del lugar sagrado; y, por tanto, más o menos inaccesible y oculto a los fieles³⁵.

³⁰ Como es sabido, este período es iniciado por Constantino el Grande con el edicto de Milán del año 313; sus hijos Constantino, Constante y Constancio, siguen la misma línea, cada vez más favorable al Cristianismo, y Teodosio el Grande lo culmina realizando la cristianización del Imperio. Cfr. B. LLORCA y R. VILLOSLADA, *Historia de la Iglesia*, Vol. I, 370-383.

³¹ «Una vez recibido el Pan consagrado, se envolvía cuidadosamente en un paño de lino blanco, se introducía en un cofrecito a propósito y cerrándolo se llevaba con máximo cuidado a casa. Se colocaba en un lugar seguro y se le rodeaba del máximo y profundo respeto. En las casas romanas y en Oriente era común tener en las casas un sagrario para conservar la Eucaristía», J. M. CANALS, *o. c.*, 17.

³² Cfr. M. BRILLANT (Dir.), *Enciclopedia sobre la Eucaristía*, 232-233.

³³ J. A. ABAD (Dir.), *Diccionario de la Eucaristía*, 21.

³⁴ L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 43-45.

³⁵ T. URKIRI, *o. c.*, 20; Cfr. A. G. MARTIMORT, *La Iglesia en oración. Introducción a la Liturgia*, 550; M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 286-287.

En efecto, esta práctica persiste hasta la actualidad entre los católicos de Oriente, sin ningún perjuicio de la fe en la presencia real y verdadera de Jesucristo en las sagradas especies³⁶. Como sabemos, en Occidente esto es diferente. En este lado del orbe católico el culto eucarístico fuera de la Misa, ha tenido a través de los siglos un gran desarrollo, con variadas expresiones de fe, veneración y piedad por parte de los fieles. Esto sucede en buena medida porque «la teología [occidental] se centra en la ‘presencia’ sacramental y real de Cristo bajo las especies después de la celebración», lo que «influirá de un modo decisivo en la piedad popular y será la gran manifestación de fe de un pueblo que cree y adora esta presencia eucarística, negada por ciertas corrientes de una época histórica»³⁷.

b) Las primeras manifestaciones de culto eucarístico *extra Missam*

+ Influencia de las ‘controversias eucarísticas’

A partir del siglo IX la adoración a la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento se irá configurando como una devoción propia³⁸. Ello fue impulsado en gran medida, por una actitud reactiva y contraria a los errores doctrinales presentes en las llamadas ‘controversias eucarísticas’³⁹, que cuestionaran lo que pueblo cristiano venía creyendo desde siempre. Para entender ‘estas primeras crisis eucarísticas’, es importante considerar el profundo cambio cultural y filosófico que se da en ese período en Occidente:

Se produce un tránsito del simbolismo que caracterizaba a la doctrina eucarística de los Santos Padres, a una nueva corriente más realista y cosificante. En efecto, se pasa de la consideración de la celebración de la Misa en relación directa con el acontecimiento de la muerte del Señor a una atención casi exclusiva de la presencia de Cristo, sin tener en cuenta la conexión dinámica de la acción litúrgica con el hecho histórico que la sustenta. Olvidando la dimensión de *anamnesis*, se contempla el acontecimiento sacramental en sí mismo, como

³⁶ Cfr. M. RIGHETTI, M., *o. c.*, V I, 532-533.

³⁷ J. M. CANALS, *o. c.*, 13.

³⁸ Cfr. J. A. ABAD, *o. c.*, 24.

³⁹ Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *La Eucaristía, don y misterio. Tratado histórico-teológico sobre el misterio eucarístico*, 179-196; C. I. GONZÁLEZ, *Bendijo el Pan y lo partió*, 178-181; J. A. SAYÉS, *El misterio Eucarístico*, 156-166; M. A. NAVARRO GIRON, *La Carne de Cristo, el misterio eucarístico a la luz de la controversia entre Pascasio Radberto, Ratramno, Rabano Mauro y Godescalco*.

una *res* u objeto. El recuerdo de la pasión y muerte del Señor queda reducido al plano de la alegoría...⁴⁰.

En este contexto, dos monjes de la Abadía benedictina de Corbie (junto a Épernay, en la Francia septentrional) escribieron dos obras con el mismo título: *De corpore et sanguine Domini*. Con todo, estos escritos presentan matices y perspectivas contrapuestas, respecto al modo de explicar la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Pascasio Radberto⁴¹, por un lado, afirma en su obra, que en la «Eucaristía está el mismo cuerpo de Cristo, que nació de la Virgen, y es el mismo que está en el cielo». Ratramno⁴², por su lado, se opone a esta afirmación de Radberto, subrayando excesivamente «diferencia entre la *presencia sub figura* y la *presencia in veritate*», que deja entrever que no se puede afirmar la «identidad esencial» entre el cuerpo de Cristo presente en la Eucaristía y aquel que nació de Santa María⁴³. Así se da origen a la primera controversia sobre el eje del misterio eucarístico: la presencia real de Jesucristo en el Sacramento.

Mientras, Pascasio Radberto pretendía mantenerse fiel al pensamiento de los antiguos Padres sobre la fe en la santa Eucaristía, Ratramno no solo confundía el plano del Cristo resucitado con el del Jesús histórico y terreno, sino que además consideraba como único cuerpo verdadero, el cuerpo físico e individual de Jesús, que está ahora en el cielo tal como estuvo antes en la tierra y siendo de por sí visible y sensible, se ha hecho invisible para nosotros por su Ascensión. Considerando inadmisible la identificación entre el cuerpo histórico y el cuerpo eucarístico de Jesucristo⁴⁴, que es un mero elemento simbólico poseedor de la «*virtus sacramental*, capaz de alimentar la fe de los fieles y de santificarlos gracias a la virtud de la potencia divina, que comunica a los fieles la sustancia de la vida eterna»⁴⁵.

⁴⁰ D. SARTORE, A. M. TRIACCA, J. M. CANALS (Dirs.), *Nuevo Diccionario de Liturgia*, 512-513. Cfr. L. TRUJILLO DÍAZ, F. J. LÓPEZ S., *Meditación sobre la Eucaristía*, 54-58.

⁴¹ Pascasio Radberto, destacado exegeta, teólogo y maestro espiritual, nace en Soissons por el año 790. Ya en 844, es abad en Corbie. Muere alrededor del año 865. Su escrito aparece en torno a los años 831-833. El escrito es referido es su primera obra eucarística, siendo la más extensa e importante.

⁴² Ratramno fue discípulo de Pascasio Radberto y monje en Cobrie alrededor del año 825. Se desconoce la fecha de su nacimiento, que se suele situar a comienzos del s. IX. Muere entre 868 y 875. Su obra no pretende ser un tratado sobre la Eucaristía, sino una respuesta a la teoría de la unidad absoluta entre el cuerpo histórico y eucarístico de Cristo.

⁴³ Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 187.

⁴⁴ Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 159, nota 163.

⁴⁵ A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 188.

Cabría añadir que, Pascasio Radberto advirtió que tales ideas, no solo elaboradas por Ratramno, sino también por otros contemporáneos suyos⁴⁶, podían derivar en un ‘simbolismo vacío’⁴⁷. Y continuó insistiendo que «la figura y la verdad son conciliables entre sí, que la *veritas* no se opone al *mysterium*. De este modo consiguió armonizar el simbolismo con el realismo, contribuyendo eficazmente al desarrollo de la teología sacramental»⁴⁸.

Estas polarizaciones y contraposiciones entre el “simbolismo y realismo eucarístico” no se resolverán con la contundencia y claridad debidas. Consecuentemente, en el siglo XI el problema resurge con Berengario de Tours⁴⁹. Sus formulaciones expresan una negación de la presencia real y de la «conversión eucarística»⁵⁰. Por un lado, Berengario reduce el conocimiento de la realidad a una mera experiencia sensible, restringiendo la sustancia a algo sensible y perceptible por los sentidos. Y, por otro, ver en la «localización» de Cristo en el cielo una dificultad⁵¹ para su presencia real en la Eucaristía. Según él, no es posible que el cuerpo de Cristo glorioso, ‘localizado’ a la diestra del Padre, esté al mismo tiempo en tantos lugares cuantas son las hostias consagradas sin que esto comprometa la unidad del cuerpo del Señor. Por lo tanto, sostendrá que en la Eucaristía solo hay la figura del cuerpo de Cristo⁵².

Con estas afirmaciones el Maestro de la escuela catedral de san Martín de Tours, negó la presencia verdadera de Jesucristo en la Eucaristía, rechazando la explicación de la conversión sustancial de las ofrendas en la sustancia del cuerpo de Cristo, ya sostenida por Pascasio. El Padre Ángel García Ibáñez sintetiza los motivos por los cuales a Berengario le parecía inaceptable esta explicación:

- a) Porque opinaba que es irrealizable la conversión de una cosa en otra sin una contemporánea transformación externa (para Berengario, que sigue la lógica de la evidencia empírica, un cambio de la sustancia implica necesariamente un cambio también de las

⁴⁶ Entre ellos se encuentra, por ejemplo, el monje Godescalco de Orbais (†870 aprox.) y Rabano Mauro (†856).

⁴⁷ Cfr. M. T. NADEAU, *Eucaristia, memoria e presença do Senhor*, 126-127.

⁴⁸ A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 189.

⁴⁹ Berengario, que fue uno de los principales dialécticos del s. XI, nace alrededor del año 1000 y muere hacia 1088.

⁵⁰ Esta negación de la «transustanciación» (término aún no conocido) se ve presente también en su carta a Ascelino. Ahí niega “que en el sacramento del cuerpo del Señor desaparezca por completo sustancia de pan”. Cfr. *Epist. ad Ascelinum*: PL 150, 156; M. ARIAS REYERO, *Eucaristía, presencia del Señor*, 241.

⁵¹ “Fue probablemente la teología agustiniana de la eucaristía la razón fundamental de las dificultades con que tropezó Berengario de Tours”, J. M. POWERS, *Teología de la Eucaristía*, 27.

⁵² Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 193.

apariencias, de las *species*). En el caso de la Eucaristía, afirma, el testimonio de los sentidos nos asegura que las especies de pan y del vino perduran después de la consagración, y la razón nos demuestra la inseparabilidad de estas especies del propio sujeto de inhesión; por tanto, es necesario afirmar que permanece también el sujeto en el que inhieren, es decir, la sustancia del pan y del vino; b) Porque la conversión de una sustancia en otra comporta que esta comience a ser algo que antes no existía, lo cual no puede absolutamente suceder en la Eucaristía, porque el cuerpo de Cristo existía ya antes de toda posible consagración eucarística y existirá siempre⁵³.

El Magisterio consciente de que estaba en peligro la fe de los fieles, intervino y condenó los errores surgidos de la “crisis berengariana” a través de varios Sínodos eclesiásticos⁵⁴. Los principales fueron dos Sínodos Romanos, en los que Berengario fue obligado a firmar dos «confesiones de fe» en la presencia real de Jesucristo en las especies sagradas. La primera fue suscrita en el Sínodo del año 1059, pero adolecía de un realismo exagerado y de una aproximación “cosista” o “sensualista” a la Eucaristía. Es decir, una especie de presencia de Cristo «que, de un modo sensible, no solo en el sacramento, sino en verdad, son tocados y partidos por las manos de los sacerdotes y masticados por los dientes de los fieles»⁵⁵.

Es así que los partidarios de una interpretación crudamente realista de la presencia eucarística pensarán que Cristo está encerrado en el tabernáculo, creyendo que las personas trituran con sus dientes el verdadero cuerpo de Cristo [...], hablarán de una presencia natural escondida debajo de un velo, considerándola una presencia local y espacial⁵⁶.

Luego, bajo la autoridad del Papa Gregorio VII (1073-1085), en el Sínodo Romano del año 1079 Berengario fue obligado a suscribir una segunda confesión de fe, que es precisa y teológicamente más aceptable que la anterior:

Yo, Berengario, creo de corazón y confieso con la boca que el pan y el vino que se ponen en el altar, por el misterio de la sagrada oración y de las palabras de nuestro Redentor, se convierten sustancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Jesucristo nuestro Señor, y que después de la consagración son el verdadero cuerpo de Cristo que nació de la Virgen y que, ofrecido por la salvación del mundo, estuvo pendiente de la cruz y está sentado a la diestra del Padre; y la verdadera sangre de Cristo, que se derramó de su costado,

⁵³ *Ibid.*, 192. Vale decir también que, diversos teólogos contemporáneos a Berengario defendieron el realismo eucarístico enseñado tanto por los Padres como confesado por la liturgia de la Iglesia. Se ha de destacar en este sentido, al gran teólogo Lanfranco de Bec (†1089) que hará una distinción crucial entre la sustancia y las especies para resolver el problema generado por la «crisis berengariana».

⁵⁴ Cfr. *Ibid.*, 195, nota 88.

⁵⁵ DH 690; Cfr. J. ALDÁZABAL, *La Eucaristía*, 175-176. Dicha fórmula de fe propuesta por Nicolás II se sitúa en el mismo plano conceptual que sostenía el propio Berengario “y parte de sus mismos presupuestos: la realidad lo es tal en cuanto posee una entidad sensible y mensurable, de algún modo material. De aquí la sustancia se identifique con la realidad física, empírica y sea referida al “cuerpo verdadero (*verum corpus*) en su sentido carnal”, M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 486-487.

⁵⁶ M. T. NADEAU, *o. c.*, 129. La traducción del portugués al español es nuestra.

no solo por signo y virtud del sacramento, sino en la propiedad de la naturaleza y verdad de la sustancia...⁵⁷.

Estas “controversias eucarísticas” suscitaron en la Iglesia una fuerte reacción, dando la oportunidad a que se profundizara y se precisara mejor la verdad del misterio eucarístico. Asimismo, ofreció a los fieles la ocasión de acrecentar y renovar su conciencia, su fe y devoción hacia «la presencia somática de Cristo en los dones, como primicias de una presencia total y universal, escatológica y futura, de Cristo en el mundo»⁵⁸. Y esto se manifestó particularmente a través de distintas formas de piedad que contribuirán al desarrollo progresivo del culto de adoración eucarística *extra Missam*: exposiciones del Santísimo, Visitas al tabernáculo, procesiones eucarísticas, etc.

Sin embargo, estas reacciones y sus respectivas consecuencias no fueron los únicos factores que contribuyeron al crecimiento progresivo de la práctica del culto eucarístico fuera de la celebración. También es importante tener en cuenta, como señala Manuel Gesteira, la fuerte veneración de las reliquias de Cristo traídas por los cruzados y que, unida a la gran proliferación de los milagros eucarísticos⁵⁹, puso la presencia sacramental de Cristo como una especie de «reliquia» paralela a la cruz y los restos de su sangre⁶⁰.

Otro factor que motivó, aunque indirectamente, este culto eucarístico en el Medioevo, fue el descenso de la participación de los fieles en la comunión sacramental, ocasionado en parte por una especie de rigorismo pietista, que exageró las condiciones necesarias para comulgar⁶¹. El influjo negativo de esta perspectiva fue tal, que en 1215 el Concilio Lateranense IV prescribió la obligación de la recepción de la comunión al

⁵⁷ DH 700. Como se puede notar la connotación sensualista presente en la confesión anterior desaparece. Sin embargo, todo parece indicar que Berengario no acepta interiormente la profesión de fe que tuvo que suscribir y pronunciar públicamente. Por ejemplo, interpreta el término sustancia, que aparece en la citada confesión de 1079, según sus propias categorías, “afirmando que por la consagración el pan ‘no pierde nada de lo que era, pero asume lo que no era’, lo que implica una especie de consustanciación”, M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 492.

⁵⁸ *Ibid.*, *o. c.*, 287.

⁵⁹ J. A. JUNGSMANN, *o. c.*, 169-170.

⁶⁰ *Ibid.* Cfr. F. JANSSEN, «Breve historia de la importancia de la Eucaristía en la Iglesia hasta fines de la Edad Media», 30-37.

⁶¹ Cfr. L. TRUJILLO DÍAZ, F. J. LÓPEZ S., *o. c.*, 81.

menos una vez al año (con ocasión de la Pascua), bajo pena de privación de sepultura eclesiástica⁶².

+ La elevación de la hostia consagrada y el deseo de contemplarla

La escasa recepción de la sagrada comunión conducirá a los fieles hacia formas de piedad alternativas, que tendrán un gran impacto en la génesis y desarrollo del culto de adoración eucarística. Bajo este aspecto, cabe destacar el “deseo intenso e irresistible” de contemplar la hostia consagrada en la elevación, como nos explica J. A. Jungmann:

Un ansia irresistible de contemplar el sacramento, al que desde hace siglos ya no se atrevían a recibir a menudo, se adueñó del pueblo cristiano. Su ansia como que quería concentrarse en el momento en que el sacerdote tomaba en sus manos la sagrada hostia, elevándola un poco para bendecirla antes de pronunciar sobre ella las palabras de la consagración [...]⁶³.

Este deseo de querer contemplar la hostia, se irá difundiendo cada vez más, impulsado sobre todo por determinadas escuelas teológicas (Laón, de San Víctor, etc.), que dieron gran importancia a la unión mística con Cristo por la fe y el amor. Dicha unión espiritual – conocida también como “comunión espiritual” – se fue aclarando y definiéndose como una práctica válida y fructuosa en la espiritualidad eucarística del pueblo cristiano, como veremos más adelante.

Pues bien, esta ansia de querer contemplar la forma consagrada originará en el siglo XIII el rito de la elevación del pan consagrado:

Para evitar que rindiesen culto a la forma antes de ser consagrada, el obispo de París dispuso hacia 1210 que *los sacerdotes no levantasen la forma antes de la consagración*, más que hasta la altura del pecho y que, después de haber pronunciado sobre ella la fórmula de la consagración, volviesen a elevarla a tal altura que todos pudiesen ver⁶⁴.

Esta costumbre se extendió rápida y extensivamente. Hasta mediados del siglo XIII, varios sínodos hablan de la elevación como una práctica corriente y común en la piedad

⁶² Cfr. DH 812; T. URKIRI, *o. c.*, 23-24; L. E. DIEZ VALLADARES *o. c.*, 44.

⁶³ J. A. JUNGMAN, *o. c.*, 875-876; Cfr., 1035-1036; 1071-1073.

⁶⁴ *Ibid.*, 876. Las cursivas son nuestras; cfr., 170. La referida disposición se dio en un Sínodo celebrado en París, siendo obispo Odón de Sully (Cfr. 1196-1208). Cfr. L. TRUJILLO DÍAZ, F. J. LÓPEZ S., *o. c.*, 79, nota 6.

de los fieles. No obstante, no faltaron los que la impugnaron «para que no se adorase una criatura en vez del creador, como dice un sínodo de Londres hacia el año 1215»⁶⁵.

Con todo, el antedicho rito⁶⁶, irá ganando cada vez más relieve, llegando a convertirse en el centro de la celebración eucarística. Este momento adquiere gran solemnidad con genuflexiones del celebrante y de los fieles, luces, incienso, sonido de campanas y del órgano, interpretación de motetes, rezo de plegarias⁶⁷, etc.

Para que el momento de la elevación del Pan consagrado no resultase tan breve y los fieles tuvieran el tiempo suficiente para ver y adorar al Señor sacramentado, se prolonga la elevación con cantos y oraciones que eran más propios de la comunión y se trasladaron al momento de la elevación, como “Adoro te”, “Ecce panis angelorum”, “O salutaris hostia”, etc.⁶⁸.

Este comportamiento piadoso, se irá extendiendo también fuera de la Misa⁶⁹, impulsando así un movimiento de adoración a la presencia real, personal y permanente del Señor Jesús en la hostia santa. Se empieza a creer erróneamente que la «mirada o visión» de la hostia consagrada equivalía a la unión con Cristo y a su misterio salvífico, llegando a equiparar esta «contemplación o visión de la forma consagrada en la elevación a la comunión sacramental». En consecuencia, se recibía los mismos frutos tanto en una como en otra⁷⁰. Pero, como bien advierte Manuel Gesteira:

toda esta dinámica y esta peculiar praxis eucarística corren peligro de desvirtuar el anterior carácter comunitario del misterio eucarístico, con menoscabo del sentido eclesial del banquete y de la celebración, reduciendo la eucaristía a una mera contemplación de las especies sacramentales en el marco de una pura relación individual entre fiel y Cristo. Es

⁶⁵ *Ibid.* 877.

⁶⁶ La elevación del cáliz no estaba prevista; se introduce lentamente y pasa a ser norma con el Misal de Pío V (1570): «Indudablemente se empezó ya en el siglo XIII a hacer la elevación del cáliz en algunos sitios; pero sólo muy lentamente se fue abriendo paso esa costumbre, sobre todo fuera de Francia. Hay misales romanos impresos por los años 1500, 1507 y 1526 que desconocen aún esa ceremonia. No se aceptó con decisión el rito de elevación del cáliz, por el miedo a derramar su contenido y por la costumbre que existía de tener siempre cubierto el cáliz con parte del corporal, que se echaba hacia delante, y sobre todo porque decía que, aun elevando el cáliz ninguno podía ver en él la sangre del Señor. Esta última razón influyó para que en los sitios donde se había impuesto la ceremonia, el cáliz no se levantase sino muy discretamente sólo hasta la altura de los ojos», J. A. JUNGSMANN, *o. c.*, 877-878.

⁶⁷ Cfr. S. SIRBONI, *o. c.*, 62; J. A. JUNGSMANN, *o. c.*, 878-887.

⁶⁸ J. M. CANALS, *o. c.*, 28.

⁶⁹ Esta práctica alcanza una difusión tal, que cuando los enfermos no podían recibir la comunión en forma de Viático, se les llevaba el Santísimo Sacramento para que, al menos, pudieran contemplarlo con los ojos por última vez. Esta práctica fue prohibida por el Ritual Romano del Papa Pablo V en 1614. Cfr. A. OLIVAR, *o. c.*, 191-192.

⁷⁰ Cfr. L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 46-47.

esto un claro ejemplo de degradación del culto y piedad eucarísticos que habrá siempre que prevenir y evitar⁷¹.

En este estado de cosas, la autoridad eclesiástica dará normas para que esta expresión de culto eucarístico se mantenga dentro de los justos límites⁷², intentando evitar posibles abusos. Lo que se alcanzó al menos en lo fundamental⁷³. Las primeras rúbricas litúrgicas con las que pretende regular este rito aparecerán recién en el “Misal de la Curia Romana” en el siglo XIV. Y posteriormente se fijan de manera definitiva en el Misal del Papa Pío V en 1570⁷⁴.

Ahora bien, este «deseo irresistible» de «clavar fervorosamente la mirada en las especies», que impulsó el “rito de elevación”⁷⁵, ha marcado, junto con la reserva eucarística doméstica, la génesis y el desarrollo del culto de adoración al Santísimo Sacramento⁷⁶. Más allá de las exageraciones y ciertos abusos, este rito realizado dentro de la celebración fue un modo concreto que encontró el pueblo cristiano de expresar su fe en la presencia real:

Durante toda la Edad Media, se puede decir que ningún cristiano fue ajeno a esta práctica: no solo entre la gente del pueblo, sino aún entre los verdaderos místicos de todas las escuelas, que le han concedido una importancia capital en sus tratados y en sus ejercicios piadosos; y aún los mismos teólogos, pese a las reservas que se han creído en el caso de formular algunas veces, no por eso han dejado de estar igualmente unánimes en reconocer su legitimidad a despecho de las supersticiones, acaso groseras, a que podía dar lugar una tal práctica, de suyo material y sensible⁷⁷.

Por consiguiente, esta forma específica de piedad siguió extendiéndose y dio lugar a otras manifestaciones de culto a la santa Eucaristía⁷⁸. A muchos les parecía breve el momento en el cual el sacerdote mantenía elevada la hostia consagrada. Y procurando,

⁷¹ M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 288. Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 217, nota 165.

⁷² Hay prescripciones en este tiempo que piden, además de ponerse de rodillas, que se extiendan las manos en el momento de la consagración. Hay una fuerte preocupación para que todos los fieles vean la hostia; para ello se prolonga la elevación con cánticos, plegarias, se apagan las luces o se ponen un velo negro detrás del altar con la intención de mejorar la visibilidad de la forma consagrada. Tales tendencias no prosperaron o fueron purificadas, porque significaban en algunos casos un corte demasiado violento del desarrollo de la celebración de la Misa. En efecto, hay un gran interés por la presencia real de Cristo, «que se absolutiza como una realidad estática: no exige ser recibida como alimento, sino ser contemplada, adorada e invocada. Se salta el signo sacramental para dirigirse directamente a la persona de Cristo, visto más en su aspecto humano histórico que glorioso», L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 47. Cfr. J. A. JUNGmann, *o. c.*, 170-171; 879-884.

⁷³ *Ibid.*, 879.

⁷⁴ *Ibid.*, 188; Cfr. J. M. CANALS, *o. c.*, 28.

⁷⁵ Cfr. J. A. JUNGmann, *o. c.*, 167.

⁷⁶ Cfr. S. DE FIORES, T. GOFFI, A. GUERRA (Dirs.), *o. c.*, 676-677.

⁷⁷ M. BRILLANT, (Dir.), *o. c.*, 233.

⁷⁸ Cfr. *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, 164-165.

que este «no fuera un momento fugaz, sino que se prolongase por algún rato, mientras la comunidad con sus cantos sagrados rendía homenaje y adoraba el cuerpo del Señor» se acentuará otras prácticas de adoración a la “presencia somática” fuera de la Misa⁷⁹. Entre ellas se destacan los actos piadosos que suscitó la fiesta del *Corpus Christi* y las exposiciones solemnes.

c) La fiesta del Corpus Christi

+ Antecedentes históricos e institución de la fiesta

El surgimiento de la fiesta en honor al Santísimo Sacramento, conocida como *Corpus Christi* o *Corpus Domini* o simplemente *Corpus*⁸⁰, está estrechamente vinculado a la devoción de querer contemplar el pan eucarístico y a la práctica de su reserva. Asimismo, es opinión común ver en esta fiesta, que honra solemnemente la presencia eucarística de Cristo, un deseo de prolongar lo celebrado en el Jueves Santo, día en el cual la Iglesia conmemora la institución de la santa Eucaristía⁸¹. En este día santo los fieles y toda la “Iglesia orante” acompañan procesionalmente a Jesucristo Sacramentado al “monumento”, donde es reservado. Ahí se viven momentos intensos de adoración prolongada durante la noche en que el Señor Jesús «fue entregado», (cfr. 1Cor 11,23 ss.), la «noche de la indiferencia de muchos»⁸²:

⁷⁹ Cfr. J. A. JUNGSMANN, *o. c.*, 172; M. RIGHETTI, *o. c.*, Vol. II, 541-542.

⁸⁰ Cfr. J. M. CANALS, *o. c.*, 30.; J. ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, *Teología y Espiritualidad del Año Litúrgico*, 340-343. Originalmente esta «fiesta eucarística» se denominó *Festum sanctissimi corporis Domini nostri Iesu Christi*. Durante mucho tiempo también se llamó *Nova sollemnitatis*. El actual Misal Romano, promulgado en 1970 por Pablo VI, se llama *Sanctissimi corporis et sanguinis Christi sollemnitatis*, destacando la “única Eucaristía” bajo las dos especies y haciendo memoria de la Sangre de Cristo. Y esto se ve actualmente en las lecturas del ciclo B (Ex 24,3-8; Heb 9,11-15; Mc 14,12.22-26), en las que se destaca el “valor sacrificial y redentor de la sangre eucarística”. J. Ordóñez Márquez en su referida obra explica lúcidamente la gran riqueza que ha ganado la liturgia de la Palabra de la solemnidad del Corpus con la reforma postconciliar. Se ha acentuado y profundizado en cada ciclo litúrgico «la vivencia de un aspecto esencial del riquísimo contenido del misterio eucarístico».

⁸¹ Cfr. Mt 26,26-28 (y paralelos). Se debe tener en cuenta que el acento, no excluyente, de la celebración del Jueves Santo, día que la Iglesia inicia el Santo Triduo Pascual, está sobre todo en el aspecto sacrificial (“la noche en que fue entregado”). En cambio, en la fiesta del Corpus se acentuará sobre todo la adoración de la presencia real de Jesucristo en la santa Eucaristía. Ambas realidades son aspectos de un mismo misterio. Cfr. J. ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, *o. c.*, 338-343.

⁸² Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa del Corpus Christi*, Roma, 26/05/2005. En esta bella homilía el Santo Padre señala la continuidad y las diferencias entre la procesión eucarística del Jueves Santo y la vivida en la fiesta del Corpus.

La Iglesia se ha dado cuenta de que el Jueves Santo nos ha dejado una maravillosa y misteriosa realidad sacramental, vinculada con nuestra vida en el tiempo, y por ello en un cierto sentido, permanente, siempre presente y jamás bastante meditada, apreciada, celebrada. Entonces la Iglesia ha establecido esta festividad, como una reflexión del Jueves Santo que los hombres de esta tierra participen en él⁸³.

Ahora bien, los principales hechos que impulsaron la institución de la fiesta del *Corpus Christi* fueron, por un lado, las “relevaciones” de santa Juliana de Retines. Y por otro, el milagro eucarístico de Bolsena, que se da en un contexto de gran fervor eucarístico.

Santa Juliana nació en Retines cerca de Lieja (Bélgica), en 1193. Esta humilde religiosa hospitalaria, quedó huérfana a los 7 años y fue educada por las religiosas agustinianas de Mont-Cornillon⁸⁴. A los 14 años pidió ser admitida entre las hermanas del convento, recibiendo el hábito de profesa en 1207. Se destacó desde los inicios de su vida religiosa por una profunda devoción a la santa Eucaristía. En 1222 es nombrada priora del referido convento. Alrededor de 1208 tuvo una visión en la que se le manifestó la «luna llena resplandeciente», pero con una mancha oscura en una de sus partes. Después de dos años ella llega a la conclusión, a partir de una experiencia mística, que la luna representaba la Iglesia de su tiempo y la parte oscura la ausencia de una solemnidad en el Año Litúrgico. Así entendió que la Iglesia debía celebrar año tras año una fiesta solemne en honor a la santa Eucaristía.

La santa agustiniana del convento de Mont-Cornillon después de veinte años comunicó sus «revelaciones» a su director espiritual, Juan de Lausana, quien obtuvo el juicio favorable de los más insignes teólogos, como el provincial de los dominicos, Hugo de Thierry y el archidiácono de Lieja, Santiago Pantaleón de Troyes. Luego de continuas insistencias al obispo de Lieja, Roberto de Thorote, se introdujo la fiesta en honor al Santísimo Sacramento en el año 1246⁸⁵. Se debería celebrar anualmente, el jueves siguiente a la solemnidad de la Santísima Trinidad. En el año 1247 se celebró por primera vez la solemnidad del *Corpus Christi*.

⁸³ PABLO VI, *Homilía en la Misa del Corpus Christi*, Roma, 17/06/76

⁸⁴ El convento de Mont-Cornillon, que a fines del siglo XIII fue uno de los centros del movimiento eucarístico que renovó e impulsó enormemente la devoción eucarística. Fue fundado en 1124 por el obispo Albergo de Lieja.

⁸⁵ La fiesta se instituyó a través de la Carta Pastoral *Inter alia mira*. El obispo de Lieja invocó tres razones para ello: «la refutación de la herejía de Berengario de Tours, la reparación de la negligencia con que se recibía la comunión, y la conmemoración de la institución del Sacramento», L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 47.

Años más tarde Hugo de Thiery fue creado cardenal y nombrado Legado de la Santa Sede en Alemania. Esto le permitió confirmar la *Nova sollemnitatis* para todo el territorio de su legación. Este hecho contribuirá en la rápida difusión de la fiesta. Asimismo, en 1261 Santiago Pantaleón fue elegido Papa, con el nombre de Urbano IV, quien fue poco a poco comprendiendo la necesidad de extender a toda la Iglesia la celebración del *Corpus*. Un hecho que determinó la decisión del Santo Padre fue el recibir noticias del milagro de los «corporales ensangrentados por la hostia consagrada», ocurrido en Bolsena en 1264⁸⁶. El Papa impulsado por este prodigio, deseando que el «excelso y venerable sacramento, amable y adorado», sea «celebrado, exaltado con las más emotivas alabanzas, por los cantos inspirados, por las más íntimas fibras del alma, por los más devotos obsequios»⁸⁷ y a petición de varios obispos, ese mismo año publicó en Orvieto la Bula *Transiturus de hoc mundo*, con la cual se instituye para toda la Iglesia la solemnidad del *Corpus Christi*:

Que cada año, pues, sea celebrada una fiesta especial y solemne de tan gran sacramento, además de la conmemoración cotidiana que de él hace la Iglesia, y establecemos un día fijo para ello, el primer jueves después de la octava de Pentecostés. También establecemos que en el mismo día se reúnan a este fin en las iglesias devotas muchedumbres de fieles, con generosidad de afecto, y todo el clero, y el pueblo, gozosos entonen cantos de alabanza, que los labios y los corazones se llenen de santa alegría; cante la fe, tremole la esperanza, exulte la caridad; palpите la devoción, exulte la pureza; que los corazones sean sinceros; que todos se unan con ánimo diligente y pronta voluntad, ocupándose en preparar y celebrar esta fiesta⁸⁸.

Pero, la muerte de Urbano IV⁸⁹, ocurrida dos meses después, hizo que la Bula no tuviese efecto universal hasta cincuenta años más tarde, al ser confirmada por el Papa Clemente V⁹⁰ en el Concilio de Viena (1311-1312). Algunos años después fue incluida

⁸⁶ Tal milagro ocurrió cuando un sacerdote peregrino, identificado como Padre Praga, celebraba la Misa en la Iglesia de santa Cristina en Roma. En el momento que pronuncia las palabras de la consagración le surgen profundas dudas si Cristo estaba realmente presente en las especies sagradas. Al partir la hostia consagrada brota una gran cantidad de sangre empapando el corporal, el mantel y cayendo algunas gotas en el piso del presbiterio. El Papa pidió ver el corporal que le fue llevado con grande solemnidad y ordenó que se guardara como reliquia en Orvieto, donde surgió después un admirable templo que lo conserva hasta hoy.

⁸⁷ Cfr. URBANO IV, Bula *Transiturus de hoc mundo*.

⁸⁸ *Ibid.* Cfr. Mansi XXIII 1077 (versión latina); DH 846-847 (versión en español).

⁸⁹ El Papa Urbano IV guio a la Iglesia de Cristo en los años 1261-1264. Pese a su corto período como Sucesor de san Pedro, es considerado como uno de los grandes papas de la historia.

⁹⁰ Guio a la Iglesia entre 1305-1314. Siguiendo el consejo de Felipe el Hermoso, trasladó la residencia de la Santa Sede de Roma a Aviñón (Francia). Este período duró 70 años.

en las “Constituciones Clementinas”, publicadas por Juan XXII⁹¹ en 1317. Así, la Bula *Transiturus de hoc mundo* obtenía valor canónico definitivo. Esto permitió que la solemnidad del *Corpus* se difundiera por toda la cristiandad occidental, a tal punto que, en muchos países, como España, revistió el carácter de fiesta nacional, convirtiéndose prontamente en una de las principales solemnidades en el Año Litúrgico⁹².

El Papa Urbano IV antes de proceder a la promulgación de la fiesta del *Corpus Christi*, encargó a santo Tomás de Aquino⁹³ la preparación del oficio de la solemnidad⁹⁴:

Alguno ha notado justamente que los conceptos tratados en las tres oraciones de la Misa corresponden a la triple división escolástica, según la cual santo Tomás enfoca en la *Summa Theológica* el sacramento eucarístico. Ve, en efecto (3 q.73 a.4c), en la Eucaristía un triple simbolismo: a) en relación con el pasado, en cuanto memorial de la pasión de Cristo; b) en relación con el presente, como expresión de la unidad del cuerpo de la Iglesia, de donde se le ha dado el nombre de comunión, para indicar nuestra unión con Cristo y con cada uno de los fieles; c) en relación con el futuro, siendo prenda de aquella posesión de Dios que alcanzaremos en la patria [...]⁹⁵.

Joseph Pascher (†1979) hace un estudio detallado de los motivos por cuales se atribuye la elaboración del Oficio a santo Tomás⁹⁶. De igual modo, el P. Amado Burguera y Serrano, explicando la historia de las Secuencias⁹⁷ que aparecen en los formularios de algunas solemnes festividades litúrgicas, concuerda con la “paternidad tomista” tanto de la Secuencia (*Lauda Sión*) como de todo el Oficio litúrgico del *Corpus*. Algunos autores, con poca base histórica, sostienen que pertenecen a san Buenaventura⁹⁸.

d) Las “procesiones de carácter eucarístico”

⁹¹ Este Papa condujo la Iglesia entre 1316-1334.

⁹² Cfr. Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 102.

⁹³ Cfr. J. PASCHER, *El año litúrgico*, 292-294.

⁹⁴ El primer oficio del *Corpus Christi* fue compuesto, a petición de santa Juliana de Mont-Cornillon, por el P. Juan de Kornelienberg, agustino de Lieja, pero permaneció para uso local en esta ciudad.

⁹⁵ M. RIGHETTI, *o. c.*, Vol. I, 874.

⁹⁶ «Sabemos que el santo compuso un oficio, a ruegos de Urbano IV. El testigo seguro de ello es Tolomeo de Lucca, discípulo y confesor de santo Tomás. En su Historia de la Iglesia, Tolomeo escribe expresamente que, por encargo papal, Tomás compuso un oficio entero, tanto en lo que atañe a las lecciones como a todo el oficio, que se canta por el día y por la noche, y en la Misa, y a todo lo demás de este día. Sin embargo, se discute hasta hoy entre los autores si el oficio pretridentino es, y en qué medida lo es, el de santo Tomás», J. PASCHER, *o. c.*, p. 292. Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 210, n. 135; 212, n. 139; C. MORGA, *Adoro te devote. La devoción eucarística*, 7-9.

⁹⁷ Cfr. A. BURGUERA Y SERRANO, *Enciclopedia de la Eucaristía*, Vol. IV, 79.

⁹⁸ Cfr. J. PASCHER, *o. c.*, 80; M. BRILLANT, *o. c.*, 212-213.

Ni el Papa Urbano IV en la Bula *Transiturus* ni sus sucesores inmediatos prescribieron a una “procesión teofórica” en el día del Corpus. Pero, al poco tiempo de la muerte del antedicho Pontífice se empezó a pasear con el Santísimo por las calles y plazas de los pueblos como resultado espontáneo de la devoción y fervor popular, expresando de forma pública la fe y la adoración al Santísimo Sacramento.

Ahora bien, cabe dejar constancia de algunas manifestaciones públicas que anticiparon las procesiones eucarísticas. Podemos señalar, por ejemplo, el traslado que se realizaba con el santo Viático, llevado por el ministro con máximo honor y reverencia, acompañado de la cruz, campanas y cirios hasta la casa del enfermo. Buscando fomentar con ello, la devoción y el respeto de los fieles que acompañaban por las calles al Santísimo. Asimismo, el Jueves Santo se realizaba la llamada «procesión de los presantificados» (lo consagrado el día anterior)⁹⁹. Están también los desplazamientos que realizaba el sacerdote con «Jesucristo eucarístico» desde la sacristía al lugar donde se iba a celebrar la santa Misa. A lo largo de este recorrido los fieles se arrodillaban tributando culto de adoración al Señor Sacramentado. Por fin, se acostumbraba llevar veladamente la sagrada hostia durante la procesión del Domingo de Ramos. En esta procesión no había propiamente un culto al Santísimo, pues, tal como sucede hoy, se quería recordar fundamentalmente la entrada triunfal de Cristo a la ciudad santa de Jerusalén.

Estos antecedentes históricos están en la génesis de las primeras procesiones del Corpus, que se realizaron en Alemania (Colonia en 1279, Wuzburgo en 1298 y en Augusta 1305); en Francia – según los cánones del Concilio de Sens (a. 1320) y de Paris (a. 1350) –; en Italia (Génova 1325, Milán 1336 y en Roma en 1350); en Inglaterra (Ipawivivh en 1325) y en España se realizó en Barcelona en 1321¹⁰⁰.

Las procesiones con el Santísimo Sacramento se propagarán rápidamente, llegando a ser el momento más importante de la «solemnidad del *Corpus Domini*»¹⁰¹. Esto trajo

⁹⁹ Esta es una costumbre de la Iglesia Oriental que pasó a la Iglesia latina. Terminada la Misa Vespertina *In Coena Domini* se traslada el Santísimo Sacramento al lugar preparado para la adoración, desde donde se le volverá a llevar al altar durante la acción litúrgica del Viernes Santo para la comunión de los fieles. Cfr. M. RIGHETTI, *o. c.*, Vol. I, 808-812; J. A. ABAD IBÁÑEZ Y M. GARRIDO BONAÑO, *o. c.*, 712.

¹⁰⁰ Tal devoción se extendió también al “Nuevo Mundo”. Por ejemplo, en 1572 el Virrey Francisco de Toledo instituyó de forma obligatoria las procesiones del Corpus en el Perú virreinal y en todo el virreinato. Cfr. R. SÁNCHEZ-CONCHA B., «La devoción a la Eucaristía en el Virreinato del Perú», 2002, 38-42.

¹⁰¹ J. M. CANALS, *o. c.*, 31-32.

consigo una creciente popularidad de la fiesta, en la que los fieles no medían esfuerzos y gastos para tributar los más sublimes honores y homenajes a la “presencia somática”:

No era solo la Iglesia la que en medio de sus públicas necesidades abría su mano para hacer cuantiosos dispendios en pro de esta fiesta; eran toda suerte de personas las que alargaban sus tesoros con profusión; aquella, con la riqueza de sus ornamentos, con sus festivas colgaduras y con el vistoso y regio aparato de sus altares; estas, con el rico y variado adorno de los frontispicios de sus casas y con los artísticos festones que colaban en medio de las calles; aquella, con sus alegres himnos, con sus melodiosos instrumentos y con el armonioso y entusiasta repiqueteo de sus campanas; estas, con sus aclamados vítores de gozo y con sus uniformes vestidos y religiosas musicales bandas; aquella, con su solemne Sacrificio, con su elocuente palabra y con el culto eucarístico celebraba; estas, con sus asistencia a las funciones y profundo respeto hacia el Sacramento del Amor; [...]¹⁰².

Generalmente las procesiones se realizaban por la mañana después de la Misa propia de la festividad y se prolongaban por mucho tiempo, haciendo varias estaciones en las iglesias que se encontraban en el recorrido. Además, se detenían varias veces para bendecir con el Santísimo Sacramento a las personas que se encontraban en el camino o que se sumaban a la procesión, que terminaba obligatoriamente con la bendición eucarística.

Al principio este gesto de llevar a Cristo bajo la figura de pan por la calle, tenía una forma muy similar a la de cómo se llevaba el santo Viático. Se tomaba el copón del sagrario al finalizar la Misa y se salía por las calles. Los fieles acompañaban masivamente, rezando y cantando con profunda devoción. Ante el deseo enfervorizado de los fieles de ver la hostia consagrada, se introdujo la novedad de presentarles el Santísimo en «ostensorios o custodias», de las formas más variadas: cruces con piedras preciosas, que contenían bajo un cristal las especies sagradas; imágenes de Cristo Resucitado llevando la hostia en lugar del corazón; tabernáculos de cristal con pabellones piramidales, que fueron los más comunes, pues en ellos se podía contemplar con mayor facilidad y nitidez la sagrada forma. Algunos de estos ostensorios poseían una riqueza excepcional y tamaños monumentales¹⁰³.

Esta manifestación solemne y pública de fe en la presencia sustancial y duradera de Jesucristo en el sacramento, que es y sigue siendo la festividad del *Corpus Christi*, ha ayudado a que la devoción eucarística fuera de la Misa alcance su máxima expresión y

¹⁰² A. BURGUERA Y SERRANO, *o. c.*, Vol. IV, 190.

¹⁰³ Cfr. M. RIGHETTI, *o. c.*, Vol. I, p. 873; J. A. ABAD IBÁÑEZ, M. GARRIDO BONAÑO, *o. c.*, 749. A partir del siglo XVI se empieza a generalizar el uso de custodias en forma de sol radiante.

al mismo tiempo reciba el reconocimiento oficial, convirtiéndose en una «praxis eucarística eclesial»¹⁰⁴.

e) La exposición solemne y la bendición eucarística

Tanto la fiesta como la procesión del *Corpus Christi* contribuirán a que surjan otras formas de adoración a la santa Eucaristía fuera de la celebración, pues:

Esta presencia palpable, visible, de Dios, esta inmediatez de su presencia, objeto singular de adoración, produjo un impacto muy notable en la mentalidad cristiana occidental e introdujo nuevas formas de piedad, exigiendo rituales nuevos y creando la literatura piadosa correspondiente¹⁰⁵.

Entre las nuevas formas de adoración a la presencia real fuera de la celebración, tiene particular relieve la exposición solemne con la bendición eucarística¹⁰⁶, que en sus orígenes está unida estrechamente a la fiesta del *Corpus*. Llegada la procesión a la Iglesia no se reservaba inmediatamente el Santísimo, sino que se dejaba en el ostensorio sobre el altar mayor o lateral, mientras se celebraba la Misa o el Oficio Divino¹⁰⁷. La exposición eucarística, limitada al principio a la solemnidad del *Corpus Christi*, se extenderá a otros días del año, particularmente los jueves.

En Alemania, a finales del siglo XIV, la exposición se había convertido en una práctica de devoción cotidiana, que se irá difundiendo a otros países como Holanda y Hungría¹⁰⁸. En Italia y en España empezó practicarse recién a partir del siglo XVI. Y en el siglo XVII la exposición del Santísimo alcanza su máximo esplendor, pues los fieles encontraran en ella una ocasión particular de adorar a la presencia real del «Señor eucarístico»¹⁰⁹.

En determinadas ocasiones la frecuencia de las exposiciones eucarísticas sobrepasó los límites de la discreción y del debido respeto a la Eucaristía, reduciéndola únicamente

¹⁰⁴ Cfr. L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 48.

¹⁰⁵ A. OLIVAR, *o. c.*, 196.

¹⁰⁶ Guardando relación con la costumbre medieval de bendecir a los fieles con objetos sagrados al final de las ceremonias hechas con este fin, de igual modo una vez terminada la procesión del *Corpus* o la exposición se bendecía a los fieles con el Santísimo.

¹⁰⁷ Actualmente la autoridad eclesiástica ha prohibido la celebración de la Misa durante el tiempo en que el Santísimo Sacramento está expuesto en la misma nave de la Iglesia u oratorio. Cfr. *RCCE*, n. 83; DIEZ L. E. VALLADARES, *o. c.*, 54.

¹⁰⁸ Cfr. *Ibid.*, 51.

¹⁰⁹ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Roma*, 22/12/2005.

al deseo de contemplar la hostia y de obtener beneficios espirituales y materiales. Ante estas distorsiones los obispos, sobre todo los alemanes, intervinieron tanto para definir mejor los objetivos como la frecuencia de esta modalidad de adoración a la presencia somática de Cristo. Consecuentemente, algunos pastores las restringieron, alegando que la presencia del cuerpo y la sangre de Jesucristo fue instituida para ser comida y no mostrada y adorada¹¹⁰. Otros en cambio, limitaron el permiso a la solemnidad del *Corpus* y su correspondiente octava¹¹¹.

Con todo, estas prohibiciones o limitaciones entraban en conflicto con la experiencia devocional del pueblo fiel, que deseaba contemplar de modo más prolongado la hostia consagrada, a la que estaba acostumbrado a ver y recibir desde los siglos XI y XII. En el contexto de esta gran devoción popular los obispos y papas redujeron las prohibiciones y paulatinamente favorecieron las exposiciones eucarísticas.

Es fácilmente constatable cómo la solemnidad del *Corpus Christi* y los actos de piedad eucarística que surgen por su influjo, han marcado profundamente la evolución del culto de adoración a la Eucaristía fuera de la Misa. Y ello es una invitación continua a que acrecentemos la fe y el amor al don supremo del Sacramento del altar:

Sacudidos y movidos por esta celebración solemne, debemos dedicarnos al culto contemplativo de la Eucaristía, penetrar de alguna manera en su secreta riqueza, relacionar la forma sacramental con la forma concreta de nuestra vida presente y con la firme esperanza de la futura, abandonarnos al amor que la Eucaristía, mediante la fe, nos ofrece en proporciones infinitas¹¹².

Los siglos posteriores serán testigos del dedicado empeño de la Iglesia por orientar, preservar y fomentar el culto de adoración a la santa Eucaristía según los cauces de la auténtica doctrina teológica, buscando que esté en armonía con los demás aspectos del único misterio eucarístico. Dicho sendero recorrerá el gran Concilio de Trento, que propiciará el surgimiento de otras formas de culto a la presencia eucarística, como la Visita al Santísimo, las Cuarenta horas, la Adoración perpetua, los Congresos eucarísticos, etc. Por cierto, estas devociones fueron y son muy queridas por los fieles,

¹¹⁰ Tal argumentación no guarda relación con lo que enseñó la Iglesia desde los primeros siglos, pues la Eucaristía no debe dejar de ser adorada por el hecho de haber sido instituida para “ser comida”. Cfr. SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sobre el SI* 98, 9: *SOLANO II*, 280. Cfr. BENEDICTO XVI, *Encuentro con los niños de Primera Comunión*, Roma, 15/10/2005.

¹¹¹ La octava del Corpus fue instituida junto con la fiesta. En la actualidad se ha suprimido. Cfr. BURGUERA Y SERRANO, A., *o. c.*, Vol. IV, 192-193; J. M. CANALS, *o. c.*, 32-33.

¹¹² PABLO VI, *Alocución en la solemnidad del Corpus*, Ostia, 13/06/68.

que desean «contemplar la hostia y adorar la santa humanidad de Cristo velada bajo las especies, tributándole los honores más solemnes»¹¹³.

1.1.2. *El Concilio de Trento y sus consecuencias*

El siglo XV y los posteriores manifiestan el deseo de la Iglesia de reformarse, purificarse y renovarse espiritualmente, buscando ajustar cada vez más su vida y sus instituciones a las enseñanzas evangélicas, como siempre ha predicado¹¹⁴. Las costumbres del pueblo cristiano: clérigos y laicos, así como la vida pública y privada del clero y de la curia romana clamaban, casi angustiosamente, por una profunda transformación. De hecho, no serán pocos los que se empeñarán en llevar a la práctica este ‘deseo reformista’: predicadores por medio de sermones y misiones populares; monjes y frailes en las Congregaciones de Observancia, papas y obispos a través de concilios, sínodos y constituciones o decretos particulares. Todo ello buscando sanar un “cuerpo” que estaba seriamente enfermo, pues la crisis que la Iglesia de Cristo venía sufriendo desde finales de la Edad Media, era grave y exigía cambios radicales.

No obstante, los notables frutos¹¹⁵ que brotaron de este movimiento reformista, los abusos, la corrupción, la relajación de los cristianos y la consecuente decadencia del espíritu religioso marcaron la vida de la Iglesia de principios del siglo XVI. Este complejo contexto será terreno fértil para la rebelión y el ensañamiento contra la Iglesia Católica. Así pues, a finales de 1517, Martín Lutero, monje agustino de espíritu confuso, pero de gran energía y elocuencia, decide someter a debate en la Universidad Wittenberg la teoría de las indulgencias:

La ocasión era propicia debido al ofrecimiento de indulgencia que se hacía por toda Alemania, acompañado de un pedido de limosna. Gran parte del dinero era destinado al nuevo edificio de san Pedro en Roma; pero mucho para beneficio de los especuladores. Más la ocasión fue puramente accidental. En el estado de ánimo del momento, cualquier cosa pudo haber producido la catástrofe¹¹⁶.

¹¹³ A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 219.

¹¹⁴ Cfr. B. LLORCA, R. VILLOSLADA, *o. c.*, Vol. III, 519-658.

¹¹⁵ Hubo grandes Concilios como el de Constanza (1414), Letrán (1512), etc.; destacados predicadores, como san Vicente Ferrer; la reforma de las grandes Órdenes y el surgimiento de nuevas Congregaciones Religiosas; el movimiento de reforma en los Países Bajos, la *Devocio Moderna*; la renovación eclesiástica española; etc.

¹¹⁶ H. BELLOC, *La Crisis de nuestra Civilización*, 156.

Lutero poco a poco fue difundiendo sus ideas no solo respecto a las indulgencias, sino también sobre otros puntos de la doctrina cristiana. Ante la reacción contraria de la autoridad eclesiástica, fijó en las puertas de la iglesia de la Universidad de Wittenberg una relación de 95 tesis, que incluían explícitamente una serie de afirmaciones contrarias a la enseñanza de la Iglesia. Tales tesis se propagaron rápidamente por toda Alemania.

Esto motivó a que la Santa Sede tomase cartas en el asunto. Así que, en junio de 1518 se abrió el primer proceso formal en contra de Martín Lutero. El 15 de junio de 1520 con la bula pontificia *Exurge, Domine* condenó los errores de la doctrina luterana, señalándolos como falsos, heréticos y escandalosos. Lutero ante esto se reafirmó más aún en sus ideas, realizando actos públicos en contra de la bula papal¹¹⁷ y publicó uno de sus más apasionados escritos: *Contra la bula del anticristo*. Frente a esta actitud de persistente rebeldía, el Papa León X (1513-1521) promulgó el 3 de enero de 1521 la bula de excomunión *Decet Romanum Pontificem*. Quedaba así consumada la división del Cristianismo en Alemania, la que se difundiría por otros países de Europa¹¹⁸.

La respuesta de la Iglesia no se hizo esperar ante los graves errores de Lutero y sus seguidores, que se iban expandiendo rápidamente por el Viejo Continente. Con esta reacción y sus frutos en el siglo XVI y principios del XVII se realizó la auténtica «reforma católica»¹¹⁹. Esta reforma, ya existente desde finales del siglo XIV, alcanzará su máxima expresión con el Concilio de Trento.

Después de varios intentos fallidos de convocar el Concilio, se inauguró la primera sesión el 13 de diciembre de 1545. Se reunió en tres etapas, en un total de 25 sesiones, entre los años 1545 y 1563. En estas sesiones se trataron detenidamente los errores de los «innovadores», dándoles respuestas consistentes y poniendo (o reponiendo) los cimientos de la verdadera reforma y planteando de un modo más comprensivo y sistemático la doctrina católica.

¹¹⁷ El 20 de diciembre de 1520 Lutero quemó públicamente la bula papal. Cfr. DH 1441-1492.

¹¹⁸ Cfr. L. HERTLING, *Historia de la Iglesia*, 313-325.

¹¹⁹ Respecto a las precisiones de los términos “reforma” y “contrarreforma” véase: B. LLORCA, R. VILLOSLADA, *o. c.*, V. III, 762-764.

Martín Lutero y sus seguidores¹²⁰ cuestionaron aspectos centrales de la enseñanza católica. Evidentemente la doctrina de la Eucaristía no quedó excluida, pues criticaran duramente tanto la praxis cultual como el «uso» que la Iglesia hacía del Sacramento, considerándolo opuesto a la institución hecha por Cristo¹²¹. En este sentido, los “protestantes” atacaron principalmente dos verdades fundamentales. Por una parte, negaron la presencia real de Cristo en el pan y vino, en particular la doctrina de la transustanciación. Y por otra, rechazaron el carácter sacrificial de la santa Misa¹²². Al negar el cambio sustancial de las especies y la presencia somática permanente, los “innovadores” rechazaron la necesidad de la reserva en el sagrario, y consecuentemente, la adoración eucarística.

Esto guarda relación con la comprensión luterana de la doctrina de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía¹²³. Para Lutero Cristo está solamente presente (realmente, no sustancialmente) en las especies sagradas en el momento de la consagración, cuando se predica y se conmemora la Pasión o en el momento de la comunión, no perdurando más allá de estos momentos. Bajo este prisma, afirma que:

¹²⁰ Cabe tener en cuenta que, además de Martín Lutero (1483-1546), los otros dos grandes exponentes del “movimiento protestante” son Ulrico Zuinglio (1484-1531) y Juan Calvino (1509-1564). Los tres se opondrán radicalmente a diversos aspectos de la doctrina católica sobre la Eucaristía.

¹²¹ Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 239.

¹²² Nada justifica la rebelión contumaz y los ataques infundados de Lutero a la santa Misa, pero, los abusos que se dieron en la celebración eucarística, pueden ayudar a entender las furibundas críticas luteranas. La Comisión preparatoria del Concilio de Trento (8 de agosto de 1562) hizo una lista larga de estos abusos, que contradecían profundamente a la naturaleza misma del Sacrificio Eucarístico. Como, por ejemplo, varias Misas siendo celebradas a la vez para obtener estipendios; excesos de ritualismos durante la consagración del pan y del vino; nadie, ni siquiera el ministro, comulgaba en la celebración eucarística; colación de cadáveres “semicorruptos” en el altar durante la Misa, etc. Cfr. J. M. POWERS, *o. c.*, 30-31; C. I. GONZÁLEZ, *La Eucaristía, luz y vida del cristiano*, 197.

¹²³ Lutero no negó propiamente la presencia real de Cristo en las especies sagradas, pues pensaba que los textos de la Escritura son claros y explícitos al respecto y que no pueden ser interpretados en un sentido meramente metafórico, como veremos en detalle en el apartado sobre los fundamentos teológicos del culto eucarístico del presente trabajo. Sin embargo, rechazó vehementemente la doctrina de la transustanciación, que consideraba una invención de la Iglesia tomista”. Era, por tanto, según él, una simple cuestión de opinión y no doctrina de fe, porque no se encuentra en la Sagrada Escritura. En este orden de cosas, Calvino dice que los Padres de la Iglesia nunca hablaron de transustanciación, sino de “cambio” y compara este cambio con el bautismo. Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 188-191; M. THURIAN, *La Eucaristía*, 283-295. García Ibáñez en su resumen respecto a las críticas de Lutero a la doctrina eucarística, señala que ya en 1520, en su obra *Sobre la cautividad babilónica de la Iglesia*, «el reformador de Wittenberg comienza escribir sobre tres temas que él califica como la triple ‘cautividad’ en la que la tiranía romana (el Papado, reino de Babilonia) habría confinado el sacramento de la Eucaristía, y de la que este debe ser liberado: a) la negación de los laicos de la comunión bajo las dos especies; b) la imposición como dogma de la doctrina tomista de la transustanciación; c) haber querido hacer de la Misa un sacrificio», A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 241.

- a) No se puede adorar a Cristo en la Eucaristía, ni honrarle en fiestas y menos pasearle por las calles. Los que la adoran son unos idólatras;
- b) No hay que conservar la Eucaristía en el sagrario, sino que se debe consumir inmediatamente. Obrar de otra manera es abusar del sacramento;
- c) En las hostias y partículas que queden después de la comunión, no está presente el cuerpo de Cristo; solo está cuando se le recibe, ni antes ni después del «uso» (presencia «*in usu*»: «en el uso»¹²⁴)¹²⁵.

En consecuencia, según estas proposiciones el culto de adoración eucarística y de la reserva de las hostias consagradas en el sagrario, fuera del *usus*, son actos de idolatría. Asimismo, las procesiones y las bendiciones con el Santísimo Sacramento, según Lutero, no tienen ninguna razón de ser, pues estas y otras prácticas eucarísticas contradicen radicalmente a las normas dadas por Cristo en la Escritura¹²⁶.

A partir del 3 febrero de 1547¹²⁷ los Padres Conciliares examinaron y condenaron las proposiciones protestantes contrarias a diversos aspectos del misterio eucarístico. Y, luego de varias interrupciones, el 11 de octubre de 1551, en la sesión XIII, fueron aprobados el Decreto y Cánones sobre el sacramento de la Eucaristía¹²⁸, especificando la verdad de la presencia real y permanente, de la transustanciación y la consecuente legitimidad del culto de adoración¹²⁹:

conforme a la costumbre recibida de siempre en la Iglesia Católica, todos los fieles de Cristo en su veneración a este santísimo sacramento deben tributarle aquel culto de latría que se debe al verdadero Dios. Porque no es razón para que se le deba adorar menos, el hecho de que fue por Cristo Señor instituido para ser tomado como alimento (cfr. Mt 26,26-29)¹³⁰.

Y reafirmando más aún la centralidad del culto de adoración *extra Missam*, el Concilio tridentino establece que se mantenga la antigua, saludable y necesaria costumbre de la reserva eucarística, conocida ya en el siglo del Concilio de Nicea¹³¹.

¹²⁴ Sobre el sentido que Lutero da al concepto «*usus*» véase *Ibid.*, 245, nota 17.

¹²⁵ Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 193.

¹²⁶ Cfr. J. ALDAZÁBAL, *o. c.*, 183.

¹²⁷ En este año el Concilio se trasladó a la ciudad de Bolonia, a causa de una devastadora epidemia.

¹²⁸ Cfr. DH 1635-1661.

¹²⁹ Se ve claramente tanto en el Decreto como en los Cánones que el “Concilio no solo permite, sino que recomienda encarecidamente el cumplimiento del deber de adoración después de la celebración, subrayando el carácter apologético de la fiesta del *Corpus Christi* como expresión de poder y triunfo frente a la herejía”, L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 52.

¹³⁰ DH 1643.

¹³¹ Cfr. DH 1645 y 1657.

Bajo este mismo aspecto, alaba la práctica introducida en la Iglesia de adorar al Santísimo Sacramento en la fiesta y procesión del *Corpus Christi*¹³²:

Si alguno dijere que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía no se debe adorar con culto de latría, aun externo, a Cristo, Hijo de Dios Unigénito, y que por tanto no se le debe venerar con peculiar celebración de fiesta ni llevándosele solemnemente en procesión, según laudable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia, o que no debe ser públicamente expuesto para ser adorado, y que sus adoradores son idólatras: sea anatema¹³³.

La pronta acogida de estas definiciones tridentinas dio un gran impulso a la adoración eucarística. Ello favoreció y orientó rectamente este culto, precisando con más claridad sus objetivos y prácticas. Las antiguas formas de piedad eucarística, privadas y públicas, fueron ratificadas u orientadas rectamente. Asimismo, surgieron nuevas expresiones, impulsadas por los Papas¹³⁴, por los fundadores de Congregaciones Religiosas dedicadas a la adoración perpetua y por el pueblo cristiano en general, que manifestaban la fe y el amor de siempre a la presencia real de Cristo en el Sacramento, dentro y fuera de la santa Misa.

Al lado de esta prominente reforma, que fue impulsada particularmente por el Papa Pío V tanto en las costumbres como en la liturgia de la Iglesia¹³⁵, la fiesta del *Corpus* y las procesiones eucarísticas se volvieron a realizarse en varios países donde habían sido suprimidas a causa del protestantismo, expresando con renovado fervor la fe pública en la presencia eucarística de Jesucristo¹³⁶. La exposición se afianzó cada vez más y las devociones privadas, como las Visitas al Santísimo reservado en el tabernáculo, se hicieron más comunes y muy apreciadas por los fieles:

*El tabernáculo se convierte en el centro de la devoción: se construyen sagrarios monumentales sobre el altar, al mismo tiempo que se realizan preciosas custodias – en forma de cruz, de torre, y finalmente, en forma de sol – para facilitar la visión de la sagrada Hostia. La exposición se extenderá a diversas circunstancias, hasta que se impondrá con la forma de las Cuarenta horas*¹³⁷.

¹³² Cfr. DH 1644.

¹³³ DH 1656, c. 6.

¹³⁴ Los Papas que emprendieron la reforma inmediata al Concilio son: San Pío V (1566-1572); Gregorio XIII (1572-1585) y Sixto V (1585-1590).

¹³⁵ Este gran Papa promulgó el nuevo Misal y el nuevo Breviario. Cfr. B. LLORCA, B., R. VILLOSLADA, o. c., V. III, 881-884; H. JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, Vol. VI, 778-781.

¹³⁶ En España se introdujeron varias costumbres para dar más realce a la Fiesta del Corpus, como por ejemplo, las procesiones acompañadas de autos sacramentales llenos de fe, piedad, religiosidad y dramatismo. Cfr. J. A. ABAD IBÁÑEZ, M. GARRIDO BONAÑO, o. c., p. 712.

¹³⁷ L. E. DIEZ VALLADARES, o. c., 53.

a) Prácticas de adoración eucarística post tridentinas

+ Adoración de las Cuarenta Horas

En efecto, entre las prácticas de adoración eucarística que florecieron después del Concilio tridentino merece particular relieve la adoración de las Cuarenta Horas, que tuvo su origen en Roma en el siglo XIII¹³⁸. Esta costumbre, que quería recordar las horas que el cuerpo del Señor permaneció en el sepulcro, en el siglo XVI se afirma y alcanza su máxima expresión gracias a san Antonio María Zaccaría¹³⁹, san Felipe Neri, san Carlos Borromeo y a los Papas Clemente VIII y Urbano VIII, quien la aprobó para la Iglesia universal¹⁴⁰.

La práctica de adoración de las Cuarenta Horas se extendió rápidamente por el mundo cristiano y estuvo acompañada de la renovación y del surgimiento de cofradías dedicadas al culto de adoración eucarística. La más célebre, que será fuente de inspiración para otras, es la Archicofradía de la iglesia romana santa María Sopra Minerva, fundada en 1539¹⁴¹. Esta y otras confraternidades del Santísimo Sacramento tendrán precisamente dentro de sus propósitos la vivencia y la difusión de la adoración de las Cuarenta Horas¹⁴².

Esta modalidad de adoración eucarística se vio respaldada por la Bula *Graves et diuturnae*, publicada por el Papa Clemente VIII en 1592¹⁴³, la que contribuirá significativamente en su desarrollo y generalización:

Nos hemos decretado el establecer oficialmente en esta ciudad una cadena ininterrumpida de plegarias, por la cual, en diversos y en determinados días, se celebre la piadosa y saludable

¹³⁸ El 11 de setiembre de 1226, en Aviñón se realizó una adoración al Santísimo Sacramento por pedido de Luis VII, quien quería dar gracias al Señor por su victoria sobre los albigenses. La afluencia de fieles fue tal, que el obispo Pierre de Corbie, decidió continuar la adoración ininterrumpidamente durante el día y la noche. Propuesta que fue ratificada después por la Santa Sede.

¹³⁹ Este gran apóstol y médico, que ejerció su sacerdocio no más de 11 años, es considerado el primer fundador de esta forma de adoración eucarística.

¹⁴⁰ Para una síntesis más detallada del origen de esa práctica eucarística véase L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 53-54.

¹⁴¹ El Papa Paulo III concedió una serie de privilegios a los miembros de esta Cofradía, como indulgencias plenarias, elección del propio confesor, con facultad de absolverles incluso los pecados reservados, etc. Estos privilegios y otros se extendieron también a las otras cofradías.

¹⁴² Cfr. J. M. IRABURU, *La adoración eucarística*, 8-9.

¹⁴³ Cfr. A. BURGUERA Y SERRANO, *o. c.* Vol. V, 77-84.

devoción de las Cuarenta Horas, de forma que en cada hora del día y de la noche en todo el año suba continuamente al trono de Dios el incienso de la plegaria¹⁴⁴.

La indicación del Santo Padre para la *urbe* se extendió a todo el *orbi cristiano*. Y actualmente esta práctica eucarística se realiza en muchas diócesis del mundo. En ello ha sido de crucial importancia la Adoración Nocturna¹⁴⁵, que como asociación eucarística procura promover «culto a Jesús Sacramentado y de cuanto puede contribuir a una mayor vivencia de las celebraciones eucarísticas y de la comunión sacramental por parte de todos»¹⁴⁶.

El impulso reformador de Trento propiciará en los siglos siguientes la fundación de innumerables Congregaciones Religiosas que tendrán como carisma el culto de adoración continua a la santa Eucaristía. A través de largas horas de adoración común o individual, de actos de piedad y de reparación los miembros de muchas de estas comunidades religiosas se dedican a la oración ante el Santísimo Sacramento¹⁴⁷ pidiendo por las necesidades de la Iglesia y de toda la humanidad. Ejemplo de ello son la Congregación del Santísimo Sacramento, fundada por San Pedro Julián Eymard en 1856 y 1858; las Adoratrices del Santísimo Sacramento y de la Caridad, fundadas por Santa Micaela del Santísimo Sacramento en 1859; el Instituto de María Reparadora, su fundación se dio en 1854¹⁴⁸, etc. Los miembros de estas y otras congregaciones, como fruto del encuentro personal con Jesús Sacramentado, se despliegan en el amor al prójimo a través de diversas obras de ayuda solidaria a los demás, pues la auténtica caridad brota y se alimenta de la Eucaristía. Y esto atestigua una vez más que los «grandes santos sociales» han sido siempre «grandes almas eucarísticas»¹⁴⁹, como veremos en el último apartado de nuestro trabajo.

+ Los Congresos eucarísticos

¹⁴⁴ CLEMENTE VIII, *Graves et diuturnae*, en: M. RIGHETTI, *o. c.*, Vol. II, 545.

¹⁴⁵ Esa práctica eucarística alcanzará su forma específica recién en el s. XIX. Cfr. C. SYLVIAN, *Hermann Cohen - apóstol de la Eucaristía*, 42-50.

¹⁴⁶ JUAN PABLO II, *Alocución segunda a la Adoración Nocturna Española*, Madrid, 31/10/83.

¹⁴⁷ Cfr. *RCCE*, n. 90.

¹⁴⁸ Cfr. A. BURGUERA Y SERRANO, *o. c.*, Vol. V, 115-120.

¹⁴⁹ Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa de Corpus Christi*, 23/06/2011.

En este contexto de renovación y promoción del culto de adoración a la presencia real, surgen los Congresos eucarísticos¹⁵⁰, que tienen sus orígenes en el empeño de la señorita Émile Tamisier¹⁵¹ de promover la devoción eucarística. Esta devota insigne del Santísimo Sacramento impulsó diversas peregrinaciones a los principales lugares, que se distinguían por algún milagro eucarístico. Apoyada por Mons. Segur, en 1874 organiza una gran peregrinación a Aviñón¹⁵². Ante la gran acogida de estas manifestaciones, Tamisier une a estos actos jornadas de estudio, buscando que la Eucaristía extendiera su influencia a toda la sociedad. El primer Congreso eucarístico se realiza en 1881 en Lille (Francia). El segundo tiene lugar en Aviñón y el tercer en Lieja, donde nació la solemnidad del *Corpus Christi*¹⁵³.

Según el actual *Ritual de la sagrada comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa* los Congresos eucarísticos, que pueden ser internacionales, nacionales, regionales o diocesanos¹⁵⁴, son una manifestación de culto público a la santa Eucaristía. Durante su realización se reúnen varias acciones y celebraciones litúrgicas, expresando la indisociable unidad del misterio eucarístico. Su finalidad común es acrecentar y propagar la vida cristiana a través de actos litúrgicos y religiosos (Misas, adoraciones, procesiones y vigilijs), actos culturales (estudios dogmáticos, litúrgicos e históricos sobre la Eucaristía) y publicitarios (asambleas, simposios y exposiciones, etc.), procurando subrayar un aspecto particular de la Eucaristía. Se trata que ello ayude a renovar la vida y la «presencia social» de la Iglesia en medio del mundo, al cual está llamada a evangelizar. En este sentido, decía san Juan Pablo II en la adoración del 45º Congreso eucarístico internacional en Sevilla:

¹⁵⁰ J. M. CANALS, *o. c.*, 37-38.

¹⁵¹ Emilie Tamisier (1843-1910) nació en Tours. Perteneció a la Congregación de las Siervas del Santísimo Sacramento, funda en París por san Pedro Julián Eymard, el cual marcó profundamente su espiritualidad. Al retirarse de la vida religiosa se dedicará, motivada por el referido fundador, a la “salvación social por medio de la Eucaristía”. Cfr. L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 56, nota 43.

¹⁵² Cfr. H. JEDIN, *o. c.*, Vol. VII, 858-859; Vol. VIII, 376-377.

¹⁵³ Entre 1881 y 1914 se celebraron 25 congresos. A causa de la I Guerra Mundial, se detuvo la realización de los mismos por 8 años. En 1922 se volvió a realizar un Congreso en Roma. Cfr. B. GANTÍN, «¿Qué significa hoy celebrar un Congreso Eucarístico?», 18-24; A. BURGUERA Y SERRANO, *o. c.* Vol. V, 133-147.

¹⁵⁴ Los Congresos inicialmente se organizaron todos los años, pero luego fueron distanciándose, pues las concentraciones eran cada vez mayores y la intervención de los países fue aumentando. Pueden durar uno o varios días. Cuando son de carácter internacional su organización, preparación y funcionamiento está bajo la responsabilidad del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos, constituido por el Papa León XIII en 1879. Los primeros Estatutos fueron aprobados por Juan Pablo II en 1986 y los actuales por Benedicto XVI en 2009. Si dichos Congresos son locales (nacionales o diocesanos) se constituye un comité en la ciudad donde se van a celebrar.

Pidamos juntos a Jesucristo [...] que, tras este Congreso eucarístico, toda la Iglesia salga reforzada para la nueva evangelización que todo el mundo necesita [...]. Evangelización *por la Eucaristía, en la Eucaristía y desde la Eucaristía*: son tres aspectos inseparables de como la Iglesia vive el misterio de Cristo y cumple la misión de comunicarlo a los hombres¹⁵⁵.

En suma, todas estas manifestaciones y prácticas intensificaron hondamente el culto de adoración a la santa Eucaristía. El siglo XIX se destaca particularmente en ello, llamado el «siglo de oro de la piedad eucarística»¹⁵⁶. Al igual que en la Edad Media este gran florecimiento del culto a la presencia somática de Cristo en el Sacramento será un factor de gran relevancia para el conocimiento y el fortalecimiento de la fe del pueblo cristiano. En efecto, se veía en la renovación de la fe en Jesucristo, real y sustancialmente presente bajo la figura del pan, el remedio a la ignorancia e indiferencia religiosa, que marcaron el referido siglo¹⁵⁷ y que se prolongan hasta nuestros días.

1.1.3. *Del Concilio Vaticano II a la actualidad*

El siglo XX será heredero de las luces y sombras de la centuria precedente. Los cuestionamientos a la doctrina cristiana, los vertiginosos cambios en los distintos aspectos de la sociedad marcada, no pocas veces, por la separación entre fe y vida, por un acelerado proceso de descristianización y por el “laicismo” que «se considera la consecuencia legítima del pensamiento moderno y la norma más sabia para el ordenamiento temporal de la sociedad»¹⁵⁸, harán que el hombre moderno y contemporáneo se vea como un «niño zarandeado por estas olas», llevado «de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc.»¹⁵⁹.

Con todo, estas «sombras y olas», que también afectan el «corazón y el centro de la vida de la Iglesia», no impedirán que haya manifestaciones esplendorosas de amor y reverencia cultural hacia el misterio eucarístico, así como una progresiva recuperación de

¹⁵⁵ JUAN PABLO II, *Homilía al final de la adoración eucarística*, Sevilla 12/05/1993. Las cursivas son nuestras.

¹⁵⁶ Cfr. J. A. ABAD IBÁÑEZ, M. GARRIDO BONAÑO, *o. c.*, 425; L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 55.

¹⁵⁷ Cfr. L. HERTLING, *o. c.*, 427-440; B. LLORCA, R. VILLOSLADA, *o. c.*, Vol. V, 65-68.

¹⁵⁸ PABLO VI, *Homilía al final de la última sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II*, Roma, 7/12/1965.

¹⁵⁹ J. RATZINGER, *Homilía en la Misa Pro eligendo Pontifice*, Roma, 18/04/2005.

la unidad de sus diversos aspectos¹⁶⁰. En esto tendrá un papel clave el “movimiento litúrgico”¹⁶¹, que llega a su término en la gran “reforma litúrgica” puesta en marcha por el Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-1965), que «le ha tributado una nueva y solemnísimas profesión de fe y culto» al «inefable don de la Eucaristía»¹⁶². Es que «toda gran reforma está vinculada de algún modo al redescubrimiento de la fe en la presencia eucarística del Señor en medio de su pueblo»¹⁶³.

El Concilio, recogiendo lo que ya se venía desarrollando en el movimiento de reforma litúrgica, ha querido dejar claro la unidad e integridad del misterio eucarístico, motivando una auténtica y fructuosa participación de los fieles en la acción eucarística, pues «la principal manifestación de la Iglesia tiene lugar en la participación plena y activa de todo pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, especialmente en la misma Eucaristía, en una oración, junto a un único altar»¹⁶⁴.

Junto a este aspecto de la participación plena, activa y fructuosa de los fieles en la santa Misa, la reforma litúrgica ha acentuado la intrínseca relación existente entre el culto de adoración y la celebración de la santa Eucaristía. O sea, la presencia sacramental y permanente que adoramos proviene del Sacrificio Eucarístico y es testimonio vivo de que este se ha celebrado. Se ha promovido la práctica de la comunión sacramental frecuente, en el marco de la celebración de la Misa, que no es remplazada por la comunión espiritual, sino que ambas están íntimamente unidas y una ha de conducir a la otra. Asimismo, se puso de relieve el aspecto celebrativo y comunitario de la Acción Sacrificial, como experiencia de unidad y de comunión de toda la Iglesia. Bajo este aspecto, Romano Guardini, uno de los teólogos más

¹⁶⁰ Cfr. S. C. para los Ritos, Inst. *Eucharisticum mysterium*, n. 2; J. ALDAZÁBAL, J., o. c., 204.

¹⁶¹ Tiene sus inicios en el siglo XIX, estrechamente relacionados con la renovación del monacato benedictino. Cfr. J. M. MOLINER, *Historia de la Espiritualidad*, 458-463; H. JEDIN, o. c., Vol. IX, 443-453; P. FARNÉS, «El movimiento y la Reforma Litúrgica», 149-184.

¹⁶² PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 1.

¹⁶³ BENEDICTO XVI, Exhort. apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 6.

¹⁶⁴ Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 41. San Pío X ya venía expresando la importancia de ese aspecto del misterio eucarístico: «...la fuente primera e indispensable (del genuino espíritu cristiano) es la participación activa en los misterios sacrosantos y en la oración pública de la Iglesia», Motu Proprio *Tra le sollecitudini*. El Papa procurando que esta participación fructuosa se dé especialmente por la recepción frecuente de la sagrada comunión, promulgó dos decretos: *Sacra Tridentina Synodus* (20/12/1905), en el que invitaba a los cristianos a participar frecuentemente en la comunión y establecía las condiciones para recibir diariamente la Eucaristía, y *Quam singulari* (08/08/1910), por el que indicaba que los niños también pueden comulgar apenas alcancen la edad del uso de razón, o sea, a partir de los siete años.

influyentes del «movimiento litúrgico» y de la consecuente «reforma litúrgica postconciliar»¹⁶⁵, reflexiona:

El individuo tiene que renunciar a seguir por sus propias rutas espirituales, a centrarse en sus propios raciocinios y meditaciones. Su deber es plegarse a las intenciones de la liturgia y aceptar sus orientaciones y designios, inmolando su derecho a disponer autónomamente de sí mismo. En vez de orar por su cuenta propia, tendrá que orar en común, participando de las oraciones de la comunidad... tiene que romper el mezquino círculo de sus intereses personales, de sus reducidas aspiraciones egoístas, para unirse en espíritu a la gran familia litúrgica [...]¹⁶⁶.

a) Encíclica *Mirae Caritatis*

Cabe señalar que, esos aspectos fueron anticipadamente valorados y confirmados por el Papa León XIII¹⁶⁷ en la Encíclica *Mirae Caritatis*, del año 1902. Este escrito papal inicia recordando lo que se venía haciendo para la promoción y vivencia del culto eucarístico fuera de la Misa:

Cierto es que aun en esta materia nuestra autoridad y trabajo ha procurado ya algunas cosas. Gratísimo Nos es recordar como legítima confirmación a lo dicho, entre otras cosas el haber llenado de privilegios a no pocos institutos y sociedades dedicados al culto y perpetua adoración de la divina Hostia; el haber trabajado para se celebrasen con notoria esplendidez y utilidad los congresos eucarísticos [...]¹⁶⁸.

En seguida, el Papa pasa a abordar los distintos aspectos del misterio eucarístico: sus efectos y beneficios tanto para el fiel como para la sociedad en general; la dimensión sacrificial del Sacramento; la necesidad y los frutos de la comunión frecuente; la necesidad y el efecto reparador del debido culto de adoración a Cristo Eucarístico. Asimismo, confirma y exhorta a que se renueve las diversas formas de adoración a la presencia real, como las «visitas al divino tabernáculo y otras prácticas a este tenor, santas y sobremanera saludables; y además se ha de emprender todo aquello que la

¹⁶⁵ En el ámbito de ese “movimiento de renovación doctrinal y litúrgico-pastoral” también tuvieron un papel central Próspero Guéranger (†1875), fundador y primer abad del monasterio benedictino de Solesmes (Francia) y Lamberto Beauduin (†1960), monje benedictino de la abadía de Mont-César (Lovaina) y el gran liturgista y maestro de espiritualidad Odo Casel (†1948), de la abadía benedictina de María Laach (Alemania). Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 295-298; A. LÓPEZ QUINTÁS, *Romano Guardini. Maestro de vida*, 335-360.

¹⁶⁶ R. GUARDINI, *El Espíritu de la Liturgia*, 30. El autor en la p. 34 habla del justo lugar que debe ocupar este aspecto comunitario o «colectivo» de la acción litúrgica, que jamás puede remplazar la individualidad ni la vida interior de cada fiel que participa en la liturgia. En la misma línea advierte Pío XII en la *Mediator Dei*, nn.116-119.

¹⁶⁷ Vincenzo Gioacchino Raffaele Luigi Pecci nació en Carpineto Romano, cerca de Roma. Fue elegido Papa el 20 de febrero de 1878. Su pontificado se desarrolló hasta 1903.

¹⁶⁸ LEÓN XIII, Enc. *Mirae Caritatis*, n.1.

prudencia y la piedad sugieran con ese intento»¹⁶⁹. Finaliza exhortando a los sacerdotes a que promuevan con empeño y testimonio de vida el amor a la santa Eucaristía.

b) Encíclica *Mediator Dei*

En la misma línea, Pío XII¹⁷⁰ dio un gran impulso a la auténtica reforma litúrgica al promulgar la Encíclica *Mediator Dei*, «considerada por muchos como la *magna charta* de la reforma litúrgica»¹⁷¹. La segunda parte de este documento pontificio está dedicada íntegramente al culto eucarístico¹⁷², presentando los tres aspectos del único misterio eucarístico en un orden verdaderamente adecuado y equilibrado: *Sacrificio Eucarístico*, *Sagrada Comunión* y *Culto de Adoración a la Eucaristía*. En el apartado dedicado a la adoración eucarística el Papa Pacelli luego de exponer los principios doctrinales¹⁷³ – como la presencia real y sustancial – de este culto, confirmará y recomendará algunas formas de piedad eucarística que los fieles venían practicando desde muchos siglos, «por cierto cada día más bellas y provechosas»¹⁷⁴.

En efecto, estas verdades delineadas por los referidos documentos guardan armonía con lo que venía impulsando el movimiento litúrgico y señalan el cauce por el cual irá el culto de adoración en la reforma litúrgica postconciliar, situándolo de forma más armónica y equilibrada con la celebración de la Misa y con las demás dimensiones del misterio eucarístico.

Vale decir que, no hay entre los documentos del Concilio Vaticano II uno que se haya dedicado particularmente al culto de adoración a la Eucaristía *extra Missam*. La Constitución *Sacrosantum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia, que tiene su segundo capítulo dedicado al Sagrado misterio de la eucaristía¹⁷⁵, tampoco hace referencia a ello. Solo encontramos una alusión en el n. 18 del Decreto *Presbyterorum Ordinis*, cuando se recomienda a los presbíteros que «para cumplir con fidelidad su ministerio, gusten

¹⁶⁹ *Ibid.*, n. 24.

¹⁷⁰ Eugenio María Giovanni Pacelli nació en Roma el 2 de marzo de 1876. Guio a la Iglesia de Cristo entre 1939 y 1958.

¹⁷¹ A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 297.

¹⁷² Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, nn. 84-171.

¹⁷³ *Ibid.*, nn.161-164.

¹⁷⁴ *Ibid.*, n. 165.

¹⁷⁵ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 9. Es verdad que el Vaticano II no dedicó ningún documento específico al misterio eucarístico: «sólo un capítulo de la SC, y no desde el enfoque doctrinal, sino de la reforma. Pero lo interesante del Concilio es que todo él está lleno de alusiones a la Eucaristía como centro del misterio eclesial», J. ALDAZÁBAL, *o. c.*, 203.

cordialmente el coloquio divino con Cristo Señor en la visita y en el culto personal de la sagrada Eucaristía».

c) Encíclica *Myterium Fidei*

Ahora bien, aunque los Padres Conciliares no dedicaran un documento particular a la adoración eucarística, tres meses antes de la clausura del Concilio el Papa beato Pablo VI¹⁷⁶ le prestó especial atención en la Encíclica *Myterium Fidei*, publicada el 3 de septiembre de 1965. El Santo Padre «ha recordado la importancia de algunos puntos de la doctrina eucarística, en particular el de la presencia real de Cristo y el culto debido a este sacramento, incluso fuera de la misa»¹⁷⁷. La encíclica tiene seis partes. La quinta y sexta hablan de la importancia de vivir y a promover el «culto latréutico a la presencia real y sustancial de Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro, en la Eucaristía»:

Os rogamos, pues, Venerables Hermanos, que custodiéis pura e íntegra en el pueblo confiado a vuestro cuidado y vigilancia, esta fe que nada desea ser más ardientemente que guardar una perfecta fidelidad a la palabra de Cristo y de los Apóstoles, rechazando plenamente todas las opiniones falsas y perniciosas, y promováis, sin economizar palabras ni fatigas, el culto eucarístico, al cual deben conducir y converger finalmente todas las otras formas de piedad¹⁷⁸.

A pesar de estas contundentes enseñanzas de Pablo VI, el «silencio» de los documentos conciliares sirvió de excusa para que algunos dieran poca importancia al culto a Jesús Eucaristía fuera de la celebración e incluso intentasen suprimirlo¹⁷⁹.

¹⁷⁶ Giovanni Battista Enrico Antonio Maria Montini, nació en Brescia, Lombardía, en 1897. Guió la santa Iglesia de Dios desde el 21 de junio de 1963 hasta su muerte el 6 de agosto de 1978, en Castelgandolfo. Entre muchas acciones de su valioso y rico pontificado se destaca la reapertura del Concilio Vaticano II, interrumpido tras la muerte del Papa Juan XXIII (†1963). El 19 de octubre de 2014 fue declarado beato por el Papa Francisco en la clausura del III Sínodo Extraordinario, bajo el lema: «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización».

¹⁷⁷ S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, n. 1. Cfr. C. GONZÁLEZ, «La adoración eucarística», 24-25; L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 59-64.

¹⁷⁸ PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 64.

¹⁷⁹ «En realidad lo que ha sucedido es que las tendencias no controladas acerca de la doctrina y el culto eucarístico, latentes y tímidas antes del Concilio Vaticano II, aprovechando la ocasión del ‘aggiornamento’ que ocupa a la Iglesia en estos años, pensando que ello pueda extenderse también a preciosas y delicadísimas doctrinas tradicionales referentes a la Eucaristía, se han manifestado de diversos modos, sea por escrito, o en la práctica. Pero dichas tendencias vienen a minar dogmas fundamentales de la Revelación, preciosas doctrinas que están en el corazón de la Iglesia. No hay que maravillarse, por tanto, si el Magisterio se ha pronunciado; y esta es su importancia: el haber confirmado solemnemente la doctrina tradicional, rechazando las corrientes que amenazaban con desviar fuera de la fe verdadera. La actualización de la Iglesia ha de llevarse a cabo, pero ella no afecta a los dogmas de la Revelación, entre los cuales el dogma eucarístico es fundamental», R. MASI, «Il significato del misterio eucarístico. Commento all’ enciclica *Mysterium fidei*», 104, en: L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 64.

Dichas posturas parecen olvidar que un concilio no tiene por qué abordar todos los temas que conforman el rico abanico de la doctrina y vida cristianas. Ciertamente los Padres conciliares, guiados por la asistencia del Espíritu Santo, estudiaron y trataron los temas que consideraran importantes para la vida de la Iglesia y su presencia en el mundo de hoy. Ante esta aproximación, el entonces Card. Joseph Ratzinger, nos advierte:

En este punto nos encontramos con la teoría de la decadencia, con la canonización de los orígenes y con el romanticismo del primer milenio. La transustanciación (transformación de la esencia del pan y el vino), la adoración del Señor en el Sacramento, el culto eucarístico con la custodia y las procesiones serían, nos dice, errores medievales. Errores de los que habría que despedirse de una vez por todas. Los dones eucarísticos están para comerlos, no para contemplarlos. Estas y otras sentencias parecidas escuchamos. La ligereza con la que se hacen tales afirmaciones solo puede asombrarnos, después de densas discusiones, teológicas, ecuménicas y de historia del dogma que han ocupado a grandes teólogos en el siglo XIX en la primera mitad del XX. Todo parece ahora olvidado¹⁸⁰.

d) Instrucción *Eucharisticum Mystrium*

Los documentos magisteriales, fruto de la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II, salieron al paso de esta errónea lectura y dejaron claro una vez más la necesidad y centralidad del auténtico culto de adoración eucarística. Ello se encuentra expresado claramente en la Instrucción *Eucharisticum Mystrium*, sobre el culto del misterio eucarístico, promulgada por la Sagrada Congregación para los Ritos – hoy Congregación del Culto Divino y disciplina de los Sacramentos – en 1967.

La Instrucción, aclarando los problemas anteriores mencionados, será de suma importancia para que, en armonía con la doctrina conciliar y la reforma litúrgica, se revalore adecuadamente el culto eucarístico, dándole legitimidad y resaltando su intrínseca relación con la celebración del sacrificio eucarístico:

La celebración de la Eucaristía en el sacrificio de la misa es realmente el origen y el fin del culto que se le tributa fuera de la misa [...] Así el sacrificio eucarístico, es fuente y culminación de todo el culto de la Iglesia y de toda la vida cristiana [...]. Hay, pues, que considerar el misterio eucarístico en toda su amplitud, tanto en la celebración de la misma misa como el culto de las sagradas especies, que se reservan después de la misa para prolongar la gracia del sacrificio¹⁸¹.

¹⁸⁰ Ratzinger, 49.

¹⁸¹ S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, n. 3. Las cursivas son nuestras.

Pues bien, basándose en este criterio de «unidad indisoluble» del misterio eucarístico, el capítulo III de la Instrucción tratará el «culto debido a la santísima Eucaristía como sacramento perenne», que se deriva y conduce a la celebración de la Misa. Ahí se recoge la enseñanza secular de la Iglesia sobre las finalidades y los criterios para que se realice la reserva eucarística y sobre el valor de la adoración ante el Santísimo Sacramento reservado en el sagrario. Finalmente, la Instrucción explica algunas modalidades de culto eucarístico *extra Missam*: las procesiones eucarísticas, los distintos tipos de exposiciones y los congresos eucarísticos¹⁸², subrayando una vez más, que en tales prácticas «el culto del Santísimo Sacramento manifieste en signos su relación con la Misa»¹⁸³.

e) Ritual de la Sagrada Comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa (RCCE)

Todos estos aspectos serán recogidos y convertidos en norma litúrgica por el *Ritual de la Sagrada Comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa*, promulgado en 1973. El *Ritual*, que también recoge la doctrina propuesta por los otros documentos postconciliares, está articulado en cuatro capítulos. Se inicia con unas «Observaciones generales previas»¹⁸⁴, que dan el marco doctrinal y pastoral de la «comunión» y «de las varias formas de culto eucarístico» *extra Missam*: «exposición, procesiones y congresos eucarísticos».

Cabe señalar que, el *Ritual* refleja una evidente preocupación por orientar todo hacia la celebración eucarística, centro de la liturgia y de toda la vida de la Iglesia. Basta ver, en este sentido, algunos de los títulos de los *prenotandos*: «Relaciones entre el culto eucarístico fuera de la Misa y la celebración eucarística»; «Relaciones entre la comunión fuera de la Misa y el sacrificio». Asimismo, es importante resaltar la jerarquización que hace de los fines de la reserva eucarística: «El fin primero y primordial de la reserva de las sagradas especies fuera de la Misa es la administración

¹⁸² Para un sintético comentario sobre la importancia y la actualidad de la Instrucción véase L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 65-76.

¹⁸³ S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, n. 60.

¹⁸⁴ Cfr. RCCE, nn. 1-12. Como bien anota el Padre Diez Valladares, minusvalorar o ignorar esas introducciones podría conducir a una especie de “rubricismo o nuevo ritualismo”. Cfr. L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 76.

del viático; los fines secundarios son la distribución de la comunión y la adoración de nuestro Señor Jesucristo presente en el Sacramento»¹⁸⁵.

Bajo este prisma, el fiel que adora el Santísimo Sacramento expuesto o reservado en el sagrario es invitado a tener en cuenta «los dos polos de la presencia eucarística, la Misa como origen y la comunión como fin. Su ánimo se abrirá a la meditación del misterio celebrado, para orientarse hacia el encuentro sacramental con Cristo»¹⁸⁶. Por lo tanto, la adoración a la santa Eucaristía lleva a los fieles «a participar más plenamente del misterio pascual y a responder con agradecimiento al don de aquel que por medio de su humanidad infunde continuamente la vida en los miembros de su Cuerpo»¹⁸⁷.

Sin lugar a dudas, el culto de adoración a la santa Eucaristía fuera de la Misa en el siglo XX se presenta renovado, equilibrado y en estrecha relación con la celebración del Sacrificio de Jesucristo. Esto ayuda a comprender, en consecuencia, que en nuestra oración personal ante la presencia de Jesús Eucarístico nunca estamos solos: «Con nosotros ora siempre toda la Iglesia que celebra la Eucaristía. Oramos entonces en el ámbito de la escucha, porque oramos en el ámbito de la muerte y la resurrección, es decir, oramos allí donde es escuchada la auténtica súplica que recoge todas nuestras súplicas [...]»¹⁸⁸.

Esta perspectiva renovada del culto eucarístico aparece permanentemente en el rico Magisterio Pontificio de san Juan Pablo II¹⁸⁹, quien concedió un lugar central al misterio eucarístico en su misión de «confirmar a sus hermanos en la fe» (Cfr. Lc 22,32). Ha demostrado a lo largo de su extenso pontificado que «la animación y robustecimiento del culto eucarístico son una prueba de esa auténtica renovación que el Concilio se ha propuesto como finalidad y de la que es el punto central». Asimismo, el “papa peregrino” entendía y testimoniaba que, para vivir de la Eucaristía es insoslayable «estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento»¹⁹⁰: «Jesús nos espera en este sacramento de amor.

¹⁸⁵ RCCE, n. 5.

¹⁸⁶ L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 81.

¹⁸⁷ RCCE, n. 80.

¹⁸⁸ Ratzinger, 262.

¹⁸⁹ Juan Pablo II (Karol Józef Wojtyła) fue el papa 264 desde el 16 de octubre de 1978. Su pontificado se extendió hasta su muerte en 2005. Fue canonizado en 2014 por el Papa Francisco.

¹⁹⁰ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 25.

No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración y contemplación llena de fe [...] No cese nunca nuestra adoración»¹⁹¹.

f) Carta *Dominicae cena*

Son incontables las intervenciones realizadas por san Juan Pablo II al tratar el culto al Sacramento del Altar. Al respecto queremos destacar la Carta *Dominicae Cena*, dirigida a todos los Obispos el Jueves Santo de 1980. Dicho documento, que trata sobre el misterio y el culto de la Eucaristía, está en continuidad con lo que ha venido impulsando la reforma litúrgica postconciliar: «he tenido presente en mi mente la Encíclica de Pablo VI *Mysterium Fidei*, promulgada durante el Concilio, así como todos los documentos emanados después del mismo Concilio para poner en práctica la renovación litúrgica postconciliar»¹⁹².

El Papa exhorta a los presbíteros, a través de los obispos, a testimoniar con fe y reverencia el culto debido al sacramento eucarístico, en sus diversas formas:

Sobre todos nosotros, que somos, por *gracia* de Dios, ministros de la Eucaristía, pesa de modo particular la responsabilidad por las ideas y actitudes de nuestros hermanos y hermanas, encomendados a nuestra cura pastoral. Nuestra vocación es la de suscitar, sobre todo con el ejemplo personal, toda sana manifestación de culto hacia Cristo presente y operante en el Sacramento del amor. Dios nos preserve de obrar diversamente, de debilitar aquel culto, desacostumbrándonos de varias manifestaciones y formas de culto eucarístico, en las que se expresa una tal vez *tradicional* pero sana piedad, y sobre todo aquel «sentido de la fe», que el Pueblo de Dios entero posee, como ha recordado el Concilio Vaticano II¹⁹³.

Dominicae cena señala también algunos criterios para que se tribute auténtico culto a la santa Eucaristía. En este sentido, deja claro que el referido culto, dirigido al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo, «acompaña y se enraíza ante todo en la celebración de la liturgia eucarística». Asimismo, sigue diciendo, dado que la Eucaristía fue instituida «por amor y hace presente sacramentalmente a Cristo» es digna de «acción de gracias y de culto», que ha de manifestarse «en todo encuentro nuestro con

¹⁹¹ ID., Carta *Dominicae cena*, n. 3.

¹⁹² *Ibid.*, n. 13.

¹⁹³ *Ibid.*, n.12.

el Santísimo Sacramento, tanto cuando visitamos las iglesias como cuando las sagradas especies son llevadas o administradas a los enfermos»¹⁹⁴.

Por último, el Papa invita a todos los sacerdotes a seguir poniendo en práctica la reforma litúrgica postconciliar en lo que se refiere al culto eucarístico, «con la mirada fija en la grandeza del santísimo misterio y, al mismo tiempo, en las evoluciones espirituales y en los cambios sociales, tan significativos para nuestra época, dado que no solo crean a veces dificultades, sino que disponen además a un modo nuevo de participar en ese gran misterio de la fe»¹⁹⁵.

g) Dos grandes iniciativas en favor del culto eucarístico

En efecto, nuestra época está marcada por profundos y rápidos cambios sociales, culturales, científicos y religiosos¹⁹⁶, que muchas veces conducen al ser humano a dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», como si fuese «la única actitud adecuada en los tiempos actuales». Es decir, «se va construyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos»¹⁹⁷. Con todo, al mismo tiempo se puede constatar la presencia de una Iglesia renovada y revitalizada por los innumerables frutos del Gran Jubileo de los dos mil años del nacimiento del Verbo Eterno¹⁹⁸, que se ha «caracterizado indudablemente por un fuerte sentido eucarístico»¹⁹⁹, con el cual san Juan Pablo II nos introdujo en el tercer milenio cristiano.

Como es sabido, la vida de este Vicario de Cristo, llamado por algunos “el papa de la Eucaristía”, fue un ejemplo vivo y admirable de fe, esperanza y de amor predilecto a Jesús Sacramentado, que en los últimos años de su vida parece haber alcanzado su máxima expresión. En este sentido, basta constatar las últimas grandes acciones que ha impulsado en favor del culto eucarístico.

¹⁹⁴ *Ibid.*, n. 3. Sobre el aspecto específico de la adoración eucarística presente en la Carta véase: Ratzinger, 353-356.

¹⁹⁵ *Ibid.*, n. 13.

¹⁹⁶ Cfr. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 36. Merece la pena, tener en cuenta el análisis profundo y sintético que el Papa Francisco hace sobre “algunos de los desafíos del mundo actual” en la Exhortación Apostólica postsinodal *Evangelii Gaudium*. Véase los números 52-75.

¹⁹⁷ J. RATZINGER, J., *Homilía en la Misa Pro eligendo Pontifice*, Roma, 18/04/2005.

¹⁹⁸ San Juan Pablo II ha recogido la herencia y los enormes frutos del Año Jubilar en la referida Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, publicada al concluirse el Jubileo. Véase particularmente los números del 1 al 3.

¹⁹⁹ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n. 4. Cfr. n. 11.

+ Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*

En primer lugar, se encuentra la publicación de la magnífica Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, publicada en el 2003, vigésimo quinto aniversario del pontificado. El Papa con «esta reflexión eucarística» nos invita «a sentimientos de gran asombro y gratitud», que han de «inundar siempre a la Iglesia» reunida en la celebración y adoración del Sacramento eucarístico. Con un tratamiento breve y hondamente espiritual, san Juan Pablo II toca los aspectos esenciales del *mysterium fidei*, dejando claro su centralidad para la comunidad eclesial²⁰⁰, que «vive del Cristo Eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada»²⁰¹. El objeto principal de este documento es enseñar que «la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia»²⁰². Es decir, «si la Eucaristía hace crecer la Iglesia porque en el sacramento está Jesucristo vivo, aún antes, Él ha querido que exista la Iglesia para que ella celebre la Eucaristía»²⁰³.

La Encíclica, «segura referencia magisterial sobre la doctrina eucarística»²⁰⁴, está dividida en cinco capítulos y contiene sesenta y dos números. Por lo que se refiere al culto eucarístico *extra Missam*, se subraya en el número 10 que la reforma litúrgica del Concilio trajo «grandes ventajas para la participación más consciente, activa y fructuosa de los fieles en el Santo Sacrificio del altar»²⁰⁵ y que:

la adoración del Santísimo Sacramento tiene cotidianamente una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad. La participación devota de los fieles en la procesión eucarística en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo es una gracia de Dios, que cada año llena de gozo a quienes toman parte en ella. Y se podrían mencionar otros signos positivos de fe y amor eucarístico²⁰⁶.

²⁰⁰ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 3.

²⁰¹ *Ibid.*, n. 6.

²⁰² Para comprender correctamente esa «vinculación indisoluble entre Eucaristía e Iglesia» véase M. OUELLET, *Visión de conjunto sobre la Encíclica «Ecclesia de Eucharistia»*, Simposio Teológico-pastoral del XLVIII Congreso Eucarístico Internacional, Guadalajara, 2004. En la referida conferencia el entonces arzobispo de Quebec (2002-2010), señala, por un lado, que la «Eucaristía hace radicalmente a la Iglesia, substancialmente» y, por otro lado, la «Iglesia no hace la Eucaristía más que en cuanto ella pone las condiciones, en la obediencia a su Maestro y Esposo, para que Aquél se entregue a ella y la una a sí como su cuerpo y su esposa».

²⁰³ Sínodo de los Obispos, XI Asamblea General Ordinaria, *Instrumentum laboris*, 2005, n. 13.

²⁰⁴ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n. 4.

²⁰⁵ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 10.

²⁰⁶ *Ibid.*

Sin embargo, al lado de estas luces no faltan sombras²⁰⁷. Por una parte, el Papa santo constata con dolor, que en ciertos lugares hay un abandono casi total de la adoración eucarística. Y por otra, ciertos abusos, que contribuyen a una aproximación muy limitada al único e indivisible misterio eucarístico, oscureciendo la recta fe y doctrina católica del santo Sacramento del Altar²⁰⁸. En efecto, señala, «¿Cómo no manifestar profundo dolor por todo esto? La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones»²⁰⁹.

En el número 25, a modo de respuesta a lo planteado anteriormente, el Santo Padre manifiesta que la Santísima Eucaristía es un “tesoro inestimable”, que no se agota en su celebración, «sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia»²¹⁰. Asimismo, exhorta a los pastores, incluso con el testimonio personal, a animar e impulsar «particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas»²¹¹. Dichas prácticas han de ser entendidas y vividas desde la doctrina postconciliar, que señala la intrínseca relación entre el culto eucarístico y la celebración del Sacramento:

El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio Eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa – presencia que dura mientras subsistan las especies de pan y vino (DH 1654) –, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual²¹².

+ «Año de la Eucaristía»

La segunda última gran “iniciativa eucarística” de san Juan Pablo II fue convocar el «Año de la Eucaristía», como «un año de síntesis, una especie de culminación de todo el camino recorrido»²¹³, bajo el lema: «La Eucaristía fuente y cumbre de la vida y la misión de la Iglesia». Dicho Año se ha iniciado con el Congreso Eucarístico

²⁰⁷ Cfr. *Ibid.*

²⁰⁸ La Congregación para el Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos, por mandato de Juan Pablo II (Cfr. Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 52), publicó en el año 2004 la Instrucción *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la Santísima Eucaristía.

²⁰⁹ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 10.

²¹⁰ *Ibid.*, n. 25.

²¹¹ *Ibid.*

²¹² *Ibid.*; Cfr. *RCCE*, n. 36.

²¹³ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, n. 10.

Internacional de Guadalajara (México), en octubre de 2004 y se ha concluido el 23 de octubre de 2005, al final del XI Sínodo de los Obispos, sobre la Eucaristía²¹⁴. Por medio de la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine* el Papa invita a los fieles, en ese Año entero dedicado al «*mysterium fidei* por excelencia»²¹⁵, «a contemplar, alabar y adorar de manera especial este inefable Sacramento» y a celebrar con mayor vitalidad y fervor el Santo Sacrificio²¹⁶. Exhorta a no ahorrar esfuerzos en estar largos ratos, personales y/o comunitarios, ante el Santísimo Sacramento del Altar, con una conciencia viva de la presencia real de Cristo, testimoniándola con todo nuestro ser:

La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales. Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo²¹⁷.

h) Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*

Como sabemos, el Año de la Eucaristía se concluyó con la XI Asamblea General del Sínodo de los Obispos, dedicada a reflexionar en torno al misterio eucarístico en la vida y en la misión de la Iglesia. Dicha Asamblea Sinodal, ha dado a los fieles un conjunto de orientaciones «para que con más devoción sea adorado el Señor bajo las especies del pan y del vino, para que sean reforzados los vínculos de unidad y de comunión entre aquellos que se nutren del Cuerpo y Sangre del Señor»²¹⁸. La «riqueza multiforme de reflexiones» y las referidas orientaciones de los Padres sinodales están recogidas por el Papa Benedicto XVI²¹⁹ en la Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, publicada en el año 2007.

En el presente documento el “Papa teólogo”²²⁰ desea recomendar que el «pueblo cristiano profundice en la relación entre el misterio eucarístico, el acto litúrgico y el

²¹⁴ Cfr. *Ibid.*, n. 4.

²¹⁵ *Ibid.*, n. 11.

²¹⁶ Cfr. *Ibid.*, n. 29; BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n. 4.

²¹⁷ *Ibid.*, n. 18.

²¹⁸ Sínodo de los Obispos, XI Asamblea General Ordinaria, *Instrumentum laboris*, Vaticano 2005.

²¹⁹ El Card. Joseph Ratzinger (Marktl am Inn, Baviera, Alemania, 16 de abril de 1927) fue elegido papa el 19 de abril de 2005, tomando el nombre de Benedicto XVI. El 11 de febrero de 2013 Benedicto XVI anunció que, por su edad avanzada, ya no tenía fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino, y, por lo tanto, renunciaba al ministerio de Obispo de Roma, sucesor de san Pedro.

²²⁰ «El Papa Benedicto XVI es uno de los más grandes teólogos que se ha sentado en la silla de Pedro [...] en los largos años de su dedicación académica como profesor de teología fundamental y dogmática, ha llevado a cabo una obra teológica propia, que le sitúa en la serie de los teólogos más significativos de los siglos XX y XXI. Desde hace más de 50 años, el nombre de Joseph Ratzinger representa una original

nuevo culto espiritual que se deriva de la Eucaristía como sacramento de la caridad»²²¹. Bajo esta perspectiva, la Exhortación se estructura en tres partes que ahondan en cada una de las tres dimensiones del único e inseparable misterio eucarístico: «Eucaristía, misterio que se ha de creer»; «Eucaristía, misterio que se ha de celebrar» y «Eucaristía, misterio que se ha de vivir». Estas partes están tan estrechamente unidas que se iluminan recíprocamente, superando así posibles «dualismos entre fe eucarística y ritos, entre celebración y adoración, entre doctrina y pastoral, muchas veces presentes en la vida de la comunidad eclesial y en la reflexión teológica»²²².

El culto eucarístico *extra Missam* es tratado al final de la segunda parte de la Exhortación, bajo el título «Adoración y piedad eucarística», que se estructura en cuatro acápites: Relación intrínseca entre celebración y adoración, n. 66; Práctica de la adoración eucarística, n. 67; Formas de devoción eucarística, n. 68; Lugar del sagrario en la Iglesia, n. 69. Esta secuencia temática, según el mismo Papa, recoge y responde a la preocupación de los Padres sinodales «por cierta confusión generada, después del Concilio Vaticano II, sobre la relación entre la Misa y la adoración del Santísimo Sacramento»²²³.

Considerando lo dicho, se comprende porque el Santo Padre, en continuidad con lo propuesto por la renovación litúrgica postconciliar, inicia el referido documento, dejando claro la importancia de la relación intrínseca entre celebración eucarística y adoración. Advierte, en esta misma línea, que la aseveración «el Pan eucarístico no habría sido dado para ser contemplado, sino para ser comido», se mostró infundada «a la luz de la experiencia de oración de la Iglesia»²²⁴. Por consiguiente, «la adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí

propuesta completa de teología sistemática», G. L. MÜLLER, *Introducción del editor alemán*, Obras Completas, Vol. XI, XVII. Vale decir que, Joseph Ratzinger ya era reconocido por ser un gran teólogo mucho antes de ser elegido Papa. El Card. Joachim Meisner († 2017) en el 2005 lo ha presentado como el “Mozart de la teología”. Asimismo, el agnóstico escritor peruano Mario Vargas Llosa comentando la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid 2005, dijo que Ratzinger «es uno de los intelectuales más destacados del presente, cuyas ‘novedosas y atrevidas reflexiones’ dan respuesta a los problemas morales, culturales y existenciales de nuestro tiempo». Cfr. P. SEEWALD, *Benedicto XVI: Últimas conversaciones con Peter Seewald*, 20; P. BLANCO, *Joseph Ratzinger. Vida y teología*, 17-21.

²²¹ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 5.

²²² A. SCHOLA, *Conferencia de presentación de la Exhortación Apostólica postsinodal "Sacramentum Caritatis" de Su Santidad Benedicto XVI*, Roma, 13/03/2007.

²²³ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos*, Vaticano 13/03/2009.

²²⁴ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 66.

misma el acto más grande de adoración de la Iglesia (cfr. *Propositio* 6). Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos»²²⁵.

Partiendo de esta visión integradora y complementaria de las dimensiones del único misterio eucarístico, Benedicto XVI recomienda ardientemente a los Pastores y a los fieles la práctica de la adoración eucarística personal y comunitaria. A este respecto, subraya la gran utilidad de «una catequesis adecuada en la que se explique a los fieles la importancia de este acto de culto que permite vivir más profundamente y con mayor fruto la celebración litúrgica»²²⁶. Sugiere también una formación catequética, sobre todo en el ciclo de preparación para la Primera Comunión, que fomente el asombro ante la presencia de Jesús en la Eucaristía. El Santo Padre termina este acápite dedicado a la práctica de adoración eucarística fuera de la celebración, expresando su admiración y apoyo a los Institutos de vida consagrada, a las asociaciones de fieles y a las Cofradías que dedican una parte importante de su tiempo a la contemplación de Jesucristo Eucaristía.

En el número 68, que aborda las formas de devoción eucarística, Benedicto XVI destaca un criterio fundamental que ayuda a interpretar y a vivenciar rectamente las prácticas personales de piedad al Santísimo, evitando que se entienda o se convierta en una especie de «práctica individualista, estática o evasiva». En tal sentido, afirma que: «La relación personal que cada fiel establece con Jesús, presente en la Eucaristía, lo pone siempre en contacto con toda la comunión eclesial, haciendo que tome conciencia de su pertenencia al Cuerpo de Cristo»²²⁷. Ahora bien, el entonces teólogo Ratzinger ya había expresado la importancia de esa íntima relación en su vasta obra teológica, particularmente en sus escritos sobre la sagrada Liturgia, que aparecen mencionados a lo largo de nuestro trabajo.

En el antedicho numeral el Papa, además de exhortar a los fieles a «encontrar personalmente tiempo para estar en oración ante el Sacramento del altar», pide a las parroquias y grupos eclesiales que fomenten la adoración comunitaria. Señala, asimismo, que se ha de conservar el valor de las formas de devoción eucarística tradicionales: procesiones eucarísticas, especialmente la que se realiza en la solemnidad

²²⁵ *Ibid.*

²²⁶ *Ibid.*, n. 67.

²²⁷ *Ibid.*, n. 68.

del *Corpus Christi*, la práctica de las Cuarenta Horas, los Congresos eucarísticos locales, nacionales e internacionales, etc. En efecto, asevera, dichas «formas de devoción, debidamente actualizadas y adaptadas a las diversas circunstancias, merecen ser cultivadas también hoy»²²⁸.

La Exhortación finaliza el abordaje sobre el culto eucarístico fuera de la Misa, reflexionando sobre la adecuada ubicación del sagrario en las iglesias. Pues, esto ayuda a reconocer y a honrar la presencia real de Cristo en la Eucaristía y a tributarle el culto debido. En consecuencia, es necesario que el tabernáculo «sea identificado fácilmente por cualquiera que entre a la iglesia, gracias también a la lamparilla encendida»²²⁹. Por lo tanto, «ha de estar en la parte más noble de la iglesia, insigne, visible, hermosamente adornada y apta para la oración»²³⁰. Estos detalles, que ayudan a dar dignidad al sagrario, deben regirse por lo establecido en la Ordenación General del Misal Romano, y en último término, según el juicio del Obispo diocesano²³¹.

i) Magisterio Pontificio actual

Al concluir nuestro recorrido histórico del desarrollo y evolución del culto eucarístico *extra Missam*, queremos referirnos al actual Magisterio Pontificio. El Papa Francisco en estos cinco años de pontificado ha señalado algunos aspectos concretos de la práctica de adoración a Jesucristo Eucaristía que, en palabras suyas, significa «aprender a estar con él, a pararse a dialogar con él, sintiendo que *su presencia es la más verdadera*, la más buena, *la más importante de todas* (...) darle a él el lugar que le corresponde»²³². En esta misma línea, el Santo Padre en la primera solemnidad del *Corpus Christi* que presidía como Obispo de Roma interrogaba, «al adorar a Cristo presente realmente en la Eucaristía: ¿me dejo transformar por Él? ¿Dejo que el Señor, que se da a mí, me guíe para salir cada vez más de mi pequeño recinto, para salir y no tener miedo de dar, de compartir, de amarle a Él y a los demás?»²³³.

²²⁸ *Ibid.*

²²⁹ *Ibid.*, n. 69.

²³⁰ *Ordenación General del Misal Romano*, n. 314

²³¹ *Ibid.*, n. 315.

²³² PAPA FRANCISCO, *Homilía en el III domingo de Pascua*, 14/04/2013.

²³³ *Id.*, *Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi*, 30/05/2013.

Esta llamada del Papa Bergoglio a la Iglesia y a cada fiel a salir de sí mismo para compartir y hablar del encuentro personal con Jesucristo, mostrarlo y darlo conocer a los demás²³⁴, es una de las ideas centrales de la Exhortación Apostólica postsinodal *Evangelii Gaudium*, publicada el 24 de noviembre de 2013. Este documento recoge, por un lado, la riqueza de los trabajos de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Y por otro, expresa las preocupaciones que mueven al Sumo Pontífice en este momento concreto de la obra evangelizadora de la Iglesia²³⁵.

La referida Exhortación, como explicita el Santo Padre, no realiza un desarrollo específico sobre el culto de adoración eucarística²³⁶. Con todo, habla de esta práctica espiritual al manifestar su preocupación por la necesidad de que los fieles cristianos se renueven en un anuncio evangelizador marcado por la alegría, que nace y renace del encuentro y la familiaridad personal con Jesucristo²³⁷. Por consiguiente, considera que para llevar a cabo una evangelización «fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa»²³⁸, es indispensable vivir «momentos detenidos de adoración»²³⁹ «de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos»²⁴⁰. Asimismo, expresa su enorme alegría ante multiplicación de las «adoraciones perpetuas de la Eucaristía», que con otras instituciones y grupos responden y sostienen a la Iglesia que «necesita imperiosamente el pulmón de la oración»²⁴¹.

Finalmente, dirigiéndose a los participantes del Congreso Eucarístico Nacional de Alemania en el año 2013, el Papa Francisco subrayó un aspecto fundamental del culto eucarístico, sobre el cual hemos venido insistiendo, o sea, la intrínseca relación entre celebración y adoración:

«Es necesario aprender a vivir la santa misa», dijo un día el beato Juan Pablo II en un seminario romano, a los jóvenes que le preguntaron por el recogimiento profundo con el que celebraba (*Visita al Colegio pontificio germánico húngaro*, 18 de octubre de 1981).

²³⁴ Cfr. ID., Exhort. Apóst. postsinodal *Evangelii Gaudium*, n. 20.

²³⁵ *Ibid.*, n. 16.

²³⁶ *Ibid.*, n. 260.

²³⁷ *Ibid.*, n. 1.

²³⁸ *Ibid.*, n. 261.

²³⁹ *Ibid.*, n. 262.

²⁴⁰ *Ibid.*, n. 264.

²⁴¹ *Ibid.*, n. 262.

«¡Aprender a vivir la santa misa!». A esto nos ayuda, nos introduce, estar en adoración delante del Señor eucarístico en el sagrario y recibir el sacramento de la reconciliación²⁴².

Estas y otras reflexiones²⁴³ del Papa Francisco, nos permite constatar cuánto la renovación litúrgica postconciliar logró orientar rectamente el culto de adoración a la Eucaristía fuera de la Misa, presentándolo íntimamente unido a la celebración de los santos misterios²⁴⁴, de la que es fruto, prolongación y preparación. Como hemos visto, este “culto inestimable” ha ido desarrollándose y perfeccionándose a lo largo de los siglos sostenido por fundamentos teológicos cada vez mejor definidos a través de las diversas intervenciones del Magisterio. Pues bien, actualmente el culto al misterio eucarístico fuera de la celebración tanto en sus formas individuales cuanto comunitarias posee una sólida y firme doctrina que se plasma en su celebración y vivencia, como veremos en seguida.

²⁴² PAPA FRANCISCO, *Mensaje al Congreso Nacional de Alemania*, Colonia, 30/05/13.

²⁴³ A partir del 6 de noviembre de 2017 el Papa Francisco inició un ciclo de Catequesis dedicadas a «comprender bien el valor y el significado» de la santa Misa, que se han tener cuenta, dado que el culto eucarístico *extra Missam* está intrínsecamente ligado a la celebración, como hemos venido reiterando.

²⁴⁴ CEC, n. 1330.

CAPÍTULO II

FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS

Ante la importancia de conocer y profundizar en este tesoro doctrinal, veamos algunos fundamentos teológicos del culto de adoración a la santa Eucaristía *extra Missam*, que nos permitirán seguir adentrando en este aspecto del único misterio eucarístico, ante el cual se somete nuestro corazón por completo y se rinde totalmente al contemplarlo, pues:

Al realizar el memorial, la Iglesia tiene la certeza de que por la invocación y obra del Espíritu Santo y por la proclamación eficaz de las mismas palabras de la institución eucarística, su Señor glorioso, con la potencia que tiene sobre todas las cosas, se hace presente real, personal y sustancialmente en el pan y en el vino, cambiando su naturaleza en su persona de Verbo encarnado, que sufrió y fue glorificado, en toda la riqueza de su humanidad hecha de pasión y de gloria, tal como está actualmente en el cielo [...]²⁴⁵.

2.1. La presencia real de Jesucristo en las especies eucarísticas

La Iglesia cree, en consecuencia, que el Señor Jesús cumple su promesa de estar con nosotros todos los días el hasta fin del mundo (cfr. Mt 28,16-20), particularmente cuando se hace realmente presente en las especies sagradas del pan y del vino consagrados. Él en persona decidió que así lo fuera al instituir la santa Eucaristía, tal como testimonia san Pablo en su predicación:

Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, *la noche en que fue entregado, tomó pan*, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «*Este es mi cuerpo que se da*

²⁴⁵ E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad*, Vol. II, 59.

por vosotros; haced esto en recuerdo mío». Asimismo, también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre». Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío. Pues, cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga (1Cor 11,23-26)²⁴⁶.

Así pues, Jesucristo perpetúa el Sacrificio de la Cruz y confía a su Iglesia el memorial de su Muerte y Resurrección: «sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual Cristo es nuestra comida, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura»²⁴⁷. Por este motivo, la presencia real del “cuerpo glorioso” del Resucitado en la Eucaristía no es «algo pasivo en sí, sino una fuerza que nos atrapa y nos acoge, y que nos quiere introducir en ella»²⁴⁸, pues dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn 6,56-57).

Toda esta enseñanza, que escandalizó y escandaliza a no pocos (Cfr. Jn 6,41-43), nos pone ante el misterio de la presencia real, sustancial y permanente de Jesucristo en la Eucaristía, eje del misterio eucarístico y fundamento del culto de adoración al Santísimo Sacramento, tal como afirma el *RCCE*: «Este culto de adoración se basa en una razón muy sólida y firme: sobre todo porque a la fe en la presencia real del Señor le es connatural su manifestación externa y pública»²⁴⁹.

2.1.1. Testimonio de los Padres de la Iglesia

La Iglesia ha ido desarrollando poco a poco, a través de la profundización teológica y la devoción de los fieles, esta verdad de fe. Y en esto la doctrina y el testimonio de los Padres, tanto griegos como latinos²⁵⁰, es de máxima importancia. Desde los primeros Padres encontramos una permanente y clara confesión de la presencia real de Jesucristo en las especies eucarísticas.

²⁴⁶ Dentro de los relatos de la institución (Lc 22,19-20; Mc 14,22-24; Mt 26,26-28), el referido texto paulino es considerado “más antiguo texto escrito (años 54-57)”. Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 157.

²⁴⁷ Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 47.

²⁴⁸ Ratzinger, 253.

²⁴⁹ *RCCE*, n. 5.

²⁵⁰ Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 114-144.

Por ejemplo, nótese la claridad con la cual san Ignacio de Antioquía (†117 aprox.) afirma la verdad de la «presencia somática de Cristo en las santas especies» frente al docetismo, que negaba la encarnación del Verbo, y consecuentemente, la «Eucaristía como misterio de presencia y de comunión con la humanidad de Cristo»²⁵¹:

De la Eucaristía y de la oración se apartan (los docetas), porque no confiesan que *la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo*, la que padeció por nuestros pecados, la que por bondad resucitó el Padre. Por tanto, los que contradicen al don de Dios litigando, se van muriendo. Mejor les fuera amar para que también resucitasen²⁵².

Esta afirmación categórica de fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, se repetirá en muchos otros Padres, como es el caso de san Justino (aprox. 130-165), que expresa con particular claridad la identidad entre los «dones eucaritizados» con la presencia somática de la carne y la sangre de Cristo, mediante la “acción poderosa” de la «palabra de oración (palabras de la consagración) que procede de Él mismo»:

Este alimento se llama entre nosotros ‘Eucaristía’, y a nadie le es lícito participar de él sino al que cree que nuestra doctrina es verdadera, ha sido purificado con el bautismo para el perdón de los pecados y para la regeneración, y vive como Cristo enseñó. Porque estas cosas no las tomamos como pan ordinario ni bebida ordinaria, sino que, como Jesucristo nuestro Salvador, asumió nuestra carne y nuestra sangre para nuestra salvación, por el Verbo de Dios, así también enseñamos que el alimento eucaritizado mediante la palabra de oración que procede de Él [de Jesucristo] – alimento del que nuestra sangre y nuestra carne se nutren para nuestra transformación – es la carne y la sangre de aquel Jesús que se encarnó (...) ²⁵³.

San Juan Crisóstomo (†407) también confiesa, con su elocuencia propia, el realismo de la presencia somática de Cristo en los dones sagrados:

Puesto que tratamos del cuerpo (del Señor), pensamos cuantos participamos del cuerpo, cuantos gustamos esta sangre, que somos participantes del cuerpo que nada difiere o se distingue de aquel (cuerpo de Cristo), porque gustamos de aquel que está sentado arriba (en el cielo) y de aquel que es adorado por los ángeles y que está cerca de la virtud incorruptible²⁵⁴.

Asimismo, el “Doctor de la Eucaristía”, deja claro que más allá de las apariencias, en el Sacramento está presente el verdadero cuerpo de Cristo, el mismo que ha nacido de la

²⁵¹ A. GARCÍA IBÁÑEZ, o. c., 113.

²⁵² SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Ermineos*, C. 7, n. 1: SOLANO I, 74. Las cursivas son nuestras.

²⁵³ SAN JUSTINO, *Apología I*, c. 66: SOLANO I, 92.

²⁵⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre la Carta a los Efesios*, 3, n. 3ss: SOLANO I, 912.

Virgen María, que fue crucificado, muerto, resucitado y ahora está glorioso a la diestra del Padre. Y, por lo tanto, hemos de acoger este misterio con fe y reverencia:

Obedezcamos, pues, dondequiera a Dios, y no le contradigamos, aunque lo que Él diga parezca contrario a nuestra razón y a nuestros ojos: antes sea su palabra de más autoridad que nuestra razón y nuestros ojos. Hagámoslo así también en lo tocante a los misterios [eucarísticos], no mirando solo a lo que tenemos delante, sino reteniendo sus palabras. Porque su palabra es infalible, y nuestro sentido es muy falible. Su palabra jamás faltó, mientras que el sentido las más de las veces se engaña. Ya, pues, que su palabra dice: Este es mi cuerpo, obedezcamos y creamos, y veámosle con los ojos espirituales. Porque nada sensible nos dio Cristo, sino que, por medio de cosas sensibles, nada nos dio sino espiritual²⁵⁵.

Esta verdad de la presencia real, fundamento tanto de la adoración como de la celebración eucarística, aparece con la misma clarividencia en los Padres latinos. Entre ellos queremos destacar, en primer lugar, a san Ambrosio de Milán (†397). Este gran pastor y catequista en su doctrina eucarística, testimonia con contundencia el realismo de la presencia somática de Cristo en las ofrendas, que se cumple en virtud de la fuerza creadora y transformadora de las palabras institucionales. Al respecto enseña:

Antes de la consagración es pan; mas apenas se añaden las palabras de Cristo es el Cuerpo de Cristo. Además, escúchale que dice: ‘Tomad y comed todos, porque esto es mi cuerpo’. Antes de las palabras de Cristo el cáliz está lleno de vino y agua; más en cuanto las palabras de Cristo han obrado, en el cáliz se hace [presente] la sangre de Cristo, que redimió al pueblo. Ved, pues, de cuántas maneras la palabra de Cristo es capaz de convertir (*convertere*) todas las cosas. El mismo Señor Jesús nos asegura que recibimos su cuerpo y su sangre. ¿Acaso podemos dudar de su fidelidad y de su testimonio?²⁵⁶

En efecto, para el Obispo de Milán queda claro que el poder de la palabra de Cristo es capaz tanto de crear todas las cosas como de transformar su naturaleza, lo mismo que sucede con las especies consagradas:

Quizás me digas: “Mi pan es pan corriente”. Pero este pan es pan antes de las palabras sacramentales; mas una vez que recibe la consagración, de pan se hace carne de Cristo. Vamos, pues, a demostrar esto. ¿Cómo puede el que es pan ser cuerpo de Cristo? ¿Y la consagración con que palabras se realiza y quien las dijo? Con las palabras que dijo el Señor Jesús. Porque todo lo que se dice antes son palabras del sacerdote, alabanzas a Dios, oraciones en que se pide por el pueblo, por los reyes, por los demás; más en cuanto llega el momento de que se haga el sacramento venerable, ya el sacerdote no habla con sus palabras, sino que emplea las de Cristo. Luego es la palabra de Cristo la que hace este sacramento. ¿Cuál es la palabra de Cristo? Aquella con la que todo ha sido hecho²⁵⁷.

²⁵⁵ *Ibid.*, *Homilías sobre san Mateo*, n. 4: *SOLANO I*, 799.

²⁵⁶ SAN AMBROSIO DE MILÁN, *Sobre los Sacramentos*, L. 4, c. 5.6: *SOLANO I*, 550.

²⁵⁷ *Ibid.*: *SOLANO I*, 541-542.

Ahora bien, entre los Padres latinos, nadie como san Agustín de Hipona (†430), el “Doctor de la Gracia”, transmite tan categóricamente este realismo de la presencia eucarística, que ha de ser adorada, sino de lo contrario pecaríamos, como aparece indicado en su comentario del versículo 5 del Salmo 98: «Adorad el escabel de sus pies, porque es santo»:

¿Qué tenemos que adorar? El escabel de sus pies. Se dice escabel lo que está bajo los pies (...) Pregunto cuál sea el escabel de sus pies y me dice la Escritura: *La tierra es el escabel de mis pies* (Is 66,1). Fluctuando, me vuelvo a Cristo, porque a Él le busco aquí; y encuentro como sin impiedad se puede adorar la tierra y sin impiedad se puede adorar el escabel de sus pies. Porque tomó de la tierra, tierra; porque la carne es de la tierra, y de la carne de María tomó carne. Y porque en esa misma carne anduvo aquí abajo, y esa misma carne nos dio a comer para la salvación, y *ninguno come esa carne sin que antes la adore, se ha encontrado el modo como se adore este escabel de los pies del Señor, y no solo no pequemos adorando, sino que pequemos no adorando*²⁵⁸.

Para aproximarnos a la inmensa riqueza de la doctrina eucarística del gran Obispo de Hipona, de la que hacemos unas muy breves alusiones, es importante tener en cuenta el marco de las controversias donatistas o pelagianas y de la reacción antimaniquea, y, sobre todo, su «teología del Sacramento, signo y símbolo; pero de un sacramento que es, en realidad, lo que significa»²⁵⁹. Desde esta perspectiva, sostiene que la Eucaristía es el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo, presente bajo las apariencias del pan y del vino. En efecto, afirma san Agustín, aunque nuestros ojos vean pan y vino, al ser santificados por la Palabra de Dios, se transforman en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo: «¿Qué veis, pues? Pan y cáliz, de lo cual salen fiadores vuestros mismos ojos. Empero, para ilustración de vuestra fe, os decimos que este pan es el cuerpo de Cristo y el cáliz su misma sangre»²⁶⁰.

El santo Doctor, asimismo, al comentar la reacción de algunos discípulos ante el “Sermón Eucarístico” pronunciado en la sinagoga de Cafarnaúm (Cfr. Jn 6,22-77), explica «el modo de presencia de la carne y de la sangre del Señor (de la naturaleza humana de Cristo, el Verbo que proviene del Padre) en los signos eucarísticos; con ellos no comemos físicamente su carne (la carne del Cristo histórico), sino que recibimos su cuerpo tal como se encuentra en el sacramento [...]»²⁶¹:

²⁵⁸ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sobre el Salmo 98*, n. 9: *SOLANO II*, 280-281.

²⁵⁹ *SOLANO II*, 186. Cfr. L. TRUJILLO DÍAZ, F. J. LÓPEZ S., o. c., 27-30.

²⁶⁰ Cfr. SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermón 272*: *SOLANO II*, 325.

²⁶¹ A. GARCÍA IBÁÑEZ, o. c., 164.

Algunos discípulos suyos se escandalizaron, casi setenta, y dijeron: *Dura es esa palabra; ¿quién puede entenderla?* (cfr. Jn 6,60). *Y se separaron de Él y no volvieron a andar con Él* (Cfr. Jn 6,66). Duro les pareció a ellos porque dijo: *Si alguno no comiere mi carne, no tendrá vida eterna*; lo entendieron neciamente, lo pensaron carnalmente, y pensaron que el Señor se había de cortar algunos trocitos de su cuerpo y dárselos a ellos, y dijeron: *Dura es esa palabra*. Ellos eran duros, no la palabra. Porque si no hubieran sido duros, sino mansos, se hubiesen dicho para sí: No sin causa dice esto, sino que aquí hay algún misterio oculto (...) Él entonces les instruyó y les dijo: *El espíritu es el que vivifica; más la carne, nada aprovecha; las palabras que os he dicho son espíritu y vida* (Jn 6,63). Entended espiritualmente lo que he hablado; no habéis de comer este cuerpo que veis, ni habéis de beber esta sangre que han de derramar los que me crucifiquen. Un Sacramento os he encomendado; entendido espiritualmente, os vivificará. Y aunque es necesario celebrarlo visiblemente, conviene entenderlo invisiblemente²⁶².

En suma, el pensamiento y la predicación de los Padres, tanto a los que nos hemos referido como toda la época patrística, son un claro y consistente testimonio de la doctrina de la presencia real y permanente de Cristo en las ofrendas consagradas. El esfuerzo constante que hicieron estos santos doctores por comprender y transmitir la identidad entre los «dones eucaristizados» y el cuerpo y la sangre de Cristo, mediante términos capaces de relacionar y distinguir la realidad de las especies y la realidad de la verdadera carne y sangre de Cristo, ayudó a que los fieles creyesen de forma incuestionable por siglos que el pan que se ve sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es realmente el cuerpo de Jesús²⁶³.

2.1.2. Controversias eucarísticas: siglos IX y XI

Sin embargo, como ya se ha visto, en el siglo IX los conflictos no resueltos entre el simbolismo de Ratramno y el realismo de Pascasio Radberto, llevarán a que Berengario de Tours (siglo XI) tome una postura extremista, en la que niega la presencia real de Cristo en las especies sagradas²⁶⁴.

Como indica José Antonio Sayés, los conflictos entre Pascasio y Ratramno se dieron por la falta de una «terminología depurada». Ni uno ni otro admite que el cuerpo y la sangre de Cristo puedan ser percibidos por los sentidos. Ambos reconocen que «están presentes en la Eucaristía *in mysterio, invisibiliter, spiritualiter*», lo que les diferencia es

²⁶² SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sobre el Salmo 98*, n. 9: SOLANO II, 282.

²⁶³ Cfr. *Ibid.*, Sermón 227, 1: SOLANO II, 314.

²⁶⁴ Cfr. *supra*, cap. I, 15-19.

la forma como entienden “la verdad”: «mientras, para Pascasio, *veritas* es igual a *realitas*, para Ratramno *veritas* es solo aquello que se percibe con los sentidos». En síntesis, ambos están de acuerdo que «Jesús está presente en la Eucaristía de forma invisible». Pero, Ratramno saca una conclusión errada, a saber, el cuerpo de Cristo en la Eucaristía es invisible, luego no es mismo que vivió en Palestina. Es mucho más acertada, sigue diciendo Sayés, la visión de Pascasio que «afirma ser el mismo, pero en forma diferente»²⁶⁵.

Berengario de Tours desde su aproximación errada al concepto de sacramento aplicado a la Eucaristía, señala que el pan y el vino, aunque determinados por las palabras consagatorias a “significar” el cuerpo y la sangre de Jesús, siguen siendo lo mismo que eran. Por lo tanto, sostendrá, la Eucaristía es un signo y no se identifica con el verdadero cuerpo y sangre de Cristo, solo existe una «*presencia in figura, in similitudine, intellectualiter, spiritualiter, in virtute*»²⁶⁶. Esta doctrina herética, ha sido condenada y Berengario fue obligado a retractarse y a firmar dos confesiones de fe en la presencia eucarística, como hemos esbozado al referirnos al impacto de estas controversias en el desarrollo histórico del culto eucarístico *extra Missam*.

El entonces Card. Joseph Ratzinger señala que, a causa de estas teorías, «en el siglo XII el misterio de la eucaristía corría el riesgo de ser desgarrado entre dos grupos que, cada uno a su manera tergiversaban su núcleo central». Unos, explica el “Papa teólogo”, estaban completamente convencidos de que «Jesús está realmente presente ahí». Sin embargo, «realidad» para ellos solo significaba lo «corporal». Consecuentemente, llegaron al «pernicioso equívoco» que en la «Eucaristía masticamos la carne del Señor», pareciendo olvidarse que Jesús ha resucitado. Otros a causa de esto, sigue diciendo Benedicto XVI, se rebelaron contra este falso «realismo». Con todo, ambos grupos cayeron en el mismo error fundamental, porque redujeron la realidad a «lo material, a lo tangible, a lo visible». Y dijeron: «como Cristo no puede estar en una corporalidad masticable, la eucaristía puede ser únicamente símbolo de Cristo, el pan solamente puede significar el cuerpo, pero no ser el cuerpo»²⁶⁷.

2.1.3. Gran síntesis teológica: santo Tomás de Aquino

²⁶⁵ J. A. SAYÉS, *o. c.*, 160.

²⁶⁶ Cfr. *Ibid.*, 162-166; A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 191-193.

²⁶⁷ Ratzinger, 258.

Ahora bien, las aportaciones y los desarrollos posteriores de grandes teólogos, que siguieron reflexionando sobre la verdad genuina del Sacramento ante estas tesis reductivas y desequilibradas, ayudarán de alguna forma a llegar a una mejor comprensión del misterio de la presencia eucarística de Cristo²⁶⁸. En efecto, teólogos como Algerio de Lieja (†1131), Hugo de san Víctor (†1141), Gregorio Bérghamo (†1146), Pedro Lombardo (†1160), Pedro de Poitiers (†1205), Lotario de Segni (futuro Inocencio III, que convoca el IV Concilio de Letrán), etc., reafirmaron que en la Eucaristía existe una presencia *in veritate*, y no solo *in figura* del cuerpo y de la sangre del Señor. Dejaron claro tanto la identidad entre el cuerpo eucarístico de Cristo y su cuerpo inmortal y glorioso, tal como se encuentra a la diestra del Padre, cuanto su presencia íntegra bajo cada una de las especies consagradas²⁶⁹.

Queremos recoger brevemente algunas reflexiones de Pedro Lombardo presentes en su *Libro de las Sentencias*, obra de suma importancia en la sistematización de la doctrina de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. El referido teólogo confiesa la identidad incuestionable entre los «dones consagrados visibles» y «la carne y la sangre de Cristo invisibles», basándose en la teología de san Agustín sobre el sacramento en cuanto signo y símbolo, pero, que es lo que significa:

la especie visible del pan es denominada con el nombre de carne y la especie visible del vino es denominada con el nombre de sangre; y la carne de Cristo se dice visible e inteligible porque según esa especie no parece carne, sino que se la entiende, y así, la sangre. La carne invisible se dice que es sacramento de la carne visible; porque la especie del pan, según la cual esa no parece carne, es el sacramento de la carne visible; porque la carne invisible, es decir, en la especie según la cual la carne de Cristo no parece carne, está significado el cuerpo de Cristo, que es visible y palpable cuando aparece en su forma propia. Lo mismo debe entenderse de la sangre²⁷⁰.

Luego de apelar a la autoridad teológica de san Ambrosio, san Agustín y Eusebio Emiseno (Faustor de Riez)²⁷¹, Pedro Lombardo, confiesa que Cristo íntegro está presente

bajo cada una de las especies convertidas: «Con estos y otros muchos testimonios consta que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo están en el altar; más

²⁶⁸ Cfr. J. ALDAZÁBAL, *o. c.*, 177-179.

²⁶⁹ Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 196-198.

²⁷⁰ *In Sent.* IV d. 10, 4.

²⁷¹ Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 168.

aún, Cristo íntegro está allí bajo ambas especies; y se convierten, la sustancia del pan en el cuerpo y la sustancia del vino en la sangre»²⁷².

Las precedentes reflexiones de Pedro Lombardo y de otros teólogos, algunos ya referidos, contribuirán significativamente hacia una mayor profundización y sistematización de la verdad de la presencia real. Esto se desembocará en una gran síntesis realizada por destacados maestros del siglo XIII, como Guillermo de Auvergne (†1249), Alejandro de Hales (†1245), san Buenaventura de Bagnoregio (†1274), san Alberto Magno (†1274) y muy especialmente santo Tomás de Aquino (†1274)²⁷³, el *Doctor communis*, de quien recogeremos algunas cuestiones fundamentales sobre la presencia eucarística del Señor en el Sacramento.

El *Doctor Angelicus*²⁷⁴, poseedor «de un alma exquisitamente eucarística», nos ofrece la mejor síntesis teológica sobre el misterio de la presencia real y sustancial del cuerpo y de la sangre del Señor en el Sacramento, contribuyendo así, significativamente en la clarificación y consolidación de la doctrina eucarística. En este sentido, es importante subrayar que:

la postura tomista es teológica, no filosófica; utiliza el aristotelismo recibido en su época a la hora de buscar la lógica del misterio, pero sus citas, sus maestros son los Padres; nos encontramos ante un creyente que busca comprender el poder de asimilar mejor el contenido de lo cree por el testimonio de Dios y nada más. Se trata de un oyente de la Palabra que da crédito a lo que el Señor pronunció. A partir de ahí, lo demás²⁷⁵.

Santo Tomás, en la III parte de la Suma Teológica, cuestiones 73 a 83, hace una presentación completa y estructurada de la doctrina eucarística. Específicamente trata los aspectos fundamentales del dogma de la presencia real y sustancial en las cuestiones 75, 76 y 77. Al respecto, subraya que en el sacramento de la Eucaristía «está el verdadero cuerpo de Cristo y su sangre, que no lo pueden verificar los sentidos, sino la

²⁷² *In Sent.* IV d. 10, 4.

²⁷³ Santo Tomás nació en 1225 en el Castillo de Roccasecca, cerca de Aquino. En 1244 ingresa en la Orden de los Predicadores. Tuvo por maestros destacados a Alejandro de Hales y a san Alberto Magno. Luego de ordenado sacerdote, se dirigió a Colonia en compañía de su maestro Alberto Magno para enseñar y estudiar a fondo las obras de Aristóteles. En 1259 es llamado a Valenciennes para participar del capítulo general de los dominicos, donde fue miembro de una comisión que estableció el programa de estudios en la Orden. En este período termina la *Summa contra gentiles*. Santo Tomás luego de una intensa vida de estudio, de labor académica, de una incansable predicación y defensa de las verdades fundamentales de la fe, que se trasluce claramente en su monumental producción teológica, murió en la abadía cisterciense de Fossanova el 7 de marzo de 1274. Cfr. BENEDICTO XVI, *Catequesis sobre Santo Tomás*, 02/06/2010.

²⁷⁴ «Quizás por sus virtudes, en particular la sublimidad del pensamiento y la pureza de la vida», *Ibid.*

²⁷⁵ L. TRUJILLO DÍAZ, F. J. LÓPEZ S., *o. c.*, 64.

sola fe, que se funda en la autoridad divina»²⁷⁶. Señala, asimismo, que «esta presencia se ajusta a la caridad de Cristo», pues, el Señor «no ha querido privarnos de su presencia corporal en el tiempo de la peregrinación, sino que nos une con él en este sacramento»²⁷⁷.

El *Aquinate* afirma que la presencia eucarística «se ajusta a la perfección de la fe», que nos lleva a reconocer que en el Sacramento la carne de Cristo está presente «de modo invisible». Y, precisamente, por no haber considerado estas razones, Berengario y otros sostuvieron que «el cuerpo y la sangre de Cristo no están en este sacramento más que como signo». Ante esta opinión herética, contraria a las palabras de Cristo²⁷⁸, santo Tomás afirma con claridad que:

El cuerpo de Cristo no está en este sacramento como un cuerpo está en un lugar con el que coinciden todas sus dimensiones, sino del modo especial y propio de este sacramento. De ahí que digamos que el cuerpo de Cristo está en diversos altares, no como distintos lugares, sino *como está en el sacramento*. Lo cual no quiere decir que Cristo esté allí solamente como signo, aunque el sacramento pertenezca a la categoría de los signos, sino que entendemos que el cuerpo de Cristo está ahí, como se ha dicho, de modo propio y peculiar de este sacramento²⁷⁹.

En la cuestión 76 el *Doctor communis*, como veremos más adelante, nos ofrece su contribución más significativa, es decir, la calificación de la presencia real de Cristo en las especies como presencia *per modum substantiae*. En realidad, esto ya estaba dicho²⁸⁰, pero con la brillante síntesis tomista, «queda más precisado y se satisfacen mejor las exigencias del realismo y del simbolismo. La presencia *per modum substantiae* contribuye a la depuración de toda concepción cafarnaítica y sensual de la presencia»²⁸¹:

después de la conversión del pan en el cuerpo, y del vino en su sangre, los accidentes de ambos permanecen. De donde se deduce que las dimensiones del pan y del vino no se convierten en las dimensiones del cuerpo de Cristo, sino que la conversión se hace de sustancia a sustancia. Y así, la sustancia del cuerpo de Cristo o de su sangre está en este sacramento en virtud del sacramento, pero no las dimensiones del cuerpo y de la sangre de Cristo²⁸².

²⁷⁶ S. Th., III, q. 75, a. 2, c.

²⁷⁷ *Ibid.*

²⁷⁸ Cfr. *Ibid.*,

²⁷⁹ S. Th., III, q. 75, a. 2, ad 3.

²⁸⁰ Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 171.

²⁸¹ J. A. SAYÉS, *o. c.*, 177.

²⁸² S. Th., III, q. 76, a. 1, ad 3.

Esta «visión sacramental» de santo Tomás²⁸³, será recogida en la respuesta del Magisterio de la Iglesia a los protestantes, que negaron y rechazaron la presencia real de Cristo en el pan y vino, en particular la transustanciación, fundamentos del culto de adoración a la Eucaristía, como ya hemos referido.

2.1.4. Enseñanzas del Concilio de Trento

La presencia real de Cristo en la Eucaristía fue negada por Calvino, Zuinglio y Ecolampadio. Martín Lutero, en cambio, afirmó esta verdad, pero la separó tajantemente de la doctrina de la transustanciación, limitándose a justificarla sobre la base de la *sola Scriptura*. Es decir, «a la pura simplicidad de la Biblia, a la pureza originaria de la institución por parte del Señor, para ponerla plenamente de relieve contra todas las añadiduras posteriores»²⁸⁴. Como hemos esbozado, Lutero limitó la presencia eucarística al momento de la celebración, desde el momento de la consagración a la comunión de los fieles, es decir, como *actio* y *usus*. Por consiguiente, según él, no tienen sentido la reserva ni adoración eucarística *extra Missam*, ni ninguna otra práctica de culto más allá de la celebración del sacramento, porque Cristo no lo instituyó para que lo adoremos, sino para que nos alimentemos de él. En suma, Lutero rechaza la unión permanente de los dones consagrados con el cuerpo y la sangre de Cristo y, en consecuencia, la «presencia del Señor *extra usum*»²⁸⁵. Ahora bien, cabría señalar que:

Algunos textos demuestran que Lutero conoció una cierta presencia real más allá del momento inmediato de la *sumptio* y que en absoluto discutió la posibilidad de una conservación para la comunión de los enfermos. Así, de modo quizá más correcto, se podría afirmar (junto con Peter Pfeiffer) que el *extra usum*, para Lutero, quiere decir *extra institutionem Christi*. Esto significa que para él la presencia real cesa allí donde se abandona el contexto de la institución de Cristo, es decir, allí donde la eucaristía es separada del nexo

²⁸³ Cfr. J. ALDAZÁBAL, *o. c.*, 178.

²⁸⁴ Ratzinger, 202.

²⁸⁵ Cfr. *Ibid.*, 201.

con el «Tomad, comed» y se hace independiente. Aquí, para Lutero, el *usus* se convierte en *abusus*, el uso en abuso, y la adoración se convierte en idolatría²⁸⁶.

Lutero al verse obligado a defender la presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Eucaristía ante los teólogos que la negaban, recurrió a algunas teorías tomadas de la teología nominalista radical, como la «consustanciación» o «impanación»²⁸⁷ y la «doctrina de la ubicuidad»²⁸⁸, todas absolutamente insuficientes e inadecuadas para explicar el misterio de la presencia eucarística²⁸⁹.

Juan Calvino (1509-1564) contraponiéndose a la doctrina luterana de la 'ubicuidad', negó explícitamente la presencia eucarística. El «protestante de Ginebra» sostiene que el cuerpo glorioso de Cristo, al estar sentado a la diestra del Padre, no puede estar presente en ninguna otra parte, por lo tanto, al estar limitado por esta espacialidad no puede hacerse presente verdadera y sustancialmente en los diversos altares, y no puede vincularse a ninguna criatura terrestre. Con todo, hay también, según Calvino, «una unión real con Cristo en la degustación de los dones eucarísticos, es decir, por el hecho de que Jesús nos *arrastra a lo alto* hacia sí mediante el Espíritu Santo»²⁹⁰. En efecto, el Espíritu Santo sería «tanto el agente de la presencia como el vínculo entre Cristo y el

²⁸⁶ *Ibid.*, 202.

²⁸⁷ Dichas teorías erróneas sostienen que en la Eucaristía permanece la sustancia tanto del pan y del vino, como la del cuerpo y sangre de Cristo. El pan y el vino no cambian ni son aniquilados luego de las palabras de la consagración. Lutero con estas explicaciones se vincula a la postura del nominalista Pierre d'Ailly (†1420), cardenal de Cambrai, Francia. Dirá que esto es posible, porque, así como se mantienen juntas la divinidad y la humanidad de Cristo, sin que la naturaleza humana se "transustancie" en la naturaleza divina del Señor luego de la encarnación, de tal modo que se puede confesar: 'este Dios es hombre' y 'este hombre es Dios', igualmente en la Eucaristía tras la consagración permanecen juntas e inalterables la sustancia del pan y la de la humanidad de Cristo, constituyéndose las dos sustancias una única realidad en la unidad del sacramento. Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 181.

²⁸⁸ Lutero usó la «doctrina de la ubicuidad» para refutar a los «sacramentarios», que consideraban imposible que el verdadero cuerpo de Cristo pudiera estar en diversas partes al mismo tiempo, en el cielo y en los altares. Para ellos el pan y el vino no serían otra cosa que un signo sagrado, una presencia meramente significada, *sacramentum* del cuerpo y sangre de Cristo. Lutero responde diciendo que Dios tiene poder para dar al cuerpo de Cristo una presencia diversa de la presencia local. Para explicar esto se basa en Guillermo de Ockham (†1349), que, conforme a su concepción voluntarista de la realidad, quiso explicar la presencia eucarística desde la idea de la «multipresencia», es decir, la voluntad divina tiene poder para hacer que el cuerpo Cristo esté presente donde quiera. El iniciador del protestantismo radicalizó esta concepción en el sentido de la omnipresencia por excelencia, de la «ubicuidad», y afirmó que el cuerpo del Señor está presente en todas partes, en todas cosas, incluso en cada piedra, en el fuego, en el agua, en todo pan. Pero, advierte que, solo podemos encontrarlo y tocarlo donde él nos lo indica con su palabra: «Una cosa es que Dios está presente, y otra, que él está presente para ti». En consecuencia, las palabras institucionales nos enseñan a buscar y a encontrar el cuerpo de Cristo – presente de por sí en toda parte y por lo tanto en cualquier pan – en un pan particular.

²⁸⁹ Cfr. Ratzinger, 204-205; A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 252; J. A. SAYÉS, *o. c.*, 185-191; M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 504-507.

²⁹⁰ Ratzinger, 198.

creyente que recibe la comunión en la fe»²⁹¹. Esta comprensión «pneumático-dinámica» del culto suscita este tipo de ideas que, sin excluir un cierto modo de presencia real eucarística, la hacen equivalente a la «común presencia real en la fe»²⁹². En este orden de cosas, Calvino dirá que la adoración de la presencia de Cristo en las especies eucarísticas es una idolatría, pues «el sentido del sacramento reside únicamente en el *actio* del cumplimiento sacramental que nos orienta rigurosamente hacia lo alto»²⁹³.

En resumen, como explica el teólogo José Antonio Sayés, «según Lutero, el cuerpo de Cristo está en la Eucaristía; para Zuinglio, la Eucaristía significa el cuerpo de Cristo; para Calvino, Cristo actúa en la Eucaristía»²⁹⁴. Evidentemente, estas aproximaciones son contrapuestas a la fe de la Iglesia, que sostenida en las palabras de Cristo en la última Cena confiesa que la sustancia del pan y del vino, realizada la consagración, se ha transformado, de modo que el adorable cuerpo y sangre de Cristo, después de ella, están verdaderamente presentes delante de nosotros bajo las especies sacramentales. Y por ello, honra y adora en la «Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos»²⁹⁵.

Pues bien, para salvaguardar esta «fe de siempre» el Concilio de Trento (1545-1563) hizo frente a las herejías y a las explicaciones insuficientes dadas por los teólogos protestantes, precisando la recta doctrina acerca de la fe y de los sacramentos, conforme a la sagrada Escritura y a la Tradición de la Iglesia. La temática sobre el misterio eucarístico es abordada, como hemos señalado, en la XIII sesión en la que se aprobó el Decreto sobre el sacramento de la Eucaristía²⁹⁶. Dicho Decreto está estructurado en 8 Capítulos y 9 Cánones. El núcleo de las definiciones conciliares se encuentra en los Cánones que responden a los aspectos negados o interpretados erróneamente por los teólogos protestantes. Los Capítulos por su parte ofrecen una explicación doctrinal del Decreto.

²⁹¹ A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 257.

²⁹² Ratzinger, 199.

²⁹³ *Ibid.*

²⁹⁴ J. A. SAYÉS, *o. c.*, 191.

²⁹⁵ PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, nn. 25-26.

²⁹⁶ Cfr. DH 1635-1661. Para tener una noción general de la historia del Decreto véase J. A. SAYÉS, *o. c.*, 192-198.

Los Padres conciliares, luego de señalar los graves errores encontrados en el pensamiento de Lutero, Zuinglio, Melancton y Calvino²⁹⁷, confesaron «abiertamente y sencillamente» respecto a la presencia somática de Cristo en las especies eucarísticas:

que, en el augusto sacramento de la Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene verdadera, real y sustancialmente [Can. 1] nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajo la apariencia de aquellas cosas sensibles. Porque no son cosas que repugnen entre sí que el mismo Salvador nuestro esté siempre sentado a la diestra de Dios Padre, según su modo natural de existir, y que en muchos otros lugares esté para nosotros sacramentalmente presente en su sustancia, por aquel modo de existencia, que, si bien apenas podemos expresarla con palabras, por el pensamiento, ilustrado por la fe, podemos alcanzar ser posible a Dios y debemos constantísimamente creerlo²⁹⁸.

Nótese, que los Padres conciliares responden directamente a la doctrina luterana de la «ubicuidad», a la explicación calvinista de la presencia *in virtute* y a la teoría de los sacramentarios que sostenían una presencia en el sacramento *in signo vel figura*. Desde esta fundamentación doctrinal define en el canon 1 como dogma la presencia verdadera, real y sustancial de Cristo en las especies eucarísticas:

Si alguno negare que en el santísimo sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre, juntamente con el alma y la divinidad, de nuestro Señor Jesucristo y, por ende, Cristo entero; sino que dijere que sólo está en él como en señal y figura o por su eficacia: sea anatema [cf. 1636 y 1640]²⁹⁹.

El Concilio sin entrar en discusiones de escuela y sin pretender hacer una exégesis exhaustiva del fundamento bíblico, reconoce un sentido real de las palabras de la institución eucarística, manteniéndose en comunión con los Padres y con el *sensus fidelium*³⁰⁰:

En efecto, así todos nuestros antepasados, cuantos fueron en la verdadera Iglesia de Cristo que disertaron acerca de este santísimo sacramento, muy abiertamente profesaron que nuestro Redentor instituyó este tan admirable sacramento en la última Cena, cuando, después de la bendición del pan y del vino, con expresas y claras palabras atestiguó que daba a sus apóstoles su propio cuerpo y su propia sangre. Estas palabras, conmemoradas por los santos evangelistas [Mt 26,26 ss.; Mc 14,22 ss.; Lc 22,19 ss.] y repetidas luego por san Pablo [1Cor 11,23 ss.], como quiera que ostentan aquella propia y clarísima significación, según la cual han sido entendidas por los Padres... [y con el] universal sentir de la Iglesia³⁰¹.

²⁹⁷ Cfr. DH 1601-1613; A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 261-262.

²⁹⁸ DH 1636. El padre Sayés sintetiza la respuesta del Concilio en cuatro puntos: «1) Defensa de la presencia real, contra de los sacramentarios. 2) Defensa de la transustanciación, contra los luteranos. 3) Defensa del culto eucarístico fuera de la Misa. 4) El problema de la comunión bajo las dos especies», J. A. SAYÉS, *o. c.*, 193.

²⁹⁹ DH 1651.

³⁰⁰ Cfr. Conc. Vat. II, Const. Dog. *Lumen gentium*, n. 12.

³⁰¹ DH 1637.

Bajo este prisma, en el canon 3 explicado detalladamente en el capítulo 3, los Padres conciliares definen que en la Eucaristía Cristo está íntegramente presente bajo cada una de las especies y bajo cada parte separada de ellas: «Si alguno negare que en el venerable sacramento de la Eucaristía se contiene Cristo entero bajo cada una de las especies y bajo cada una de las partes de cualquiera de las especies hecha la separación: sea anatema [cfr.1641]»³⁰².

Finalmente, el Concilio Tridentino también define en el canon 4 que la presencia eucarística no es sólo *in usu*, limitada exclusivamente al momento de la comunión, como sostenía equivocadamente Lutero, sino que se prolonga más allá de la celebración del Sacrificio Eucarístico. Pues, el cuerpo y la sangre de Cristo, mientras no se corrompan las especies consagradas, permanecen real y sustancialmente presentes en el Sacramento, y, por lo tanto, ha de «ser expuesto públicamente a la adoración de los fieles»:

Si alguno dijere que, acabada la consagración, no está el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo en el admirable sacramento de la Eucaristía, sino sólo en el uso, al ser recibido, pero no antes o después, y que en las hostias o partículas consagradas sobran o se reservan después de la comunión, no permanece el verdadero cuerpo del Señor: sea anatema³⁰³.

Trento ha recogido en el Decreto sobre la Santísima Eucaristía la síntesis teológica sobre la presencia real realizada en el siglo XIII, tomando elementos esenciales de la doctrina eucarística elaborada por santo Tomás de Aquino³⁰⁴. En este sentido, uno de los aportes más significativos de la síntesis tomista es la explicación «del modo cómo» se hace presente Jesucristo en las especies eucarísticas³⁰⁵.

2.2.La transustanciación

2.2.1. Aportes de santo Tomás

³⁰² DH 1653.

³⁰³ DH 1654. El canon 6 define la legitimidad del culto de adoración *extra Missam* (cfr. DH 1656) como hemos visto en el desarrollo histórico de este culto.

³⁰⁴ Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 172-177.

³⁰⁵ Cfr. *S. Th.*, III q. 76 a.5.

En efecto, el *Doctor Angelicus* partiendo de la verdad de la presencia eucarística, que «no puede ser conocida ni por los sentidos ni por el intelecto, sino por la sola fe que se funda en la autoridad divina»³⁰⁶, concluye que «el cuerpo de Cristo no puede hacerse presente en el sacramento más que por la conversión de la sustancia del pan y del vino en él»³⁰⁷. Dicho de otro modo, luego de las palabras de la consagración las sustancias del pan y del vino se «transforman totalmente»³⁰⁸ en el único e íntegro cuerpo de Cristo, el mismo que nació de María, padeció y murió en la cruz y está en el cielo, mientras subsistan las especies eucarísticas. A partir de este dato de fe, santo Tomás desarrolla la doctrina católica de la transustanciación, con la que procura explicar el «modo como» Cristo se hace realmente presente la Eucaristía, evitando el «materialismo burdo del cafarnaitismo» y la comprensión puramente simbólica de Berengario³⁰⁹.

El *Doctor communis*, ante todo, refuta la falsa doctrina de la permanencia de las sustancias del pan y del vino luego de la consagración de los mismos. Esta opinión, afirma en el artículo 2 de la cuestión 75, «hace desaparecer la verdad de este sacramento, según la cual el verdadero cuerpo de Cristo está presente en la Eucaristía. Pero no está en ella antes de la consagración»³¹⁰. Deja claro, asimismo, que tal perspectiva está en contradicción «con la forma de este sacramento, en la que se dice: *Esto es mi cuerpo*». Por tanto, si la sustancia del pan permanece allí, «la sustancia nunca sería el cuerpo de Cristo, en cuyo caso habría que decir: *Aquí* [en el pan] *está mi cuerpo*». En este sentido, dicha afirmación herética es incompatible con el culto tributado a la Eucaristía, si es que hubiese en ella «una sustancia que no pudiese ser adorada con adoración de latría». Finalmente, la antedicha opinión está en contradicción con la prescripción de abstenerse de alimento sólido antes de recibir la comunión, «mientras que después de asumir una hostia consagrada se puede asumir otra»³¹¹, pues en ella no queda nada de la sustancia de pan, alimento material sólido y perecedero, sino única y exclusivamente, el cuerpo de Cristo, «alimento que permanece para la vida eterna» (Jn 6,27).

³⁰⁶ *S. Th.*, III q. 75 a.1.

³⁰⁷ *S. Th.*, III q. 75 a. 2., c.

³⁰⁸ Cfr. *Ibid.*

³⁰⁹ Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 204.

³¹⁰ *S. Th.*, III, q. 75, a. 2, c.

³¹¹ *Ibid.*,

En seguida, el *Doctor Angelicus* descarta también que la sustancia de las especies eucarísticas tras la consagración se quede aniquilada o reducida a la «materia primitiva». Pues, no se puede afirmar que «la sustancia del pan y del vino se va reduciendo poco a poco a la materia preexistente, o que de manera sucesiva vaya saliendo de los respectivos elementos que quedan allí»³¹². Si se mantuviese esta aniquilación o reducción del pan a la materia prima, no tendría lugar la conversión de la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo, único modo que explica cómo el Señor se hace presente realmente en el Sacramento³¹³.

Al llegar a este punto, santo Tomás se pregunta: «¿Puede el pan convertirse en el cuerpo de Cristo?». Su respuesta a esta cuestión partirá de la determinación de «qué tipo de conversión» se da en la Eucaristía. En efecto, en la conversión eucarística, realizada por el solo poder divino, «toda la sustancia del pan se convierte en toda sustancia del cuerpo de Cristo, y toda la sustancia del vino, en toda la sustancia de la sangre de Cristo», por lo tanto, la conversión que se da en este sacramento «no es formal, sino sustancial, y no está contenida entre las conversiones que siguen el curso de la naturaleza, por lo que puede decirse que su nombre propio es el de *transustanciación*»³¹⁴.

Santo Tomás, sin ambages, afirma que la transustanciación, realizada por las palabras de Cristo, es totalmente sobrenatural. Es decir, aunque «los sentidos sin engaño» perciben la permanencia en toda su realidad de los accidentes del pan y del vino (dimensiones, sabor, color, etc.), estos dones ya están totalmente transformados en la sustancia del cuerpo y sangre presentes en la Eucaristía, porque «lo ha dispuesto así sabiamente la divina providencia»³¹⁵. Las dimensiones accidentales de las especies sagradas, que permanecen por esta acción milagrosa, permiten a la sustancia del cuerpo de Cristo «una nueva locación no natural, sino sobrenatural», pues, como subraya el *Aquinate*: «el cuerpo de Cristo no está en este sacramento localmente, sino a modo de sustancia, o sea, del mismo modo que la sustancia está contenida por sus propias

³¹² *S. Th.*, III, q. 75, a. 3, c.

³¹³ Cfr. *Ibid.*

³¹⁴ *S. Th.*, III, q. 75, a. 4, c.

³¹⁵ Cfr. *S. Th.*, III, q. 75, a. 5, c.; III, q. 76, a. 1, ad 3.

dimensiones. Porque en este sacramento la sustancia del cuerpo de Cristo sucede a la sustancia del pan»³¹⁶.

Bajo esta perspectiva, santo Tomás de Aquino, en conformidad con la fe católica, confiesa «que Cristo está por entero en este sacramento» – con su cuerpo, sangre, alma y divinidad – bajo las especies eucarísticas. Y esto se da de dos maneras: «una, por la propia virtud del sacramento (en virtud de la conversión sustancial); otra, por natural concomitancia»³¹⁷.

En virtud del sacramento, está bajo las especies de este sacramento aquello en lo que se convierte la preexistente sustancia del pan y del vino, tal y como queda significado en las palabras de la forma, que aquí, como en los otros sacramentos, son eficaces, como cuando se dice: *Esto es mi cuerpo, Esta es mi sangre*. Por natural concomitancia, sin embargo, está en este sacramento aquello que realmente está unido a lo que es punto de llegada en la conversión. Porque cuando las cosas están realmente unidas, donde está una realmente, ha de estar la otra también³¹⁸.

2.2.2. Enseñanzas del Concilio de Trento

El Concilio de Trento afirmara contundentemente la doctrina de la transustanciación, desarrollada aquí a grandes líneas, en contra de los errores de Lutero, Calvino y demás protestantes, que la negaron como el «modo más adecuado» de explicar el misterio de la presencia eucarística. Los Padres conciliares hacen uso del término «transustanciación» en continuidad con lo que la Iglesia siempre ha creído y enseñado, pues queda claro que dicha conversión sustancial procede de las mismas palabras institucionales de Cristo:

Cristo Redentor nuestro dijo ser verdaderamente su cuerpo lo que ofrecía bajo la apariencia de pan [Mt 26,26 ss.; Mc. 14,22 ss.; Lc 22,19 ss.; 1Cor 11,24 ss.]; de ahí que la Iglesia de Dios tuvo siempre la persuasión y ahora nuevamente lo declara en este santo Concilio, que por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. La cual conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la Santa Iglesia Católica³¹⁹.

Luego de esta explicación doctrinal, el Concilio en el canon 2 afronta directamente la doctrina luterana que, por un lado, negaba tajantemente la «transustanciación eucarística», y por otro, hablaba de la «presencia real de Cristo en el pan, con el pan y

³¹⁶ *S. Th.*, III, q. 76, a. 5, c.

³¹⁷ *S. Th.*, III, q. 76, a. 1, c.

³¹⁸ *Ibid.*

³¹⁹ DH 1642. Cfr. 1651.

bajo el pan», que después fue catalogada con el término “consustanciación”, como hemos esbozado. En el texto del referido canon se nota que los Padres conciliares distinguen entre el contenido («maravillosa y singular conversión sustancial»), que entra en la definición dogmática³²⁰ y el término “transustanciación”³²¹, sobre el cual se limitan a decir que es empleado “aptísimamente” (muy oportuno):

Si alguno dijere que en el sacrosanto sacramento de la Eucaristía permanece la sustancia de pan y de vino juntamente con el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y negare aquella maravillosa y singular conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo y de toda la sustancia del vino en la sangre, permaneciendo sólo las especies de pan y vino; conversión que la Iglesia Católica aptísimamente llama transustanciación, sea anatema [cfr. 1642]³²².

De lo dicho hasta aquí, es importante dejar claro la relación intrínseca entre la “presencia real somática de Cristo en la Eucaristía” y el *per modum substantiae* de esta presencia especial y única, adecuadamente llamado *transsubstantiatio*. En efecto, en la Eucaristía, Cristo “solo” puede hacerse realmente presente por la conversión de toda la sustancia de las especies sagradas en la sustancia de su cuerpo y de su sangre. En esta transformación total, según el Card. Ratzinger, «el Señor toma posesión del pan y del vino y de este modo los desarraiga, por así decir, de su ser habitual y los eleva a un nuevo orden; y, aunque permanecen iguales desde el punto de vista puramente físico, se transforman, más profundamente en otra cosa»³²³.

2.2.3. Nuevas interpretaciones

³²⁰ Cfr. J. A. SAYÉS, *o. c.*, 202-203; A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 268-269, nota 99.

³²¹ Para realizar una recta interpretación del dogma es fundamental conocer el significado del término *substantia* (“realidad interior”, “invisible”, en contraposición a “especies”, apariencias o forma exterior) asumido por los Padres conciliares, que simple y llanamente utilizaron los conceptos comunes de las doctrinas teológicas de su época para expresar con la mayor precisión posible la fe católica. Para ello se valieron de determinados conceptos que tenían un significado filosófico bien definido en las escuelas, pero no les atribuyeron ni asumieron el significado propio de ninguna escuela. Por lo tanto, sustancia y especie – del pan y del vino, y del cuerpo y de la sangre de Cristo – era para ellos aquello que la Tradición y el Magisterio de la Iglesia ya habían expresado con estos términos. Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 269-273. Al respecto vale la pena tener en cuenta la magnífica exposición del Card. Ratzinger, en la cual puntualiza que el justo entendimiento del concepto «sustancia» tiene repercusiones inmediatas en la manera de entender y asumir en la experiencia de fe el misterio de la presencia somática de Cristo. Véase: Ratzinger, 206-215; M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 473-498, 517-518. Para una síntesis de algunas interpretaciones de la definición tridentina véase: J. A. SAYÉS, *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, 171-176.

³²² DH 1652. Cabe tener en cuenta que, el término «transustanciación» ya había sido utilizado por el IV Concilio de Letrán, Cfr. DH 802.

³²³ Ratzinger, 259.

En mitad del siglo XX, hubo algunos teólogos que trataron de explicar de un modo diferente la conversión eucarística y la presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento. Se partía de la supuesta constatación de que al ser el término «transustanciación» fruto de la «elaboración aristotélica-tomista», ya no se adecuaba a los «tiempos modernos»³²⁴. Por este motivo, según los promotores de esta teoría, se debe repensar y reinterpretar la conversión eucarística desde la filosofía moderna. Decían que no se trata de poner en discusión la doctrina de la transustanciación y de la presencia real del Señor en las especies eucarísticas, sino «evitar hacer de ella una realidad cerrada en sí misma». Buscaban, según ellos, sobre todo, explicar desde una nueva perspectiva «el significado religioso y el fin de la celebración eucarística», subrayando el aspecto personalista y salvífico del Sacramento. Para esto se valen fundamentalmente de la fenomenología desarrollada por Husserl y sus discípulos³²⁵.

En esta «nueva perspectiva» Cristo da al pan y al vino un nuevo significado y una nueva finalidad. Estos elementos, es decir, el pan y el vino, dejan de ser «alimento natural» para el hombre y pasan a ser «alimento sobrenatural», alimento de vida eterna. Consecuentemente, las ofrendas se “transignifican”, para que se conviertan en signos en los cuales el Señor cumple la entrega de sí mismo. Y, se “transfinalizan” para que Cristo se haga presente por y para los fieles. Así que, sería más adecuado hablar en los tiempos actuales de “transignificación” y “transfinalización” que de “transustanciación”³²⁶.

Como hemos bosquejado, la Iglesia siempre ha entendido la presencia real de Cristo en la santa Eucaristía, como una presencia absoluta y objetiva, que se realiza por el milagro de la transustanciación. Esta presencia para ser tal no depende de la fe del

³²⁴ El Papa Pablo VI cuestiona enfáticamente este tipo de aproximación, pues una verdad de fe definida en un Concilio no responde solamente al contexto cultural, social y filosófico de la época en que se realiza, sino que son acomodadas a los hombres de todo tiempo y lugar. Cfr. *Mysterium fidei*, nn. 22-26.

³²⁵ Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 357-358; J. A. SAYÉS, *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, 49-50.

³²⁶ Representantes de esas nuevas formulaciones son Welte, Möller, P. Schoonenberg (†1999), E. Schillebeeckx y otros. Estos autores admiten la presencia real de Cristo en la Eucaristía y sostienen el cambio ontológico del pan y del vino como una exigencia del dogma eucarístico. Sin embargo, según ellos, fue expresado en categorías aristotélico-tomistas de sustancia y accidentes, que se derivó en el término «transustanciación». Dirán, por lo tanto, que lo mismo puede ser expresado desde la “fenomenología existencial”, que es más adecuado a los tiempos modernos. Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 362-374; M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 558-585; J. M. POWERS, *o. c.*, 157. Para una explicación profunda y sintética de las razones de fondo por las cuales estos intentos, aunque no son simplemente erróneos, son, y «de manera peligrosa, demasiado poco», véase: Ratzinger, 472.

creyente, sino de la acción sobrenatural de la palabra del Señor y de la actuación de su Espíritu sobre las especies sagradas, como lo han confesado los diversos Padres de la Iglesia y los grandes teólogos. Por lo tanto, ante esta verdad de fe, definida solemnemente por el Concilio de Trento, dichas teorías, por su acento en lo «subjetivo como causa» de la presencia de Cristo, resultan ser insuficientes para explicar cómo las especies sacramentales se convierten verdaderamente en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo³²⁷:

Lo que en la Eucaristía sucede con el pan y el vino va mucho más lejos; es mucho más que cambio de “función”. La Eucaristía sobrepasa el terreno de lo funcional. Ciertamente es la pobreza de nuestra época la que nos hace pensar y vivir en perspectivas funcionales... La importancia de la Eucaristía como sacramento de la fe consiste precisamente en que se escapa de lo funcional y toca el fundamento de la realidad. El mundo de la Eucaristía no es un mundo fantasioso; no se refiere a convenciones acordadas por nosotros y que podemos repetir a discreción, sino que se trata de la realidad y de su fundamento más profundo. Este es el punto

decisivo cuando la Iglesia rechaza el mero concepto de “cambio de función” (“transsignificación”) por estimarlo insuficiente y mantiene el de “transustanciación”³²⁸.

En la misma línea, se pronuncia claramente Pablo VI en la *Mysterium Fidei*³²⁹. El Papa beato manifiesta su profunda preocupación por ciertas opiniones «sobre el dogma de la transustanciación y del culto eucarístico, que perturban las almas de los fieles, causándoles no poca confusión en las verdades de la fe»³³⁰. Señala, asimismo, que no se puede «insistir tanto en la razón de signo sacramental, como si el simbolismo, que todos ciertamente admiten en la Santísima Eucaristía, expresase exhaustivamente el modo de la presencia de Cristo en este Sacramento», y tampoco se puede prescindir del cambio sustancial, llamado por Concilio de Trento de «transustanciación». Pues, una vez que se da esta conversión sustancial las especies eucarísticas «adquieren sin duda un nuevo significado y un nuevo fin», porque ya no son ni el pan ordinario y ni la bebida ordinaria, «sino el signo de una cosa sagrada, y signo de un alimento espiritual»; pero, es por ello «[por la transformación sustancial] que adquieren un nuevo significado y un

³²⁷ Cfr. J. A. SAYÉS, *El misterio Eucarístico*, 221-232.

³²⁸ Ratzinger, 260.

³²⁹ El Magisterio precedente ya venía manifestando su preocupación ante estas teorías. Cfr. Pío XII, Enc. *Humanis generis*, n. 20.

³³⁰ Cfr. PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 2.

nuevo fin, puesto que contienen una nueva realidad que con razón denominamos ontológica»³³¹.

En este sentido, el escrito papal deja claro que, si las teorías de la “transignificación” y la “transfinalización” son asumidas, deben ser entendidas como complementarias a la “transustanciación” y nunca como suplantación de la misma. Cabría añadir que, dichas categorías son limitadas en su intento de explicar la realidad singular de la presencia somática de Cristo en las especies eucarísticas, pues no están fundadas sobre principios teológicos sólidos, sino sobre principios de un sistema filosófico, la fenomenología, que podrían concordar mejor con el modo de pensar de nuestros contemporáneos, pero presentan los mismos puntos débiles de dicho sistema³³². A partir de esto, se puede entender la advertencia de Pablo VI: «no podemos aprobar las opiniones que defienden, y sentimos el deber de avisaros sobre el grave peligro que esas opiniones constituyen para la recta fe»³³³.

Ahora bien, los intentos de la reflexión teológica de presentar el misterio eucarístico en toda su riqueza acorde a los tiempos actuales, son muy loables. El mismo Papa Pablo VI los alienta y reconoce su valor³³⁴. Bajo este prisma, es positivo los esfuerzos por comprender la presencia real eucarística en el marco de las «otras presencias de Cristo» en la Iglesia, como se puede ver en la *Mediator Dei* y en la misma *Mysterium fidei*³³⁵, y con indiscutible claridad en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*:

Para realizar obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el Sacrificio de la Misa, ya en la persona del ministro, ofreciéndose ahora por el ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, ya, sobre todo, bajo las especies eucarísticas. Está presente con su poder en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente con su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, El, que así prometió: Donde están dos o tres congregados en mi nombre allí estoy Yo en medio de ellos (Mt 18,20)³³⁶.

Estos “modos” de la única presencia de Jesucristo, reales, por cierto, enriquecen la comprensión y contemplación del misterio de la Iglesia. Sin embargo, se ha de tener claro que el «modo como» Cristo se hace presente en las especies santas, *per modum*

³³¹ *Ibid.*, n. 6.

³³² Cfr. A. GARCÍA IBÁÑEZ, *o. c.*, 369.

³³³ PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 2.

³³⁴ Cfr. *Ibid.*

³³⁵ Cfr. PIO XII, Enc. *Mediator Dei*, n. 28; PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 5.

³³⁶ Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 7.

substantiae, es único. Esta presencia se “llama real” no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por «antonomasia», porque es «corporal y sustancial», ya que por ella se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro³³⁷. Esto hace que el sacramento de la Eucaristía, donde la presencia de Cristo alcanza su culminación, sea el más sublime y admirable de los sacramentos, porque contiene al mismo Autor de la santidad³³⁸.

En resumen, esta verdad de fe fundamenta la adoración a Cristo Eucarístico, pues creemos que Dios hecho Hombre, Resucitado y Glorioso, está realmente presente en el santo Sacramento. Él, en persona está ahí velado e invisible a nuestros sentidos, dándose generosa y permanentemente por cada uno de nosotros. Por tanto, su presencia real, verdadera y sustancial no es estática, sino profundamente dinámica, pues está en constante “dinamismo de amor”, saliendo a nuestro encuentro para escuchar y acoger nuestros ruegos y súplicas. Cristo Sacramentado espera que vayamos a su encuentro para ofrecerle «un culto que le sea grato, con religiosa piedad y reverencia» (Heb 12,28).

2.3. La reserva eucarística

Como sabemos, la Iglesia desde los comienzos ha creído que la referida presencia real de Cristo en la Eucaristía no se limita al ámbito de la celebración, sino que la desborda, pues el Señor no ha puesto restricciones a la duración de esta “presencia única y singular”, mientras las especies consagradas no se corrompan. Por consiguiente, la presencia somática del Señor eucarístico es «un don irrestricto, completamente abierto y sin límite de horizonte»³³⁹. Será, entonces, consecuencia natural de la fe en tal presencia la conservación reverente y diligente de las especies sagradas. Así queda claro también que:

la adoración no se opone a la comunión, ni tampoco corre en paralelo a ella, sino que la comunión alcanza su verdadera profundidad solo cuando está sostenida y rodeada por la adoración. La presencia eucarística en el sagrario no supone otro concepto de Eucaristía que

³³⁷ Cfr. PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 5.

³³⁸ Cfr. Conc. Vat. II, Const. Dog. *Lumen gentium*, n.11; DH, 1639.

³³⁹ J. A. ABAD, *o. c.*, 21.

está al margen o en contra de la celebración eucarística, sino que significa su plena realización³⁴⁰.

Como hemos visto la reserva de las especies eucarísticas tuvieron como primer fin la comunión de los enfermos y de los ausentes en la celebración³⁴¹. Con todo, tal práctica fue fundamental en la génesis del culto de adoración a la presencia eucarística de Cristo, tal como lo reconoció la Iglesia desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Dicho con otras palabras, aunque el Señor haya que querido permanecer en el Sacramento «para ser comido», «también en la reserva eucarística debe ser adorado, porque allí está sustancialmente presente por aquella conversión del pan y del vino que, según el Concilio de Trento, se llama apropiadamente transustanciación»³⁴².

Bajo esta perspectiva, la referida asamblea conciliar manda a que se conserve con suma diligencia el pan convertido radicalmente en el mismo cuerpo de Cristo, reconociendo, asimismo, la indiscutible antigüedad de esta “saludable y necesaria costumbre”:

se ha de reservar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía y llevarlo a los enfermos. La costumbre de reservar en el sagrario la santa Eucaristía es tan antigua que la conoció ya el siglo del Concilio de Nicea. Además, que la misma Sagrada Eucaristía sea llevada a los enfermos, y sea diligentemente conservada en las Iglesias para este uso, aparte ser cosa que dice con la suma equidad y razón, se halla también mandado en muchos Concilios y ha sido guardado por vetustísima costumbre de la Iglesia Católica. Por lo cual este santo Concilio establece que se mantenga absolutamente esta saludable y necesaria costumbre³⁴³.

Recordemos que, la reserva del pan consagrado en los sagrarios de las iglesias y oratorios prolonga la presencia real y personal de Jesucristo “procedente” de la celebración del Sacrificio Sacramental. Y esto es así, porque a diferencia de los otros sacramentos, la presencia de Cristo en la Eucaristía “no dura” sólo mientras se realiza la acción sacramental, sino que va más allá de ella, como venimos subrayando. En consecuencia, en esta verdad de la permanencia del «Cristo íntegro» en la Eucaristía y por ello reservada en el tabernáculo, el culto de adoración al Santísimo Sacramentado *extra Missam* encuentra otro de sus fundamentos. Es decir, adoramos el pan que ha sido transformado y permanece transformado, porque «Cristo mismo está ahí y permanece

³⁴⁰ Ratzinger, 52.

³⁴¹ Cfr. *supra*, capítulo I, 9-12.

³⁴² S. C. para los Ritos, Inst. *Eucharisticum mysterium*, n. 3.

³⁴³ DH 1645.

ahí»³⁴⁴. Esta confesión de fe, según el entonces Card. Ratzinger, es el origen esencial de la reserva eucarística en el sagrario:

la fe toma plena conciencia de que en la forma transformada está Él y en ella permanece. Donde esto se experimenta con todas las fibras del corazón, del entendimiento y de los sentidos, la consecuencia es forzosa: hay que encontrar para esa presencia el lugar que le corresponde. Y de este modo se desarrolla paulatinamente la forma del sagrario, que cada vez más, y cada vez más naturalmente ocupa el lugar que antiguamente le correspondía al «Arca de la Alianza» (ya desaparecida). Efectivamente, en el sagrario, de hecho, se ha realizado aquello para lo que antaño existía el Arca de la Alianza. Es el lugar del «Santísimo»³⁴⁵.

Ahora bien, el Cristo que está reservado en el sagrario es la misma persona del Verbo encarnado, el «Emmanuel eterno» que vive la plenitud de su vida divina y humana, entregándose permanentemente por nosotros³⁴⁶. Por ello, no podemos concebir esta presencia como una «presencia estática o inerte», como si fuera un «ser inanimado». El que está presente en el tabernáculo es el Cristo Vivo, que se entregó de manera plena en el sacrificio de la Cruz y sigue ofreciéndose por nosotros como «víctima viva, santa y agradable a Dios» (Rom 12,1), pues al “querer estar ahí reservado”, prolonga su acto oblativo al Padre por nosotros. Por consiguiente:

la Eucaristía es en verdad sacramento permanente, porque es signo que permanece, presencia real que perdura, oferta y don constante, memoria de una entrega salvadora para siempre. Dios, que plantó su tienda entre los hombres por la encarnación de su Hijo, quiere que esta tienda permanezca por la Eucaristía. Y de la misma manera que Cristo permanece en y por la Palabra más allá de la celebración eucarística, así también permanece por el pan una vez terminada la eucaristía: la mesa de la Palabra y la mesa del pan permanecen para siempre, como lugares donde el hombre puede experimentar el amor sin vuelta atrás de Dios, su oferta de salvación sin condiciones, su insistente y gratuidad³⁴⁷.

Al afirmar, consiguientemente, que la presencia permanente de Cristo en el sagrario es una “presencia entregada y sacrificada”, nos remitimos a la celebración del Sacrificio Eucarístico, en el que Cristo se hace milagrosamente presente en las sagradas especies. Y en tal sentido, la reserva en el sagrario de la Iglesia prolonga el sacrificio incruento de Cristo, que se da en la santa Misa, así como sus gracias y beneficios espirituales. Esta estrecha relación entre la reserva y la celebración del Sacramento Sacrificial nos pone una vez más ante la unidad inseparable del misterio eucarístico. Efectivamente, «el

³⁴⁴ Cfr. Ratzinger, 51.

³⁴⁵ *Ibid.*

³⁴⁶ Para ahondar en esa relación entre la reserva eucarística y la encarnación, como «prolongación sacramental» véase J. A. SAYÉS, *El misterio Eucarístico*, 248-251.

³⁴⁷ L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 101-102.

Santísimo Sacramento, reservado en el tabernáculo, es un testimonio de que allí se ha celebrado el memorial del Señor, es un fruto de esa celebración y, por tanto, el culto de adoración a la Eucaristía fuera de la Misa hay que comprenderlo en el conjunto de todo el misterio eucarístico»³⁴⁸.

2.4. Unidad del misterio eucarístico

En efecto, entender el único misterio eucarístico en toda su integridad, amplitud y riqueza es fundamental para vivir auténticamente el culto de adoración a Jesucristo sacramentado. Pues, la adoración a la presencia real y permanente del Señor en las santas especies refuerza la exigencia de vivir consciente y activamente los otros aspectos del *mysterium fidei* que es «al mismo tiempo Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia»³⁴⁹. En este sentido, nos recuerda el *RCCE* que:

Para ordenar y promover rectamente la piedad hacia el Santísimo Sacramento de la Eucaristía hay que considerar el misterio eucarístico en toda su amplitud, tanto en la celebración de la Misa como en el culto de las sagradas especies, que se conservan después de la Misa para prolongar la gracia del sacrificio³⁵⁰.

Como hemos desarrollado, la renovación litúrgica ha restablecido en su propia identidad los diversos aspectos de la Eucaristía, que pertenecen a un mismo y único misterio. Se puntualizó particularmente que la celebración del Sacramento del Altar no puede ser tratada con menor importancia que la adoración eucarística fuera de ella. Por lo contrario, esta práctica secular «no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia»³⁵¹. Por lo tanto, todos los demás actos, momentos de oración y contemplación de la presencia eucarística, han de ser considerados y vividos como prolongación de la adoración central que se da en la celebración de los santos misterios. Igualmente, la vivencia personal y comunitaria de cada uno de estos momentos de devoción a Jesús Eucaristía

³⁴⁸ J. A. ABAD o. c., 29.

³⁴⁹ JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor Hominis*, n. 20.

³⁵⁰ *RCCE*, n. 4.

³⁵¹ BENEDICTO XVI, Exh. Apost. postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n. 66.

han de conducir a una participación más activa, consciente y fructuosa de todo el Pueblo de Dios en la celebración y recepción del Sacramento³⁵².

Bajo este aspecto, cabría reiterar que la celebración de la Eucaristía es el origen y el fin del culto de adoración y de toda práctica eucarística *extra Missam*. Porque, como sabemos, las especies eucarísticas que quedan después de la celebración no solamente proceden de ella, «sino que se guardan para que los fieles que no pueden asistir a la Misa se unan a Cristo y a su sacrificio, celebrado en la Misa, por medio de la comunión sacramental recibida con las debidas disposiciones»³⁵³.

La Iglesia, pues, siempre ha entendido y confesado que la Eucaristía ha sido instituida *ut sumatur*, para ser tomada como «alimento espiritual» que fortalece al *homo viator* que se sostiene en ³⁵⁴ Aquel que dijo: «El que me come a mí, también él vivirá por mí» (Jn 6,57)³⁵⁵. Lo necesitamos para afrontar la fatiga y recobrar fuerzas para seguir en su camino. Por consiguiente, se insiste que la participación más plena en la santa Misa se da cuando comulgamos del cuerpo de Cristo presente verdaderamente bajo las especies sagradas³⁵⁶:

la Madre Iglesia, para que de un modo más eficaz ‘experimentemos continuamente en nosotros el fruto de la redención’, repite a todos y cada uno de los hijos la invitación de nuestro Señor Jesucristo: ‘Tomad y comed... Haced esto en memoria mía’... Quiera, pues, el Señor que todos respondan libre y espontáneamente a esas solícitas invitaciones de la Iglesia; quiera Él que los fieles, si pueden, participen hasta a diario del divino sacrificio, no sólo de un modo espiritual, sino también mediante la comunión del augustísimo sacramento, recibiendo el cuerpo de Jesucristo ofrecido al Eterno Padre en favor de todos...³⁵⁷.

Ahora bien, esta participación activa y plena en el Santo Sacrificio por medio de la comunión sacramental, se prolonga y se renueva en la adoración eucarística, que a su vez nos dispone a una celebración más profunda³⁵⁸, pues «ninguno come esa carne sin que antes la adore... y no sólo no pequemos adorando, sino que pequemos no

³⁵² Cfr. Conc. Vat. II, Const. *Sacrosantum Concilium*, nn. 14-20; 30; 40.

³⁵³ S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, n. 3.

³⁵⁴ Esto lo expresa bellamente la liturgia en una Oración sobre las ofrendas: «Tú nos has dado, Señor, por medio de estos dones que se te presentamos, el alimento que alimenta nuestro cuerpo y el sacramento renueva nuestro espíritu; concédenos con bondad que siempre gocemos del auxilio de estos dones» (Undécimo domingo del tiempo ordinario).

³⁵⁵ Cfr. DH 1638 y 1643.

³⁵⁶ RCCE, nn. 13-14.

³⁵⁷ Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, nn. 144 y 147.

³⁵⁸ Cfr. S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, n. 50.

adorando»³⁵⁹. Digamos, pues, que la presencia real de Cristo en el sacramento no es adorada y contemplada como un «hecho estático», sino como un hecho «dinámico de autodonación», orientado hacia la sagrada comunión³⁶⁰. En consecuencia,

recibir la eucaristía no quiere decir comer un don «material» (¿cuerpo y sangre?), sino llevar a cabo la mutua compenetración de una persona en otra persona. El Señor que vive se me regala, entra en mí y me invita a entregarme a él, de modo que «vivo, pero no soy el que vive» (Gal 2,20). Sólo así comulgar es un acto verdadero humano, un acto que eleve y transforma la persona³⁶¹.

Estas breves consideraciones nos ayudan a comprender una vez más que, la Eucaristía es un misterio inagotable e indivisible que supera nuestro pensamiento y solo puede ser acogido en y por la fe³⁶². Por lo tanto, no se puede olvidar nunca que el Sacramento del Altar, en el que Jesús «no da ‘algo’, sino a sí mismo», es un «don absolutamente gratuito, que se debe sólo a las promesas de Dios, cumplidas por encima de toda medida. La Iglesia, con obediencia fiel, acoge, celebra y adora este don»³⁶³. Así pues, a nadie le está permitido infravalorar este supremo don y menos tratarlo a su arbitrio personal, porque no «respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal»³⁶⁴:

De aquí deriva el deber de una rigurosa observancia de las normas litúrgicas y de todo lo que atestigua el culto comunitario tributado a Dios mismo, tanto más porque, en este signo sacramental, él se entrega a nosotros con confianza ilimitada, como si no tomase en consideración nuestra debilidad humana, nuestra indignidad, los hábitos, las rutinas o, incluso, la posibilidad de ultraje³⁶⁵.

2.5. Rúbricas litúrgicas

Conscientes de la importancia de lo que dice san Juan Pablo II, queremos detenernos en las rúbricas litúrgicas³⁶⁶ indicadas para celebrar rectamente el culto de adoración del Señor Resucitado, presente en la Eucaristía con su carne y sangre, con cuerpo y su alma,

³⁵⁹ SAN AGUSTÍN DE HIPONA: *SOLANO II*, 280.

³⁶⁰ Cfr. J. M. CANALS, *o. c.*, 52.

³⁶¹ Ratzinger, 51.

³⁶² Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 15.

³⁶³ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n. 8.

³⁶⁴ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 52.

³⁶⁵ ID., Enc. *Redemptor Hominis*, n. 20.

³⁶⁶ Las rúbricas litúrgicas son parte integrante del derecho litúrgico. Para un resumen amplio de este «complejo de normas que regulan la liturgia, es decir, el ejercicio del sacerdocio de Cristo en la Iglesia», véase D. SARTORE, A. M. TRIACCA, J. M. CANALS (Dirs.), *o. c.*, 548-561.

con su humanidad y divinidad. Es que la obediencia fiel a estas rúbricas en su plenitud refuerza nuestra conciencia de que la «reverencia es una condición fundamental de la eucaristía verdadera, y precisamente porque Dios se ha hecho pequeño y humilde, porque se nos ha entregado y se pone en nuestras manos, nuestra reverencia tiene que aumentar y no debe inducirnos ni a la distracción ni a la autosuficiencia»³⁶⁷. En este orden de ideas, el Concilio Vaticano II recomienda a los pastores de almas vigilar «para que en la acción litúrgica no sólo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también para que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente»³⁶⁸. Asimismo, la existencia de rúbricas claras, y la consecuente fidelidad a ellas, expresan la solidez teológica de las diversas formas de culto eucarístico *extra Missam*, pues con su celebración «decorosa» y correcta «se confiesa la fe recibida de los apóstoles». De ahí que en esto se puede aplicar también el antiguo adagio: «*Lex orandi, lex credendi* (o: *Legem credendi lex statuat supplicandi*)»³⁶⁹.

2.5.1. Justificación doctrinal

El Concilio Vaticano II y la reforma litúrgica han dejado claro los elementos fundamentales para una recta comprensión y fructuosa participación en la liturgia, que tiene como punto de partida el designio salvífico de Dios y por la que Cristo, «nuestro Redentor y Sumo Sacerdote, continúa en su Iglesia, con ella y por ella, la obra de nuestra redención»³⁷⁰:

Para realizar obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica.... Luego con razón se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, su Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro³⁷¹.

Una acción cultural o una celebración es considerada como auténtica «acción litúrgica», cuando integra el culto oficial de la Iglesia, en el que ella da testimonio

³⁶⁷ Ratzinger, 306.

³⁶⁸ Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 11.

³⁶⁹ Cfr. CEC, nn. 1124-1125; BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 34. Para una explicación sobre el origen y el sentido de este axioma, que quiere expresar el valor dogmático de la Liturgia, véase: M. RIGHETTI, *o. c.*, Vol I, 21-21.

³⁷⁰ CEC., n. 1069.

³⁷¹ Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 7.; Cfr. CIC, c. 843; PIO XII, *Mediator Dei*, n. 29; CEC. n. 1069-170; M. RIGHETTI, *o. c.*, Vol. I, 9-11; J. A. ABAD IBÁÑEZ, M. GARRIDO BONAÑO, *o. c.*, 11-38.

público de la fe recibida de los Apóstoles y cuya eficacia no la iguala ninguna otra acción eclesial³⁷². Dicho «servicio de parte de y en favor del pueblo» se realiza por medio de «acciones y palabras»³⁷³ reconocidas y aprobadas por la autoridad competente, «que reside en la Sede Apostólica y, según a las normas del derecho, en el Obispo diocesano»³⁷⁴. Por lo tanto, nadie puede arrogarse el derecho de añadir, quitar o cambiar nada en la liturgia por iniciativa personal, porque siendo esta el bien común de toda la Iglesia, «nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios»³⁷⁵:

Si alguien quisiera tachar de ‘uniformidad’ tal postura, esto comprobaría sólo la ignorancia de las exigencias objetivas de la auténtica unidad y sería un síntoma de dañoso individualismo... [En efecto], en *condiciones normales*, omitir las prescripciones litúrgicas puede ser interpretado como una falta de respeto hacia la Eucaristía, dictada tal vez por individualismo o por un defecto de sentido crítico sobre las opiniones corrientes, o bien por una cierta *falta de espíritu de fe*³⁷⁶.

Ahora bien, esta reverencia y obediencia a la Iglesia en su reglamentación litúrgica, expresada en los ritos, ceremonias y rúbricas litúrgicas, no debe conducirnos a un simple ritualismo o una mera observancia externa de las normas, porque sería radicalmente contrario a la esencia misma de la liturgia, que nutre y fortalece la vida interior de los cristianos. Por ello, en la sagrada liturgia:

Lo esencial es que lo grande y festivo no se haga autónomo, sino que, en humilde servicio, remita a la verdadera fiesta, a ese sí que, padeciendo, Dios da al mundo, a cada uno de nosotros. Lo que convierte realmente la vida en una fiesta es que cada uno pueda decir de sí mismo: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20). En la liturgia, esta confesión se hace presencia: para mí, para todo aquel que participe con fe en ella³⁷⁷.

Pues bien, en toda celebración litúrgica se ha de buscar «que concuerden la mente y la voz, las acciones externas y las intenciones del corazón»³⁷⁸. Esta armonía entre interioridad y exterioridad es clave para la participación consciente, piadosa y activa de los fieles en las diversas acciones litúrgicas de la Iglesia, especialmente en la

³⁷² Cfr. Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 7.

³⁷³ Cfr. CEC, nn. 1069; 1153-1155.

³⁷⁴ CIC, canon 838. Cfr. Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 22, 3.

³⁷⁵ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 52; Cfr. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n. 40.

³⁷⁶ ID., Carta *Dominicae cenae*, n.12.

³⁷⁷ Ratzinger, 523.

³⁷⁸ S. C. para el Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, n. 5.

celebración y adoración tanto pública como privada de la santísima Eucaristía. Veamos brevemente cómo se gestan las «rúbricas», que son «prescripciones ceremoniales externas»³⁷⁹, con las cuales se ha de dar culto adecuada y dignamente al gran misterio eucarístico.

2.5.2. Evolución histórica

En los primeros siglos no había rituales y rúbricas litúrgicas, como conocemos hoy, para la realización de la reserva eucarística, que fue determinante en la gesta del culto eucarístico *extra Missam*. Sin embargo, los fieles eran exhortados insistentemente por los pastores a que la hicieran con máximo respeto y cuidado, expresando su fe, su amor y adoración a Jesucristo presente realmente en las especies santas:

Conocéis vosotros, los que soléis asistir a los divinos misterios, cómo cuando recibís el cuerpo del Señor, lo guardáis con toda cautela y veneración, para que no se caiga ni un poco de él, ni desaparezca algo del don consagrado. Pues os creéis reos, y rectamente, por cierto, si se pierde algo de él por negligencia. Y si empleáis, y con razón, tanta cautela para conservar su cuerpo, ¿cómo juzgáis cosa menos impía haber descuidado su palabra que su cuerpo?³⁸⁰

Como hemos bosquejado, otro aspecto que marcó la génesis del culto eucarístico fue la costumbre de la «elevación» del «pan transustanciado». Esta práctica originada por el intenso deseo de contemplar y adorar a la hostia consagrada, fue aprobada y promovida por la Iglesia a través de distintas formas. Se dispuso, por ejemplo, que no sólo se elevase la hostia para que los fieles pudiesen verla bien, sino también se procuró prolongar el momento en que el sacerdote la tuviese elevada por un tiempo largo. Las primeras rúbricas litúrgicas para dicha práctica de adoración dentro de la celebración aparecen en el Misal de la Curia Romana en el siglo XIV. Y se fijan definitivamente en el Misal hecho por encargo del Papa Pío V en 1570³⁸¹, en el que se prescribe para toda la Iglesia.

Con estas prácticas el culto de adoración a la presencia real irá poco a poco alcanzando independencia y autonomía respecto a la celebración del Santo Sacrificio.

³⁷⁹ En sentido más amplio, el término “rúbricas litúrgicas” se refiere a las normas contenidas en los libros litúrgicos que regulan la realización de las acciones litúrgicas. Cfr. Ratzinger, 521; D. SARTORE, A. M. TRIACCA, J. M. CANALS (Dirs.), *o. c.*, 552.

³⁸⁰ ORÍGENES, *Sobre el Éxodo, Homilía 13, 3: SOLANO I*, 180.

³⁸¹ Cabe tener en cuenta la aclaración que hace el Card. Ratzinger respecto a la expresión “misal del Papa Pío V”, que evitamos usar. Cfr. Ratzinger, 467.

Proporcionando el surgimiento de nuevas expresiones de piedad eucarística. La más significativa, como hemos referido, es la solemnidad del *Corpus Christi*, instituida por el Papa Urbano IV en 1264, para suscitar el agradecimiento y el recuerdo de la presencia divina del Señor en el Sacramento³⁸². El Santo Padre indica en la Bula *Transiturus de hoc mundo* que la festividad sea celebrada con un culto popular y un oficio festivo³⁸³, que luego sería compuesto definitivamente por santo Tomás de Aquino. En la medida que esta gran fiesta fue asumida por la Iglesia universal, se prescribieron normas para su adecuada celebración, dándole cada vez más realce, popularidad y armonía con las demás formas de culto eucarístico. Se determinó que se celebrase el jueves siguiente a la solemnidad de la Santísima Trinidad, recordando la institución de la Eucaristía:

Si es cierto que la festividad del *Corpus* es el triunfo de la Eucaristía; si es verdad que, según las declaraciones de los Pontífices y doctores católicos, es la solemnidad de las solemnidades, la gloria de la Iglesia, el esplendor del culto sagrado, consiguientemente los ritos que debían emplearse en su celebración debían ser extraordinarios, llenos de suavidad y magnificencia³⁸⁴.

En torno a la solemnidad del *Corpus* surgen las procesiones eucarísticas, que más adelante se realizarán independientemente de esta fiesta. Los obispos de varias diócesis prescribieron que estas procesiones se celebren en las principales fiestas del Año litúrgico y en particular en el día de la festividad del *Corpus*, debiendo salir por la mañana después de la Misa.

Al referirnos al *Corpus Christi*, no podemos dejar de considerar las exposiciones del Santísimo Sacramento. Esta forma de adoración eucarística, inicialmente limitada a la antedicha fiesta, se extenderá con relativa rapidez a otros días del año. Ante esta abundancia de las exposiciones, como se ha explicado en el capítulo anterior, los obispos de diferentes diócesis indicaran algunas prohibiciones y restricciones, buscando con ello cuidar la reverencia y respeto debidos al Santísimo Sacramento, el misterio más íntimo de la Iglesia:

A fin de tributar mayor honor al Santísimo Sacramento, ordenamos que en lo sucesivo, no sea expuesto de modo alguno, ni llevado procesionalmente descubierto en algún ostensorio que sea transparente, sino durante la santísima fiesta del *Corpus* y de su octava; y fuera de

³⁸² Cfr. DH 1644.

³⁸³ A. BURGUERA Y SERRANO, *o. c.*, Vol. IV, 384-385.

³⁸⁴ *Ibid.* 190.

este tiempo una sola vez al año en cada ciudad, en cada villa y en cada parroquia y esto con permiso expreso del Ordinario, por la paz, o por alguna otra necesidad urgente; y que entonces se practique esto con extrema reverencia y devoción perfecta³⁸⁵.

A pesar de estas prohibiciones y limitaciones, en muchos lugares se mantenía la frecuencia de las exposiciones, lo que llevó a que se fueran mitigando tales restricciones. Las normas litúrgicas posteriores ayudaron a los fieles a dar el justo lugar a esta práctica de adoración eucarística. Se prescribía, por ejemplo, que para las exposiciones el altar estuviese adornado e iluminado con cirios, según las costumbres de cada iglesia particular. El día de la semana preferido debería ser los jueves. Se «cantaba la Misa votiva» del Santísimo Sacramento, mientras un sacerdote o diácono exponía la hostia santa en el altar lateral. Esta costumbre muy frecuente en el siglo XIV y XV caerá luego en el desuso, pues la atención estaba centrada en el Santísimo expuesto y no en la celebración del Sacrificio Eucarístico.

2.5.3. Rúbricas actuales

Los documentos litúrgicos postconciliares, particularmente en el actual *RCCE* son una muestra de que las normas litúrgicas de las distintas formas públicas de adoración eucarística, antes esbozadas, alcanzan su culmen y su reglamentación definitiva.

El *Ritual*, que concreta la tercera parte de Instrucción *Eucharisticum Mysterium*, consta de unas Observaciones previas generales, que delinean los fundamentos doctrinales para la comunión y el culto eucarístico fuera de la Misa. Sin embargo, debemos dejar claro que un “ritual” como tal es un libro de normas, una forma concreta de realizar determinadas celebraciones. «Su objeto no es presentar una doctrina sino ordenar una práctica»³⁸⁶. Evidentemente, dicha «práctica», el culto eucarístico *extra Missam*, tiene como fuente y fundamento la doctrina teológica presente los documentos litúrgicos postconciliares.

El *Ritual* recoge de manera breve la normativa para las varias formas de culto eucarístico fuera de la Misa. En las observaciones previas generales (nn. 1-12) se deja claro la estrecha relación entre este culto eucarístico *extra Missam* y la celebración de la

³⁸⁵ Decisión tomada por el Sínodo Provincial de Colonia en 1452, bajo la presidencia del Card. Nicolás de Cusa. Cfr. A. BURGUERA y SERRANO, *o. c.*, Vol. V, 63-64.

³⁸⁶ P. TENA, «La Comunión y el Culto Eucarístico fuera de la Misa», 173.

Eucaristía, siendo esta «el centro de toda vida cristiana» (n. 1), «el origen y el fin del culto que se le tributa fuera de la Misa» (n. 2). Consecuentemente, «para ordenar y promover rectamente la piedad hacia el Santísimo Sacramento hay que considerar el misterio eucarístico en toda su amplitud» (n. 4).

En seguida, se dan normas sobre la reserva eucarística, que tiene como «fin primero y primordial» la administración del santo Viático. Sus fines secundarios, como es sabido, son la distribución de la comunión a los imposibilitados (enfermos, ancianos, etc.) de participar de la celebración y la adoración a nuestro Señor Jesucristo presente en el Sacramento (nn. 5-6). Deja claro que tal presencia, por ser sustancial, es particular y única respecto a las otras presencias de Cristo, igualmente reales. Se recomienda otros aspectos prácticos y pastorales respecto a la reserva (nn. 7-8), como dar todas las facilidades para que los fieles tengan espacios personales de oración ante el Santísimo reservado en el tabernáculo. Además, se enumera una serie de indicaciones para la debida dignidad y seguridad del «lugar de la reserva». Por lo tanto, se establece que el sagrario debe ser inamovible, sólido, no transparente y cerrado, evitando todo peligro de profanación y favoreciendo la adoración de los fieles, «aun con culto privado». El tabernáculo eucarístico debe estar «situado en la parte de la iglesia u oratorio que sea distinguida, convenientemente adornada y apropiada para la oración». Asimismo, el *Ritual* recuerda que se debe conservar la costumbre de poner ante el sagrario una «lámpara especial» que «brillará constantemente», indicando y honrando con ello la presencia eucarística de Cristo (nn. 9-11). Finalmente, deja claro que corresponde a las Conferencias Episcopales realizar la adaptación el *Ritual* a las necesidades de cada lugar, de la que deben brotar «Rituales particulares», debidamente aprobados por la Santa Sede (n. 12).

El capítulo III, dedicado a las distintas modalidades de culto a la Eucaristía con sus ritos correspondientes, sigue el esquema de los capítulos anteriores. Se inicia con algunas observaciones, en las que se «recomienda con empeño la devoción privada y pública a la sagrada Eucaristía, también fuera de la Misa», según las normas establecidas por la autoridad eclesiástica (n. 79). Vuelve a recordar que la presencia que se adora proviene del Santo Sacrificio y que lleva a una participación más plena en la misma celebración (n. 80). El capítulo termina subrayando la importancia de la oración y coloquio personal con el Santísimo Sacramento reservado en el sagrario.

El referido capítulo III del *Ritual* desarrolla tres formas de culto a la santa Eucaristía fuera de la celebración: exposiciones del Santísimo Sacramento, procesiones eucarísticas y Congresos eucarísticos.

1. La exposición de la sagrada Eucaristía, sea en el copón, sea en la custodia (nn. 82-100). Para ello se debe observar:
 - a) Que las exposiciones manifiesten una estrecha relación con la santa Misa. En este sentido, si la exposición es solemne y prolongada, se recomienda que se consagre la forma en la celebración que precede inmediatamente a dicha exposición (n. 82);
 - b) Se prohíbe la celebración de la Misa durante la exposición del Santísimo. Si esta se prolonga durante uno o varios días, debe interrumpirse durante la celebración, a no ser que la exposición se celebre en otra nave u oratorio y que estén algunos fieles en adoración (n. 83);
 - c) Se debe hacer «solo genuflexión sencilla» (con una rodilla en el suelo³⁸⁷) tanto ante el Santísimo reservado en el sagrario, como si está expuesto a la adoración pública (n. 84), pues se está ante «la misma presencia eucarística».
 - d) Para la exposición del Santísimo en la custodia, que tiene carácter solemne, se encienden cuatro o seis cirios (los mismos que en la Misa) y se emplea el incienso; para la exposición en el copón se encienden por lo menos dos cirios y se puede emplear el incienso (n. 85).
 - e) Hay dos modos de exposición: las prolongadas, recomendadas por lo menos una vez al año en las Iglesias y oratorios, si se cuenta con la debida asistencia de fieles. Si faltara el número conveniente de fieles la exposición puede ser interrumpida y ser reanudada en horas previamente coordinadas e informadas (nn. 86-88). Las exposiciones breves, deben ordenarse de tal manera que, antes de la bendición eucarística, haya un espacio para realizar algunos actos de piedad y para la oración prolongada en silencio³⁸⁸.

³⁸⁷ La genuflexión doble (con dos rodillas en el suelo e inclinación de cabeza) hecha tradicionalmente ante el Santísimo expuesto no está contemplada en la liturgia actual, con todo por devoción personal se podría seguir haciendo.

³⁸⁸ Esta modalidad de adoración puede ser enriquecida por la práctica de la comunión espiritual, como veremos más adelante.

- f) Se prohíbe exponer la Eucaristía únicamente para dar la bendición (n. 89).
 - g) Los ministros ordinarios de la exposición y bendición eucarística (nn. 91-92) son el sacerdote o diácono. Antes de la reserva, deberán bendecir el pueblo con el Sacramento. Deben revestirse del alba (o la sobrepelliz sobre el traje talar) y de estola blanca. Para la bendición final han de ponerse capa pluvial y el humeral de color blanco cuando la exposición se ha hecho con la custodia; pero, si la bendición se da con el copón basta el velo humeral. Los ministros extraordinarios son: acólito o un ministro extraordinario de la sagrada comunión. Deberán llevar una vestidura litúrgica apropiada, que no desdiga de su ministerio sagrado, aprobada por el Ordinario del lugar. Al final de la exposición simplemente han de reservar la Eucaristía en el sagrario. No les está permitido dar la bendición con el Santísimo Sacramento.
 - h) La frecuencia depende de lo que determinen los pastores, teniendo en cuenta las distintas circunstancias, el bien espiritual y la concurrencia de fieles.
 - i) A las Comunidades religiosas y otras piadosas asociaciones dedicadas a la adoración perpetua o prolongada de la santa Eucaristía se les recomienda a que mantengan esta “digna costumbre” y que sea organizada según el espíritu de la sagrada liturgia y a las costumbres de cada asociación o comunidad (n. 90).
 - j) El *Ritual* trata, finalmente, de los ritos propios para celebrar la exposición, la bendición y la reserva del Santísimo Sacramento en el sagrario, recomendando que la oración y los actos de piedad de los fieles estén dedicados a la Eucaristía (nn. 95-96)³⁸⁹.
2. Las procesiones eucarísticas, en las que «se lleva la Eucaristía por las calles con solemnidad y con cantos» (nn.101-107). Se debe observar:
- a) Que sean testimonio público de fe y piedad hacia el Santísimo Sacramento. Los Ordinarios del lugar son lo que determinan las circunstancias, el lugar, el tiempo y la organización de las procesiones;

³⁸⁹ «...durante la adoración del Santísimo Sacramento no se deben realizar otras prácticas devocionales en honor de la Virgen María y de los Santos. Sin embargo, dado el estrecho vínculo que une a María a Cristo, el rezo del Rosario podría ayudar a dar a la oración una profunda orientación cristológica, meditando en él los misterios de la Encarnación y Redención», S. C. para el Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, n. 165.

- b) Se pueden celebrar en la solemnidad del *Corpus Christi* o en otro día oportuno, según las costumbres y los usos de cada lugar;
- c) Conviene que se celebren a continuación de la Misa, en la que se consagra la hostia que se llevará en el recorrido procesional;
- d) Si la procesión sigue inmediatamente a la Misa, el sacerdote puede conservar los ornamentos utilizados en la celebración o ponerse la capa pluvial; de lo contrario, que tome la capa pluvial.
- e) Se puede utilizar, según las costumbres de cada lugar, cirios, incienso y palio, bajo el cual irá el sacerdote que lleva el Santísimo.
- f) Se pueden hacer «estaciones o paradas», dando la bendición con el Santísimo Sacramento y elevar preces y cantos, que manifiesten la fe en la Eucaristía. Al final del recorrido se debe impartir la bendición.

3. Los Congresos Eucarísticos (nn. 109-112)³⁹⁰. Se debe tener en cuenta:

- a) Que son como una *statio*³⁹¹ de oración y compromiso, para profundizar en un aspecto particular del misterio eucarístico y para que «lo veneren públicamente con el vínculo de la caridad y de la unión»;
- b) Que se hagan estudios oportunos en la Iglesia local o en otras Iglesias, sobre el lugar, temario y programa del Congreso. Se debe pedir asesoramiento a teólogos, escrituristas, liturgistas y pastoralistas, así como a expertos en las ciencias humanas;
- c) Para la preparación se debe realizar una catequesis profunda y adecuada sobre los distintos aspectos inseparables del misterio eucarístico;
- d) Para una adecuada organización: la celebración eucarística debe ser el centro y la culminación; estudio científico del tema propuesto y sus plasmaciones prácticas (obras asistenciales y de promoción humana); adoración prolongada, personal o comunitaria del Santísimo Sacramento y la celebración de una procesión eucarística, según las normas establecidas.

Terminamos señalando que, el actual *Ritual* es la síntesis más autorizada y completa de las distintas formas con las cuales la Iglesia “adora con veneración de latría” a

³⁹⁰ Es la primera vez que un documento litúrgico oficial habla extensamente y con precisión de los Congresos Eucarísticos.

³⁹¹ Para una explicación del origen de la costumbre de la *statio* y su relación con la fiesta del *Corpus Christi* y su respectiva procesión, véase: Ratzinger, 361-362.

Jesucristo Sacramentado. Sus rúbricas litúrgicas, doctrinalmente justificadas, orientan rectamente el culto eucarístico *extra Missam*, dejando claro que la adoración ante el Sacramento no es una «forma cualquiera de oración» dirigida al Señor, sino que es la «actitud de oración» que mejor responde a la presencia somática de Cristo en las especies sacramentales³⁹². Queda, en último término, la responsabilidad de profundizar cada vez más en los principios teológicos y litúrgicos de este «culto inestimable», pues, ello es clave para la fiel aplicación del *Ritual* en las distintas modalidades de adoración al Santísimo Sacramento, sean privadas o públicas, que están intrínsecamente unidas a la celebración de la Misa, de la cual provienen y a ella remiten.

2.6. Luces del Código de Derecho Canónico

Este criterio de poner a la celebración eucarística como el núcleo referencial de todas las manifestaciones y formas de culto a la presencia real de Cristo, tan clave en lo propuesto por la reforma litúrgica postconciliar, también se encuentra en los cánones del Código de Derecho Canónico³⁹³ dedicados a la santísima Eucaristía. Estos cánones, por un lado, traslucen el celo y la preocupación de la ley universal de la Iglesia por el fiel cumplimiento de las normas, que rigen la acción litúrgica en lo que se refiere al culto eucarístico fuera de la Misa. Y, por otro lado, dichas normas canónicas son una expresión más de la solidez teológica del referido culto latréutico.

El Libro IV del Código, que trata de la función de santificar de la Iglesia, dedica el Título III de la Parte I a la santísima Eucaristía, que se estructura en una «introducción» (cc. 897-898) y tres capítulos: I. De la celebración de la Eucaristía (cc. 899-933); II. De la reserva eucarística y veneración de la santísima Eucaristía (cc. 934-944) y III. Del estipendio ofrecido para la celebración de la Misa (cc. 945-958). En este orden temático se puede observar claramente el sólido ensamblaje entre un aspecto y

³⁹² Cfr. J. M. CANALS, *o. c.*, 45; C. MORGA, *o. c.*, 15-16.

³⁹³ El actual Código de Derecho Canónico (CIC), fue promulgado por san Juan Pablo II el 25 de enero de 1983. Este gran Papa santo decía que el «Código de Derecho Canónico es del todo necesario a la Iglesia. Por estar constituida a modo de cuerpo también social y visible, ella necesita de normas para hacer visible su estructura jerárquica y orgánica, para ordenar correctamente el ejercicio de las funciones confiadas ella divinamente, sobre todo la potestad sagrada y la administración de los sacramentos», Const. Apost. *Sacrae disciplinae leges*.

otro del único *mysterium fidei*, así como la centralidad de la «celebración del augusto Sacramento».

Los cánones 897 y 898 introducen los principios teológicos sobre los cuales el legislador fundamenta las normas que han de reglamentar la adecuada celebración y veneración de la santísima Eucaristía. En este mismo orden de ideas, los referidos cánones introductorios, que no contienen ninguna norma directamente aplicable, recogen la doctrina del Concilio Vaticano II. Por una parte, el c. 897 explícita el papel preponderante de la Eucaristía en la edificación de la Iglesia, que vive y se nutre constantemente de este «Pan de vida», en el cual «se contiene, se ofrece y se recibe al mismo Cristo nuestro Señor», expresando así el carácter sacramental de la Iglesia³⁹⁴. Siendo la Eucaristía el *Tantum ergo Sacramentum*, el c. 898 exhorta, por otra parte, a los fieles a ofrecerle su máxima atención, tanto por la *actuosa participatio*³⁹⁵ en la celebración a través de la comunión sacramental frecuente y devota, como por el «culto con suma adoración» a Cristo sacramentado.

El cap. II, que trata «de la reserva y veneración de la santísima Eucaristía», nos presenta los cánones que norman las prácticas y el cuidado del culto eucarístico fuera de la Misa, en el cual todos los fieles laicos tienen el derecho de participar según lo establecido por los legítimos Pastores de la Iglesia³⁹⁶. Por esta razón, el legislador recuerda que:

Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la misma Iglesia, que es ‘sacramento de unidad’, es decir, pueblo santo reunido y ordenado bajo la guía de los Obispos; por tanto, pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiestan y lo realizan; pero afectan a cada uno de sus miembros de manera distinta, según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual³⁹⁷.

Bajo este aspecto, veamos brevemente la normativa canónica establecida para que se tribute auténtico culto latréutico al Santísimo Sacramento del altar. El c. 934 §1 define los lugares de la reserva eucarística: la iglesia catedral o la equiparada a ella; las iglesias parroquiales (o las cuasi parroquias) y las iglesias u oratorios anejos a la casa de un Instituto Religioso o Sociedad de Vida Apostólica, que debe ser el centro de la comunidad; asimismo la capilla privada del Obispo y con la debida licencia del

³⁹⁴ Cfr. Conc. Vat. II, Const. Dog. *Lumen gentium*, nn. 1, 8, 48, 59.

³⁹⁵ Cfr. *Ibid.*, Const. *Sacrosanctum concilium*, n. 14.

³⁹⁶ Cfr. CIC, cc. 213-214.

³⁹⁷ CIC, c. 837 § 1; Cfr. Con. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 26.

Ordinario, otras iglesias, oratorios y capillas. El § 2 establece dos normas para que se realice la conservación digna del pan consagrado. La primera indica que siempre debe haber una persona con la misión explícita de cuidar el lugar donde se conservan las formas consagradas. Con ello se busca salvaguardar la seguridad del Sacramento, la dignidad y el decoro del lugar donde es custodiado. Esta exigencia vuelve a aparecer en el § 5 del c. 938, al indicar el diligente cuidado que debe tener el responsable de la llave del tabernáculo eucarístico. La segunda norma determina que, en la «medida de lo posible», se celebre la santa Misa por los menos dos veces al mes en la capilla u oratorio donde está reservada la Eucaristía. Esto guarda relación con el c. 939, que pide que las formas consagradas sean renovadas con frecuencia. Nótese la relación estrecha entre la reserva y la santa Misa.

Según el c. 935 está prohibida la reserva del Santísimo Sacramento en casas particulares o que se lleve en viajes, excepto en caso de una necesidad pastoral, según lo prescrito por el Obispo diocesano. Sin embargo, ni la piedad personal ni el deseo de recibir frecuentemente la sagrada comunión, justifican por sí solas la excepción. De esta forma, se evita posibles abusos que solo «contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento»³⁹⁸.

Por su parte el c. 937 indica que en todas las iglesias donde se encuentra el Santísimo Sacramento reservado deben estar abiertas en horas adecuadas, de modo que faciliten a la oración de los fieles. Se trata de fomentar y posibilitar el culto privado a la Santísima Eucaristía, que es un derecho de los fieles. Sin embargo, esta obligación cesaría si hubiera alguna razón grave que lo impida, verbigracia, no contar con la debida seguridad.

Las condiciones necesarias para la seguridad y la adecuada reserva del Santísimo Sacramento en los «divinos sagrarios», están claramente establecidas el c. 938, como se puede ver en el § 3: «El sagrario en el que se reserva habitualmente la santísima Eucaristía debe ser inamovible, hecho de materia sólida no transparente, y cerrado de manera que se evite al máximo el peligro de profanación» y favorezca la adoración del Señor presente sustancialmente en el Santísimo Sacramento del altar. Asimismo, el c. 940 recuerda la antigua y venerable obligación que, ante el tabernáculo debe lucir

³⁹⁸ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 10.

constantemente una «lámpara especial», con la cual se indique y se honre la presencia real de Cristo resucitado. Efectivamente, «una iglesia en la que brilla sin cesar la lámpara del sagrario está siempre viva, es siempre algo más que un edificio de piedra: en ella el Señor siempre que me está esperando, me llama, quiere hacer ‘eucarística’ mi vida. De este modo me prepara para la eucaristía, me pone en camino hacia su segunda venida»³⁹⁹.

Los cánones 941 al 944, recogiendo la normativa del *RCCE* (Cfr. nn. 79-92; 101-104), esbozan las normas para dos modalidades de adoración pública a la santa Eucaristía. A saber, el c. 941 § 1 indica que las exposiciones pueden ser tanto con el copón o con la custodia, cumpliendo lo prescripto en los libros litúrgicos. En el § 2 el legislador prohíbe que durante la celebración de la Misa se haga exposición del Santísimo en la misma iglesia u oratorio. El c. 942 recuerda las condiciones para que se realicen las exposiciones prolongadas o breves, de manera que ayuden a los fieles a adorar y a meditar más profundamente sobre misterio eucarístico.

El c. 943, siguiendo el n. 91 del *RCCE*, indica, por una parte, que el ministro de la exposición y la bendición eucarística es el sacerdote o el diácono. Y por otra, que en determinadas circunstancias, solo para la exposición y reserva, sin bendición, lo son el acólito, el ministro extraordinario de la sagrada comunión u otra persona delegada por el Ordinario del lugar. Por último, el c. 944 establece las condiciones necesarias para que se realicen las procesiones eucarísticas que, según las normas dictadas por el Obispo diocesano, han de ser celebradas sobre todo en la solemnidad del *Corpus Christi*, como «testimonio público de fe y veneración a la santísima Eucaristía», centro y culmen de la vida de la Iglesia.

A modo de conclusión vale decir que, la Iglesia a través de las normas canónicas referidas, expresa la conciencia de haber recibido «la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el *don por excelencia*, porque es el don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación»⁴⁰⁰. En consecuencia, es comprensible que en su derecho universal establezca una serie de normas, que buscan cuidar, regular y promover la veneración debida al «sacramento más sublime», en el que «Jesucristo,

³⁹⁹ Ratzinger, 52.

⁴⁰⁰ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 17.

como Dios y hombre, con cuerpo y alma, carne y sangre» se ofrece continuamente a los fieles, no como «una simple convicción privada o una doctrina abstracta, sino como una persona real cuya entrada en la historia es capaz de renovar la vida de todos»⁴⁰¹. Por este motivo, los cristianos somos llamados a acudir al encuentro íntimo y amical con esta «verdadera presencia personal transformadora del Resucitado», quien nos espera incansablemente en el sagrario como «medicina de inmortalidad y antídoto para no morir»⁴⁰².

Esta experiencia de encuentro personal con la presencia eucarística de Jesucristo se da singularmente en la Visita al Santísimo Sacramento, «reservado con el máximo honor en el sitio más noble de las iglesias»⁴⁰³. Dicha práctica de adoración eucarística, recomendada innumerables veces por la Iglesia, ofrece una ayuda significativa para vivir fecundamente el culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa, en estrecha relación con la celebración del Santo Sacrificio. «Pruébalo por experiencia, – recomienda san Alfonso María de Liguori – y verás el provecho que sacarás de ello», porque «Jesús en el Santísimo Sacramento dispensa más abundantemente sus gracias a quien lo visita»⁴⁰⁴.

⁴⁰¹ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 77.

⁴⁰² SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a los Efesios*, 20: *SOLANO I*, 71.

⁴⁰³ PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 8.

⁴⁰⁴ L. G. LOVASIK, *El libro de la Eucaristía*, 50.

CAPÍTULO III

LA VISITA AL SANTÍSIMO: ENCUENTRO PERSONAL CON CRISTO

La Iglesia, a través de distintos documentos⁴⁰⁵, ha enseñado que el culto eucarístico *extra Missam* se puede vivir provechosamente en la Visita al Santísimo Sacramento, que es una forma de adoración silenciosa y personal, en la que podemos disfrutar de un trato cercano y profundo con la Persona real y viva de Jesucristo, que se entrega permanentemente a nosotros. En la Visita eucarística, práctica recomendada por no pocos maestros de espiritualidad, podemos presentar con confianza y libertad al «Dulce amigo del sagrario» «nuestras peticiones, nuestras preocupaciones, nuestros problemas, nuestras alegrías, nuestra gratitud, nuestras decepciones, nuestras necesidades y nuestras esperanzas»⁴⁰⁶. En suma, en este «encuentro de Persona a persona», que se da en la adoración ante los «sagrarios divinos», podemos abrirle el corazón al Cristo eucarístico y prolongar la unión con Él conseguida en la comunión sacramental, así como renovar nuestra fe, esperanza y caridad: «A él no lo habéis visto, y lo amáis; en él creéis ahora, aunque no lo veis; y os regocijaréis con un gozo inefable y radiante, al recibir el fruto de vuestra fe, la salud de vuestras almas» (1Pe 1,6-9).

⁴⁰⁵ Cfr. *RCCE*, nn. 2 y 80.

⁴⁰⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía en la celebración de las Vísperas en la Catedral Basílica de Santa Ana, Altötting*, 11/09/2006.

Ahondemos de ahora adelante, en los diversos aspectos de esta práctica específica de piedad eucarística, teniendo en cuenta lo que hemos venido esbozando, que se aplica a todas las modalidades de culto eucarístico *extra Missam*. Pues, así como todas las demás formas de adoración a la presencia real y personal de Jesús en el Sacramento, la Visita al Santísimo solo puede ser vivida auténtica y fructuosamente en su estrecha vinculación con las demás dimensiones del único misterio eucarístico.

3.1. Aspectos históricos

3.1.1. Antecedentes

La Visita al Santísimo Sacramento se entiende como un momento más o menos⁴⁰⁷ breve de oración, como coloquio y encuentro personal con el Señor Jesús presente en el tabernáculo eucarístico. Es considerada por los santos y maestros espirituales como una «excelente práctica que no omitirán un solo día las personas deseosas de santificarse»⁴⁰⁸. Los antecedentes de la Visita se pueden encontrar en determinadas prácticas de devoción eucarística, que en los primeros siglos estuvieron vinculadas a la Misa, pero a comienzos del siglo XIII, se independizaron, generando nuevas formas de expresar la fe en la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, como se ha visto en la primera parte de nuestro trabajo.

Una práctica que determinó especialmente la costumbre de la Visita fue la reserva eucarística, testimonio indiscutible de fe en la “presencia permanente” de Cristo en los dones consagrados. Como es sabido, inicialmente las sagradas especies eran conservadas en casas particulares, pero a partir del siglo V serán reservadas en las sacristías y luego en el altar mayor. Esto dará origen a los sagrarios⁴⁰⁹, en torno al cual se desarrollarán varias prácticas piadosas. Se introduce la costumbre de arrodillarse y poner una lámpara delante del tabernáculo, como homenaje y recuerdo de la presencia

⁴⁰⁷ Por supuesto, que esta mención al tiempo es meramente referencial. Sobra decir que, esto depende de cada persona. Y por ello, no existe ninguna norma al respecto. El *Directorio de Piedad Popular y Liturgia* se refiere a la Visita como un «breve encuentro con Cristo, motivado por la fe en la presencia real y caracterizado por la oración silenciosa», n. 165.

⁴⁰⁸ A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, 459.

⁴⁰⁹ J. A. ABAD, *o. c.*, 23.

real y permanente de Cristo⁴¹⁰. Asimismo, a fines del siglo XI se fue volviendo común la práctica de recogerse individualmente en oración ante el sagrario, que nos remite de alguna manera a las viglias de adoración del Jueves Santo, realizadas delante del monumento. En los siglos XII y XIII la Visita al Santísimo se irá consolidando, sobre todo, a través de las grandes Órdenes Religiosas⁴¹¹.

Los actos piadosos, que surgieron tanto del deseo de prolongar lo vivido en el momento de elevación de la hostia⁴¹² como de la práctica de la Adoración de las Cuarenta Horas, también impulsarán el desarrollo y el arraigo de la Visita al Santísimo. Así que, esta modalidad de adoración eucarística se irá entendiendo y viviendo como coloquio personal, silencioso y contemplativo ante el sagrario, «escuela de oración, de santidad, de apostolado, de hacer parroquia y comunidad [...] porque [en él] se encuentra el mejor maestro y la fuente de toda gracia: Jesucristo»⁴¹³.

Pues bien, estos y otros hechos⁴¹⁴ ayudarán a que las Visitas se vayan poco a poco configurando como una expresión valiosa y sencilla de adoración a Jesús Sacramentado:

Es preciso valorar la devoción eucarística bajo todos sus aspectos: la participación plena de la misma – con la comunión – y también las visitas al Santísimo. Cristo *permanece sacramentalmente con nosotros* para darnos vida abundante y *facilitar el encuentro personal con él*. El creyente hallará en estos *encuentros eucarísticos* paz y serenidad; Cristo sabrá dar la fortaleza y paciencia en la lucha, luz y entusiasmo en la fe, vigor para hacer frente a las tentaciones, profundidad en las convicciones cristianas, fervor en el amor a Dios y en la entrega y servicio a los demás[...] ⁴¹⁵.

3.1.2. Desarrollo de la práctica de las Visitas al Santísimo Sacramento del siglo XIII hasta la actualidad

En la historia del culto de adoración eucarística no faltan testimonios de fieles cristianos, que vivieron y recomendaron la práctica de la Visita al Santísimo Sacramento. Por ejemplo, san Francisco de Asís (†1226), claramente consciente de la

⁴¹⁰ La primera prescripción general acerca de la lámpara del Santísimo Sacramento se encuentra en el Ritual Romano de 1614. Al respecto tanto el *Ritual* actual como el *CIC* ordenan que la costumbre se mantenga. Se sugiere que lámpara sea preferentemente de cera o de aceite.

⁴¹¹ Cfr. M. RIGHETTI, *o. c.*, Vol. II, 534-535.

⁴¹² Cfr. *supra*, cap. I, 16-19.

⁴¹³ G. APARICIO SÁNCHEZ, *La Eucaristía. La mejor escuela de oración, santidad y apostolado*, 247.

⁴¹⁴ Cfr. J. A. ABAD, *o. c.*, 23-24.

⁴¹⁵ J. D. BAEZA, *En medio de las plazas*, 60. Las cursivas son nuestras.

vinculación entre las dimensiones del único misterio eucarístico, testifica: «Cuando no puedo ir a Misa adoro el Cuerpo de Cristo en la oración y con los ojos del espíritu, como cuando voy a Misa». Este “auténtico reformador de la Iglesia” era sumamente celoso por la reverencia y el cuidado de los lugares donde estaba reservado el Santísimo. En sus viajes, al pasar por una iglesia en la que estaba el sagrario, viéndola abandonada y sucia, la barría y la limpiaba él mismo⁴¹⁶, exhortando a que otros hicieran lo mismo⁴¹⁷. En esta actitud del «Poverello de Asís» se puede ver un testimonio vivo de lo que pedirá más adelante el Concilio Vaticano II a los sacerdotes y a todos los fieles cristianos: «La casa de oración en que se celebra y *se guarda la Sagrada Eucaristía*, y se reúnen los fieles, y en la que se *adora para auxilio y solaz de los fieles la presencia del Hijo de Dios*, nuestro Salvador, ofrecido por nosotros en el ara sacrificial, debe de estar limpia y dispuesta para la oración y para las funciones sagradas»⁴¹⁸.

Aunque, esta forma de adoración eucarística privada empezó a generalizarse a partir del siglo XIII, será de máxima importancia para su desarrollo y consolidación entre los fieles, las enseñanzas del Concilio de Trento en el «Decreto sobre la Santísima Eucaristía». En particular, los capítulos 5 y 6, que tratan del legítimo culto de adoración del Sacramento y de la santa reserva en el sagrario, respectivamente. Volveremos sobre estos capítulos y sus correspondientes cánones al tratar más adelante de los fundamentos teológicos de la Visita.

Será en el período de la llamada *Devotio Moderna* que la práctica de la Visita al Santísimo alcanzará su mayor difusión y “carta de ciudadanía”. Este «movimiento religioso del bajo Medievo», que nace en los Países Bajos, especialmente en Renania, renovó la vida espiritual de la Iglesia en los siglos XIV-XVI. Y consecuentemente, las formas de culto y piedad de los cristianos. En gran medida surge como reacción a la mera especulación teológica y a un cierto hastío por la mediocridad en la que vivían muchos clérigos y laicos⁴¹⁹. La intención no era formar una escuela o un sistema, sino generar una actitud crítica y escéptica ante la «escolástica envejecida». Busca ser una corriente espiritual positiva, una nueva ascética y una nueva devoción, caracterizada por

⁴¹⁶ Cfr. M. BRILLANT, *o. c.*, 229

⁴¹⁷ Esta actitud tan ejemplar del gran «Santo de Asís» es un reflejo fiel de la preocupación de Jesús en que todo estuviera «bien dispuesto y preparado» para la celebración de la «primera Misa de la historia» (cfr. Mc 14,12-16).

⁴¹⁸ Conc. Vat. II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, n. 5. El subrayado es nuestro.

⁴¹⁹ Cfr. H. JEDIN, *o. c.*, Vol. IV, 670-677; J. M. MOLINER, *o. c.*, 217-220; 234-244.

la práctica de la humildad, de la oración silenciosa y sencilla, íntima y recogida. Lo más destacable de la *Devotio* es su «espiritualidad marcadamente cristocéntrica». Es decir, la humanidad de Cristo es la clave de la vida espiritual, en consecuencia, el cristiano ha de vivir una vida ética y concreta, buscando alcanzar la configuración con el Verbo encarnado. La oración metódica, el examen de conciencia y la meditación diaria son señalados como medios indispensables para llegar a esta meta.

En este contexto las Visitas, por sus características de oración personal, íntima y cercana a la realidad de los fieles, tuvieron gran difusión y acogida. Fueron impulsadas, sobre todo, por las Compañías del Amor Divino⁴²⁰, que buscaban fomentar entre sus miembros la devoción a la Eucaristía y la ayuda a los pobres y enfermos. Estas «Compañías» se concretaron especialmente en las congregaciones de clérigos regulares: Teatinos, fundados por san Cayetano de Thiene (1480-16719); los Clérigos Regulares de san Pablo (Barnabitas), fundados por san Antonio María Zaccaria (1502-1539), que promovieron enormemente las distintas prácticas de adoración eucarística. Asimismo, grandes reformadores del clero, como san Vicente de Paúl (1581-1660), y Juan Jacob Olier (1608-1657) introdujeron las Visitas al Santísimo entre los actos piadosos que debían practicar los sacerdotes que eran formados por ellos. Más adelante fueron asumidas entre los demás clérigos y así se mantiene hasta nuestros días.

Al referirnos a la *Devotio Moderna* no podemos dejar de mencionar a la magnífica y enormemente apreciada *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis⁴²¹, considerado como el escritor más emblemático de esta nueva corriente espiritual. El Libro IV de la *Imitación*, titulado: «Del Santísimo Sacramento del Altar», está dedicado a la devoción eucarística. Aunque, no hacen referencia explícita a la Visita, las reflexiones que aparecen ahí en forma de coloquio íntimo y cercano entre el adorador («el discípulo») y Jesucristo Eucaristía («el Amado»), expresan con hondura lo que significa estar dinámicamente en la presencia personal de Cristo reservado en el tabernáculo eucarístico:

⁴²⁰ Cfr. J. M. MOLINER, *o. c.*, 335-337.

⁴²¹ Tomás de Kempis, monje de los Hermanos de la Vida Común, nació en Kempen (Alemania) en el año 1380 y falleció en Zwolle (Holanda) en 1471 a la edad de 91 años. De las lecciones que daba a los monjes de su orden se cree que surge la *De Imitatione Christi*, que se publicó por primera vez en torno a 1418 y es uno de los clásicos más importantes de la espiritualidad católica. Kempis en esta «obra mística», expresa lo que significa la experiencia de unión íntima y personal con Dios que, vivida en la tierra, anticipa la eternidad. Esta perspectiva es como el hilo conductor de toda la enseñanza de la *Imitación*.

¡Oh mi Dios y Señor! Dispón a tu siervo con las bendiciones de tu dulzura para que digna y devotamente merezca acercarme a tu adorable Sacramento [...] Aviva la llama de tu amor en mi corazón; sacude mi profundo letargo. Visítame con tu gracia saludable para que mi espíritu pueda saborear a sus anchas tu suavidad, cuya plenitud se oculta en este Sacramento como su fuente... Oh Señor, con sencillez de corazón, con fe firme y sincera, obediente a tu mandato, me acerco a Ti confiado y reverente; y creo con toda mi alma que estás aquí presente en el Sacramento en cuanto Dios y en cuanto hombre⁴²².

En lo sucesivo, la Visita al Santísimo Sacramento se irá estableciéndose como parte de la devoción eucarística de los fieles. Ello se puede comprobar en la vasta literatura piadosa que motivó. Este es el caso, por ejemplo, de *Las Visitas al Santísimo Sacramento*, de san Alfonso María de Liguorio (1696-1787). Esta obra sencilla y famosa fue publicada por primera vez en 1745 y reeditada 80 veces más en vida del santo. En 1950 se daban como seguras 2.108 ediciones en más de 43 lenguas.

San Alfonso María, que propagaba y practicaba asiduamente la adoración a la presencia eucarística de Cristo reservado en el sagrario, busca con su «librito» facilitar a los fieles la práctica de las Visitas al Santísimo. Con un estilo sencillo y profundo, a través de oraciones y breves reflexiones transidas de fe, amor y exquisita devoción eucarística, proporciona a cada adorador, que así lo desea, un espacio de encuentro cercano y dinámico con el ‘Amigo del Sagrario’, en quien podemos descargar y confiar todas nuestras preocupaciones, porque Él siempre se interesa por nosotros (cfr. 1Pe 5,7). En este orden de ideas, confiesa el fundador de los Redentoristas: «En verdad, no podemos tener en gozo más puro ni tesoro más amable que Jesús Sacramentado. Y no hay duda que entre todas las devociones, esta de adorar a Jesús Sacramentado es la primera, la más grata a Dios y la más provechosa para nosotros, después de la recepción de los sacramentos»⁴²³.

En efecto, la gran difusión de esta obra de devoción eucarística, muestra claramente el gran arraigo de la Visita al Santísimo entre los fieles. Los testimonios de aquellos que las practicaron y las recomendaron incesantemente son abundantes. Entre ellos se destaca san Juan María Vianney (1786-1859), que señalando el sagrario con profunda emoción y cierto «arrobamiento místico», decía: «Él está ahí... Yo le miro y Él me mira...».

⁴²² T. DE KEMPIS, *La Imitación de Cristo*, Libro IV, cap. 4, 1-2. 6.

⁴²³ A. M. DE LIGORIO, *Visitas al Santísimo*, 15.

Asimismo, exhortaba a sus parroquianos que no dejaran de visitar al Maestro presente en el tabernáculo⁴²⁴, pues siempre está ahí y nos llama (cfr. Jn 11,28).

Como hemos dicho, la reforma litúrgica postconciliar recuperó la comprensión del misterio eucarístico en toda su amplitud para que se tribute auténtico culto de adoración a la presencia real fuera de la celebración. El Papa Pio XII al hablar en la Encíclica *Mediator Dei* de las formas de culto a la Eucaristía, señala la práctica de las Visitas al Santísimo Sacramento desde esta perspectiva integradora de todas las dimensiones del «misterio más íntimo de la Iglesia»:

Este culto de adoración se apoya en una razón seria y sólida, ya que la Eucaristía es la vez sacrificio y sacramento... Cuando, pues, la Iglesia nos manda a adorar a Cristo escondido bajo los velos eucarísticos y pedirle los dones espirituales y temporales que en todo tiempo necesitamos, manifiesta la viva fe con que cree que su divino Esposo está bajo dichos velos, le expresa su gratitud y goza de su íntima familiaridad... En el decurso de los tiempos la Iglesia ha introducido diferentes formas de culto, y por cierto cada día más bellas y provechosas, como, por ejemplo, *las piadosas y aun cotidianas visitas a los divinos sagrarios...*⁴²⁵.

De igual modo, san Juan XXIII⁴²⁶ presentó al pueblo cristiano, y en particular a los sacerdotes, las Visitas eucarísticas como un medio muy útil para alcanzar la santidad. Desde este prisma, señala al santo cura de Ars como modelo de sacerdote que amaba profundamente a Cristo Eucarístico y al sentirse irresistiblemente atraído hacia el sagrario, pasaba largos ratos en oración ante el Santísimo Sacramento, como ya hemos referido. El Santo Padre exhorta a los sacerdotes a que sigan este ejemplo de santidad y puedan ser así, testimonios vivos para los fieles de devoción y amor a Jesucristo conservado en el sagrario:

Es preciso añadir el provecho que de ahí resulta para los fieles, testigos de esta piedad de sus sacerdotes y atraídos por su ejemplo. ‘Si queréis que los fieles oren con devoción -decía Pío XII al clero de Roma - dadles personalmente el primer ejemplo, en la iglesia, orando ante ellos. Un sacerdote arrodillado ante el tabernáculo, en actitud digna, en un profundo recogimiento, es para el pueblo ejemplo de edificación, una advertencia, una invitación para

⁴²⁴ Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, Roma 1986.

⁴²⁵ Pío XII, Enc. *Mediator Dei*, nn.164-165. Las cursivas son nuestras.

⁴²⁶ Angelo Giuseppe Roncalli nació en Bergamo, Lombardía en 1881. Fue Sumo Pontífice de la Iglesia Católica entre 1958 y 1963. Es conocido como el «Papa bueno». Luego de tres meses de su elección tuvo la iniciativa de convocar el Concilio Vaticano II (XXI concilio de la Iglesia), el acontecimiento eclesial más importante del siglo XX. Juan XXIII anunció la convocatoria del Concilio el 25 de enero de 1959. Duró tres años, de 1962-1964. Como es sabido, el Vaticano II fue un concilio pastoral y ecuménico. Su principal objetivo fue el *aggiornamento* o «puesta al día de la Iglesia». El «Papa bueno» fue beatificado por san Juan Pablo II el 3 de septiembre de 2000 y canonizado por el Papa Francisco el 30 de septiembre de 2013.

que el Pueblo le imite'. La oración fue, por excelencia, el arma apostólica del joven Cura de Ars⁴²⁷.

A pesar de los frutos de estas exhortaciones y recomendaciones a vivir la adoración eucarística a través de las Visitas, en tiempos del Concilio Vaticano II algunos han visto este ejercicio de adoración como parte de un conjunto de prácticas anquilosadas y desfasadas⁴²⁸. Esto, por una parte, se debía a una comprensión parcializada de la reforma litúrgica, porque se creyó que la centralidad que se dio a la celebración del Sacrificio Eucarístico iba en desmedro al culto eucarístico fuera de ella. Y por otra, a los nuevos intentos de explicar algunos aspectos del dogma eucarístico, como la presencia real y la transustanciación, que venían influenciando negativamente en la fe y piedad de los fieles.

El beato Pablo VI responderá a estas «perturbaciones en lo tocante a la fe»⁴²⁹, que son motivos de su solicitud y preocupación pastoral, en la *Mysterium Fidei*. Dicha encíclica, como hemos explicado, recuerda la doctrina de la Iglesia sobre la Santísima Eucaristía y exhorta a redescubrir la importancia y el adecuado lugar de las formas de «culto latréutico debido» a la presencia somática *extra Missam* en armonía con los demás aspectos del único misterio eucarístico. Por lo que se refiere a nuestro tema, dice el Papa:

Os rogamos, pues, venerables hermanos, que custodiéis pura e íntegra en el pueblo, confiado a vuestro cuidado y vigilancia, esta fe que nada desea tan ardientemente como guardar una perfecta fidelidad a la palabra de Cristo y de los Apóstoles, rechazando plenamente todas las opiniones falsas y perniciosas, y que promováis, sin rehuir palabras ni fatigas, el culto eucarístico, al cual deben conducir finalmente todas las otras formas de piedad [...] Además, *durante el día, que los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento*, que ha de estar reservado con el máximo honor en el sitio más noble de las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, pues *la visita es señal de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente*⁴³⁰.

Igualmente, en su Profesión de fe, que fundamentalmente reitera el Credo de Nicea, Pablo VI nos ofrece luces, aunque indirectamente, para comprender la legitimidad y actualidad de la adoración eucarística que se vive en la Visita al Santísimo. Partiendo de

⁴²⁷ JUAN XXIII, Enc. *Sacerdotti nostri primordia*, n. 18.

⁴²⁸ Cfr. C. GONZÁLEZ, *o. c.*, 23-24; P. TENA, «La adoración Eucarística – Teología y Espiritualidad», 208-209.

⁴²⁹ Cfr. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 4.

⁴³⁰ ID., Enc. *Mysterium fidei*, n. 8. Las cursivas son nuestras.

la verdad absoluta, que en la Eucaristía «Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la transustanciación», señala:

La única e indivisible existencia de Cristo, el Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, después de celebrado el sacrificio, *permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver*, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos⁴³¹.

El patrimonio doctrinal postconciliar también nos ayuda a comprender particularmente lo beneficioso de la “Visita al Cristo del sagrario” para el crecimiento en la vida espiritual. En este sentido, queremos referirnos en particular a la centralidad de la adoración eucarística en la vida espiritual de los sacerdotes, pero que se aplica naturalmente a la realidad de todo cristiano que quiere vivir un trato asiduo y confiado con Jesús Sacramentado.

El decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis* dice a los presbíteros que para vivir con fidelidad su ministerio «gusten cordialmente el coloquio divino con Cristo Señor en la visita y en el culto personal de la Sagrada Eucaristía»⁴³². Por el encuentro frecuente y amical con Jesús presente permanentemente en el pan transustanciado, el ministro ordenado redescubre una y otra vez que la «Eucaristía es núcleo y centro vital de toda su existencia sacerdotal»⁴³³. Desde este punto de mira, el actual *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros* señala que la «primacía de la Eucaristía» en la vida del sacerdote se expresa no sólo por la «digna y piadosa celebración del Sacrificio, sino aún más por la adoración habitual del sacramento»⁴³⁴. Asimismo, el referido *Directorio* invita a los pastores a ser modelos para los fieles «en el devoto cuidado del Señor en el sagrario y en la meditación asidua que hace ante Jesús Sacramentado»⁴³⁵. Este testimoniar el encuentro profundo y eficaz con Cristo a través de la Visita eucarística, es clave para impulsar la oración asidua de fieles ante el tabernáculo del altar:

⁴³¹ ID., *Credo del Pueblo de Dios*, n. 26. Las cursivas son nuestras.

⁴³² Conc. Vat. II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, n. 18. Cabe señalar que, este es el único documento del Concilio que habla explícitamente de la práctica de la Visita al Santísimo Sacramento, planteada como un «recurso fundamental» para el crecimiento espiritual y la fidelidad al ministerio pastoral del sacerdote.

⁴³³ Cfr. Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 66.

⁴³⁴ *Ibid.*, 68.

⁴³⁵ *Ibid.*

Es conveniente que los sacerdotes... tributen atenciones y honores, mayores que a cualquier otro rito, al Santísimo Sacramento del altar, también fuera de la Santa Misa. 'La fe y el amor a la Eucaristía no pueden permitir que Cristo se quede solo en el tabernáculo'. Impulsados por el ejemplo de fe de sus pastores, los fieles buscarán ocasiones a lo largo de la semana para ir a la iglesia a adorar a nuestro Señor, presente en el tabernáculo⁴³⁶.

Otros documentos postconciliares, como la Instrucción *Eucharisticum mysterium* y el *RCCE*, aunque no usan la expresión «Visita al Santísimo», recomiendan enfáticamente la práctica de la «oración personal y silenciosa» ante el Santísimo Sacramento reservado día y noche en el tabernáculo eucarístico. Además, indican que los pastores de las iglesias y oratorios públicos provean todas las condiciones para que los fieles «no dejen de venerar al Señor en el Sacramento, aun con culto privado, y lo hagan con facilidad y provecho»⁴³⁷. En suma, dichos documentos interpelan a los fieles a prolongar en la práctica de la Visita eucarística la unión conseguida con Cristo en la comunión sacramental y a renovar la alianza que los impulsa a mantener en sus costumbres y en su vida la que han recibido en la celebración de la santa Misa por la fe y el Sacramento⁴³⁸.

En nuestro bosquejo sobre el desarrollo histórico de la Visita al Santísimo no podemos dejar de referirnos a san Juan Pablo II, quien ha recomendado frecuentemente esta práctica de adoración, en continuidad con sus predecesores y con los referidos documentos postconciliares. En sus homilías con ocasión de la solemnidad *Corpus Christi*, en sus innumerables peregrinaciones *urbi et orbi*, en sus numerosos encuentros con sacerdotes, religiosos, jóvenes y demás fieles cristianos fue incansable en inculcar la importancia de las Visitas para renovar la fe en que la Eucaristía es la presencia real en el tiempo del único y eterno sacrificio de Cristo. Su testimonio de vida, cercano y cuestionador, quizás haya sido lo más alusivo a ello:

Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cfr. Jn 13, 25), palpar como el amor infinito de su corazón... ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!⁴³⁹.

Asimismo, el «Papa peregrino» ha recordado la necesidad de la fe y de la reverencia en la práctica de la Visita al Santísimo, así como su valor:

⁴³⁶ *Ibid.*

⁴³⁷ S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum Mysterium*, n. 53; Cfr. nn. 50-52; 8-9. 80.

⁴³⁸ Cfr. *RCCE*, nn. 81; 8-9 y 80.

⁴³⁹ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesieia de Eucharistia*, n. 25; Cfr. n. 8.

La Visita al Santísimo es un gran tesoro de la fe católica... Y todo acto de reverencia, toda genuflexión que hacéis delante del Santísimo Sacramento es importante, porque es un acto de fe en Cristo, un acto de amor a Cristo. Y cada señal de la cruz, cada gesto de respeto hecho todas las veces que pasáis ante una iglesia, es un también un acto de fe. Que Dios os conserve esta fe en el Santísimo Sacramento⁴⁴⁰.

Finalmente, san Juan Pablo II plantea la Visita eucarística como espacio de encuentro personal y cercano con Jesucristo y una muestra más del amor generoso del «Dios cercano», quien nos espera día y noche en el tabernáculo:

Cristo se queda en medio de nosotros. No sólo durante la Misa, sino también después, bajo las especies reservadas en el sagrario. Y el culto eucarístico se extiende a todo el día, sin que se limite a la celebración del Sacrificio. Es un Dios cercano, un Dios que nos espera, un Dios que ha querido permanecer con nosotros. Cuando se tiene fe en esa presencia real, ¡qué fácil resulta estar junto a Él, adorando al Amor de los amores!⁴⁴¹.

A lo largo del pontificado de san Juan Pablo II, el tercero más extenso de la historia, otros documentos eclesiales manifestarán con claridad el valor y la importancia de las Visitas. Por ejemplo, la Instrucción *Redemptionis Sacramentum* señala que dicha práctica eucarística es una de las formas de culto y adoración instituidas o aprobadas por la misma Iglesia, y, por lo tanto, «es un derecho de los fieles visitar frecuentemente el Santísimo Sacramento de la Eucaristía para adorarlo»⁴⁴². Por este motivo, la referida Instrucción recuerda que el sagrario debe estar en la parte «más noble de la iglesia, más insigne, más destacada, más convenientemente adornada» y también, por la tranquilidad del lugar, «apropiado para la oración»⁴⁴³. Y, velando para que los fieles tengan las condiciones adecuadas para cumplir con este derecho que les asiste, el actual Código de Derecho Canónico prescribe: «La iglesia en la que está reservada la santísima Eucaristía debe quedar abierta a los fieles, por lo menos algunas horas al día, a no ser que obste una razón grave, para que puedan hacer oración ante el santísimo Sacramento»⁴⁴⁴.

Nuestro breve recorrido muestra, pues, la evolución, difusión y consolidación de la práctica de la Visita al Santísimo Sacramento en la «vida eucarística» del pueblo cristiano, respaldada y legitimada por la santa Madre Iglesia. Creemos que ello manifiesta con suficiente claridad su lugar en el culto de adoración fuera de la Misa.

⁴⁴⁰ ID., *Homilía en Dublín*, 29/9/79.

⁴⁴¹ ID., *Discurso al Clero, religiosos y agentes de pastoral*, Lima, 01/02/1985.

⁴⁴² S. Congr. para el Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, n. 139.

⁴⁴³ Cfr. *Ibid.*, nn. 130; 135.

⁴⁴⁴ CIC, c. 937.

Asimismo, se puede constatar que la Visita no es una experiencia individualista o estática, como fue injusta e infundadamente catalogada por algunos⁴⁴⁵. Es, por lo contrario, un encuentro dinámico, porque Jesús es una Persona real, un «ser-para-los-demás», que está presente en el tabernáculo «con vistas a un coloquio con su nuevo pueblo y con cada uno de los fieles»⁴⁴⁶. Desde esta perspectiva, en la que nos tendremos más adelante, Benedicto XVI asevera que:

En la Eucaristía, Cristo está realmente presente entre nosotros. Su presencia no es estática. Es una presencia dinámica, que nos hace suyos, nos asimila a él... en la Eucaristía el centro es Cristo que nos atrae hacia sí, nos hace salir de nosotros mismos para hacer de nosotros una sola cosa con él⁴⁴⁷.

Pues bien, comprender que la presencia real, verdadera y sustancial de Jesucristo reservado en el tabernáculo eucarístico es una «presencia personal» y permanente, es un sólido argumento para fundamentar la validez, siempre actual, y los frutos espirituales de la práctica de la Visita al Santísimo Sacramento, en la cual se da «una mutua compenetración de una persona en otra persona», un encuentro particular y profundo entre Cristo y el que lo visita⁴⁴⁸.

3.2. Fundamentos teológicos

3.2.1. La presencia real, permanente y personal de Jesucristo en el sagrario

Como hemos referido en el segundo capítulo de nuestra disertación, la Iglesia Católica ha creído firmemente desde los primeros siglos que, esta presencia real y personal de Cristo velado bajo las especies sagradas, no se limita a la celebración del Sacrificio Eucarístico. Un «signo visible» de ello es la antiquísima costumbre de la reserva eucarística, como testimonia el Concilio de Trento, al definir solemnemente su valor y su necesidad⁴⁴⁹.

Por consiguiente, aunque consideremos que la razón principal de Cristo para instituir la santa Eucaristía es dejárnosla como banquete, *ut sumatur*: «tomad y comed», «tomad

⁴⁴⁵ Cfr. T. URKIRI, *o. c.*, 82-86.

⁴⁴⁶ JUAN PABLO II, *Catequesis sobre la Eucaristía en la vida espiritual de los presbíteros*, 09/06/1993.

⁴⁴⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía pronunciada en la Clausura del XXIV Congreso Eucarístico Nacional Italiano*, Bari 29/05/2005.

⁴⁴⁸ Cfr. Ratzinger, 261.

⁴⁴⁹ Cfr. DH 1645.

y bebed», la larga Tradición de la Iglesia, como testimonia el Concilio tridentino, no ve en este *in usu* una contraposición con los actos de adoración al Señor fuera de celebración, «porque no debe dejar de ser adorado por el hecho de haber sido instituido por Cristo, el Señor, para ser comido»⁴⁵⁰.

Esta «precisión tridentina» responde a algunas de las proporciones protestantes respecto al misterio eucarístico. Como hemos esbozado detalladamente, Lutero afirmaba que Cristo ha instituido el Sacramento del Altar «exclusivamente» para que «comamos y bebamos». Pues, para él, Jesús está realmente presente en el pan y en el vino sólo durante la celebración, en tanto que está ahí solo para ser tomado como alimento. Martín Lutero y los demás «innovadores» dirán que, de las palabras pronunciadas por el Señor en el momento de la institución de la Eucaristía solamente se puede concluir esto y no que permanezca después de la celebración en las especies sacramentales. Desde este aspecto, Lutero considera la adoración eucarística una idolatría y rechaza enérgicamente la fiesta del *Corpus Christi*, el sagrario y la custodia: «en todo esto, según él, la eucaristía está *extra usum* y así, lo que sucede aquí, no es para él culto de Dios, sino de un ídolo»⁴⁵¹.

En el marco de la fe y del sentir universal de la Iglesia, el Concilio de Trento responderá a esta objeción al culto eucarístico, desde el dato bíblico, yendo a la esencia del “argumento luterano”: «Todavía, en efecto, no había los apóstoles recibido la Eucaristía de mano del Señor (cfr. Mt 26,26; Mc 14,22), cuando Él, sin embargo, afirmó ser verdaderamente su cuerpo por lo que les ofrecía; y esta fue siempre la fe de la Iglesia de Dios»⁴⁵². Por consiguiente, es importante tener en cuenta que Jesucristo está conservado en las especies eucarísticas, bajo dos «títulos»:

como el Señor que se ha ofrecido en sacrificio en la santa Misa y como el Señor que quiere dárseos en alimento. Bajo esta misma perspectiva es preciso concebir la adoración del Santísimo Sacramento así ‘conservado’; de lo contrario, ésta perdería su sentido a los ojos del hombre, sería como un extraño sucedáneo de la adoración que se debe a Dios por su presencia universal, no sería sino una manera, cuyo sentido permanece incierto, de actualizar nuestra unión sobrenatural con Cristo que, por otra parte, siempre y en todo lugar es posible⁴⁵³.

⁴⁵⁰ Cfr. DH 1643.

⁴⁵¹ Cfr. Ratzinger, 202.

⁴⁵² DH 1640.

⁴⁵³ K. RAHNER, «La devoción eucarística fuera de la misa: La visita al Santísimo», 29-31.

El Señor está presente, pues, en las ofrendas no sólo en el momento que se le toma como alimento, sino antes mismo de la recepción eucarística. Y esto lo vemos claramente en la «última Cena». Es decir, entre el momento que el Señor pronuncia las palabras de la consagración y el que los apóstoles lo reciben en el pan consagrado hay un intervalo. De igual modo ocurre actualmente en la celebración de la santa Misa. Efectivamente, siendo Cristo «alimento de Vida Eterna», en el que está contenido su divinidad y humanidad, su alma y cuerpo glorioso, antes de ser tomado en la comunión eucarística se hace presente mediante una transformación real y total⁴⁵⁴, «llamada por la santa Iglesia conveniente y propiamente *transustanciación*»⁴⁵⁵.

Esta conversión sustancial, «admirable y singular», es absoluta e irreversible, al punto tal que «haría falta otro milagro para anular nuevamente la presencia sustancial del Señor una vez que esta ha tenido lugar»⁴⁵⁶. Y desde esta idea de la «presencia *secundum substantiam*», duradera y permanente, se desprende lógicamente la adoración de Cristo presente *extra usum*, fuera de la celebración eucarística. La Eucaristía no tiene, por lo tanto, la «exclusiva función» de servirnos de alimento en un momento puntual. Ella es, pues, la dádiva y el don más perfecto que viene de lo alto (cfr. Sant 1,17), que va más allá del espacio de nuestras iglesias, donde es celebrada. Es un hecho real, verdadero y permanente. «Cristo está ahí presente» con todo su ser, mediante la acción del Espíritu de Dios que obra algo nuevo y definitivo, para ser recibido, pero no antes de ser adorado y amado:

Recibir a Cristo significa acceder a él, adorarlo. Por esta razón, la comunión puede extenderse más allá del momento de la celebración eucarística, incluso tiene que hacerlo. A medida que la Iglesia ha ido profundizando más en el misterio eucarístico, ha comprendido cada vez mejor que la comunión no puede celebrarse por completo en los minutos destinados a la Misa. Solamente cuando la vela del Santísimo se encendió en las iglesias y el sagrario fue colocado junto al altar, germinaron simultáneamente los brotes del misterio y la plenitud del misterio eucarístico fue asumida por la Iglesia. Allí está siempre el Señor. La iglesia no es solo un espacio en el que muy de mañana sucede algo puntual, mientras que el resto del día permanece vacío, 'sin función'. En el edificio de la iglesia está siempre la Iglesia, porque el Señor siempre se regala, porque el misterio eucarístico permanece, y porque nosotros, al acercarnos a él, estamos incluidos continuamente en el culto de toda la Iglesia que cree, ora y ama⁴⁵⁷.

⁴⁵⁴ Cfr. *Ibid.*

⁴⁵⁵ PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 25.

⁴⁵⁶ Ratzinger, 203.

⁴⁵⁷ *Ibid.*, 261.

Es pues, la presencia real y duradera de la persona de Jesucristo en el sagrario, como «Faro de luz eterna» que «desciende» sobre los dones sagrados en el momento de la celebración y permanece más allá de ella, que hace de la Visita un tiempo provechoso y nunca perdido. Asimismo, esta presencia sustancial y real «no por exclusión, sino por antonomasia»⁴⁵⁸, a la cual conducen y se derivan todos los otros modos de presencia del Señor⁴⁵⁹, es la que sostiene que en la Visita se pueda buscar y encontrar a la misma Persona del Verbo encarnado, en quien se puede confiar y elevar plegarias personales con la seguridad de que «todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mt 7,8) .

En fin, creer y confesar «este modo de presencia, que supera las leyes de la naturaleza y constituye en su género el mayor de los milagros»⁴⁶⁰, nos impulsa (al menos debiera) a querer estar frecuentemente ante el sagrario en adoración silenciosa y profunda. En esta práctica eucarística se va realizando en el alma una transformación que es más que «añadir un simple adorno a la vida habitual». Por lo contrario, «nos afecta en lo más íntimo y profundo, y nos permite llegar a ser nuevos desde lo más profundo de nosotros mismos»⁴⁶¹. Y en la medida en que, como cristianos alcancemos esta renovación desde las raíces, tendremos mayor apertura para comprender y acoger las diversas dimensiones del único misterio eucarístico, con las cuales la práctica de la Visita al Santísimo Sacramento se relaciona inseparablemente.

3.2.2. Relación con los demás aspectos del misterio eucarístico

Es necesario dejar claro, en primer término, que todo lo dicho a propósito del culto eucarístico *extra Missam* se aplica a la práctica de la Visita. Por lo tanto, esta «forma personal» de adoración a la presencia real no puede ser entendida ni vivida al margen de las otras dimensiones del único misterio eucarístico. La presencia que adoramos en la Visita tiene su origen y su fin en la celebración del Sacrificio de la Misa. Por las santas palabras de la consagración, Cristo se hace realmente presente en el pan y en el vino,

⁴⁵⁸ PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 5.

⁴⁵⁹ Cfr. L. TRUJILLO DÍAZ, F. J. LÓPEZ S., o. c., 280.

⁴⁶⁰ PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 6.

⁴⁶¹ Cfr. Ratzinger, 259.

entregando oblativa y generosamente su cuerpo y su sangre por nosotros⁴⁶². Así se actualiza tanto el sacrificio de la Cruz de forma incruenta como la resurrección gloriosa de Jesucristo. Por consiguiente, la presencia sustancial y personal de Cristo en el sagrario prolonga y testimonia la entrega de Cristo crucificado y resucitado que se actualiza en el Memorial Sacrificial. Al visitar, pues, al Santísimo Sacramento nos encontramos personalmente con esta presencia y ello nos ayuda a prepararnos a una participación más activa y fructuosa en la celebración de la santa Misa.

Esta participación alcanza su plenitud cuando recibimos sacramentalmente el Cuerpo de Jesucristo⁴⁶³. En esta medida la Visita al Santísimo Sacramento, en la que disfrutamos el trato íntimo y familiar con la persona de Cristo, nos prepara para encontrarnos con Él en la comunión sacramental, que se prolonga a su vez en la oración ante el sagrario. Es decir, «en ella el alma sigue alimentándose: se alimenta de amor, de verdad, de paz; se alimenta de esperanza, pues Aquel ante el cual nos postramos no nos juzga, no nos aplasta, sino que nos libera y nos transforma»⁴⁶⁴.

Ahora bien, este encuentro personal con Jesucristo, que se da en la comunión sacramental se enriquece orando y contemplando al mismo Señor en cada Visita cotidiana. Por lo tanto, si en esta forma de adoración eucarística escuchamos la voz del Maestro, si le respondemos y le abrimos las puertas de nuestro corazón, Él entra en “nuestra casa”, comparte y “cena” con nosotros y nosotros con Él (cfr. Ap 3,20). En esta medida vivimos la auténtica comunión con la presencia eucarística de Jesucristo reservado en el tabernáculo, quien nos atrae hacia sí mismo constantemente y nos remite a la celebración del Sacrificio sacramental. Así, los que visitan el Santísimo Sacramento:

disfrutan de su trato íntimo, le abren su corazón pidiendo por sí mismos y por todos los suyos y ruegan por la paz y la salvación del mundo. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo, sacan de este trato admirable un aumento de su fe, su esperanza y su caridad. Así fomentan las disposiciones debidas que les permitan celebrar con la devoción conveniente el memorial del Señor y, recibir frecuentemente el pan que nos ha dado el Padre⁴⁶⁵.

⁴⁶² Cfr. DH 1740-1743.

⁴⁶³ Cfr. RCCE, n. 13.

⁴⁶⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía en la fiesta del Corpus Christi*, Roma, 22/05/2008.

⁴⁶⁵ S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, n. 50.

Al entrar, pues, en comunión con la presencia eucarística del Señor por la Visita, podemos ofrecer nuestras plegarias por la Iglesia extendida por todo el mundo, haciendo de la práctica personal de adoración unión y la comunión con el Cuerpo Místico de Cristo, «porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1Cor 10,17). Por medio de este culto al Santísimo Sacramento presente en el sagrario, somos llamados a anteponer al bien privado el bien común, haciendo nuestra la causa y las necesidades de toda la comunidad eclesial. Pues, el único misterio eucarístico, en sus diversos aspectos, siempre *es signo y causa* de la unidad de la *Ecclesia suam*⁴⁶⁶, que «se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor»⁴⁶⁷.

En resumen, reiteramos que la devoción al tabernáculo del altar, como los demás momentos de adoración a la presencia somática de Cristo en el Sacramento, ha de ser considerada como derivación de la adoración central en la celebración de la Misa y como preparación a la misma. Por ello, el sagrario en el cual está Cristo Eucaristía reservado es una patente confirmación que la Iglesia es fiel al mandato del Señor: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,9). Bajo este aspecto, la Visita puede ser de gran provecho para suscitar y mantener vivo el «dulce recuerdo» de que el Cristo adorado ante el sagrario es el mismo que «se ofreció sin tacha a Dios» por nosotros (cfr. Heb 9,14) y que se nos da como alimento de vida eterna en cada celebración eucarística, en la que «se actualiza» el supremo sacrificio de nuestra redención. Porque la «víctima es una sola y la misma», esto es, el que está en reservado incruentamente en el tabernáculo es el que se ofreció a sí mismo cruentamente en el altar de la cruz por cada adorador⁴⁶⁸.

3.2.3. Lugar que ocupa la Visita en el culto de adoración a la Eucaristía

Partiendo de lo dicho respecto a la unidad de las dimensiones del único misterio eucarístico, es evidente que la Visita al Santísimo Sacramento no está ni desvinculada ni

⁴⁶⁶ Cfr. PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, nn. 70-71; Ibid., Enc. *Ecclesia suam*, n. 1; Conc. Vat. II, Const. Dog. *Lumen Gentium*, nn. 3 y 7.

⁴⁶⁷ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 1.

⁴⁶⁸ Cfr. DH 1743; PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, nn. 4-5; CEC, nn. 1362-1267. Para una explicación sintética sobre el importantísimo término “memorial” (zikkarôn), véase: R. CANTALAMESSA, *La Eucaristía, nuestra santificación*, 510-512.

contrapuesta a las otras formas de adoración a la santa Eucaristía, por lo contrario, se nutre de ellas y conduce a ellas. Al orar con devoción y reverencia ante Jesús presente en el sagrario se nos recuerda que esta presencia es la misma que celebramos solemnemente en la fiesta del *Corpus Christi* y acompañamos en las procesiones. Tengamos en cuenta que, la referida fiesta en honra a la presencia de Cristo en las especies sacramentales está muy vinculada a la reserva eucarística. Dicha práctica, muy venerada y cuidada por la Iglesia, ayuda a entender la relación estrecha entre la celebración del *Corpus* y la práctica de la Visita al Santísimo.

Asimismo, en la Visita al Santísimo nos encontramos con la prueba más duradera y accesible a la presencia de Cristo en la Eucaristía. Él está ahí día y noche esperándonos como el «Presente» y, «sin embargo, es el Escondido; él es el Cercano y, sin embargo, el totalmente Otro, aquel que se da y del cual, sin embargo, no se puede disponer, aquel que más bien dispone de nosotros»⁴⁶⁹. En la medida que somos conscientes ante quien estamos orando, alcanzamos remitirnos a la experiencia de haberle adorado expuesto en la custodia y haberlo recibido en la comunión sacramental, que se prolonga en cada encuentro personal con el «dulce solitario del tabernáculo»⁴⁷⁰. Por esta razón recordemos:

comunión y adoración no están la una junto a la otra, o incluso una enfrente de la otra, sino que forma una unidad inescindible (sin posibilidad de separación). En efecto, comulgar significa entrar en comunión... Por este motivo *comunión y contemplación se encuentran mutuamente implicadas*. No podemos comulgar sacramentalmente, si no hacemos también personalmente⁴⁷¹.

La Visita al Santísimo al propiciar un espacio de coloquio íntimo, signo de amor, gratitud y de amistad con Jesucristo, también nos ayuda a descubrir las otras modalidades de adoración a la santa Eucaristía como un momento de encuentro dinámico y cercano con una Persona verdadera que nos ama y se entrega por nosotros, y que también espera ser amada por quien lo visita a menudo. A partir de lo vivido en la Visita, por lo tanto, se puede constatar que el Cristo realmente presente en el pan consagrado no es una «presencia pasiva» en sí, sino «una fuerza que nos atrapa y acoge,

⁴⁶⁹ Ratzinger, 215.

⁴⁷⁰ K. RAHNER, *o. c.*, 26.

⁴⁷¹ Ratzinger, 335.

y nos quiere introducir en ella» cada vez que nos acercamos a adorarlo y a manifestarle nuestro amor, que se ha de expresar en toda forma de culto eucarístico *extra Missam* ⁴⁷².

En este orden de ideas, la ya referida Encíclica *Mysterium fidei*, propone la práctica de la Visita como medio muy útil para la promoción del culto de adoración eucarística fuera de la Misa, a la «cual deben conducir y converger todas las formas de piedad» ⁴⁷³. Por lo tanto, toda Visita al *tabernáculo eucarístico*, «deber de adoración a Cristo nuestro Señor» ⁴⁷⁴, al vivirse devotamente nos conduce a una participación más plena, reverente, consciente y agradecida en las otras formas de «culto latréutico debido» a la presencia real del Señor en el Sacramento.

En último término, la práctica piadosa de estar ratos largos o breves en oración ante el “Cristo del Sagrario”, además de ser un espacio para cultivar la familiaridad espiritual con Él, es también un medio válido y promovido por la Iglesia para hacernos más conscientes de que estamos en la presencia del Verbo Eterno hecho hombre, que ha querido permanecer entre nosotros, llenando de contenido y realismo insospechado sus palabras antes de volver a la diestra del Padre: «Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 26,28) ⁴⁷⁵. Por esto, podemos arrodillarnos esperanzadamente ante Él para agradecerle por los dones recibidos, para experimentar «su cariño omnipotente y salvífico» y aprender «de esa presencia suya – silenciosa y constante – a ser humildes, serviciales, pacientes», para identificarnos con Él y ser uno con Él ⁴⁷⁶.

3.2.4. Algunas aproximaciones a la «Visita»: objeciones y legitimidad

De todo lo visto hasta aquí respecto a la Visita al Santísimo Sacramento, esto es, su desarrollo histórico, su estrecha relación con los demás aspectos del misterio eucarístico, así como su práctica alabada y recomendada repetidamente por el Magisterio y vivida asiduamente por los fieles, podemos afirmar, sin ambages, la

⁴⁷² Cfr. JUAN PABLO II, Carta *Dominicae cenae*, n. 5.

⁴⁷³ Cfr. PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 8.

⁴⁷⁴ *Ibid.*

⁴⁷⁵ Cfr. C. MORGA, *o. c.*, 13.

⁴⁷⁶ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Eucaristía y vida cristiana*, 95.

importancia y la actualidad de este ejercicio de piedad eucarística. Sin embargo, no faltan objeciones y críticas a las «visitas eucarísticas», como veremos en seguida.

Ante todo, cabe señalar que muchas de las objeciones a la práctica de la Visita, también están referidas a las otras modalidades de culto eucarístico *extra Missam*. Hace algunos años apareció en la *Revista Phase* un artículo del sacerdote liturgista Silvano Sirboni (Italia, 1938) en el que, partiendo del número 86 del *RCCE*, señala, por un lado, una supuesta «limitación de la frecuencia» de las exposiciones solemnes. Y por otro, expresa un «cierto descrédito» respecto al beneficio de la adoración eucarística en la pastoral actual:

Prácticamente *no es siempre necesaria y talvez ni siquiera siempre oportuna la exposición del Santísimo para hacer una auténtica oración de adoración eucarística*. Por los demás, mientras en un tiempo no se podía concebir forma de adoración sino con la exposición, hoy, sobre todo con los jóvenes, se difunden cada vez más encuentros de oración, escuelas de la Palabra, *donde la Escritura es el centro*. Es significativa en tal sentido la norma que, fuera de esta sensibilidad conciliar, sonaría incomprensible, la cual *en línea general limita la exposición solemne del Santísimo Sacramento a una vez al año*⁴⁷⁷.

Es verdad que no es necesario exponer el Santísimo para realizar un acto de adoración eucarística. Por ello, la Iglesia promueve y recomienda otras formas de piedad eucarística, como la Visita. Sin embargo, el autor del referido texto parece haber interpretado parcialmente la norma litúrgica actual respecto a la frecuencia de la «exposición solemne del Santísimo Sacramento, prolongada durante algún tiempo». Veamos lo que dice el n. 86 del *RCCE*:

En las iglesias y oratorios en que se reserva la Eucaristía, *se recomienda cada año una exposición solemne del Santísimo Sacramento, prolongada durante algún tiempo*, aunque no sea estrictamente continuado, a fin de que la comunidad local pueda meditar y adorar más intensamente este misterio. Pero *esta exposición se hará solamente si se prevé la asistencia conveniente de fieles*.

El *RCCE* recomienda, como se puede notar, realizar la exposición solemne «cada año» en aquellas iglesias y oratorios en las que está reservada la Eucaristía, y no que se haga «sólo» una vez al año⁴⁷⁸. Este «al menos una vez al año» no suena, según nuestra comprensión, a una limitación generalizada, sino a la preocupación de que por lo menos haya este tipo de exposición «una vez al año» donde corresponda. La condición que

⁴⁷⁷ S. SIRBONI, *o. c.*, 65-66. Las cursivas son nuestras.

⁴⁷⁸ El n. 86 del *RCCE* está tomado del n. 63 de la Instrucción *Eucharisticum Mysterium*. Y reiteramos, ni un caso ni en el otro se percibe una limitación de la frecuencia de las exposiciones.

aparece explícita es que haya «una asistencia conveniente de fieles». ¿Acaso cuando la Iglesia nos da el precepto de comulgar al menos una vez al año, por ejemplo, nos está diciendo que sólo debemos comulgar exclusivamente una vez en el año?⁴⁷⁹

La norma litúrgica referida da una serie de prescripciones para que se lleve a cabo la exposición oportuna y dignamente, sin exageraciones y desviaciones, pero de ahí no se sigue una limitación en su frecuencia. Pues, esto sería contrario a la costumbre de los «jueves eucarísticos»⁴⁸⁰, en los que en muchas iglesias del mundo se expone solemnemente el Santísimo Sacramento a la adoración de los fieles, siendo precisamente esta modalidad de culto a la presencia real *extra Missam* «uno de los signos positivos de fe y amor eucarístico»⁴⁸¹. Por este motivo, *Ecclesia de Eucharistia* exhorta a los «Pastores a animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento»⁴⁸².

Por otro lado, Sirboni en el antedicho artículo, partiendo de la enseñanza de la *Mysterium Fidei* sobre el «realismo» de las «otras presencias de Cristo», parece equiparar otras prácticas de oración y piedad a la adoración eucarística, que tiene en sí misma «una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad»⁴⁸³. Sin embargo, el escrito papal proclama expresamente la «presencia eucarística», como hemos subrayado, sin minusvalorar las «otras presencias», como la forma más eminente y sublime de presencia del Señor en la Iglesia⁴⁸⁴, de la cual derivan y conducen las «otras modalidades de presencia de Cristo». Y, por lo tanto, el culto que le tributamos a Jesús Sacramentado es único y de un valor incomparable, pues allí no sólo meditamos en un texto bíblico o realizamos un acto piadoso que nos recuerda la presencia divina, sino que, sobre todo, adoramos y contemplamos a la misma persona Jesucristo velado bajo las especies eucarísticas y conservado en el tabernáculo. En última instancia, la adoración no es una forma cualquiera de oración dirigida al Señor, sino que es la mejor oración ante la presencia real y sustancial del Divino Maestro en la santa Eucaristía.

⁴⁷⁹ Cfr. CEC, n. 2042.

⁴⁸⁰ Cfr. S. C. para el Clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 68.

⁴⁸¹ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 10; BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum Caritatis*, n. 68;

⁴⁸² JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 25.

⁴⁸³ *Ibid.*, n. 10.

⁴⁸⁴ Cfr. PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 5; Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

Pues bien, aproximaciones como estas al culto de adoración eucarística también se dan respecto a la Visita al Santísimo. A pesar, como se ha visto, de ser una práctica profundamente arraigada en la piedad del pueblo cristiano, recomendada por la Iglesia a través de varios documentos y por los santos maestros de la vida espiritual, no faltan aquellos que cuestionan su valor y legitimidad, porque según estos críticos, se acentúa mucho el aspecto personal o individual dejando de lado lo comunitario y celebrativo, propios de la acción eucarística⁴⁸⁵. Al respecto, teniendo en cuenta el desarrollo histórico del culto a la presencia somática de Cristo *extra Missam*, cabría añadir lo siguiente:

Una visión exacta de la historia de la espiritualidad [...] nos obliga a ser cautos en los juicios negativos respecto de las formas de culto eucarístico. Los frutos de santidad, las riquezas espirituales de santos y familias religiosas, las formas populares de piedad eucarística, corroboradas por auténticos ejemplos de vida cristiana, deben apartarnos de juicios superficiales. En un largo período de la historia en que la comunicación del misterio eucarístico estaba bloqueada y los tesoros de la revelación estaban cerrados a los fieles, estas formas de culto tuvieron la misión de ser la «liturgia del pueblo» y mantuvieron vivas las verdades de la fe y el compromiso de vida cristiana [...]⁴⁸⁶.

Como hemos venido enfatizando, el haber redescubierto la centralidad de la celebración del Sacrificio Eucarístico, como origen y fin de todo culto que se tributa a la presencia real de Cristo en el Sacramento, es una herencia muy valiosa del movimiento litúrgico, que luego fue acogida y plasmada por la reforma litúrgica postconciliar. Con todo, esta perspectiva no ha dejado de estar presente en la manera como la Iglesia ha comprendido el misterio eucarístico, más allá de las distorsiones y desequilibrios de determinadas formas de expresar el fervor y la fe eucarística, ni siempre autorizadas o legitimadas oficialmente por la autoridad eclesiástica⁴⁸⁷.

Ahora bien, en determinados ámbitos del pueblo cristiano, el haber acentuado tanto el carácter festivo y comunitario de la celebración, ha llevado a un cierto abandono de

⁴⁸⁵ Este tipo de aproximación no responde al espíritu de la reforma conciliar, ni se puede generalizar. La reforma ha sido profunda y seria; ha permitido que la celebración recupere su condición de núcleo referencial, acentuando la participación plena y fructuosa de los fieles, reivindicando la centralidad de comunión sacramental, etc., pero, nunca ha sido planteada de forma exclusiva y excluyente, sino como “raíz y quicio, inicio y culmen” de toda forma culto a la presencia eucarística. Cfr. L. TRUJILLO DÍAZ, F. J. LÓPEZ S., *o. c.*, 277-279.

⁴⁸⁶ E. ANCILLI, *o. c.*, 56.

⁴⁸⁷ Un ejemplo de lo dicho es que en el siglo XVI, como hemos visto, se introdujo la costumbre proveniente de Francia, de tener expuesto el Santísimo durante la celebración de la Misa. Costumbre que se prolongó hasta el Vaticano II, sin embargo, nunca tuvo la autorización expresa de Roma. La entonces Sagrada Congregación de Ritos era contraria a unificar ambas celebraciones porque desnaturalizaba la misma celebración eucarística. Cfr. J. A. ABAD, *o. c.*, 477.

los espacios personales, de silencio y privados de adoración eucarística, como los que se vive en la Visita:

En el Concilio hemos descubierto con nueva claridad que el centro del sacramento eucarístico es la celebración festiva del misterio santo en la cual el Señor reúne a su pueblo, lo une y lo edifica como pueblo suyo; en la cual lo implica en su ofrenda y se le entrega, y se deja recibir por nosotros. La Eucaristía, así lo volvimos a ver, es la asamblea en la que el Señor actúa en nosotros y nos congrega. Todo esto es cierto, y seguirá siéndolo. Pero, a veces, esta idea de la asamblea se ha simplificado, separándola del concepto de autodonación, y así la Eucaristía ha quedado reducida a un mero signo de comunión fraterna [...]. Incluso externamente ya se podía percibirse esto en la construcción de muchas iglesias, en las que el lugar para la adoración quedaba oculto como una reliquia del pasado en un sitio marginal cualquiera⁴⁸⁸.

Otros también han objetado la práctica de la Visita al Santísimo, sosteniendo que la única razón de la reserva es la comunión de los enfermos y los ausentes en la celebración, y no la adoración⁴⁸⁹. Se trata una vez más del «mentado argumento» contrario a la adoración al Santísimo Sacramento: «el pan consagrado es para comer, no para contemplar»⁴⁹⁰. Evidentemente, esta aproximación parcial está muy lejos de lo que la Iglesia ha determinado como los fines de la reserva eucarística. Es cierto que su «fin primero y primordial es la administración del Viático»⁴⁹¹. Pero, también es «verdad de fe» que la presencia real y permanente de Cristo en las especies eucarísticas perdura más allá de la celebración, «yendo más allá del uso o función», por lo tanto, es connatural que los fieles rindan culto de adoración, incluso privado, a Cristo sacramentado reservado en el sagrario. Y, esto lo atestiguan expresamente los documentos litúrgicos postconciliares, pues, reafirman lo que a Iglesia ha creído desde siempre: ninguno de nosotros puede mantenerse en la presencia personal de Jesucristo más que en adoración, glorificación y alegría por su «cercanía eucarística»⁴⁹².

Están también los que se oponen a la práctica de la Visita al Santísimo, diciendo que los documentos litúrgicos postconciliares sobre el culto eucarístico, como la *Eucharisticum Mystarium* y el *RCCE*, no utilizan el término «visita». Esta es una argumentación falaz y carente de fundamento, pues todo lo que estos y otros

⁴⁸⁸ Ratzinger, 354.

⁴⁸⁹ K. RAHNER, *o. c.*, 26.

⁴⁹⁰ Cfr. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 66; Ratzinger, 498-499.

⁴⁹¹ *RCCE*, n 5.

⁴⁹² Cfr. Ratzinger, 360.

documentos magisteriales dicen sobre la «oración ante el Cristo del sagrario»⁴⁹³, se refiere la práctica de la Visita y no a otro tipo de devoción. Asimismo, dicha contraposición deja de lado el «criterio de continuidad», fundamental para una «recta hermenéutica» de la riqueza doctrinal del Concilio Vaticano II⁴⁹⁴. En este orden de ideas, basta recordar, por un lado, la Encíclica *Mediator Dei*, que se constituye como promotora de las «piadosas y cotidianas visitas a los divinos sagrarios». Y por otro, a la *Mysterium fidei*, que también exhorta a los fieles, durante el día, a que no omitan el hacer la Visita al Santísimo Sacramento, reservado con el máximo honor en los sitios más nobles de las iglesias y oratorios⁴⁹⁵.

Por lo tanto, en continuidad con la enseñanza de la Iglesia, en los documentos postconciliares no se ve intención alguna de objetar la práctica de visitar el *tabernáculo eucarístico* al no usar la terminología «visita». Diríamos que, más bien se busca encuadrarla en el marco de la oración cristiana en general, que es una experiencia de encuentro personal con Dios y no propiamente una acción sacramental. Asimismo, al hacer el recorrido histórico de la práctica de la Visita al Santísimo Sacramento, hemos citado varios documentos actuales promulgados por la autoridad eclesiástica, que no tienen ningún reparo en utilizar la expresión «visita». Y, aunque no lo usaran, se refieren explícitamente a esta bella y provechosa práctica de «estar en adoración delante del Señor eucarístico en el sagrario»⁴⁹⁶. Queda claro, pues, que el problema no está en el uso de la terminología, que es totalmente válida, sino en la comprensión de lo que es esta práctica en sí misma.

Muchos teólogos que abogan por el verdadero sentido de la Visita al Santísimo Sacramento, incluso por el uso del término, dirán que la razón de las objeciones a esta «oración eucarística» podría encontrarse en una cierta resistencia interior a ponerse ante un «Dios condescendiente» cercano y pequeño, que se ha abajado para permanecer

⁴⁹³ Cfr. S. C. para los Ritos, Instr. *Eucharisticum Mysterium*, n. 50; RCCE, n. 9, 80-81.

⁴⁹⁴ «Leer el Concilio suponiendo que conlleva una ruptura con el pasado, mientras que en realidad se sitúa en la línea de la fe de siempre, es una clara tergiversación. Lo que han creído ‘todos, siempre y en todo lugar’, es la auténtica novedad que permite que cada época se sienta iluminada por la palabra de la revelación de Dios en Jesucristo», JUAN PABLO II, *Discurso en la clausura del Congreso internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*, 27/02/2000.

⁴⁹⁵ Cfr. PIO XII, Enc. *Mediator Dei*, n. 165; PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 8. Nótese que ambos documentos recomiendan realizar las Visitas diaria o cotidianamente.

⁴⁹⁶ PAPA FRANCISCO, *Mensaje al Congreso Nacional de Alemania*, Colonia, 30/05/13.

siempre con nosotros y que nos exige a «mantener fijos en él los ojos de nuestro corazón, contemplarlo y llegar a ser humildes»⁴⁹⁷:

[...] en cuanto a las objeciones hechas contra la ‘visita’, ¿no será a menudo una especie de motivaciones alegadas de golpe para sustraer a las exigencias de la actitud contemplativa?... Se debería en todo caso invitar a aquellos que se declaran contra la ‘visita’ a examinar mejor su actitud y a preguntarse si sus objeciones no traducen en realidad la reacción del hombre que, comido por sus preocupaciones, trata sin cesar de sustraerse a la mirada de Dios, huyendo del recogimiento por ser incapaz de soportar esta paz de Dios que juzga y que purifica⁴⁹⁸.

El misterio eucarístico es una realidad inagotable, un don irreductible e irrevocable, que jamás llegaremos a comprenderlo del todo. En consecuencia, hemos de evitar perder el «asombro», la gratitud y la reverencia ante el *mysterium eucharisticum*, sino buscar someternos por completo y rendirnos totalmente al contemplarlo⁴⁹⁹. Las posibles reducciones o desequilibrios al acentuar uno u otro aspecto de este «don y misterio» es, quizás, resultado de la pérdida de conciencia ante Quien se está. Queda claro que, tampoco, es posible una plena y fructuosa vivencia de la Santísima Eucaristía, que sea exclusiva y únicamente “celebración”, “comunión” o “adoración”. En el Sacrificio del Altar Cristo eucarístico se hace presente y se nos ofrece «como Pan de Vida, ‘remedio de inmortalidad’ sin el cual no tenemos Vida en nosotros (cfr. 6,51)»⁵⁰⁰.

En suma, en el sagrario «Cristo inmolado» está presente con toda su realidad personal, divina y humana y así ha de ser adorado. Esta visión unitaria del misterio eucarístico es necesaria para realizar adecuada y provechosamente la Visita al «Dulce Amigo del tabernáculo», en la que se da un «gran encuentro» de Persona a persona, donde «son siempre dos miradas que se encuentran: nuestra mirada sobre Dios y la mirada de Dios sobre nosotros. Si a veces se baja nuestra mirada o desaparece, nunca ocurre lo mismo con la mirada de Dios»⁵⁰¹.

3.3. La Visita al Santísimo como encuentro personal⁵⁰²

⁴⁹⁷ Ratzinger, 240.

⁴⁹⁸ K. RAHNER, *o. c.*, 27.

⁴⁹⁹ Cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Himno Adoro te devote*; C. MORGA, *o. c.*, 35-36.

⁵⁰⁰ CEC, n. 2837.

⁵⁰¹ R. CANTALAMESSA, *o. c.*, 80.

⁵⁰² Cfr. PAPA FRANCISCO, Exhort. Apost. postsinodal *Evangelium gaudium*, n. 3. En el año 2015 el padre Raniero Cantalamessa explicando al Santo Padre y a la Curia Romana este número de la Exhortación Apostólica hace una sucinta y profunda reflexión sobre la expresión “encuentro personal con Jesucristo”,

En efecto, la presencia eucarística, al ser real y sustancial, es la presencia de una persona viva y activa. Es que el Verbo encarnado, entregado y glorificado sigue «amando hasta el extremo» al ser humano (cfr. Jn 13,1), «como libre ofrecimiento y entrega de un yo a un tú»⁵⁰³. Jesús Sacramentado, vale reiterar, no es una presencia estática ni meramente física, sino que su “estar ahí” es un continuo acto de amor, de entrega, en el que se establece una relación personal con el que lo adora. Este dinamismo se manifiesta tanto en el momento de la celebración del Sacrificio del Altar como fuera de ella, momento en el cual los fieles tributan culto de latría, postrándose ante Jesucristo Eucaristía, que se inclinó hasta nosotros y dio su vida por nosotros⁵⁰⁴.

Por cierto, dicha «experiencia existencial» también se vive en la Visita, pues esta es, como venimos subrayando, un trato espiritual e íntimo con la persona real de Cristo Eucarístico, que se hace “el contradizo” para entrar en «común unión» con nosotros, aunque «velado a los ojos corporales», claramente «revelado a los ojos de la fe» (Cfr. Lc 24,28-32)⁵⁰⁵. Bosquejemos algunos enfoques o aproximaciones a la Visita que nos dan luces para también comprenderla como «encuentro personal» con el «Cristo del Sagrario».

3.3.1. Enfoques de la práctica de la Visita

a) En relación con los «otros modos de presencia» de Cristo

El punto de partida de este enfoque es la adoración de la presencia peculiar de Cristo en la santa Eucaristía en el contexto de los «otros modos de la presencia» de Cristo en la Iglesia. Se plantea, según esta aproximación, que no se debe dar una importancia excesiva al culto de adoración a la presencia real de Cristo en la Eucaristía, porque ello podría llevar a una minusvaloración de las «otras presencias»:

la adoración o el culto eucarístico fuera de la celebración litúrgica debería tener, entre otras, las características siguientes: el primer lugar, no es conveniente disociar la presencia real somática de Cristo en los dones de esa otra presencia más amplia del Señor en el universo,

que implica la adhesión libre a una Persona real y viva. No es un personaje del pasado. Véase: R. CANTALAMESSA, *Primera Predicación de Adviento 2015*.

⁵⁰³ Ratzinger, 213.

⁵⁰⁴ Cfr. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa del Corpus Christi*, Roma, 22/05/2008.

⁵⁰⁵ Cfr. C. MORGA, *o. c.*, 39-42.

en la historia humana y sobre todo en su presencia en la Iglesia, en la Escritura y en los otros. Presencia universal que la mística acentuó siempre⁵⁰⁶.

Si la adoración que tributamos a Cristo presente en el sagrario nos llevara a relegar a las «otras presencias» de Cristo en la Iglesia, indudablemente caeríamos en un graso error. Sin embargo, siguiendo la enseñanza del Magisterio, al ser la presencia de Cristo en la Eucaristía real por «excelencia», el culto que se le rinde a esta presencia es el culto de latría, que se le debe exclusivamente al Dios verdadero, según una costumbre siempre aceptada por la Iglesia⁵⁰⁷. Esto, por supuesto, no se opone al auténtico acto de fe ante las otras «modalidades de presencia» de Cristo en la Iglesia⁵⁰⁸.

Ahora bien, no es correcto equiparar al culto de adoración Jesucristo presente en la santa Eucaristía a otras formas de veneración a las otras «modalidades de presencia de Cristo»⁵⁰⁹. La Eucaristía no es un mero símbolo o recordatorio de la presencia divina, sino que en ella está «Alguien a quien, y con quien se puede hablar, porque resucitado y vivo; no solamente una memoria, aunque litúrgicamente viva y operante, sino una presencia»⁵¹⁰. Como sabemos, esta presencia somática del Señor es única y singular, que se realiza por medio de la “milagrosa transustanciación” de la totalidad del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo⁵¹¹. Así pues, en la Eucaristía la presencia del Señor Jesús alcanza su máxima realización⁵¹², ante quien nos arrodillamos y confesamos «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28). Por estos motivos, la oración ante el tabernáculo eucarístico es:

siempre más que un mero hablar con Dios en general. En esta oración ya no estamos ante el un Dios imaginado, sino ante el Dios que se nos entregado realmente; ante el Dios que se ha hecho comunión para nosotros, y que, de esa manera nos libera de nuestros límites para que estemos en comunión y nos conduce a la resurrección. Debemos buscar de nuevo dicha oración⁵¹³.

b) «Presencia dinámica o personal», que se dona generosamente al adorador

⁵⁰⁶ M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 291.

⁵⁰⁷ Cf. DH 1643.

⁵⁰⁸ Cfr. J. A. SAYÉS, *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, 182-185.

⁵⁰⁹ Cfr. Pío XII, Enc. *Humanis generis*, n. 20.

⁵¹⁰ R. CANTALAMESSA, *Primera Predicación de Adviento 2015*.

⁵¹¹ DH 1642 y 1652.

⁵¹² Cfr. Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

⁵¹³ Ratzinger, 262.

La precedente cita del entonces Card. Ratzinger, nos remite al enfoque que plantea la adoración a Cristo presente en el tabernáculo, desde el punto de la vista de la presencia eucarística como «presencia dinámica o personal», que se dona generosamente al adorador. En la adoración eucarística Jesucristo, persona real y concreta, está en permanente donación gratuita y generosa al fiel que lo adora, esperando que lo acogamos y nos relacionemos con él en una dinámica recíproca de amor. No estamos ante un ser estático, inmóvil, lejano, «encerrado en un sagrario», sino ante Alguien que está en permanente donación de sí mismo, saliendo a nuestro encuentro para entrar en nuestro corazón y hacer parte de nuestra vida⁵¹⁴. Este enfoque, que parte del realismo de la «presencia dinámica o personal» de Cristo en la Eucaristía, *secundum modum personae*⁵¹⁵, «se basa en la comunicación interpersonal y adquiere toda su hondura y densidad por la comunicación recíproca en la acogida mutua»⁵¹⁶. Dicho con otras palabras, el Señor Jesús «no está presente como una cosa natural, sino de modo personal y en relación con personas»⁵¹⁷.

Plantear la adoración eucarística desde esta perspectiva es enriquecedor y fructuoso para los fieles que visitan a Jesucristo presente constantemente en el sagrario. Sin embargo, es importante puntualizar que la presencia de Cristo en el Sacramento para que sea tal no depende de la aceptación o acogida del fiel para que sea completa y acabada. La falta de fe, la cerrazón interior, la poca o mucha «conmoción personal», etc., no determinan ni «dejan incompleta» la presencia en las ofrendas sacramentales, como parecieran insinuar algunos propulsores de las teorías de la transfinalización y transignificación⁵¹⁸, planteadas al margen de la doctrina de la transustanciación. La presencia de la persona de Cristo en la Eucaristía, como siempre ha confesado la Iglesia, se da por la acción transformadora de las palabras institucionales sobre las especies

⁵¹⁴ Cfr. J. M. CANALS, *o. c.*, 52-53.

⁵¹⁵ Para una recta comprensión de ese enfoque es clave tener en cuenta la siguiente aclaración: «En los primeros tiempos del movimiento litúrgico se pensó que era necesario distinguir entre la ‘interpretación objetiva’ de la eucaristía, en tiempos de los Padres, y la personalista, a partir de la Edad Media. La primera de ellas no entendía la presencia eucarística como presencia personal, sino como presencia de un don distinto de la persona. Pero esto es absurdo. Quien lea los textos no podrá encontrar en ningún sitio apoyo para esta teoría. ¿Cómo podría además el cuerpo de Cristo convertirse en una ‘cosa’? Solo existe presencia completa de Cristo», Ratzinger, 51; Cfr., 212.

⁵¹⁶ M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, p. 571.

⁵¹⁷ Ratzinger, 212.

⁵¹⁸ Cfr. J. A. SAYÉS, *La presencia real*, 226-233; E. SCHILLEBEECKX, *La presencia de Cristo en la Eucaristía*, 173-175.

sacramentales. Por ello, exhorta san Cirilo de Alejandría: «No dudes que sea verdad, porque dice Él mismo claramente: ‘Este es mi Cuerpo y esta es mi Sangre’ (Mt 26,26s). Más bien acepta tú las palabras del Salvador con fe; porque siendo la verdad, no miente»⁵¹⁹.

Consiguientemente, este enfoque será válido y hará de la Visita una «práctica eucarística» provechosa en la medida que parta del hecho de que el encuentro con la «presencia personal»⁵²⁰, es también encuentro con la presencia real, sustancial y «absoluta» de Cristo en el pan consagrado. Es decir, si el Señor no estuviera «realmente presente en el pan sagrado», no se podría hablar de una persona que permanece día y noche en el sagrario. Bajo este aspecto, la relación interpersonal sólo se da en la Visita porque hay ahí una Persona real, que se ofrece libremente a la persona humana, prolongando su amor oblativo que se plenificó en el Sacrificio del Calvario.

c) Espiritualidad «reparadora»

Al lado de estos enfoques está el que se plantea desde la «espiritualidad reparadora»⁵²¹. La «adoración reparadora y expiatoria» se arraiga en los siglos XVIII y XIX. Los difusores de este acento suelen presentar a Jesús Sacramentado como el «abandonado, olvidado, injuriado, humillado y prisionero por nosotros en el sagrario», al que se debe adorar constantemente para reparar y expiar la negligencias, irreverencias, infidelidades y pecados propios y ajenos.

⁵¹⁹ SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario a san Lucas: SOLANO II*, 614.

⁵²⁰ El representante más destacado de esta explicación respecto a la presencia eucarística de Cristo es el teólogo dominico P. Schoonenberg. También se puede situar en esta línea a J. Ratzinger. Sin embargo, Ratzinger deja muy claro, por una parte, que el sustento del modo «*secundum modum personae*», es el «*per modum secundum substantiae*», y por otra, insiste en la autodonación de Cristo resucitado. En suma, aunque se puede encontrar coincidencias entre ambos teólogos respecto a la perspectiva personalista de la presencia somática de Cristo en los dones, el planteamiento de Ratzinger se caracteriza por una mayor consistencia teológica frente al análisis fenomenológico de Schoonenberg. Cfr. M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 574-576.

⁵²¹ Para los aspectos teológicos de espiritualidad reparadora, véase: AA. VV., *La Reparación en las Encíclicas Mirentissimus Redemptor (Pío XI) Haurietis Aquas (Pío XII), Mystici Corporis (Pío XII)*, 21-23; para los aspectos espirituales véase: M. BRILLANT, *o. c.*, 267-269; para una perspectiva crítica a esta espiritualidad véase: L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 31-32; 139-140. A nuestro entender lo planteado por el referido autor acentúa excesivamente los aspectos negativos de la «reparación», sin tener del todo en cuenta los incontables elementos positivos de esta espiritualidad tan arraigada en la vida espiritual de muchos cristianos. Señala, por ejemplo, que la «reparación» como experiencia espiritual en la adoración eucarística está superada, pero en su escueto abordaje no presenta suficientes elementos teóricos y prácticos que sostengan tal afirmación.

Esta perspectiva ha estado muy presente en los primeros Congresos eucarísticos y fue enormemente difundida por fieles cristianos que se destacaron por su profunda «piedad eucarística reparadora». Asimismo, muchas Instituciones y Congregaciones religiosas tienen como parte fundamental de su carisma la vivencia y promoción del culto de adoración Eucarística con fines reparadores y expiatorios. Recordemos, por ejemplo, a san Manuel González⁵²², el «Obispo del sagrario abandonado», quien no se cansaba de repetir: «El Santísimo Sacramento es el más abandonado de todos los pobres». Este santo dedicó su vida pastoral, primero como presbítero y luego como obispo, a difundir la espiritualidad eucarística con «carácter reparador»:

¡Qué dichoso voy a ser cuando logre ver circular por esas trochas y senderos a mis conquistados para el Sagrario! ¡Qué soberanamente dichoso voy a ser cuando vea llegar las irradiaciones de la lámpara del Sagrario sobre la frente sudorosa de los obreros, sobre la cara sonriente de los niños, sobre las mejillas de rosa de las doncellas, sobre los surcos y arrugas de los ancianos y afligidos! A eso voy a Málaga y a donde quiera que me manden, a ser el obispo de los consuelos para dos grandes desconsolados: el Sagrario y el pueblo. El Sagrario, porque se ha quedado sin pueblo, y el pueblo, porque se ha quedado sin Sagrario conocido, amado y frecuentado⁵²³.

Las diversas obras fundadas por san Manuel González como la de las Tres Marías de los Sagrarios Calvarios, los Discípulos de san Juan (los “Juanitos del Sagrario”), las Misioneras Eucarísticas diocesanas, la Reparación Infantil Eucarística, evidencian sus fervorosos afanes por honrar, servir y reparar al Santísimo Sacramento, «oculto» en nuestros tabernáculos⁵²⁴.

Junto a san Manuel González existen en los tiempos recientes otros hombres y mujeres que fueron incansables en la promoción de la adoración eucarística reparadora. En este sentido, cabe mencionar, por ejemplo, a santa Teresa de Calcuta⁵²⁵, fundadora de las Misioneras de la Caridad (1950), caracterizadas por una profunda devoción eucarística que busca reparar los agravios e injurias al «Pobre Cristo Sacramentado». Estos y muchos otros testigos de la fe y del amor al «Cristo del sagrario», manifiestan

⁵²² Manuel Gonzáles García nació en Sevilla en 1877 y falleció en Madrid en 1940. Fue beatificado por san Juan Pablo II el 29/04/2001 y canonizado por el Papa Francisco el 16/10/2016.

⁵²³ J. CAMPOS GILES, *El Obispo del Sagrario abandonado*, 231.

⁵²⁴ Cfr. A. MOLINA PRIETO, *Testimonio y Mensaje – Antología eucarística de don Manuel González*, 46-57.

⁵²⁵ Madre Teresa (nombre secular Agnes Gonxha Bojaxhiu) nació en Albania en 1910 y falleció en Calcuta en 1997. Su proceso de beatificación se inició a los dos años de su muerte, gracias a un permiso especial de san Juan Pablo II, que evitaba los cinco años exigidos por la Iglesia para dicho proceso. Fue beatificada el 19/10/2003 y canonizada el 18/12/2015.

con su vida, enseñanzas y obras el valor de la espiritualidad reparadora vivida en la Visita al Santísimo Sacramento.

Las innumerables publicaciones de los libros de «devoción eucarística reparadora» muestran también la gran acogida que tiene este enfoque entre muchos fieles cristianos. Ahora bien, es importante evitar caer en sentimentalismos y negativismos⁵²⁶. Igualmente, se ha de tener en cuenta que en la adoración eucarística nos encontramos con un Señor bondadoso, «clemente y compasivo, tardo a la cólera, rico en amor, y se ablanda ante la desgracia» (Jl 2,13-14), que no «se siente despreciado o aburrido por no tener constantemente ante Él una corte de honor que le rinda homenaje de pleitesía»⁵²⁷. Por lo tanto, es importante no convertir la adoración al Santísimo sólo en un momento para pedir perdón por los «pobres pecadores». Indudablemente, siempre hemos de pedir perdón por los propios pecados y los de la humanidad entera. Sin embargo, en la presencia personal del Señor Eucarístico, sobre todo, estamos llamados a adorarlo por ser quien es y a agradecerle por sus bendiciones, buscando corresponder en algo a su «amor hasta el fin» por nosotros (cfr. Jn 13,1). Desde este prisma, nos exhorta san Juan Pablo II:

Esta adoración nuestra contiene otra característica particular: está compenetrada con la grandeza de esa Muerte Humana, en la que el mundo, es decir, cada uno de nosotros, es amado «hasta el fin» (Jn 13,1). Así pues, ella es también una respuesta que quiere corresponder a aquel Amor inmolado que llega hasta la muerte en la cruz: es nuestra «Eucaristía», es decir, nuestro agradecimiento, nuestra alabanza por habernos redimido con su muerte y hecho participantes de su vida inmortal mediante su resurrección⁵²⁸.

3.3.2. *La Visita: encuentro interpersonal entre “el que visita” y “el Visitado”*

Los enfoques y sus matices que hemos esbozado, pueden ser de gran ayuda para una auténtica y fructuosa práctica de la Visita al Santísimo Sacramento. En consecuencia, la

⁵²⁶ Cfr. H. JEDIN, *o. c.*, Vol. VII, 858-859. Hemos tenido en cuenta para el desarrollo de este enfoque, una explicación magnífica del hoy «Papa Emérito», quien señalaba que la «reparación eucarística», en el marco de la «reparación que Cristo ya realizó», es «establecer un equilibrio entre *plus* del mal y el *plus* del bien. Así, en la balanza del mundo, no debemos dejar este gran *plus* en negativo, sino que tenemos dar al menos un peso equivalente al bien», asociados al «*gran plus* del amor de Jesús» sellado definitivamente en la Eucaristía. Cfr. BENEDICTO XVI, *Encuentro con el clero de la diócesis de Roma*, 22/02/2007.

⁵²⁷ L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 32.

⁵²⁸ JUAN PABLO II, Carta *Dominicae cenae*, n. 3.

aproximación más recomendable es «la integradora» y no «la excluyente», pues, si el punto de partida es la verdad de la presencia real y sustancial de Jesucristo en la Eucaristía, se puede descubrir en ellos elementos de mucho provecho para la adoración ante el sagrario. Asimismo, es importante no perder de vista que, al estar en la presencia del Santísimo Sacramento reservado en el tabernáculo, estamos ante un Dios que es persona y «la densidad de su presencia depende de la densidad en la que él se hace percibir y en la que es percibido. Quien habla de cercanía y lejanía de Dios sabe que la presencia de Dios no es como una piedra que simplemente se encuentra ahí; sabe que la cercanía y la lejanía de Dios son más bien condiciones de orden personal»⁵²⁹. Visto a esta luz, queremos señalar algunas características de la Visita, que nos ayudan a seguir ahondando en que la Persona real del «Visitado» se entrega incansablemente al que lo «visita asidua o eventualmente».

a) La Visita es ante todo «adoración» y «acto de amor»

La Visita al Santísimo Sacramento es un acto de adoración, que parte de la fe en la singularidad de la presencia real, personal y permanente del Señor Jesús en el sagrario. Por la adoración reconocemos, que Cristo presente en la Eucaristía es realmente Dios: «Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto» (Dt 6,13; cfr. Mt 4,13). Efectivamente, ninguno de nosotros puede permanecer ante la presencia divina más que en adoración, es decir, en un acto de «reconocimiento lleno de gratitud, que parte desde lo más hondo del corazón y envuelve todo el ser, porque sólo adorando y amando a Dios sobre todas las cosas el hombre puede realizarse plenamente a sí mismo»⁵³⁰.

En actitud de adoración, en la que nos unimos íntimamente a Dios⁵³¹, podemos llegar a saber quién es Cristo Jesús, presente verdaderamente en la hostia santa, y quienes somos nosotros: «Dios, que no te mudas, que me conozca y que te conozca. *Noverim me, noverim te*»⁵³². Él es, pues, Persona divina, Hijo único de Dios hecho hombre, que merece reverencia por encima de todo, el único que puede ser adorado, alabado y

⁵²⁹ Ratzinger, 213.

⁵³⁰ BENEDICTO XVI, *Ángelus*, 07/08/05.

⁵³¹ «La palabra latina adoración es *ad-oratio*, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace unión, porque aquel al cual nos sometemos es Amor. Así la sumisión adquiere sentido, porque no nos impone cosas extrañas, sino que nos libera desde lo más íntimo de nuestro ser», BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa de clausura en la Jornada Mundial de Juventud*, 21/08/05.

⁵³² SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Las Confesiones*, X, 1, 1.

exaltado junto con el Padre y el Espíritu Santo. Y aunque, Cristo Sacramentado sea superior a nosotros por ser Dios, a quien rendimos el culto latréutico con piedad y devoción, en el amor recíproco que se da en la adoración eucarística se hace una y otra vez el «Dios – con – nosotros», estando día y noche en medio de nosotros, invitándonos a permanecer con Él. Es, en efecto, como se dijera: «¡Yo tengo hambre de ti, quiero vivir de ti, por ello tengo que vivir cada pensamiento tuyo, cada afecto tuyo, tengo que vivir de tu carne, de tu sangre, de tu cansancio cotidiano, debe alimentarme como tú te alimentas de mí!»⁵³³.

En la Visita al Santísimo Sacramento, por consiguiente, somos invitados a vivir el encuentro interpersonal con Jesucristo glorioso, que se nos regala y nos llama a entregarnos incondicionalmente a él, de modo que el que vive, no somos nosotros, sino que es Cristo que vive en nosotros (cfr. Gal 3,20). En estos ratos cortos o prolongados de silencio y de diálogo con el «dulce amigo del tabernáculo», se anticipa nuestra plena realización como «seres llamados a la comunión y participación»⁵³⁴, pues «ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido» (1Cor 13,12).

b) La persona humana un «ser para el encuentro y la comunión» en el amor⁵³⁵

En el encuentro personal con Jesucristo reservado en el tabernáculo, conscientes de «nuestra condición humilde», tomamos contacto con nuestra «alta dignidad» (cfr. Sant 1,9), pues «tan sólo en el misterio del Verbo se aclara verdaderamente el misterio del hombre [...] en la revelación misma del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación»⁵³⁶. La «antropología cristiana» nos enseña que la persona humana, imagen y semejanza de su Creador (cfr. Gen 1,26)⁵³⁷, sólo realiza plenamente esta «altísima vocación» en la sincera entrega de sí mismo a Dios y a los hermanos humanos⁵³⁸.

⁵³³ R. CANTALAMESSA, *Primera Predicación de Adviento 2015*.

⁵³⁴ Cfr. III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla*, nn. 211-219.

⁵³⁵ Cfr. M. SALAZAR, «Persona humana y reconciliación», 111-117.

⁵³⁶ Conc. Vat. II, Const. pastoral *Gaudium et Spes*, n. 22. Cfr. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 23.

⁵³⁷ Cfr. JUAN PABLO II, Carta Apost. *Mulieris dignitatem*, n. 6.

⁵³⁸ Cfr. Conc. Vat. II, Const. pastoral *Gaudium et Spes*, n. 24.

Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar⁵³⁹.

La realización de la persona humana implica necesariamente la auto-donación desinteresada hacia el otro, pues nuestra realidad más profunda, lo que nos hace ser lo que somos, está sellada por la huella del ser de Dios Amor, que libremente nos ha participado de su Ser al crearnos. Con ello queda señalado que sólo viviendo auténticamente la apertura y la comunión con Dios y con los hermanos podremos ser plenamente felices:

El hombre sólo llega a sí mismo cuando sale de sí mismo. Sólo accede a sí mismo a través de los demás y estando con los demás... El hombre está orientado al otro, al verdaderamente otro, a Dios; está tanto más en sí mismo cuando más está en el totalmente otro, en Dios. Según eso, el hombre es totalmente él cuando deja de estar en sí, cuando deja de encerrarse en sí mismo y de afirmarse, cuando es pura apertura a Dios⁵⁴⁰.

Visto a esta luz, cada adorador que visita a Jesús Sacramentado puede tener la seguridad de que será amado, valorizado y estimado en lo que es en sí mismo, pues, en esta experiencia de contemplación eucarística resuena de manera especial aquello de: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo, permaneced en mi amor» (Jn 15,9). Efectivamente, al sentirnos profundamente amados por el «Visitado», quien nos ama primero (cfr. 1Jn 4,9), somos impulsados a abrirnos a Él, a escucharlo, a conocerlo, a quererlo y acogerlo en nuestro interior. Esta «experiencia amorosa», si es profunda, auténtica y sencilla, nos volcará naturalmente en el «amor activo al prójimo», porque somos llamados a tener «los mismos sentimientos» que Jesucristo, el cual a pesar de su «condición divina», «se despojó de sí mismo» para asumir la «condición de siervo» (cfr. Fil 2,5-8)⁵⁴¹. Es así que viviendo el sincero y desprendido servicio al hermano por el cual plasmamos el amor en obras concretas. Por este motivo, se puede decir que en la Visita al Santísimo Sacramento: «No sólo conocemos el amor, sino que nosotros mismos *comenzamos a amar*. Entramos, por así decirlo, en la vía del amor y

⁵³⁹ CEC, n. 357.

⁵⁴⁰ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, 197.

⁵⁴¹ Cfr. R. CANTALAMESSA, *o. c.*, 85-95.

progresamos en este camino. El amor que nace en nosotros de la Eucaristía, se desarrolla gracias a ella, se profundiza, se refuerza»⁵⁴².

c) La oración como encuentro personal con Dios

Esta base antropológica⁵⁴³ nos ayuda a entender la oración que dirige la persona humana a Dios, como la que se vive en la Visita al Santísimo Sacramento, como un espacio singular en el que se da este dinamismo de encuentro con Aquel «que nos escruta y nos conoce, que sondea nuestros corazones y nuestros desveles» (cfr. Sal 139, 1.23). En este el diálogo íntimo y cercano con el Señor colmamos nuestros anhelos más profundos de encuentro y de comunión:

La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador⁵⁴⁴.

La oración «sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él»⁵⁴⁵. Ella es expresión íntima de la relación viva del hombre con su Creador, en quien «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28). En este coloquio espiritual se da la entrega amorosa y alegre del corazón humano (cfr. Sal 105,3), lleno de reconocimiento, gratitud, alabanza y súplica hacia el «Amigo de los hombres», que, en un ámbito de auténtica comunión, nos dice: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

Esta dimensión de búsqueda y encuentro con Dios Comunión de Amor, propia de la oración cristiana⁵⁴⁶, puede ser vivida provechosamente en la adoración ante la presencia real y personal del «Amigo del sagrario». Ahí disfrutamos de su trato íntimo, pues Él es nuestro compañero, amigo y confidente, a quien nos unimos en dulce familiaridad (cfr. Sal 54,14-15). Ante Él nos postramos y confesamos nuestra adoración, nuestros límites y, por tanto, nuestra necesidad de Él, anhelando la realización de nuestros deseos más

⁵⁴² JUAN PABLO II, Carta *Dominicae cenae*, n. 5.

⁵⁴³ Cfr. J. LUZÁRRAGA, «El encuentro con Jesús como fundamento de la oración cristiana en el evangelio de Juan», 275-299.

⁵⁴⁴ Conc. Vat. II, Const. pastoral *Gaudium et Spes*, n. 19.

⁵⁴⁵ CEC, n. 2560.

⁵⁴⁶ Cfr. *Ibid.*, nn. 30; 2565.

profundos y la ayuda para superar la indigencia de nuestra propia vida⁵⁴⁷. En suma, como reflexiona la santa carmelita, mística y mártir Teresa Benedicta de Cruz-Edith Stein (1891-1942), hemos de reconocer que:

El Señor está presente en el sagrario con su divinidad y su humanidad. No está allí por él mismo, sino por nosotros, porque su alegría es estar con los hombres. Y porque sabe que nosotros, tal como somos, necesitamos su cercanía personal. En consecuencia, cualquier persona que tenga pensamientos y sentimientos normales, se sentirá atraída y pasará tiempo con él siempre que le sea posible y todo el tiempo que le sea posible⁵⁴⁸.

d) Un coloquio personal y amical con Jesús Sacramentado

La Visita al Santísimo es, pues, este coloquio personal de Amigo a amigo, en el que el Señor Jesús nos revela el gran secreto de su amor: el misterio de su presencia amorosa y transformadora. Cristo Sacramentado se dona a sí mismo a cada adorador que se le acerca con fe, amor y devoción y que se sabe necesitado de Él. Él no busca nada para sí, no quita nada y lo da todo. Su presencia, dulce y liberadora, interpela y nos invita a la auténtica confianza en Él: «Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna» (Heb 4,16).

Al visitar a Jesús sacramentado somos invitados a vivir en la adoración la unión íntima y dialogal con Él y a permanecer recogidos en su santa compañía. Ahí conocemos su sabiduría que supera todo conocimiento y toda expectativa humana. Vivimos la reciprocidad oblativa con una Persona única e irrepetible, que nos amó y se entregó hasta el extremo por nosotros, que se abre con singular sinceridad, dándonos a conocer su «corazón manso y humilde» (cfr. Mt 11,28-30), invitándonos a entablar con Él una gozosa y sincera amistad⁵⁴⁹: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,12-15). En este espacio de cercanía confiada podemos hablar de todo con Él, abrirle sin miedo de par en par las puertas de nuestra alma, sabiendo que Él «da

⁵⁴⁷ Cfr. BENEDICTO XVI, *Catechesis sobre la oración cristiana* (2), Roma, 11/05/2011.

⁵⁴⁸ Citado en: BENEDICTO XVI, Homilía en la celebración de las Vísperas en la Catedral *Basílica de Santa Ana, Altötting*, 11/09/2006.

⁵⁴⁹ Cfr. J. LUZÁRRAGA, *o. c.*, 279. 293-294.

verdaderamente sentido a la vida, al inmenso universo y a la criatura más pequeña, a toda la historia humana y a la existencia más breve»⁵⁵⁰.

Pues bien, la Visita al Santísimo Sacramento es un encuentro amical y sobrecogedor en el que Cristo Jesús se entrega amorosamente a cada uno de nosotros de un modo único y definitivo. Él está ahí como nuestro Hermano, para conversar con nosotros, para decirnos palabras de consuelo, de esperanza y de aliento. Nos espera para que desahogemos todas nuestras preocupaciones e inquietudes, penas y alegrías. Así, desde esta comunión íntima y dinámica, Cristo Eucarístico, presente en el «tabernáculo de la misericordia», quiere y aguarda de cada adorador que lo visita una respuesta personal, pronta, desprendida y generosa:

quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada – absolutamente nada – de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida⁵⁵¹.

3.3.3. *Relación con las otras formas de adoración eucarística*

El planteamiento de la Visita al Santísimo Sacramento como encuentro personal con Jesucristo también ilumina y enriquece las otras formas de adoración eucarística *extra Missam*. Pues, la presencia que se entrega y es adorada en cada Visita, es por supuesto, la misma que veneramos con culto de latría en la exposición breve o solemne, en la procesión del *Corpus* o en los distintos actos de los Congresos eucarísticos y demás formas de piedad eucarística.

En la oración personal con Jesucristo «bueno, dulce y regalado en el sagrario», vamos descubriendo que Él es el Dios cercano, «nuestro amigo, el amigo de todos», que nos comprende y nos escucha y nos invita a encontrar descanso en su santa presencia: «Venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco» (Mc 6,31). Dicha experiencia de «común unión restauradora» nos ayuda a evitar que la Visita eucarística se convierta en un acto estático, mecánico o vacío. Es que, como vamos subrayando, la

⁵⁵⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa de Corpus Christi*, Roma 22/05/2008.

⁵⁵¹ ID., *Homilía en el solemne inicio del Ministerio Petrino*, 24/04/2005.

conciencia de que estamos ante una «Persona viva y actuante», que nos otorga su amor infinito e inquebrantable⁵⁵², que «no nos juzga, no nos aplasta, sino que nos libera y transforma»⁵⁵³, permite vivir esta modalidad de adoración al Sacramento como encuentro con la «divina condescendencia»⁵⁵⁴, que nos lleva «más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero»⁵⁵⁵.

Desde esta perspectiva, se entiende que en toda forma de adoración a la santa Eucaristía nuestro Maestro y Señor, respetando nuestra libertad, nos llama a «estar unos instantes» a solas con Él, «en el sosiego de su cariño, en su comprensión, en su palabra» pacificadora, viva y eficaz⁵⁵⁶. Esta «conversación espiritual» de íntima «comunidad de vida y amor», pensamientos y sentimientos con la persona del «Dulce amigo del tabernáculo» ayuda a mejorar en cada adorador las disposiciones interiores para participar más fructuosamente en las otras expresiones de fe y devoción ante el único misterio eucarístico, sea en la celebración del Sacrificio del Altar sea en la adoración eucarística fuera de ella.

Vivir la adoración eucarística como encuentro personal con Jesucristo nos educa, pues, en la capacidad de asombro ante el misterio de su presencia real y permanente en pan consagrado, que desborda nuestra capacidad humana. Esto nos lleva a postrarnos reverentemente, en actitud orante y humilde, ante Jesús Eucaristía, que «a su vez se ha inclinado, y porque nos inclinamos internándonos en el amor, que no esclaviza, sino que transforma»⁵⁵⁷. En este espacio de «cercanía eucarística» surge espontáneamente en nuestro corazón alegre y renovado la alabanza, la acción de gracias, la súplica y el compromiso por «amar a su vez con prontitud y generosidad a Cristo que nos ama infinitamente», experimentando y comprendiendo «a fondo, no sin gran gozo y aprovechamiento del espíritu, cuán preciosa es la vida escondida con Cristo en Dios y *cuánto sirve estar en coloquio con Cristo*: nada más dulce, nada más eficaz para recorrer el camino de la santidad»⁵⁵⁸.

⁵⁵² Cfr. PAPA FRANCISCO, Exhort. Apost. postsinodal *Evangelium gaudium*, n. 3.

⁵⁵³ BENEDICTO XVI, *Homilía del Corpus Christi*, 22/05/2008.

⁵⁵⁴ Cfr. JUAN PABLO II, Carta *Dominicae cenae*, n. 7.

⁵⁵⁵ PAPA FRANCISCO, Exhort. Apost. postsinodal *Evangelium gaudium*, n. 8.

⁵⁵⁶ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *o. c.*, 202.

⁵⁵⁷ Ratzinger, 365.

⁵⁵⁸ PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, n. 8. Las cursivas son nuestras.

3.3.4. *Frutos de la Visita*

El permanecer en esta compañía cercana y dulce del Cristo Sacramentado trae frutos abundantes para la vida del que se ejercita asiduamente en la adoración eucarística en sus distintas modalidades, en particular en el coloquio de la Visita al Santísimo, pues con tan buen y fiel Amigo todo se puede vivir, alcanzar y sufrir⁵⁵⁹. Veamos brevemente algunos de estos frutos.

a) Prolongación y preparación a la santa Misa⁵⁶⁰

La adoración vivida en la Visita al Santísimo Sacramento prolonga la celebración y la comunión eucarística. En ella nos seguimos alimentando de amor, verdad, paz, esperanza y fortaleza⁵⁶¹. Al mismo tiempo, en cada Visita, hecha con piedad y asiduidad, nos disponemos a una participación más plena, activa y fructuosa en la santa Misa y en la comunión sacramental, que nunca está al margen de la adoración, pues nadie comulga auténticamente del cuerpo de Cristo sin antes haberlo adorado con fe y amor. Por esto, hemos de entender la adoración a la presencia eucarística como relación de unión con la Persona viva del Señor, que está dentro de nosotros y nosotros estamos en Él.

b) Unión espiritual y transformación interior

Al entablar esta relación personal y amical con Cristo Jesús presente en el sagrario vamos acrecentando nuestra unión e identificación con Él. Este encuentro es en sí mismo transformador y renovador, pues nadie que disfruta de su trato admirable puede permanecer igual, como se no pasara nada. En la familiaridad de su Persona se nos

⁵⁵⁹ Cfr. A. BURGUERA Y SERRANO, *o. c.*, Tomo VII, 216-217.

⁵⁶⁰ Cfr. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 66.

⁵⁶¹ Cfr. ID., *Homilía del Corpus Christi*, 22/05/2008.

muestra quien es, invitándonos a unirnos estrechamente a Él. Su presencia sustancial, personal y permanente en el tabernáculo se nos entrega totalmente para que seamos transformados en el amor y para el amor. Ello exige de nosotros cambio del corazón, haciendo nuestros los pensamientos, los sentimientos y las actitudes de Quien «pasó por el mundo haciendo el bien y sanando a todos» (Hch 10,38). En cada Visita, vivida verdaderamente como adoración y adhesión personal a Jesucristo, vamos saliendo de nosotros mismos, pues gracias a este «encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad»⁵⁶². Parafraseando al Cabasilas, diríamos que en la Visita eucarística Jesús «se derrama» en nosotros y se une a nosotros, «sin mezcla ni confusión», pero cambiándonos y transformándonos en sí como una gota de agua puesta en un infinito océano de ungüento perfumado⁵⁶³. En definitiva, en esta cercanía eucarística el Señor nos adhiere a Él, y lo hace justamente «atándonos» a su persona. Sólo así nos quedamos libres de nosotros mismos⁵⁶⁴ y abrimos «el corazón a la magnanimidad de la escucha del otro, a la comprensión, a la posible aceptación de sus disculpas y al generoso ofrecimiento de las propias»⁵⁶⁵.

c) Comunión con el prójimo y con toda la Iglesia

En efecto, la adoración ante el tabernáculo eucarístico nos impulsa a la comunión con cada hermano en particular y con toda la Iglesia, que nos regala, al mismo tiempo, la comunidad y el espacio para esta oración silenciosa⁵⁶⁶. Hemos de vivir, pues, la amistad sincera, la solidaridad, el respeto y el compromiso con el otro, especialmente

⁵⁶² PAPA FRANCISCO, Exhort. Apost. postsinodal *Evangelium gaudium*, n. 8. La expresión «autorreferencialidad» se presenta en el mismo escrito papal bajo otros términos, que permiten entender su significado. Por ejemplo: «individualismo», n. 78; «acedia egoísta», n. 81; «temor a ser invadidos»; «escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el círculo de los más íntimos», n. 88; «aislamiento», n. 89; «una fe encerrada en el subjetivismo», «neopelagianismo autorreferencial», «elitismo narcisista», n. 94; «dinámicas de autoayuda y realización autorreferencial», n. 95.

⁵⁶³ Cfr. N. CABASILAS, *La vida en Cristo*, IV, 3.

⁵⁶⁴ Cfr. Ratzinger, 306.

⁵⁶⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la clausura del XXIV Congreso Eucarístico Nacional (Italia)*, Bari, 29/05/2005.

⁵⁶⁶ Cfr. Ratzinger, 262.

con aquellos que reflejan el rostro sufriente del Señor Jesús (cfr. Mt 25,31-46). Definitivamente, en la Visita eucarística está «incluido la vez el ser amado y el amar a los otros»⁵⁶⁷, lo que nos va convirtiendo en «personas de comunión» con los hermanos y con la Iglesia, que en términos prácticos implica:

capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad... capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un ‘don para mí’, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente⁵⁶⁸.

d) Testimonio coherente y alegre

La «común unión» forjada en el espacio de encuentro personal con el Dios vivo presente en el sagrario, que por su «presencia dinámica» nos ha aferrado a Él y nos ha hecho suyos, al ser auténtica se extiende en los distintos ámbitos de nuestra vida cristiana cotidiana. Y esto nos permite sostener, una vez más, que la Visita eucarística «nunca es un acto meramente privado: al contrario, exige testimonio público de la propia fe»⁵⁶⁹, que nos impulsa a decir a los hermanos con profunda convicción: «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estés en comunión con nosotros» (1Jn 1,3). Con ello, manifestamos, por un lado, el «testimonio alegre y convencido ante el mundo de una vida cristiana coherente allí donde el Señor nos llama a anunciarlo»⁵⁷⁰, y por otro, denunciamos «las circunstancias que van contra la dignidad el hombre, por el cual Cristo ha derramado su sangre, afirmando así el alto valor de cada persona»⁵⁷¹.

Tanto lo que acabamos de decir sobre los frutos, así como demás aspectos de la Visita a Cristo Sacramentado, confirman de la actualidad y «utilidad espiritual» de esta práctica de culto eucarístico *extra Missam*. Conscientes de esto, hemos de procurar que:

[nuestras iglesias no sean] durante el día casas muertas, que están ahí, vacías y aparentemente sin ninguna finalidad. Siempre sale de dentro de ellas una invitación de Jesucristo. Siempre habita en ellas esa santa cercanía a nosotros, que nos está llamando e invitando siempre. Lo más hermoso de las iglesias católicas es, precisamente, que en ellas

⁵⁶⁷ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 82.

⁵⁶⁸ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Nuovo Millennio Ineunte*, n. 43.

⁵⁶⁹ BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 83. Cfr. Ratzinger, 356.

⁵⁷⁰ *Ibid.*, n. 85.

⁵⁷¹ *Ibid.*, n. 89.

siempre, de alguna forma, hay liturgia, por en ellas siempre mora la presencia eucarística del Señor⁵⁷².

⁵⁷² Ratzinger, 358.

CAPÍTULO IV

LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

4.1. Aspectos generales

Se puede hablar de la comunión espiritual a nivel eclesial, tanto visible como invisible. Así como, de la comunión vivida entre los hermanos católicos, como fruto de la comunión sacramental y eclesial. Y también de la comunión en la oración y en otros bienes espirituales con hermanos de otras confesiones cristianas⁵⁷³. Todas estas dimensiones de la «comunión cristiana» brotan y conducen a la comunión espiritual con el Señor y su Cuerpo Místico. Pues bien, dentro de este marco, queremos centrarnos particularmente en la práctica devocional de la «comunión espiritual» vivida en la Visita y entendida como encuentro personal y abrazo amical con Jesucristo presente en el sagrario. Creemos que esta antigua costumbre, recomendada por incontables santos y maestros espirituales, se nos presenta como un medio eficaz para encontrar y dejarse encontrar por el «fiel Amigo del tabernáculo», «con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría»⁵⁷⁴.

⁵⁷³ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Ut unum sint*, n. 12; Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, nn. 34-35.

⁵⁷⁴ PAPA FRANCISCO, Exhort. Apost. postsinodal *Evangelium gaudium*, n. 3.

4.1.1. Origen y evolución

Entre los Padres de la Iglesia hay algunos testimonios que hacen referencia indirecta a la comunión espiritual, entendida como unión con Cristo y como deseo de recibir la comunión sacramental. No habiendo así, en la época patrística una recomendación o una práctica explícita de la comunión espiritual desligada de la comunión sacramental como se vivió en la Edad Media. De ello nos da testimonio San Agustín: «Come y bebe la vida; con ello tendrás vida, y la Vida quedará integra. El cuerpo y la sangre de Cristo será vida para cualquiera que coma y beba espiritualmente lo que come y bebe de una manera visible»⁵⁷⁵. Tal como vemos en este pensamiento del Obispo de Hipona, para los Padres toda comunicación sacramental para que fuese fructuosa debía ser necesariamente espiritual.

Esta aproximación a la comunión espiritual se mantuvo presente por mucho tiempo entre los fieles. Sin embargo, la contemplación frecuente y ardorosa de la hostia santa y el consecuente rito de elevación de las especies sagradas, traerán un cambio de perspectiva. Muchos creían que mirando con fe y amor al pan consagrado experimentaban una intensa unión y comunión con el Señor Jesús. Se llegó a ver la contemplación de las especies sacramentales y la participación devota en la Misa como «verdadera comunión», con los mismos efectos de la comunión sacramental. Por consiguiente, se empezó a difundir la idea de una comunión espiritual, *spiritualis manducatio*, separada de la comunión eucarística. Esto llevará a que algunos vean erróneamente esta «comunión de deseo» como un sustituto de la comunión sacramental, poco frecuente en ese entonces⁵⁷⁶.

Ante esta situación, que ciertamente no era generalizada, la autoridad eclesial y los teólogos precisaron la noción de «comunión espiritual». Esto ayudará a que poco a poco esta costumbre vaya ocupando su justo lugar y se practique de manera adecuada. En primer lugar, se distinguió la comunión espiritual de la comunión eucarística, dejando

⁵⁷⁵ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermón 131: SOLANO II*, 301. Cfr. TERTULIANO, *Acerca de la oración: SOLANO I*, 133.

⁵⁷⁶ Cfr. M. BRILLANT, *o. c.*, 222-223; 554-555. Los siglos III-IV son considerados como los siglos de oro de la comunión eucarística frecuente y diaria. A partir del siglo VI los fieles irán abandonando esa costumbre por distintas circunstancias. La decadencia en la comunión sacramental fue tal, que en 1215 el IV Concilio de Letrán dio la disposición de comulgar al menos una vez al año (cfr. DH 812).

claro que por esta se da la participación plena en el Sacrificio del Altar. Luego, se subrayó la relación entre una y otra, sin oponerlas y explicitando el carácter insustituible de la comunión sacramental, que a su vez alimenta y se prolonga en la comunión espiritual:

hay dos modos de recibir este sacramento: uno espiritual y otro sacramental. Ahora bien, es claro que todos están obligados a recibirlo al menos espiritualmente, porque esto es incorporarse a Cristo, según las explicaciones dadas (a. 9 ad 3; q. 73 a. 3 ad 1)⁵⁷⁷. Pero la comunión espiritual incluye el voto o deseo de recibir este sacramento, como se ha dicho (a. 1 ad 3; a. 2.). Por tanto, sin el deseo de recibirlo no puede salvarse el hombre. Pero un deseo sería vano si no se cumpliese cuando se presenta la oportunidad de ello. Por consiguiente, es claro que hay la obligación de recibirlo, no sólo porque lo manda la Iglesia, sino también porque manda el Señor cuando dice en Mt 26: *Haced esto en conmemoración mía*⁵⁷⁸.

Estas ideas del *Doctor Angelicus* acompañarán el desarrollo de la práctica de la comunión espiritual en el curso de los siglos. Esto permitió entenderla más claramente como un acto de fe y de amor ordenado a la comunión eucarística. Con todo, cabe subrayar que la comunión espiritual no es solo preparación a la comunión sacramental, pues puede ser muy útil en sí misma para la vivencia fructuosa de la piedad eucarística en sus diversas formas. Bajo este aspecto, se han situado las enseñanzas del Concilio de Trento, que exhorta a todos los fieles a practicar frecuentemente «este comulgar del Cristo eucarístico en la oración de ofrecerle a Él el deseo de su cuerpo y de su sangre» y el compromiso de recibirlo sacramentalmente en cuanto se pueda.

Los Padres de la antedicha Asamblea conciliar definieron los aspectos fundamentales de *spiritualis manducatio* e invitaron a los fieles a vivirla, dejando claro su estrecho vínculo con la comunión sacramental. Señalan que, una de las formas de «comulgar» es espiritualmente: «aquellos que *comiendo con el deseo* el Pan eucarístico experimentan su fruto y provecho por la fe viva, que obra por la caridad». Asimismo, la necesidad de la fe para realizarla y que esté claramente diferenciada de la comunión eucarística, a la que no remplace, pues «la recepción sacramental fue siempre costumbre de la Iglesia y debe ser mantenida»⁵⁷⁹. Igualmente, se explicita el efecto fructuoso de esta práctica, que debe plasmarse coherentemente en la vivencia de la caridad. En suma, el Concilio esclarece que el modo más pleno de recibir al Cristo eucarístico es por la comunión

⁵⁷⁷ Aquí santo Tomás precisa que la “cosa significada” por el sacramento de la Eucaristía es la unidad del Cuerpo Místico sin la que no puede haber salvación.

⁵⁷⁸ *S. Th.*, III, c. 80, a. 11.

⁵⁷⁹ DH 1648.

sacramental, sin embargo, esta no excluye la comunión espiritual, pues, ambas formas no están contrapuestas sino relacionadas jerárquicamente.

La comunión espiritual, realizada en el marco de la adoración eucarística *extra Missam*, será cada vez más practicada y recomendada por innumerables santos maestros de la vida espiritual, que se destacaron particularmente por su profundo amor y devoción a la santa Eucaristía, como es el caso de la «Santa Doctora de Ávila»: «[...] y cuando no comulgareis, y oyereis misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho, y hacer lo mismo de recogeros después en vos, que es mucho lo que se imprime el amor así de este Señor [...]»⁵⁸⁰.

En la misma línea, unos de los grandes impulsores de la práctica de la comunión espiritual ha sido Santo Alfonso María de Liguori, a través de su «librito» *Visitas al Santísimo*⁵⁸¹. Este «fervoroso adorador» de la presencia eucarística la recomienda como culminación de todo acto de adoración a Cristo Sacramentado reservado en el sagrario. Es precisamente en esta obra donde se encuentran las explicaciones, los frutos y una de las fórmulas más conocidas para realizar la *manducatio spiritualis*:

Creo, Jesús mío, que estás en el Santísimo Sacramento del altar: te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte dentro de mi alma. Ya que no puedo hacerlo ahora sacramentalmente, ven al menos espiritualmente a mi corazón. Como si ya te hubiese recibido, te abrazo y me uno todo a ti. No permitas, Señor que vuelva a separarme de tu presencia⁵⁸².

La comunión espiritual continúa siendo recomendada y practicada por los Pastores y fieles. Por ejemplo, san Juan Pablo II en su última encíclica, la recomienda como medio para mantener vivo el «deseo de recibir la Eucaristía»: «es conveniente *cultivar en el ánimo el deseo constante del Sacramento eucarístico*. De aquí ha nacido la práctica de la ‘comunión espiritual’, felizmente difundida desde hace siglos en la Iglesia y recomendada por Santos maestros de vida espiritual»⁵⁸³. El Papa santo deja claro en sencillas palabras el valor, la utilidad y cuanto se puede gozar y beneficiarse de ella.

Desde este punto de vista, en el último Sínodo extraordinario de los Obispos, que trató sobre «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la Evangelización», algunos «Padres sostuvieron que las personas divorciadas y vueltas a casar o

⁵⁸⁰ S. TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, c. 35, 1.

⁵⁸¹ Cfr. *supra*, cap. III, 131.

⁵⁸² A. M. DE LIGORIO, *o. c.*, 24.

⁵⁸³ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 34.

convivientes pueden *recurrir provechosamente a la comunión espiritual*». Otros Padres conciliares plantearon, entonces, «¿por qué no pueden acceder a la comunión sacramental? Se requiere, por tanto, una profundización de la temática que haga emerger la peculiaridad de las dos formas y su conexión con la teología del matrimonio»⁵⁸⁴. Algunos autores actuales, buscando responder a este desafío lanzado por el Sínodo, han venido profundizando en la naturaleza de la comunión espiritual y las condiciones para recibirla⁵⁸⁵.

4.1.2. *Lo que no es*

Empecemos clarificando lo que no es la comunión espiritual, buscando advertir con ello, las posibles confusiones y desequilibrios en su relación con la comunión sacramental. Por lo que hemos venido señalando, se constata fácilmente que es errado entender la comunión espiritual como un sustituto, como una especie de paliativo o un «como si fuera» la comunión eucarística. Asimismo, hay que cuidar de no caer en el equívoco de equipararla con la recepción del sacramento, creyendo que aquella es tan o más fructuosa cuanto esta⁵⁸⁶. En tal sentido, no está de más recordar que esto sí sucedió en la historia del desarrollo del culto eucarístico *extra Missam*. Aunque, ya hemos esbozado este fenómeno en la primera parte del presente trabajo, nos parece útil traer a colación la síntesis presentada por Diez Valladares:

Habiendo disminuido la práctica de la comunión, como hemos visto, se buscó una compensación en la contemplación de la hostia consagrada, que se convirtió, junto a la comunión espiritual a la que se unía, en uno de los elementos principales de la piedad eucarística. El hecho no pasó desapercibido a los teólogos que, en su mayoría, distinguen claramente entre la simple visión y la comunión sacramental. Pero no faltaron quienes equiparasen la una a la otra, concediendo a ambas los mismos beneficios espirituales. Aunque no se puede demostrar que el rito de la elevación haya sustituido la comunión sacramental, es cierto que el pueblo cristiano centró en la visión, entendida como comunión ocular, todo su fervor, atribuyéndole beneficios mayores que a la participación sacramental, en algunos casos efectos casi milagrosos⁵⁸⁷.

⁵⁸⁴ Sínodo de los Obispos, III Asamblea General Extraordinaria, *Proposición* 53.

⁵⁸⁵ Cfr. P. BLANCO, «La comunión de deseo. Una propuesta pastoral», 63-65.

⁵⁸⁶ Considerando esta explicación nos parece inadecuado lo que escribe el padre Ronald Knox: «una comunión espiritual hecha sinceramente puede producir los mismos efectos que la comunión sacramental», L. G. LOVASIK, *o. c.*, 52. Por ejemplo, una persona que está impedida de recibir la comunión sacramental, no obtendrá los mismos frutos que esta al recibir la comunión espiritual. Como se ha advertido, hay peligro de inducir a pensar que el pecado que impide la comunión sacramental no es tan grave. Cfr. P. Blanco, *o. c.* 65.

⁵⁸⁷ L. E. DIEZ VALLADARES, *o. c.*, 46.

Cabe advertir también, de los posibles peligros de «intimismo» e «individualismo» que podrían resultar de una práctica equivocada de la *manducatio spiritualis*. Desde este prisma, es de gran ayuda tener en cuenta que este ejercicio piadoso puede llevarnos, más bien, a una vivencia más intensa de la comunión eclesial y fraterna. De esto se deriva que, si uno tiene el deseo de estar íntima y profundamente unido a Cristo presente en el sagrario, lo natural sería que no se encierre en sí mismo, como si fuera autosuficiente y autónomo, sino que viva en auténtica comunión con los hermanos en el Señor y con toda la Iglesia⁵⁸⁸.

4.1.3. *Lo que es*

Por lo tanto, la comunión espiritual es un acto de fe y de amor que desea la unión y la amistad con Cristo Eucaristía, vivido en el espacio de la adoración eucarística, especialmente en la Visita al Santísimo Sacramento. Se trata, pues, de un deseo del alma de recibir a Cristo presente realmente en la Eucaristía, que se entrega a si mismo por nosotros y quiere permanecer con nosotros⁵⁸⁹. Implica adhesión y aceptación consciente de la persona del Señor Jesús, con quien queremos unirnos y dejarnos poseer en el amor. Sobre todo, se ordena y nos prepara a la comunión eucarística, fomentando un ardiente y sincero deseo de recibirla. Entonces, por una parte, la comunión espiritual actualiza y prolonga la unión alcanzada con Cristo en el banquete eucarístico, y por otra, fomenta y mantiene vivo el deseo de recibirlo en el Sacramento.

La comunión espiritual, también conocida como «comunión de visión» o «comunión *in voto*», es un deseo del Pan celestial con fe viva a través del amor (Cfr. Ga 5,6). Asimismo, en el marco de la adoración eucarística puede ser entendida como «respuesta a la forma específica en que Cristo se presenta, a los signos bajo los que está presente; es entonces una participación en la Eucaristía, no directamente sacramental, revivida en la oración personal y orientada a la celebración sacramental de la Eucaristía»⁵⁹⁰.

La *manducatio spiritualis*, evidentemente, supone la fe en la presencia real de Cristo en el Sacramento. Dicho elemento aparecerá en todas las fórmulas de oración para

⁵⁸⁸ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 39.

⁵⁸⁹ Cfr. *S. Th.*, III, c. 80, a. 1.

⁵⁹⁰ L. E. DIEZ VALLADARES, L. E., *o. c.*, 153.

realizar esta práctica, como veremos más adelante. Es clave que esta práctica devocional esté acompañada por el anhelo y el compromiso de recibir sacramentalmente a Cristo presente en la santa Eucaristía, según la circunstancia personal de cada uno, como recomienda santo Tomás: «...la comunión espiritual incluye el voto o deseo de recibir este sacramento»⁵⁹¹.

Cuando se realiza la *manducatio in voto* en el espacio de la Visita, se nos da la posibilidad de recogernos y sosegarnos en la presencia y en la compañía del «Dulce Amigo del sagrario» entablando una relación personal y dinámica con Él, que a su vez quiere unirse íntimamente a nosotros. En resumen, esta práctica, que implica actos de fe viva y de fervorosa caridad, puede ser asumida y vivida como oración previa a la comunión sacramental y como un «silencioso hacernos uno con el Señor, el exponernos a aprender de nuevo de él», que implica «inclinarse y con ello abrirse a su grandeza»⁵⁹².

4.1.4. Sujeto, ocasión y frecuencia

La comunión espiritual puede ser realizada por cualquier persona con mucha facilidad y provechosa utilidad. Como, por ejemplo, aquellos que están impedidos temporal o permanentemente de recibir a Cristo Eucaristía⁵⁹³, y que en cierta medida desean salir de este estado y no pueden. Sería este el caso de los divorciados vueltos a casar que participan en la santa Misa.

En efecto, determinados maestros espirituales recomiendan que se practique durante la Misa⁵⁹⁴, en el momento que el sacerdote comulga o como preparación inmediata a la recepción sacramental. Además, puede ser realizada todos los días, cuantas veces se desee: después de la confesión sacramental, en la noche antes del descanso nocturno, etc. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la Visita al Santísimo Sacramento y en los otros momentos de adoración eucarística, son ocasiones privilegiadas para el ejercicio de la *manducatio spiritualis*:

⁵⁹¹ S. Th, III, c. 80, a. 11.

⁵⁹² Cfr. Ratzinger, 256-257.

⁵⁹³ Cfr. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 55; Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los Obispos sobre la recepción de la comunión eucarística de parte de los fieles divorciados que han vuelto a casar*, 14/09/1994, 6

⁵⁹⁴ J. A. ABAD, o. c., 120.

Dondequiera que te encuentres, piensa constantemente en el Santísimo Sacramento. Fija tus pensamientos en el sagrario, aún por la noche, cuando despiertes del sueño. Ofrecele lo que estás haciendo en cada momento. Instala un cable telegráfico desde tu casa a la Iglesia y, tan seguido como puedas, envía mensajes de amor a Jesús Sacramentado⁵⁹⁵.

Y dado al gran bien que trae este ejercicio espiritual, ha sido enseñado y recomendado no pocas veces por la autoridad eclesiástica. Como es sabido, al igual que Concilio de Trento, el Magisterio de los últimos siglos sigue invitando a los fieles a la práctica devota y frecuente de la comunión espiritual:

Desea, en primer lugar, que los cristianos – cuando realmente no pueden recibir con facilidad el manjar eucarístico – lo reciban al menos espiritualmente, de manera que, con fe viva y despierta y con ánimo reverente, humilde y enteramente entregado a la divina voluntad, se una a él con la más fervorosa e intensa caridad posible⁵⁹⁶.

4.1.5. Disposiciones

Sin que las disposiciones sean exactamente las mismas requeridas para la comunión sacramental, es importante que la comunión espiritual se realice con fe en la presencia eucarística, con devoción y con el compromiso de alcanzar en cuanto se pueda la íntima unión con Cristo por la recepción sacramental, objetivo fundamental de esta práctica⁵⁹⁷. Por ello, es importante no caer en la rutinización o en el automatismo de repetir una práctica meramente externa sin ninguna resonancia interior y sin ningún propósito. Se debe procurar realizarla en un espacio de recogimiento, silencio interior y profundo deseo de encontrarse con la Persona de Cristo presente en el pan transustanciado. San Josemaría Escrivá de Balaguer, otro gran impulsor de la *comunión in voto*, resume bellamente estas condiciones: «Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad, devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los Santos».

Ahora bien, como se ha dicho, la comunión espiritual exige, sobre todo, acto de fe y de amor. Esto es así porque esta práctica no es un mero deseo imaginario o ficticio, sino un ejercicio espiritual interior, que ayuda en nuestra configuración íntima con Jesucristo, la unión plena con su persona presente en el Sacramento. Debe estar, en

⁵⁹⁵ A. PEÑA, *Jesús Eucaristía, el amigo que siempre te espera*, 88.

⁵⁹⁶ PIO XII, Enc. *Mediator Dei*, n. 143.

⁵⁹⁷ Juan Pablo II en el ya referido n. 34 de la *Ecclesia de Eucharistia*, plantea esa práctica en ese marco de buscar la unión más perfecta con Dios, que se da en la Eucaristía. Por ello, dirá, que es conveniente mantener este deseo a través de la comunión espiritual.

consecuencia, siempre acompañada de un profundo y decidido deseo de unirse a Cristo por la comunión sacramental, si así lo permite la situación de cada sujeto. Implica, además, asumir el compromiso de poner todos los medios adecuados y proporcionados para no dejar que nada ni nadie rompa la amistad y unión que se ha logrado con Cristo Jesús, alcanzando su culmen en la recepción del Sacramento. En síntesis, la comunión espiritual se sostiene, por lo tanto, en el deseo del corazón, una propensión espiritual hacia la carne de Cristo resucitado; en un anhelo que apunta al sacramento eucarístico y cuya dinámica se vive en la caridad⁵⁹⁸.

Cabe señalar, que esta unión con Cristo alcanzada en la comunión espiritual es una gracia, donde la iniciativa es siempre de Dios, que sale constantemente al encuentro de la criatura humana. Por tanto, todos los frutos y beneficios alcanzados en esta práctica son, ante todo, producto de la Infinita Bondad de Dios, que nos concede por su gracia estos dones. El aprovechamiento de la *manducatio spiritualis* está muy lejos de ser mero resultado de nuestro deseo, sentimiento o de nuestra voluntad. Al disponernos con reverencia, recogimiento, silencio interior, fe y amor, Dios todopoderoso nos concederá incontables frutos en cada comunión espiritual que realicemos. Aunque, esto no excluye los esfuerzos por nuestra conversión al Señor, si es que queremos realizar fructuosamente la comunión *in voto*.

4.1.6. Frutos

El fruto más inmediato de la comunión espiritual es la verdadera y profunda unión interior con Jesucristo presente en la santa Eucaristía. Esta unión no es externa ni accidental, sino que es una adhesión de todo nuestro ser a la persona del Señor, que se hace comunión por y para nosotros. Desde este punto de mira, el padre Royo Marín señala, que esta «práctica piadosísima, bendecida y fomentada por la Iglesia», consiste fundamentalmente «en un acto ferviente de recibir la Eucaristía y darle al Señor un abrazo estrechísimo como si realmente acabara de entrar en nuestro corazón»⁵⁹⁹.

El ejercicio frecuente de la *manducatio in voto*, acrecienta en nosotros el deseo y las disposiciones adecuadas para recibir sacramentalmente el Pan consagrado, encuentro por excelencia con Jesucristo Eucaristía. Al suscitar en cada adorador el deseo y la

⁵⁹⁸ Cfr. J. A. ABAD, *o. c.*, 119.

⁵⁹⁹ A. ROYO MARÍN, *o. c.*, 458-459.

intención de recibir el Alimento de vida eterna, ayuda también a una preparación más adecuada para participar en la comunión, pues «es tal la eficacia de su poder que, con su solo deseo, uno consigue la gracia por la que es vivificado espiritualmente»⁶⁰⁰. Igualmente, en nuestras comuniones espirituales se prolonga la comunión y la amistad con Cristo alcanzadas en la recepción sacramental: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él» (Jn 6,56). Por lo tanto, la práctica de la comunión espiritual nos orienta a la comunión sacramental, hacia una plena participación en la celebración de la Misa, revivida y actualizada en cada «visita» al Sacramento del altar.

Los Santos Doctores y Maestros Espirituales nos enseñan que la práctica frecuente de la comunión espiritual acrecienta en nosotros las virtudes cristianas, como la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la sencillez, el deseo de santidad, el ardor apostólico, etc. De igual modo es un medio para protegernos y fortalecernos en nuestra lucha contra el pecado y nuestros malos hábitos.

Finalmente, la práctica frecuente de la *manducatio spiritualis* en la Visita, renueva y refuerza la comunión eclesial y fraterna, como hemos esbozado. Y ello se expresa, por ejemplo, en una vivencia más intensa del perdón, de la caridad fraterna, de la comprensión, de la paciencia, de la solidaridad, etc. Entonces, es fundamental que este ejercicio espiritual nos ayude a que vayamos transformándonos en agentes activos de comunión⁶⁰¹. Si somos, pues, conscientes de este y demás frutos de esta práctica piadosa, vale la pena que mantengamos vivo el anhelo de entrar en comunión con el Señor y con los hermanos, procurando vivirla asiduamente cada vez que visitamos a Cristo eucaristía conservado en el tabernáculo.

4.1.7. *Relación con la comunión sacramental*

A lo largo de nuestro desarrollo sobre los aspectos fundamentales de comunión espiritual, hemos evidenciado su relación armónica e íntima con la comunión eucarística⁶⁰². Pues, no tendría sentido una sin la otra. Asimismo, cuánto más devota y profunda sea esta práctica, evitando cuidadosamente la rutina y el apresuramiento, mejor y mayor será nuestra disposición para comulgar del Señor Jesús Sacramentado,

⁶⁰⁰ *Sh. T.*, III, q. 79, a. 1, ad. 1.

⁶⁰¹ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 40.

⁶⁰² Cfr. M. GESTEIRA GARZA, *o. c.*, 292.

que comparte nuestra suerte y se identifica con nosotros, pues cada vez que comemos su carne y bebemos su sangre, Él habita en nosotros y nosotros en Él (cfr. Jn 6,56).

En efecto, la *manducatio in voto* nos prepara y nos conduce a la comunión sacramental, que a su vez se prolonga en nuestras comuniones espirituales. Hemos procurado dejar claro, pues, que este «deseo de recibir a Cristo eucarístico» no es ni un reemplazo ni es más importante que recepción sacramental de la Eucaristía. Sin embargo, esta precisión no tiene por qué aminorar la práctica de la comunión espiritual, que puede ser realizada en distintas ocasiones. Más bien, esta *manducatio spiritualis* es de gran ayuda para que la misma «comunión sacramental sea cada vez más espiritual», efecto inherente de la recepción real del Sacramento, que no es «un simple rito que desarrollamos como uno más de las actividades comunitarias. En la comunión me adentro en el Señor que se me comunica»⁶⁰³.

Cabría subrayar también que, el ejercicio frecuente de la comunión espiritual no trae consigo un descuido de la recepción sacramental, y no debería llevarnos a ello. Por lo contrario, el conocimiento adecuado y la práctica asidua de una lleva a un mayor aprecio y deseo por la otra, sobre todo por la comunión sacramental. Así, pues, por más que la comunión espiritual tenga un valor en sí mismo, esta nunca puede ser motivo para frecuentar menos al “banquete eucarístico”. Precisamente por ello, el deseo de la comunión sacramental es inherente a la *manducatio spiritualis*, que al ser vivida con la hondura y ardor de los santos conduce naturalmente a la participación en la santa Misa con gran provecho.

4.2. Un medio eficaz para el encuentro con el “Visitado”

Aunque, nos hemos referido en varios momentos a la práctica de la comunión espiritual en el ámbito de la Visita al Santísimo, veamos algunos aspectos más específicos de cómo la práctica de este acto devocional ayuda a que la adoración ante el tabernáculo eucarístico sea una experiencia de encuentro personal con el Señor Jesús.

4.2.1. La fe en la presencia real y dinámica

⁶⁰³ Ratzinger, 256.

En el marco de la adoración Eucarística la comunión espiritual tendrá como punto de partida la confesión en la presencia real y permanente de Cristo en las especies sagradas. Ello queda claramente expresado en los distintos modelos de oración para realizar la comunión espiritual recomendados por distintos maestros espirituales:

Señor Jesús Sacramentado, creo firmemente que estás verdadera, real y sustancialmente presente en el Santísimo Sacramento del altar. Te amo, Señor; pero quiero amarte más y más, y así, vivir íntima y permanentemente unido a ti. Por eso, me acerco a recibirte espiritualmente, ahora que no puedo hacerlo sacramentalmente. Ven a mí, a avivar y aumentar mi unión contigo. Te abrazo y me uno todo a ti. No permitas que jamás me separe de ti⁶⁰⁴.

En esta práctica es de mucho provecho aproximarse a Jesucristo, reservado en el sagrario, desde la perspectiva de la «una presencia dinámica, que nos aferra para hacernos suyos, para asimilarnos a él»⁶⁰⁵. Él se dona a sí mismo y quiere entrar en nuestra vida, permaneciendo para siempre unidos a nosotros. Y nuestra actitud ante esta entrega total y continua no puede ser otra, sino corresponder con amor y generosidad a Él que se nos da en el pan consagrado, transustanciado y verdadero, que bajó del cielo «para la vida del mundo» (Jn 6,51). Recordemos que la comunión espiritual, además de la fe, implica también un acto de amor que se une al amor infinito del Señor que nos toma en serio, que aguarda el momento de la unión y «que quiere atraer hacia sí a todos los hombres, cumpliendo también así lo que la misma creación espera; en efecto, ella aguarda la manifestación de los hijos de Dios (cfr. Rom 8,19)»⁶⁰⁶.

4.2.2. *El encuentro personal en la Visita por la comunión espiritual*

La práctica de la comunión espiritual bien hecha y adecuadamente enfocada es de gran ayuda para vivir en la Visita la unión íntima con Jesús, a quien podemos “abrazar” en un encuentro de Persona a persona. La *manducatio spiritualis* para ser tal implica que conozcamos profundamente al Señor, que experimentemos el trato íntimo de su presencia cercana y personal. Así la adoración eucarística pierde lo que pudiera tener de lejanía de Dios, para convertirse en una unión íntima con el “Dulce Amigo del sagrario”, transformando la «sumisión» en unión y cercanía, pues, Aquel al cual nos sometemos es Amor, que nos espera para adorarlo y entrar en comunión profunda con

⁶⁰⁴ SAN ANTONIO MARÍA CLARET, en: T. URKIRI, o. c., 207.

⁶⁰⁵ *Supra*, nota 564.

⁶⁰⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía del Jueves Santo*, 21/04/2011.

Él. Ante quien podemos decir: «Jesús Sacramentado, yo soy tuyo y te sigo en mi vida; no quisiera perder jamás esta amistad, esta comunión contigo. Yo soy tuyo y te pido que tú también estés siempre conmigo»⁶⁰⁷.

Por medio de este ejercicio de «unión espiritual» se puede ir descubriendo a Jesús presente en el sagrario, como amigo y compañero fiel, como el alimento que sostiene y nutre nuestras existencias, que no se cansa de esperarnos:

Él está ahí y nosotros sabemos siempre dónde podemos encontrarlo, dónde se deja encontrar y nos espera... Dios está cerca de nosotros. Dios nos conoce. Dios nos espera en Jesucristo, en el Santísimo Sacramento. ¡No le hagamos esperar en vano! No pasemos de largo ante lo más importante y grandioso que se nos ha ofrecido en nuestra vida, debido a nuestra distracción y a nuestra pereza... Tomémonos también algún tiempo durante la semana, entremos a pasar y permanezcamos un rato ante el Señor, que está tan cerca⁶⁰⁸.

Por tanto, la amistad, la confianza, la veneración y el respeto, propios del encuentro personal con Cristo Eucaristía, van haciéndose más continuos en un ámbito de silencio, recogimiento y gratitud. Vamos tomando más conciencia de que la presencia misteriosa que adoramos es una Persona que quiere relacionarse íntimamente con nosotros, que «tiene un corazón que palpita de amor por nosotros, que tiene ojos que nos miran con amor y tiene oídos para oír nuestras súplicas»⁶⁰⁹.

Estos aspectos de la comunión espiritual realizada en el marco de la Visita al Santísimo manifiestan, lo que hemos desarrollado respecto al anhelo de encuentro y comunión que tiene toda persona humana. Por medio de este ejercicio piadoso este anhelo se sosiega y se realiza. Clave de todo ello es el amor, para el cual estamos hechos por el Dios reservado en el tabernáculo eucarístico, que por la *manducatio in voto* se hace uno con nosotros, pues «Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4,16).

Y, dado que esta comunión se realiza en una dinámica de entrega mutua entre el “Cristo del Sagrario” y cada adorador, somos remitidos a amar también a nuestros hermanos y a buscar que toda nuestra vida, todo nuestro quehacer esté centrado en el Cristo Eucarístico, adhiriéndonos a sus designios y encaminándonos a la plena identificación con Él, poseyendo sus mismos sentimientos, como enseñó y testimonió san Juan Pablo II: «Si habéis encontrado a Cristo, ¡vivid a Cristo, vivid con Cristo! Y

⁶⁰⁷ ID., *Encuentro con los niños de Primera Comunión*, Roma, 15/10/2005.

⁶⁰⁸ Ratzinger, 358.

⁶⁰⁹ A. PEÑA, A., *Adoración perpetua*, 16.

anunciadlo en primera persona, como auténticos testigos: ‘para mí la vida es Cristo’ (Flp 1,21)»⁶¹⁰. Para ello «nos desea»⁶¹¹ y nos espera incansablemente Jesús en el sagrario. Ahora bien, «¿nosotros tenemos verdaderamente deseo de él? ¿Nos sentimos en nuestro interior el impulso de ir a su encuentro? ¿Anhelamos su cercanía, ese ser uno con él, que se nos regala en la Eucaristía?»⁶¹².

4.3. El testimonio de los santos

Los santos, fieles cristianos que han alcanzado esta plena y total identificación con el Señor Jesús Sacramentado, son reconocidos oficialmente por la Iglesia y puestos por ella como ejemplo a seguir. Ellos son intercesores a quienes podemos recurrir y modelos a imitar en nuestro camino de vida cristiana⁶¹³. Pues, nosotros también estamos llamados por Jesucristo a alcanzar la santidad, conformando todo nuestro ser con su Persona, «del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del pueblo de Dios»⁶¹⁴.

Estos “testigos de la fe”, entre muchos otros aspectos de su vivencia fiel del seguimiento radical de Jesucristo, tuvieron a la santa Eucaristía como centro y raíz de toda su vida espiritual y apostólica. Su fe en la presencia real, personal y dinámica de Cristo vivo en el Sacramento, los ha llevado a pasar largas horas en oración ante el “Cristo del sagrario”⁶¹⁵. En efecto, «se puede decir que no ha habido un solo santo en cuya vida no se note un influjo determinante de la piedad eucarística. Ha sido fuente de inmensa energía espiritual, una especie de hoguera siempre encendida en medio de la casa de Dios, un fuego en el que se han calentado todos los grandes hijos de la Iglesia»⁶¹⁶.

⁶¹⁰ JUAN PABLO II, *Homilía en la catedral de Santo Domingo durante la misa para el clero, religiosos y seminaristas*, 26/01/1979.

⁶¹¹ Cfr. CEC, nn. 2559-2561

⁶¹² BENEDICTO XVI, *Homilía del Jueves Santo*, 21/04/2011.

⁶¹³ Cfr. Conc. Vat. II, Const. Dog. *Lumen Gentium*, nn. 39-4; J. SARAIVA MARTINS, «¿Por qué la Iglesia canoniza hoy?», 21-30.

⁶¹⁴ *Ibid.*, n. 50.

⁶¹⁵ Cfr. J. M. IRABURU, *o. c.*, 12-16.

⁶¹⁶ R. CANTALAMESSA, *o. c.*, 77.

Por consiguiente, siguiendo las huellas de los santos, que «manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado»⁶¹⁷, podemos comprender la necesidad y la centralidad del misterio eucarístico en sus distintos aspectos para la vida de todo bautizado, que quiere alcanzar la plenitud de la vida cristiana. Ellos desde la experiencia de la oración, del silencio y del asombro ante este misterio inefable, nos enseñan que la adoración eucarística *extra Missam* es camino seguro y eficaz para unirnos a Cristo, «en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos»⁶¹⁸. Digamos que ellos llevaron a cabo en sus vidas esta contundente reflexión de san Juan Crisóstomo:

¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: ‘esto es mi cuerpo’, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: ‘Tuve hambre y no me disteis de comer’, y más adelante: ‘Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer’ [...] ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo⁶¹⁹.

4.3.1. La centralidad de la adoración eucarística

En efecto, no son pocos los santos que han encontrado en la adoración eucarística, acompañada de la comunión espiritual, un camino singular de acercamiento, unión y amistad con Cristo resucitado⁶²⁰. Asimismo, se ve en la vida de estos hermanos cristianos un destacado servicio generoso y abnegado a los demás, porque la vivencia concreta de la caridad está siempre alimentada por el encuentro personal con Cristo presente real y sustancialmente en la santa Eucaristía. Veamos algunos ejemplos⁶²¹, que nos recuerdan vivamente que «el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo»⁶²².

San Francisco de Asís (1182-1226) escuchó y respondió al llamado de Dios «a renovar la Iglesia de Cristo, con su radicalidad de fe y con su entusiasmo de amor a

⁶¹⁷ BENEDICTO XVI, *Catequesis sobre la santidad*, 13/04/2011.

⁶¹⁸ *Ibid.*

⁶¹⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el Evangelio de Mateo*, 50, 3-4: PG 58, 508-509

⁶²⁰ Cfr. DE FIORES, S., T. GOFFI, A. GUERRA (Dirs.), *o. c.*, p. 676.

⁶²¹ Para otros ejemplos véase: J. A. ABAD, *o. c.*, 345-367.

⁶²² Conc. Vat. II, Const. Dog. *Lumen Gentium*, n. 42.

Cristo»⁶²³. Dicho amor se expresó de manera especial en la gran importancia que dio a la celebración de la santa Eucaristía y, como prolongación de ella, a las largas horas de adoración ante el Santísimo Sacramento, repitiéndole: «mi Dios, mi Todo». Al mismo tiempo no ocultaba su humilde asombro ante el *mysterium fidei*: «¡Oh celsitud admirable y condescendencia asombrosa! ¡Oh sublime humildad, oh humilde sublimidad: que el Señor del mundo universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan!»⁶²⁴.

San Francisco daba gran importancia a las «gracias» que se obtenían por la «visión o contemplación» de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, entendida como expresión concreta de su asidua adoración al Santísimo Sacramento y de la comunión espiritual que se vive en ella. Sin embargo, no encontramos en este santo ninguna de aquellas desviaciones o desequilibrios, que llevaran a que algunos diesen más importancia a la adoración de la hostia consagrada que a la participación en la Misa y en la comunión sacramental. Desde esta relación viva y verdadera con la Persona del Verbo eterno, el llamado «Hermano de Jesús»⁶²⁵, exhortaba constantemente a la adoración al Santísimo Sacramento del Altar: «Así también vosotros, por encima de todos, amadle, reverenciadle y honradle». Asimismo, como hemos dejado constancia en el segundo capítulo, el «Poverello de Asís» era profundamente celoso de la dignidad de todo aquello que rodeaba al tabernáculo eucarístico: «Si en algún lugar el Santísimo Cuerpo del Señor estuviere ‘paupérrimamente’ colocado, sea por vosotros puesto en un lugar precioso, según manda la Iglesia [...] sea llevado con grande veneración y administrado a otros con discreción»⁶²⁶. Todos los que conocen la vida de este «auténtico gigante de la santidad», saben cuánto volcó este encuentro personal con «Cristo pobre», vivido desde su «Porciúncula», en el servicio incasable a los más pobres, a quienes acogía con paz, mansedumbre y humildad⁶²⁷.

San Juan Bautista María Vianney (1786-1859), el «santo cura de Ars». Este celoso pastor atestiguó incansablemente que el «centro de toda su vida era la Eucaristía, que

⁶²³ BENEDICTO XVI, *Catequesis sobre san Francisco de Asís*, 27/01/2010.

⁶²⁴ Cfr. *Ibid.*

⁶²⁵ *Ibid.*

⁶²⁶ M. RIGHETTI, *o. c.*, 534.

⁶²⁷ Cfr. PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Plaza san Francisco*, Asís, 04/10/2013.

celebraba y adoraba con devoción y respeto»⁶²⁸. Desde los primeros años en la pequeña parroquia de Ars pasaba largas noches de encendida contemplación ante el sagrario, constituyéndose en una «catequesis viviente» de piedad a la santa presencia eucarística. Esta amistad e íntima unión personal con Cristo Sacramentado, el Buen Pastor, fue el alma de la caridad pastoral del santo cura de Ars, que se expresó de modo especial en sus incansables horas dedicadas al confesionario, anunciando que el «Amigo del sagrario», rico en misericordia no se complace en la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cfr. Ez 33,11). En suma, su profunda y ejemplar devoción «al misterio eucarístico anunciado, celebrado y vivido, que se transformó en amor por la grey de Cristo»⁶²⁹, hizo de su humilde parroquia un foco de irradiación de la Visita al «tabernáculo de la misericordia»:

El Cura de Ars se dejaba embargar particularmente ante la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Ante el tabernáculo pasaba frecuentemente largas horas de adoración, antes de amanecer durante la noche; durante sus homilías solía señalar al sagrario diciendo con emoción: ‘Él está ahí’ [...]. Pronto pudo verse el buen resultado: los feligreses tomaron por costumbre el venir a rezar ante el Santísimo Sacramento, descubriendo a través de la actitud de su párroco, el gran misterio de la fe⁶³⁰.

⁶²⁸ BENEDICTO XVI, *Catequesis sobre san Juan María Vianney, cura de Ars*, 05/08/2009.

⁶²⁹ *Ibid.*

⁶³⁰ JUAN PABLO II, *Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1986, n. 8.

Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, «Madre Sacramento», nace en Madrid en 1809 y parte a la Casa Paterna, en esta misma ciudad, en 1865. Funda en el año 1859 el Instituto de las Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, dedicadas a adorar perpetuamente a Cristo Eucaristía reservado en el sagrario y a trabajar por preservar a muchachas en peligro y a liberar a las que «habían caído en vicios e impureza»⁶³¹. Santa Micaela promovió con su vida y su testimonio la adoración al Santísimo Sacramento, prolongando en su vida de servicio a los demás la unión íntima conseguida con el Señor Jesús tanto en la comunión sacramental como en la comunión espiritual, expresando así una síntesis armónica entre contemplación eucarística y acción caritativa.

San Martín de Porras es hijo (ilegítimo) del español Juan Porras, caballero de la Orden Militar de Alcántara y de Juana Velásquez, negra libre, natural de Panamá⁶³². Nace en Lima el 11 de noviembre de 1579 y fue bautizado el 9 de diciembre en la iglesia de san Sebastián. Alrededor de 1591 recibió el sacramento de la Confirmación de manos del santo arzobispo de Lima Toribio Alfonso de Mogrovejo⁶³³. A los 16 años, en 1595, solicitó entrar al convento dominico de Nuestra Señora del Rosario como *donado*⁶³⁴. Junto al Crucifijo y a la Virgen Santísima, la devoción predilecta de «Martín de la caridad» era la santa Eucaristía. El «santo de la escoba» sin querer llamar la atención se escondía en un rincón del coro del convento, donde pasaba largas horas del día y de la noche en oculta e intensa adoración ante Santísimo Sacramento del tabernáculo⁶³⁵. Como reflejo de esta singular devoción y amor al Cristo Eucarístico, san Martín se destacó por una grandísima caridad con los más pobres, marginados y enfermos de su tiempo, lo que le valió por parte del pueblo, el apelativo de «Martín de la caridad»⁶³⁶. Este «gran patrono de los pobres» nació a la vida eterna el 3 de noviembre de 1639, día en el cual la Iglesia celebra su festividad litúrgica.

⁶³¹ Cfr. S. MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, *Autobiografía*, 88-89.

⁶³² Cfr. J. A. DEL BUSTO DUTHURBURU, *San Martín de Porras*, 35-36.

⁶³³ Cfr. *Ibid.*, 38; 59-60

⁶³⁴ Entre los dominicos de entonces había tres clases: los *padres* sacerdotes, dedicados al culto y a la predicación, los *hermanos* legos, que hacían trabajos auxiliares muy diversos, y *donados*, también llamados oblatos, que eran miembros de la Orden Tercera dominicana, recibían alojamiento y se ocupaban en muchos trabajos como criados

⁶³⁵ Cfr. J. A. DEL BUSTO DUTHURBURU, *o. c.*, 217-219.

⁶³⁶ JUAN XXIII, *Homilía en la Canonización de San Martín de Porras*, 6/05/1962.

4.3.2. *La Visita y la comunión espiritual*

La Constitución Dogmática *Lumen Gentium* define a la santidad como «la perfecta unión con Cristo», según el estado y la condición propia de cada bautizado⁶³⁷. Además de los ejemplos referidos, abundan los santos y santas que vivieron y recomendaron la comunión espiritual en el marco de la Visita al Santísimo Sacramento, como anticipo de esta «unión perfecta» en el cielo. Ellos comprendieron y testificaron, que Jesús Sacramentado es un Dios cercano, que nos espera, «nos desea» y ha querido permanecer en medio de nosotros por el misterio de su presencia en el sagrario. Testimonian y alientan con su vida y piedad eucarística a todos los cristianos al encuentro personal con Jesucristo Sacramentado o que por lo menos tomen la decisión de dejarse encontrar por Él, sabiendo que en cada sagrario de las iglesias Él espera nuestra llegada con los brazos abiertos, para abrazarnos misericordiosa y tiernamente, para compartir nuestra vida y acoger nuestros deseos⁶³⁸.

Santos como Tomás de Aquino, Catalina de Siena, Teresa de Jesús, Antonio María Claret, Margarita María Alacoque, Alfonso María de Ligorio, Josemaría Escrivá de Balaguer, y otros tantos, han sido incansables en la promoción y vivencia de la comunión espiritual como prolongación de la unión con Cristo alcanzada en la comunión sacramental. Ellos descubrieron en esta unión espiritual un medio eficaz para expresar y alimentar su fe y su amor a la presencia real, cercana y permanente de Jesucristo en el sagrario. Han encontrado en sus largas horas de adoración ante el tabernáculo eucarístico «el consuelo, la firme esperanza y el aliento para la caridad que vienen de la presencia misteriosa y oculta, pero real, del Señor. Él, que prometió estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cfr. Mt 28,20), en este admirable Sacramento se hace presente en la realidad misma de su cuerpo resucitado, que los ángeles y los santos contemplan en la gloria del Cielo»⁶³⁹.

Uniéndonos a la entrañable devoción mariana de san Juan Pablo II, queremos destacar, finalmente, el ejemplo paradigmático de la Santísima Virgen María, «Mujer

⁶³⁷ Cfr. Conc. Vat. II, Const. Dog. *Lumen Gentium*, n. 50.

⁶³⁸ Cfr. PAPA FRANCISCO, Exhort. Apost. postsinodal *Evangelium gaudium*, n. 3.

⁶³⁹ JUAN PABLO II, *Discurso en el Capítulo General de la Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento*, 15/10/1999.

Eucarística» y modelo por excelencia de santidad, quien vivió a lo largo de toda su vida una profunda y única unión con su Hijo, quien se encarnó en su seno inmaculado:

Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de ‘Eucaristía anticipada’ se podría decir, una ‘comuni6n espiritual’ de deseo y ofrecimiento, que culminará en la uni6n con el Hijo en la pasi6n y se manifestará despu6s en el per6odo postpascual, en su participaci6n en la celebraci6n eucarística, presidida por los Ap6stoles, como ‘memorial’ de la pasi6n⁶⁴⁰.

En efecto, la vida de santa María, «primer tabernáculo de la historia»⁶⁴¹, y de los santos que practicaron la comuni6n espiritual en el marco de la Visita al Santísimo, son un aliciente y una guía segura para quienes buscan que la adoraci6n eucarística *extra Missam* sea una experiencia de encuentro personal, de uni6n íntima y prolongada con Jesús Sacramentado, practicando la *manducatio spiritualis*, que ha de ser realizada en íntima relaci6n con la comuni6n sacramental, por la que participamos plenamente en celebraci6n de la santa Misa, origen y fin de todo culto de adoraci6n al único e inagotable misterio eucarístico.

⁶⁴⁰ *Ibid.*, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 56.

⁶⁴¹ Cfr. *Ibid.* n. 55.

CONCLUSIONES

1. A lo largo de nuestra disertación hemos querido dejar claro el «valor incomparable» del culto de adoración a la santa Eucaristía fuera de la Misa, que expresa incuestionablemente la «fe perenne» de la Iglesia, «madre amorosa y dispensadora de salvación»⁶⁴². Por los diversos elementos esbozados se ha visto que esta «fe de siempre» se expresa particularmente en las formas por las cuales los fieles cristianos tributan culto público y privado a Jesucristo Sacramentado. Hemos bosquejado aspectos históricos, doctrinales, litúrgicos y canónicos que permiten reconocer que el asombro ante esta presencia especial y singular, que brota de una fe agradecida, se refleja nítidamente en el empeño constante de hombres y mujeres de todas las épocas, que no escatimaran esfuerzos y tiempo para vivir la adoración eucarística *extra Missam*.

2. Creemos haber ofrecido argumentos claros y consistentes, que ayudan a disipar prejuicios, objeciones, impugnaciones y parcializaciones a esta forma natural que han encontrado los cristianos de honrar la grandeza única de «Dios-Hombre», que se ha hecho pequeño al permanecer presente en la forma de pan. Desde este prisma, nos remitimos al recorrido hecho por el rico patrimonio doctrinal y espiritual que posee la Iglesia respecto a este culto latréutico.

3. En nuestro abordaje sobre este culto de adoración a la Persona de Cristo sacramentado, hemos subrayado la intrínseca relación entre los diversos aspectos del único misterio eucarístico. Por ello, hemos puntualizado en más de una oportunidad que la presencia real adorada en la exposición, en la procesión del *Corpus Christi*, en los momentos largos y cortos de contemplación eucarística es la misma que celebramos, adoramos y recibimos en la santa Misa. Con esto desvelamos un aspecto central de la reforma litúrgica postconciliar, esto es, no existe oposición entre culto y celebración, sino que son dimensiones del único e inseparable *mysterium fidei*.

⁶⁴² PABLO VI, Enc. *Ecclesia suam*, n. 1.

4. En el marco de las demás formas de este culto a la Sagrada Eucaristía, explicadas brevemente, hemos señalado la adoración que se realiza en la Visita al Santísimo Sacramento, entendida como espacio de encuentro personal y amical con Jesucristo, presente permanentemente en el tabernáculo eucarístico. A través de argumentos y aportes de índole histórico, teológico, antropológico y espiritual hemos querido demostrar el valor, la legitimidad y la actualidad de esta modalidad de culto eucarístico fuera de la celebración.

5. La facilidad con la cual los «adoradores» pueden realizar estas Visitas al Cristo Eucarístico y los frutos abundantes que se pueden recoger de ellas, permiten entender su arraigo en la vida espiritual del pueblo de Dios y que sea frecuentemente recomendada por los Papas, maestros espirituales e innumerables santos, como hemos señalado.

6. Teniendo en cuenta estas consideraciones procuramos dejar claro que en la Visita se puede vivir una experiencia de «encuentro personal» con Jesucristo. Bajo este aspecto, hemos recordado que el que está presente en el tabernáculo es una «Persona real, viva y dinámica». La presencia que está ahí no es «estática ni inerte», sino que está en un «constante salir a nuestro encuentro», esperando pacientemente nuestra visita. Creemos que este enfoque puede resultarle atractivo y útil al cristiano de hoy, que como todo ser humano anhela la comunión plena con su Redentor, que se nos anticipa en cada acto de adoración eucarística. Hemos sostenido, asimismo, que la Visita realizada desde esta perspectiva enriquece las demás formas de adoración eucarística, a las que está unida íntimamente.

7. Bajo este prisma, hemos sugerido la práctica de la «comunión espiritual», que, por sus características propias y su íntima relación con la comunión sacramental, es un auxilio concreto y eficaz para vivir la Visita como encuentro amical con la Persona única e irrepetible del Verbo Eterno, que nos abraza y nos adhiere a Él íntimamente. Subrayamos, en esta misma línea, que la *manducatio in voto* realizada con hondura y devoción ayuda a mantener vivo en el alma el deseo de recibir sacramentalmente el «Pan bajado del cielo». Los desarrollos teológicos, el testimonio de no pocos santos, papas, maestros espirituales y los “cristianos de a pie” son una prueba consistente de la validez y de la actualidad de esta práctica devocional.

9. La vida de los santos, nuestros intercesores y modelos, nos atestigua que unos de los principales frutos de la Visita enriquecida por la práctica de la comunión espiritual, es precisamente la santidad, por la que alcanzamos la plena identificación con Jesucristo, el “dulce Amigo del sagrario”. Es que el cristiano, que vive en serio su condición de bautizado, comprende que no puede alcanzar esta «corona incorruptible de gloria» (1Pe 5,9) al margen de la Santísima Eucaristía, en la que está el mismo «Autor de la santidad». Él nos impulsa a realizar buenas obras, «a trabajar por impregnar al mundo del espíritu cristiano y a ser testigos de su presencia viva en medio de la sociedad humana»⁶⁴³.

Finalizamos estas conclusiones, haciendo nuestra una plegaria compuesta por san Juan Pablo II, intercesor y compañero entrañable en el desarrollo de esta tesina. En dicha oración el Papa santo expresa su asombro y su profundo amor a la presencia real, personal y permanente de Jesucristo en el tabernáculo eucarístico:

“¡Señor, quédate con nosotros! Quédate con nosotros hoy, y quédate, de ahora en adelante, todos los días... ¡Quédate! Para que podamos encontrarnos contigo en la adoración y el agradecimiento, en la oración de expiación y de súplica...
¡Quédate! Tu que a la vez estás velado en el misterio eucarístico de la fe y revelado bajo las especies de pan y vino que tomaste en este Sacramento. Queremos todos los días y todas las horas, adorarte, despojado bajo las especies de pan y vino, para renovar la esperanza de la “llamada a la gloria” cuyo principio eres tú con cuerpo glorificado a la derecha del Padre”⁶⁴⁴.

Impulsados por esta oración volvemos a «ponernos las sandalias», que nos hemos sacado para entrar en «tierra sagrada» y salimos de ella como mensajeros dichosos para testimoniar que el Santísimo Sacramento reservado en el sagrario, «anuncia la paz, trae buenas nuevas, anuncia la salvación» (Is 52,7).

⁶⁴³ RCCE, n. 81.

⁶⁴⁴ En: A. PARDO, *Devocionario Eucarístico*, 170-173.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

Gen	Libro del Genesis
Ex	Libro del Éxodo
Dt	Deuteronomio
Is	Isaías
Jr	Jeremías
Ez	Ezequiel
Jl	Joel
Sal	Salmos
Mt	Evangelio según san Mateo
Mc	Evangelio según san Marcos
Lc	Evangelio según san Lucas
Jn	Evangelio según san Juan
Hch	Hechos de los Apóstoles
Rom	Epístola a los Romanos
1Cor	1ª Epístola a los Corintios
Gal	Epístola a los Gálatas
Flp	Epístola a los Filipenses
Heb	Epístola a los Hebreos
Sant	Epístola de Santiago
1Pe	1ª Epístola de san Pedro
1Jn	1ª Epístola de san Juan
Ap	Libro del Apocalipsis
AA. VV.	Autores Varios
AAS	<i>Acta Apostolicae Sedis</i>
AL	<i>Actualidad Litúrgia</i>
Aprox.	Aproximadamente
c./cc.	canon/es

CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
CIC	Código de Derecho Canónico
Cfr.	comprar o confrontar
Const. Apost.	Constitución Apostólica
Const. Dog.	Constitución Dogmática
Conc. Vat.	Concilio Vaticano II
<i>CRL</i>	<i>Colección Renovación Litúrgica</i>
Det	Libro del Deuteronomio
DH	H. DEZINGER – P. HÜNERMANN (eds.), Magisterio de la Iglesia.
DPPL	Directorio sobre Piedad Popular y la Liturgia
<i>EdT</i>	<i>Escritos de Teología</i>
<i>Enc.</i>	<i>Encíclica</i>
<i>EsEc</i>	<i>Escritos Eclesiásticos</i>
etc.	etcétera
Instr.	Instrucción
<i>In Sent.</i>	Sentencias de Pedro Lombardo
n./nn.	número/os
o. c.	obra citada
Ratzinger	Obras Completas, BAC, Madrid 2014
RCCE	Ritual. de la S. Comunión y Culto a la Eucaristía fuera de la Misa
S. C.	Sagrada Congregación
<i>S. Th.</i>	Suma Teológica
Sal	Libro de los Salmos
<i>SdT</i>	<i>Selecciones de Teología</i>
<i>ST</i>	<i>Sal Terrae</i>
ss.	siguientes
<i>TE</i>	<i>Teología Espiritual</i>

INDÍCE GENERAL

INTRODUCCIÓN	3
--------------------	---

I

EL CULTO EUCARÍSTICO EXTRA MISSAM

1.1. En la historia de la Iglesia.....	9
1.1.1. Época Medieval	9
1.1.2. El Concilio de Trento y sus consecuencias	27
1.1.3. Del Concilio Vaticano II a la actualidad	35

II

FUNDAMENTOS TEOELÓGICOS

2.1. La presencia real de Jesucristo en las especies eucarística	54
2.1.1. Testimonio de los Padres de la Iglesia	56
2.1.2. Controversias eucarísticas: siglos IX y XI	58
2.1.3. Gran síntesis teológica: santo Tomás de Aquino	59
2.1.4. Enseñanzas del Concilio de Trento	63
2.2. La transustanciación	67
2.2.1. Aportes de santo Tomás	67

2.2.2. Enseñanzas del Concilio de Trento	70
2.2.3. Nuevas interpretaciones	71
2.3. Reserva eucarística	75
2.4. Unidad del misterio eucarístico	77
2.5. Rúbricas litúrgicas	80
2.5.1. Justificación doctrinal	80
2.5.2. Evolución histórica	82
2.5.3. Rúbricas actuales.....	84
2.6. Luces del Código de Derecho Canónico.....	89

III

LA VISITA AL SANTÍSIMO: ENCUENTRO PERSONAL CON CRISTO

3.1. Aspectos históricos.....	96
3.1.1. Antecedentes	96
3.1.2. Desarrollo de la práctica de la Visita al Santísimo Sacramento.....	97
3.2. Fundamentos teológicos	106
3.2.1. La presencia real y personal de Jesucristo en el sagrario	106
3.2.2. Relación con los demás aspectos del misterio eucarístico	109
3.2.3. Lugar que ocupa la Visita en el culto de adoración a la Eucaristía.....	111
3.2.4. Algunas aproximaciones a la Visita: objeciones y legitimidad.....	113
3.3. La Visita al Santísimo como encuentro personal.	119
3.3.1. Enfoques de la práctica de la Visita	120
3.3.2. La Visita: encuentro interpersonal entre “el que visita” y el “Visitado”	125
3.3.3. Relación con las otras formas de adoración eucarística	130
3.3.4. Frutos de la Visita	132
	169

IV

LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

4.1. Aspectos generales.....	137
4.1.1. Origen y evolución	138
4.1.2. Lo que no es	141
4.1.3. Lo que es	142
4.1.4. Sujeto, ocasión y frecuencia	143
4.1.5. Disposiciones	144
4.1.6. Frutos	145
4.1.7. Relación con la comunión sacramental	146
4.2. Un medio eficaz para el encuentro con el “Visitado”	147
4.2.1. La presencia en la presencia real y dinámica	148
4.2.2. El encuentro personal en la Visita por la comunión espiritual	148
4.3. Testimonio de los Santos	150
4.3.1. La centralidad de la adoración eucarística	151
4.3.2. La Visita y la comunión espiritual	154
CONCLUSIONES	157
SIGLAS Y ABREVIACIONES	160
ÍNDICE GENERAL.....	162
BIBLIOGRAFIA.....	165

BIBLIOGRAFIA

- AA. VV., *Comentario Exegético al Código de Derecho Canónico*, Vol. III, 1. Pamplona 1997.
- ABAD IBÁÑEZ, J. A – GARRIDO BONAÑO, M., *Iniciación a la Liturgia de la Iglesia*, Madrid 1997.
- ABAD, J. A., dir., *Diccionario de la Eucaristía*, Burgos, Monte Carmelo 2005.
- ALDAZÁBAL, J., *La Eucaristía*, Barcelona 2006.
- ALVAREZ BOLADO, A., «Culto y oración en un mundo secularizado», *ST* 7 (1968), 194-204.
- APARICIO SÁNCHEZ, G., *La Eucaristía. La mejor escuela de oración, santidad y apostolado*, Madrid 2004.
- ARNAU, R., «La oración ante el Santísimo Sacramento como comportamiento eclesial», *TE* 26 (1982), 85-98.
- VON BALTHASAR, H. U., *El Culto Eucarístico*, en: *Gloria*, Vol. I, Madrid, Encuentro 1985.
- BASURKO, X., *Para comprender la Eucaristía*, Pamplona 2005.
- BENEDICTO XVI, *Exhortación Apostólica postsinodal Sacramentum Caritatis* 2007.
- BETZ, J., *La Eucaristía, Misterio Central*, en *Mysterium Salutis*, Tomo IV, 1, Madrid 1975.
- BLANCO SARTO, P., *La teología de Joseph Ratzinger*, Madrid 2011.
- BRILLANT, M., ed., *Enciclopedia sobre la Eucaristía*, Bilbao 1948.
- BRUSA, F., *365 días ante el Sagrario, Jesús nos espera*, Buenos Aires 2013.
- CABASILAS, N., *La vida en Cristo*, Madrid 1999.
- CANALS, J. M., *El Culto a la Eucaristía*, Barcelona 1996.
- CANTALAMESSA, R., *La Eucaristía, nuestra santificación*, Valencia 2004.
- CASASNOVAS, J. M., *Hablar con Jesús – Instantes Eucarísticos*, Bilbao 2010.
- CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros* 2013.
- CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa* 1974.

- , *Inaestimabile donum* 1980.
- , Instrucción *Redemptionis Sacramentum* 2004.
- CORREA, G., *La fuerza evocadora de una Eucaristía*, Bogotá 2005.
- DALLA MUTTA, R., «La Reserva de la Eucaristía a lo largo de los siglos: motivaciones y soluciones», *Phase* 56 (1994) 51-57.
- DE AQUINO, T., *Suma Teológica*, Tomos I-V, Madrid, 1994-2006.
- DE LA RIBA, S., «Fiesta del *Corpus Christi*», *Sal Terrae* 35 (1947), 415-420.
- DE LIGORIO, A. M., *Práctica del amor a Jesucristo*, Madrid 1992.
- , *Visitas al Santísimo*, Madrid 1994.
- DEL REDENTOR, O. M., *Adoremus – vivencias eucarísticas en la Hora Santa*, Madrid 2016.
- DENZINGER, H. – P. HUNERMANN, *Enchiridion Symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Barcelona 1997.
- DIEZ VALLADARES, L. E., *Acoger la presencia – El culto eucarístico fuera de la Misa tras la reforma litúrgica del Vaticano II*, Salamanca 1998.
- DURRWELL, F. X., *La Eucaristía Sacramento Pascual*, Salamanca 1986.
- , «Orar en la presencia», *Vida Religiosa* 62 (1987).
- ECHEVARRÍA, J., *Eucaristía y vida cristiana*, Madrid 2005.
- GANTÍN, B., ¿Qué significa hoy celebrar un Congreso Eucarístico?, *AL* 87 (1989), 18-24.
- GARCÍA IBAÑEZ, A., *La Eucaristía, don y misterio. Tratado histórico-teológico sobre el misterio eucarístico*, 2ª ed., Pamplona 2008.
- GARCÍA, P., *Mi Hora Santa Eucarística*, San José de Costa Rica 1997.
- GERA, L., «Eucaristía y Vida Cotidiana», *Teología* 13 (1968), 153-177.
- GESTEIRA GARZA, M., *La Eucaristía – Misterio de Comunión*, 5ª ed., Salamanca 2006.
- GONZALEZ, C. I., *Bendijo el pan y lo partió*, Lima 1999.
- GONZÁLEZ, C., «La adoración eucarística», *Phase* 56 (1994), 23-32.
- GONZÁLEZ, L. F. A., «Aspectos teológicos – litúrgicos del Culto Eucarístico fuera de la Misa», *Phase* 56 (1994) 33-49.
- GONZÁLEZ, M., *El Abandono de los Sagrarios acompañados*, 1996.
- GUARDINI, R., *El espíritu de la Liturgia*, Barcelona 1999.
- IRABURU, J. M., *La Adoración Eucarística*, Pamplona 1999.
- JEDIN, H., *Manual de Historia de la Iglesia*, Vol. III, Barcelona 1970.
- JUAN PABLO II, *Carta Dominae Cenae* 1980.
- , *Encíclica Ecclesia de Eucharistia* 2003.
- JUNGSMANN, J. A., «La Eucaristía centro de nuestra piedad», *Selecciones de Teología* 4 (1965), 59-63.

- KUNZKLER, M., *La Liturgia de la Iglesia*, Madrid 1999.
- LEÓN XIII, *Encíclica Mirae Caritatis, sobre la Santísima Eucaristía* 1902.
- LODI, E., *Los Santos del Calendario Romano*, Madrid 1992.
- LOMBARDO, P., *Sentencias*, Tomo II, Arequipa 2012.
- LOVASIK, L. G., *El libro de la Eucaristía*, Madrid 2015.
- LUZÁRRAGA, J., «El encuentro con Jesús como fundamento de la oración cristiana en el evangelio de Juan», *Teología espiritual* 20 (1976), 275-299.
- LUCHINO, P. M., *La Eucaristía en mi vida*, Santiago de Chile 1960.
- LLORCA, B. – VILLOSLADA, R., *Historia de la Iglesia*, Vol. III, Madrid 1987.
- MAC-MAHÓN, R., *Oraciones Eucarísticas*, Madrid 2008.
- MIRANDA, A. A., *O que é preciso saber sobre a Eucaristia*, Aparecida (São Paulo) 2012.
- MOLINÉ, J., *Devocionario Eucarístico*, Chiclayo 2000.
- MORGA, C., *Adoro te devote. La devoción eucarística*, Madrid 2003.
- MORIN, G., *Orar ante el Santísimo Sacramento*, *Phase* 56 (1994) 69-76.
- MOYA, J. (ed.), *Devocionario Eucarístico*, Madrid 2013.
- NADEAU, M. T., *Eucaristia, memoria e presença do Senhor*, São Paulo 2005.
- NICOLAU, M., *Nueva Pascua de la Nueva Alianza – Actuales enfoques sobre la Eucaristía*, Salamanca 1973.
- OLIVAR, A., «El desarrollo del Culto Eucarístico fuera de la Misa», *Phase* (1983), 187-203.
- ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y Espiritualidad del Año Litúrgico*, Madrid 1978.
- OTT, L., *Manual de Teología Dogmática*, Barcelona 1968.
- PABLO VI, Encíclica *Misterium Fidei* 1965.
- PARDO, A., *Devocionario Eucarístico*, Madrid 1995.
- PEÑA, A., *Jesús Eucaristía, el amigo que siempre te espera*, Lima 1997.
- PERALTA, F., «La Eucaristía es el corazón de cada una de la Iglesias», *Ecclesia* 31 (1971), 929-930.
- PÍO XII, Encíclica *Mediator Dei* 1947.
- RAHNER, K., «La Devoción Eucarística fuera de la misa: La Visita al Santísimo», *Ecclesia* 27 (1967), 1941-1945.
- , «Sobre la duración de la presencia de Cristo después de la recepción de la comunión», *EdT* (1961), 297-407.
- RAMOS, M., «La adoración Eucarística», *CRL* 8 (1971).
- RATZINGER, J., *Obras Completas*, Vol. XI, Madrid 2014.
- RIGHETTI, M., *Historia de la Liturgia*, 2 Vols., Madrid, BAC 1955.

- ROVIRA BELLOSO, J. M., «Una nueva reflexión sobre el sentido de la Visita al Santísimo», *Phase* (1969), 605-607.
- ROYO MARÍN, A., *Teología de la perfección cristiana*, Madrid 2006.
- SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RITOS, *Instrucción Eucharisticum Mysterium* 1967.
- SAURAS, E., «Doctrina y Pastoral de hoy en torno a la Eucaristía», *TE* 13 (1969), 168-210.
- , «El Sacrificio de la Eucaristía y la permanencia del Señor en el Sagrario», *TE* 16 (1976), 299-333.
- , E., «La Eucaristía y el Misterio de la Comunidad Litúrgica», *TE* 2 (1958), 359-394.
- SAYÉS, J. A., *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*, (BAC 386), Madrid 1976.
- , *El misterio Eucarístico*, Madrid 1986.
- SIRBONI, S., «Orar ante la Eucaristía: problemas y orientaciones», *Phase* 56 (1994) 59-67.
- SOLANO, J., *Meditaciones de Teología Eucarística*, Bilbao, 1950.
- , *Textos Eucarísticos Primitivos*, Vols. I y II, Madrid 1996.
- TENA, P., «La Adoración Eucarística. Teología y Espiritualidad», *Phase* (1983), 205-218.
- , «La Comunión y el Culto Eucarístico fuera de la Misa», *Phase* 141 (1974), 173-177.
- TREVIÑO, J. G., *La Hostia Santa*, México 1952.
- TRUJILLO DÍAZ, L. – LÓPEZ S., F. J., *Meditación sobre la Eucaristía*, Salamanca 2008.
- URBANO IV, Bula *Transiturus de hoc mundo* 1264.
- URKIRI, T., *Adoremus al Señor Sacramentado, Culto a la Eucaristía fuera de la Misa*, Madrid 1989.
- VACCARO, R. E., «La presencia personal de Cristo en la Eucaristía», *Teología* 9 (1966), 189-199.
- ZUBIRI, X., «Reflexiones Teológicas sobre la Eucaristía», *EsEc* 56 (1981), 39-59.

